



Alejandro **Eujanian** Ricardo **Pasolini** M. Estela **Spinelli**
coordinadores

EPISODIOS DE LA CULTURA HISTÓRICA ARGENTINA

CELEBRACIONES, IMÁGENES Y
REPRESENTACIONES DEL PASADO

SIGLOS XIX Y XX

Editorial Biblos
HISTORIA

Alejandro Eujanian
Ricardo Pasolini
María Estela Spinelli
coordinadores

Episodios de la cultura histórica argentina

**Celebraciones, imágenes y
representaciones del pasado**

SIGLOS XIX Y XX

Editorial Biblos

Episodios de la cultura histórica argentina: celebraciones, imágenes y representaciones del pasado, siglos XIX y XX / Alejandro Eujanian... *[et al.]*; coordinado por Alejandro Eujanian, Ricardo Pasolini, María Estela Spinelli. - 1a. ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2015. 209 pp.; 23 x 16 cm. (Historia)

ISBN 978-987-691-331-7

1. Historia Argentina. I. Eujanian, Alejandro. II. Eujanian, Alejandro, coord. III. Pasolini, Ricardo, coord. IV. Spinelli, María Estela, coord. CDD 982

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*

Imagen de tapa: placa alusiva al centenario de la Revolución de Mayo. Tandil, provincia de Buenos Aires. Archivo Pierroni. Gentileza José Luis Betelú.

Colección privada

Armado: *Hernán Díaz*

© Los autores, 2015

© Editorial Biblos, 2015

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires

editorialbiblos@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición fue impresa en Talleres Gráficos Porter,
Plaza 1202, Buenos Aires, República Argentina,
en junio de 2015.

Índice

Presentación <i>Alejandro Eujanian, Ricardo Pasolini y María Estela Spinelli</i>	9
---	---

PRIMERA PARTE

Conmemoraciones y monumentos

La política puesta en escena: las fiestas mayas en el Estado de Buenos Aires en la década del cincuentenario (1852-1860) <i>Alejandro Eujanian</i>	21
Arte, política y representaciones del pasado: la Comisión Nacional de Festejos del Centenario de la Revolución de Mayo <i>Antonio F. Bozzo</i>	45
“Una obra de ineptos oficiales marmoleros”: el monumento a la bandera de Lola Mora, un recorrido desde el Centenario hasta la década del 90 <i>Gabriela Couselo</i>	67
Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente <i>Julio Stortini</i>	85
Construyendo imágenes y sentidos sobre el pasado nacional en la conmemoración del Bicentenario <i>Nora Pagano y Martha Rodríguez</i>	105

SEGUNDA PARTE
Apropiaciones e identidades

La construcción de la identidad del socialismo argentino a partir de los <i>Recuerdos de un militante socialista</i> de Enrique Dickmann <i>Sofía Seras</i>	119
Historia e historiografía en Aníbal Ponce: la Revolución de Mayo y un pasado remoto para el comunismo argentino <i>Ricardo Pasolini</i>	137
Conmemoraciones sesquicentenarias, aniversarios e izquierdas en la Argentina y Uruguay <i>María Elena García Moral</i>	153
Mayo en los ensayos históricos de la colección La Siringa <i>María Julia Blanco</i>	175
Intelectuales, prensa y política: el sesquicentenario de Mayo en el contexto de la crisis política <i>María Estela Spinelli</i>	193

Presentación

*Alejandro Eujanian, Ricardo Pasolini
y María Estela Spinelli*

Desde mediados de la primera década del siglo XXI, el contexto ofrecido por las celebraciones de los bicentenarios latinoamericanos estimuló a los especialistas a participar de una multiplicidad de empresas destinadas a promover el debate y la difusión de investigaciones y relatos gestados tanto desde el campo académico como fuera de él. Del conjunto producido se pueden identificar dos grandes áreas de interés: los estudios sobre las revoluciones hispanoamericanas y las investigaciones centradas en las representaciones de aquellos acontecimientos a través de las celebraciones, los monumentos, el patrimonio y la historia de la historiografía. Al mismo tiempo, en los países de la región y la Argentina en particular, el Estado, los medios de comunicación, la comunidad educativa, pueblos y ciudades, junto a diversas asociaciones civiles, dedicaron sus esfuerzos a conmemorar los doscientos años de acontecimientos que, en la memoria colectiva de los pueblos americanos, representan un origen común y también su diversidad como Estados y como naciones.

De este modo, se renovaba una vez más un acto que en sí mismo cumplía doscientos años: el de revisar, interpretar, conmemorar y representar las revoluciones hispanoamericanas. Ello es así porque las revoluciones, sobre todo cuando son asumidas como una ruptura con el pasado y el comienzo de una nueva era, están sometidas inmediatamente a disputas por su significado, protagonizadas por actores que intentan fijar su sentido de acuerdo con lo que entienden que se ajusta mejor con sus intereses y con sus expectativas orientadas hacia el futuro. Así, a pesar de la distinción analítica enunciada anteriormente, el acontecimiento y su representación nacen juntos a tal punto que son imposibles de separar. Por ese motivo, desde el propio momento en que se producían los sucesos que hoy recordamos como si hubiesen tenido una unidad de sentido desde el origen, el poder político buscó fijar su significado con los escasos medios materiales y simbólicos con los que podía contar.

Sin duda ello no fue sin disputas. Un año después de la revolución se

erigió en la plaza de la Victoria una pirámide que la evocaba. Ese monumento no tuvo en aquel momento inscripciones alegóricas porque los representantes del interior, quienes se habían sumado a la Junta de Gobierno, se opusieron a que se incorporara una leyenda que recordaba la defensa y la reconquista de Buenos Aires durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807, pues entendían que de ese modo se asociaba la revolución a un hecho local cuando debía representar a todos los pueblos del interior. No se trataba de una cuestión menor, sino de una discusión sobre el sentido de un acontecimiento en el que se definía cuál sería el rol que desempeñaría Buenos Aires en el futuro político del ex virreinato del Río de la Plata, y cuál sería el papel asignado a los pueblos, que en los años siguientes se comenzarían a organizar como provincias.

Ese monumento y el espacio cívico que lo albergaba serían de ahí en más el centro de las festividades patrias locales y nacionales —como antes lo habían sido de las celebraciones cívico-religiosas de la colonia—, así como el espacio privilegiado para las celebraciones del poder y también para la manifestación de quienes pretendieran enfrentarlo. Por su parte, en la prensa, en los debates legislativos, en los ensayos y en las memorias que escribieron sus protagonistas y algunos de los que pretendieron actuar en su nombre y, con el tiempo, en escritos con mayor pretensión historiográfica, se comenzaron a desarrollar interpretaciones de aquel acontecimiento que fliaron su significado en diversos proyectos políticos locales, provinciales o nacionales.

El acuerdo que existió durante décadas en su carácter fundacional fue motivo suficiente para volver una y otra vez a revisar aquel origen. Pero todavía hoy, ese recurrente retorno al pasado, cuanto más se presenta como una empresa orientada a recoger pasivamente su legado y a recuperar una tradición sustentada en valores, ideales y principios tan eternos como intangibles, da cuenta de un nuevo acto de elaboración de un relato que dialoga con el pasado en un lenguaje que delata siempre el contexto de su enunciación. Aun así, los términos de la discusión tienen una perdurabilidad que sería sorprendente si no estuviésemos lo suficientemente alertados sobre nuestra recurrente y legítima ansia de revisión.

Por ese motivo, hay cuestiones que lejos están de cualquier consenso en la medida en que son alternativas siempre abiertas cuando proyectamos nuestra propia imagen en el pasado, no importa cuán verdadero o falso ese pasado sea, como advertía Marc Bloch: ¿fue una revolución popular o de las elites?, ¿cuál era el grado de conciencia que sus protagonistas tenían de los actos que realizaban y de sus consecuencias?, ¿tuvieron desde el principio el objetivo de declarar la independencia de España?, ¿fue una verdadera revolución?, y si lo fue, ¿de qué profundidad fueron los cambios; a quiénes afectó, a quiénes benefició? ¿Y las continuidades? ¿Hasta qué punto aquel

origen sigue siendo el motivo de los males de nuestro presente? Del mismo modo, puede discutirse respecto de su carácter americano, afrancesado o auténticamente nacional. Como también de ser el origen de la república, de la democracia e, incluso, de un primer socialismo nativo. Que puedan convivir con mayor o menor peso en distintos contextos esas y otras opciones posibles y razonablemente verosímiles nos permite comprender por qué pudieron hablar en su nombre las dictaduras y también los gobiernos democráticos, que alternativamente pudieron reconocer allí sus raíces.

Así lo hicieron también intelectuales identificados con tradiciones políticas liberales, conservadoras, nacionalistas, de izquierdas, o con alguna combinación específica de ellas, quienes participaron en diversas operaciones destinadas a elaborar representaciones del pasado junto a una notable diversidad de actores estatales, partidos políticos, corporaciones, artistas y también historiadores. Todos ellos intervienen en ese pasado con diversos intereses y con distintas habilidades, hablan desde lugares y posiciones variadas, y se dirigen a públicos más restringidos o más amplios. También poseen distintas herramientas teóricas y están sometidos por la sociedad a diversas exigencias.

Asimismo, los soportes, los medios, los instrumentos, los lenguajes y los dispositivos simbólicos utilizados en operaciones históricas que se produjeron a lo largo de doscientos años fueron y son diversos, como las funciones que se les atribuyeron, los públicos a los que se dirigieron y el éxito que se les puede asignar: monumentos y celebraciones, símbolos y alegorías, congresos, libros, artículos en revistas, junto a una rica producción de artefactos más novedosos de acuerdo con los recursos y los soportes disponibles en cada época: digitales, televisivos, periodísticos, cinematográficos y páginas web, entre otros.

Cabe la pregunta de si podemos deducir de la existencia de tales productos el éxito de su mensaje. La respuesta es difícil; aunque en la larga duración se pueden reconocer persistencias, sabemos que ni siquiera el Estado, con su capacidad de penetración capilar en la sociedad a través de medios como la escuela o las celebraciones patrias, ha podido garantizar plenamente el dominio de la cultura histórica de la sociedad.

Este libro surge de la intención de reflexionar sobre algunas de estas cuestiones. Nace de la convocatoria que Nora Pagano y Martha Rodríguez hicieron a un grupo de historiadores de Buenos Aires, Rosario y Tandil en 2010, para abordar en conjunto una investigación coral sobre diversos contextos interpretativos, los actores que intervinieron en la producción de representaciones sobre el pasado histórico argentino y los medios que se utilizaron. El resultado de esa convocatoria fue el proyecto “Cuatro pasados en cuatro presentes. La cultura histórica argentina entre dos siglos”, financiado por el Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (Foncyt-Pict 2010).

Los avances de nuestros trabajos fueron presentados y discutidos en dos reuniones. La primera se desarrolló en el marco del III Congreso Internacional de Filosofía de la Historia “Dimensiones de la experiencia histórica”, realizado en Buenos Aires el 7 de diciembre de 2012; y la segunda en las jornadas tituladas “Imágenes de la cultura histórica: monumentos, conmemoraciones y apropiaciones del pasado argentino”, que se llevó a cabo en el Instituto de Estudios Histórico Sociales (IEHS-IGEHCs), de Tandil, entre el 26 y el 27 de junio de 2014.

Los trabajos compilados en este libro son el resultado de las discusiones que hemos realizado durante esos encuentros. Los hemos dividido en dos partes, considerando los dos ejes principales del proyecto: conmemoraciones y monumentos, y apropiaciones e identidades. El primero de esos ejes se abre con el trabajo de Alejandro Eujanian, “La política puesta en escena. Las fiestas mayas en el Estado de Buenos Aires en la década del cincuentenario (1852-1860)”. El autor explora la potencialidad política de un acontecimiento que se reconoce como fundador durante las fiestas mayas que se desarrollaron a lo largo de la década de 1850. Las celebraciones se ofrecen como la oportunidad de ver el proceso de construcción de un imaginario patrio que, tensionado entre lo local y lo nacional, va a tornarse hegemónico en las décadas siguientes, perdiendo lentamente el tono localista que tuvo en los años inmediatamente posteriores a la derrota del gobierno de Juan Manuel de Rosas. Además, si bien se pueden observar continuidades con las celebraciones cívico-religiosas de la colonia, con las fiestas mayas desarrolladas durante la década de 1820 y también con las que se realizaron durante el rosismo, se pueden observar cambios durante la década en la que el Estado de Buenos Aires se mantuvo separado y en conflicto con la Confederación Argentina.

A partir de un particular contrapunto entre la política y las presentaciones del pasado, podemos apreciar que la organización de los festejos, las alegorías, la participación del público y los mensajes pronunciados conservan de aquel pasado una idea de sociedad jerárquica y corporativa recubierta con símbolos del igualitarismo republicano. Pero, a la vez, remiten a nuevos valores de civilidad y progreso material que dependen menos de la incorporación de Buenos Aires a la nación que de su plena integración al mundo.

A continuación, Antonio F. Bozzo y Gabriela Couselo dedican sus trabajos a dos espacios y experiencias diversas durante el complejo celebratorio del primer centenario de la Revolución de Mayo de 1810. La relación entre arte y política, y la intervención de intelectuales y artistas en las celebraciones del centenario en Buenos Aires están en el centro del trabajo de Bozzo, “Arte, política y representaciones del pasado: la Comisión Nacional de Festejos del Centenario de la Revolución de Mayo”. En su artículo, reflexiona sobre las actividades de la Comisión Nacional de Festejos y los debates que se

produjeron con motivo del concurso de proyectos para un “monumento a la Revolución de Mayo” y la exposición de las maquetas, que se realizó en la Sociedad Rural de Buenos Aires.

Diversas cuestiones van a ser discutidas a partir de este evento: los mecanismos dispuestos para la selección de los proyectos, el hecho representado y los criterios estéticos utilizados, la función de las obras y su relación con el espacio público, entre otros. El autor privilegia la participación que tuvieron en esa ocasión Leopoldo Lugones, David Peña y Enrique Chanourdie, para reflexionar en torno a algunos de los tópicos que surgen de esas polémicas acerca de un monumento que refiere a un acontecimiento considerado fundacional de la historia nacional: la relación entre Estado, historia y política; las ideas sobre el arte público conmemorativo; el rol del artista moderno, y la figura del crítico de arte histórico, que adquiere el papel de intérprete, mediador entre el pasado y el presente, así como también entre la obra y su público.

Por su parte, en “Una obra de ineptos oficiales marmoleros»: el monumento a la bandera de Lola Mora, un recorrido desde el Centenario hasta la década del 90”, Gabriela Couselo analiza la obra inacabada que la escultora tucumana proyectó para la ciudad de Rosario, en el marco de los festejos de 1910. En primer lugar, considera el proceso a través del cual se construyó el acontecimiento de la creación de la bandera en Rosario al ritmo del crecimiento de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. A continuación, examina la actuación de la Comisión Nacional del Centenario en la elección de la escultora para llevar a cabo el proyecto de monumento a la bandera, como también las presiones locales que determinaron finalmente la anulación del contrato, motivo por el que la obra quedó inconclusa. Finalmente, la autora se ocupa de la situación actual de las obras realizadas por Lola Mora, que en la década de 1990 fueron ubicadas en el tránsito entre el actual monumento a la bandera y la plaza 25 de Mayo, núcleo histórico de la ciudad. Como en el caso anterior, el estudio de un monumento fallido permite analizar las condiciones del campo artístico a comienzos del siglo XX, la acción y los roles desempeñados por los actores involucrados, la relación entre criterios estéticos y políticos, las disputas por los recursos disponibles y el proceso a través del cual la ciudad de Rosario buscó inscribirse en la historia nacional.

En “Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente”, Julio Stortini se ocupa del largo proceso de rehabilitación de la figura de Juan Manuel de Rosas y su gobierno desde la década de 1930, cuando el revisionismo utilizó diversos medios, algunos de ellos bastante novedosos, para rescatar las virtudes y los valores de quien fuera gobernador de la provincia de Buenos Aires hasta 1852. De aquella etapa de la historia argentina, la batalla de la Vuelta de Obligado fue la que encontró mayor adhesión como acontecimiento clave de la defensa de

la soberanía nacional. Sin embargo, no halló demasiada recepción ni en el primer peronismo ni en los gobiernos civiles y militares que ocuparon el poder en las décadas siguientes. Al menos hasta el breve retorno del peronismo al gobierno, sobre todo entre 1973 y 1974.

Finalmente, el autor analiza diversos contextos durante los gobiernos peronistas de los últimos veinte años, en los que el retorno de los restos de Rosas y la conmemoración de la Vuelta de Obligado adquirieron nuevos significados, vinculados al indulto de los responsables del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar, en el primer caso, y a la prédica contra los enemigos internos y externos del gobierno “nacional y popular”, durante los festejos del Bicentenario, cuando se inauguró el monumento, obra del artista plástico Rogelio Polesello, en el Parque Histórico Natural Vuelta de Obligado.

La primera parte se cierra con el trabajo de Nora Pagano y Martha Rodríguez, “Construyendo imágenes y sentidos sobre el pasado nacional en la conmemoración del cincuentenario”. Con el objetivo de analizar algunas de las características que presentaron las celebraciones de 2010, las autoras ponen el foco en emprendimientos culturales que les permiten llamar la atención sobre las “mediaciones” entre la sociedad y su pasado colectivo; tres casos en los que el Estado convocó a artistas plásticos, cineastas e historiadores, entre otros actores que participan en la producción de imágenes y representaciones del pasado: *El mural del bicentenario*, realizado por Miguel Repiso (Rep); la instalación interactiva *El laberinto del bicentenario*, y la instalación audiovisual *Muchas voces, una historia argentina, 1810-2010*.

No es sólo la obvia diversidad interpretativa que presentan estos emprendimientos y las características formales de los soportes utilizados en cada muestra lo que interesa a las autoras, sino también las diversas ideas acerca de la temporalidad histórica, los sujetos sociales que intervienen en la construcción de un proceso histórico, los diversos modos de concebir la relación entre el pasado y el presente de las sociedades, la centralidad del acontecimiento frente a la idea de proceso, el protagonismo de Buenos Aires en la historia argentina en detrimento de las provincias y los pueblos del interior del país y los diferentes modos en que los públicos de las muestras fueron interpelados.

La heterogeneidad resultante de relatos, lenguajes, espacios, técnicas y estéticas, entre las muestras pero también como motivo común en cada una de ellas, se complementa con una observación respecto de los cambios en las funciones que las celebraciones tenían en el pasado. Cambios que pueden ser comprendidos atendiendo a nuestra relación con el pasado de nuestro propio presente.

La segunda parte, “Apropiaciones e identidades”, temporalmente se centra

en el proceso político cultural del siglo XX. Aborda desde distintas perspectivas analíticas temas como las identidades políticas y las interpretaciones en torno al pasado, y los proyectos editoriales en el marco de la celebración del sesquicentenario de Mayo. Uno de los rasgos comunes de los análisis está puesto en las construcciones intelectuales y políticas sobre el pasado. Se trata de exploraciones sobre la subjetividad y los recursos discursivos de autores pertenecientes a corrientes del pensamiento político de izquierda en un sentido amplio, cuyo objetivo fue incidir en lo que hoy los historiadores tienden a conceptualizar como cultura histórica y también en el uso político del pasado en beneficio de determinados proyectos.

Los dos primeros capítulos tienen un eje analítico común: la construcción de identidades políticas y la particular apropiación de un pasado que los legitime, en los dos partidos de la vieja izquierda argentina, el socialista y el comunista.

El artículo de Sofía Seras, “La construcción de la identidad del socialismo argentino a partir de *Los recuerdos de un militante socialista* de Enrique Dickmann”, explora estas cuestiones a través de la lectura de una autobiografía ejemplar, editada en 1949, no presentada como tal por su autor, que a la vez pretende sea una historia del Partido Socialista y del país.

La autora, apoyándose en una orientación teórica que le permite pensar la relación de lo individual y lo colectivo para indagar en las formas de representación que un sujeto construye sobre sí mismo y sobre los demás, elabora su explicación a través de un minucioso recorrido de las distintas etapas que narra su fuente privilegiada. Inicia la exploración partiendo del contexto de producción de la obra, un momento de derrota del Partido Socialista a partir del triunfo del peronismo, para internarse luego en la trayectoria vital del individuo, desde sus primeros tiempos en una aldea de Letonia, hasta sus primeras experiencias de inserción en la Argentina. A partir de allí, explica, la narración minimiza lo personal para enlazarlo con la militancia socialista. Incursiona en el análisis del relato que, de la acción partidaria, las luchas obreras y la actividad parlamentaria, construye Enrique Dickmann, como también de la filiación democrática y republicana inscrita en la línea histórica de Mayo-Caseros, como antecedentes fundamentales en la construcción del Estado.

Desde una marcada preocupación por la formación y la trayectoria de los intelectuales de izquierda, el artículo de Ricardo Pasolini, “Historia e historiografía en Aníbal Ponce: la Revolución de Mayo y un pasado remoto para el comunismo argentino”, explora, a partir de la figura de este intelectual comunista, el modo en que durante el período de entreguerras se articularon los elementos más representativos de la tradición liberal con el marxismo vernáculo. La consecuencia de esta operación en la que la interpretación de la Revolución de Mayo jugó un rol muy importante fue la de

la invención de una genealogía de la izquierda argentina que se reconocía heredera de los tiempos revolucionarios. Así y todo, el texto avanza más allá de esta interpretación que no presenta desacuerdos en la historiografía sobre la izquierda argentina, en la medida en que analiza no sólo la figura de Ponce en ese proceso, sino su particularidad intelectual a la hora de la crítica y la producción historiográfica. En ese sentido, el ejemplo de Ponce da cuenta también de la importancia del conocimiento histórico en la generación intelectual hija de la Reforma Universitaria, de las disputas con la ya instalada Nueva Escuela Histórica y de las múltiples referencias conceptuales y metodológicas con las que contaban estos intelectuales a la hora de ensayar una interpretación del pasado argentino.

La temática de los tres capítulos finales ilumina distintos espacios del clima político-cultural en los tiempos de la celebración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo y se centra en distintos aspectos y fenómenos vinculados a ella.

María Elena García Moral, en “Conmemoraciones sesquicentenarias, aniversarios e izquierdas en la Argentina y Uruguay”, incursiona en la labor editorial emprendida por historiadores e intelectuales de izquierda, vinculados a los partidos socialista y comunista en los dos países, ensayando una comparación por similitudes y diferencias, cuya fortaleza como recurso hermenéutico fundamenta siguiendo los clásicos argumentos de Marc Bloch. Esto le permite a la autora reflexionar sobre ambos relatos históricos, en el marco de los ciclos conmemorativos de los procesos revolucionarios e independentistas y de los aniversarios de algunas figuras clave –San Martín y Artigas– durante las décadas 1950-1970.

El texto –estructurado en dos apartados y una consideración final comparativa– presenta un exhaustivo abordaje de la literatura y la prensa político-partidaria socialista y comunista en la Argentina, para sustentar el análisis de los combates histórico-culturales y políticos desde los años del peronismo, en el Año del Libertador General San Martín, que se proyectan y profundizan durante la celebración del sesquicentenario de Mayo y del sesquicentenario de la independencia.

En el caso uruguayo, analiza la centralidad de la figura de José Gervasio Artigas y los rasgos propios de su proceso político deteniéndose en las polémicas y consideraciones en torno al “héroe” por parte de la literatura política e historiográfica de la izquierda a lo largo del período que culmina en la década de 1970. Cierra el estudio con un análisis comparativo de las izquierdas socialista y comunista argentina y uruguaya.

Ubicado temporalmente en la Argentina de los años 60, el trabajo de María Julia Blanco, “Mayo en los ensayos históricos de la colección La Siringa” propone como punto de partida metodológico recurrir a un conjunto de ensayos históricos de la colección La Siringa, editados entre 1959 y

1963 para explorar las interpretaciones del pasado que diferenciarían a la izquierda nacional de otros segmentos del campo político-cultural.

A pesar de que Mayo no se encuentra tematizado en los distintos ensayos que analiza, el trabajo aborda en el nivel de los supuestos y lo no dicho lo que podría denominarse el “lugar común” antiliberal, que predominó entre intelectuales que creían ver en aquel acontecimiento el origen de una Argentina liberal, pro imperialista y porteña. Una interpretación compartida por autores englobados por la colección en el llamado pensamiento nacional que, a partir de la relectura de los escritos de Juan Bautista Alberdi, reconocía en la revolución de 1810 la emergencia de una contradicción irreconciliable entre los intereses de Buenos Aires y los intereses de la nación. Los ensayos históricos de *La Siringa* combinan la búsqueda en el pasado de un modelo de país alternativo al que había sido dominante, con la denuncia de los principales responsables de los obstáculos que la nación había debido enfrentar desde entonces.

Por último, la segunda parte cierra con el capítulo de María Estela Spinelli, “Intelectuales, prensa y política: el sesquicentenario de Mayo en el contexto de la crisis política”, que ensaya una explicación de conjunto de la nueva fase de la crisis política que abrió el proyecto restaurador de la tradición política de la revolución libertadora. Explora las causas de la misma —en los dos primeros apartados— y puntualmente el clima político-cultural que rodeó la celebración oficial del sesquicentenario, ángulo de observación privilegiado desde donde mirar las transformaciones, los conflictos y los proyectos políticos enfrentados en la Argentina de 1960.

El argumento que desarrolla se apoya en la consideración de que la celebración constituyó, desde el punto de vista de la política oficial, un esfuerzo de la gestión presidencial de Arturo Frondizi orientado a buscar un punto de encuentro con los herederos de la revolución libertadora, sus más severos críticos de la política de rehabilitación del peronismo plasmada en el pacto Perón-Frondizi, enfatizando en las ideas de unidad, pacificación y rehabilitación republicana, así como de reafirmación del proyecto desarrollista que dificultosamente había puesto en marcha en 1958.

Al final de este recorrido, un lector ideal que intentase leer de principio a fin cada uno de los trabajos reunidos en este volumen no se encontrará más que con episodios de una historia de los diversos modos en que distintos actores sociales y políticos han elaborado representaciones del pasado a lo largo de doscientos años. En cada caso, los lenguajes utilizados difieren, como también los espacios en los que las batallas por los usos del pasado se dirimen, con elementos no siempre originales por su contenido pero sí por el modo en el que imágenes y discursos configuran cada vez una nueva trama. Una pregunta que se bifurca atraviesa, a través de esas tramas, estos y otros episodios que podríamos haber evocado: ¿cuáles fueron los futuros

posibles que el resultado de esas disputas permitieron vislumbrar?, ¿cuáles quedaron opacados hasta casi desaparecer? En cada caso, se aventuran respuestas a ese interrogante.

PRIMERA PARTE

Conmemoraciones y monumentos

La política puesta en escena: las fiestas mayas en el Estado de Buenos Aires en la década del cincuentenario (1852-1860)

Alejandro Eujanian

Universidad Nacional de Rosario

Introducción

A lo largo de doscientos años la Revolución de Mayo estuvo sometida a diversas interpretaciones que pusieron en cuestión su significado, tanto el que los propios actores le habían otorgado como el que habría legado a las generaciones futuras. La jura de fidelidad al rey cautivo, Fernando VII, y la destitución de las autoridades que actuaban en su nombre en el Río de la Plata dejaban el camino abierto a diversas versiones sobre los hechos, que interrogaban acerca de las verdaderas intenciones de sus protagonistas. Así, el acontecimiento se inscribió en el tiempo histórico como el significante de una ausencia, que intentarían encarnar quienes pretendieran imponer su hegemonía en la arena política.¹

Durante gran parte del siglo XIX, el acontecimiento conservó una notable potencialidad política, resultado del consenso que desde un primer momento existió respecto de su carácter fundacional de algo que, cualquiera fuera su contenido, aún no había concluido. Esa condición de acontecimiento inacabado, cuyo sentido estaba en suspenso, autorizaba a todo aquel que disputara el derecho a imponerse como su legítimo heredero, y en consecuencia a actuar en su nombre, a culminar finalmente el ciclo abierto el 25 de mayo de 1810 poniendo fin a la tarea iniciada por los padres fundadores.² De este modo, el acto intelectual de responder por el significado de la revolución se asoció

1. Retomamos con cierta libertad la noción un tanto equívoca de significante vacío de Ernesto Laclau: “¿Por qué los significantes vacíos son tan importantes en la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, pp. 69 ss.; *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), Buenos Aires, Nueva Visión, 2000; *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

2. Jorge Myers, “Los comienzos de la historiografía argentina”, mimeo; Fabio Wasserman, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2006.

necesariamente con el acto político orientado a realizar el fin que la divina providencia había dispuesto para esta porción del antiguo Imperio español.

Los usos de la Revolución de Mayo, desde 1810, tuvieron ese doble carácter: siempre abierto a la interpretación, siempre sometido a intentos de clausurar la incertidumbre respecto de su significado. En ese rasgo radica la potencia política de su evocación, que pretende rastrear las huellas de la inevitable filiación de la historia de aquel acontecimiento con las diversas tradiciones políticas que buscaron legitimar sus aspiraciones en aquel origen común y diverso al mismo tiempo.

La intención en este trabajo es analizar un espacio, el de las celebraciones, destinado a la escenificación de los acuerdos, de los consensos y el ideal de unanimidad política,³ pero que también se presentaban como una ocasión en la que afloraban las diferencias, los conflictos, las exclusiones. A lo largo de la década de 1850, las fiestas mayas ofrecen la oportunidad de ver el proceso de construcción de un imaginario patrio que, tensionado entre lo local y lo nacional, se tornó hegemónico en las décadas siguientes, perdiendo lentamente ese tinte localista que tuvo en los años inmediatamente posteriores a la derrota de Juan Manuel de Rosas.

Asimismo, podemos observar que, a pesar de algunas variaciones, las celebraciones muestran signos de continuidad con las formas ya impuestas durante el período posterior a la revolución, a su vez, como ha sido ya señalado, ellas mismas deudoras de los festejos cívico-religiosos del período hispánico.⁴

Después de Caseros (I): la celebración como reparación de una memoria fracturada

El derrocamiento de Rosas en Caseros, en febrero de 1852, lejos de dar origen a una nueva era de paz y libertad, como habían imaginado los responsables de la derrota de quien había sido durante diecisiete años gobernador de la provincia de Buenos Aires y líder de la Confederación Argentina, había desnudado la vigencia de viejos conflictos y el surgimiento

3. Marta Bonaudo y Élide Sonsogni, “Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control”, en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués, 1852-1880*, t. IV de Juan Suriano (dir.), *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 52 ss. Respecto de este mismo punto desde la década de 1820, véase Marcela Ternavasio, “La visibilidad del consenso. Representaciones en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 57-73.

4. Pablo Ortemberg (dir.), *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*, Rosario, Prohistoria, 2013.

de otros nuevos, provocados por el fin de su liderazgo. Al vínculo siempre inestable que mantenía ligadas a las provincias entre sí, se agregaba una coalición antirrosista tan heterogénea en su constitución como en las ideas que la orientaban.

Los acuerdos impulsados por Justo José de Urquiza después de Caseros sostenían la idea de que el único derrotado había sido Juan Manuel de Rosas, que era preciso el olvido de los conflictos del pasado reciente y que era la fusión de los partidos bajo el mismo objetivo de la organización nacional la única vía para evitar una nueva guerra civil. Esa solución fue aceptada a regañadientes por quienes volvían del exilio con ideas de revancha y reparación. A pesar de eso, el ritual ceremonial desplegado en las fiestas mayas de 1852 puso en escena los acuerdos que se comenzaban a construir entre quienes habían participado del derrocamiento de Rosas y quienes habían colaborado, apoyado, sostenido o, incluso, permanecido en Buenos Aires durante aquellos años sin haber probado su repudio al “tirano” depuesto.

Las celebraciones de ese año pusieron en el centro el sentimiento de libertad que se había apoderado de Buenos Aires después de Caseros. Urquiza siguió siendo, al menos durante unos días más, reconocido como su libertador.⁵ Los festejos se anunciaron como un cambio respecto de las celebraciones del período rosista, al que se acusaba de haber anulado la celebración de las fiestas patrias, prohibido el recuerdo de los héroes y reemplazado los símbolos patrios por el rojo punzó. Aun cuando fuera una exageración, ya que ni las fiestas patrias ni el recuerdo de los héroes habían sido prohibidos por Rosas en Buenos Aires y tampoco en las provincias, es cierto que las fiestas buscaron recuperar el estilo que el grupo rivadaviano le había impuesto a las celebraciones de la década de 1820, o al menos el recuerdo de aquellas.⁶

Así, se pretendía rescatar la memoria de los años gloriosos de la revolución y la independencia, sobre todo entre los jóvenes que no habían conocido la Buenos Aires de la “feliz experiencia”, y que “recién ahora podían oír de boca de sus padres el recuerdo de los días de libertad”.⁷ En el escenario de la plaza de la Victoria, repleto de gente, “los ancianos venerables derramando lágrimas [...] nos han dicho: «Jóvenes, así se celebraba el 25 de mayo antes

5. En 1852, los festejos pasaron al 29, 30 y 31 de mayo a causa del mal tiempo, el 1 de junio comenzaron en la Legislatura los debates sobre el Acuerdo de San Nicolás.

6. Juan Carlos Garavaglia, *Construir el Estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; Ricardo Salvatore, “Fiestas federales: representaciones de la República en el Buenos Aires rosista”, *Entrepassados. Revista de Historia*, año VI, N° 11, Buenos Aires, 1996; Ana Wilde, “Representaciones de la política posrevolucionaria. Un acercamiento a la liturgia republicana (1810-1853)”, disponible en http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/rituales_wilde.pdf.

7. *El Nacional*, Buenos Aires, 1 de junio de 1852.

de la dictadura de Rosas. Ese pabellón que refleja el azul de nuestro cielo ondeaba como lo ven ahora en la cúpula de la Catedral y Fortaleza, trayéndonos a la memoria los grandes hechos de que fue testigo desde Buenos Aires hasta Ecuador»”.

Como señaló Marc Bloch, la memoria es resultado de un acto de comunicación de recuerdos que se transmiten de generación en generación, que aquí se representaba en el vínculo entre jóvenes y ancianos venerables; pero a la vez es una construcción discursiva, que en este caso buscaba reparar una continuidad interrumpida por el paréntesis del período rosista. A la vez, la participación de los niños en los festejos, reinstalaba una tradición también interrumpida,⁸ que durante los años de la década de 1850 sería uno de los números centrales de los festejos: el momento en el que, al amanecer del 25 de mayo, luego de un repique general de campanas, salvas de artillería de la fortaleza y de los buques de guerra, los niños de las escuelas rodeaban la Pirámide de Mayo, que desde 1811 se hallaba en el centro de la plaza, y entonaban el Himno Nacional.

La comunicación ejercía un efecto de reparación de una memoria que se hallaba fracturada y, al hacerlo, reparaba también los vínculos generacionales rotos, así como propiciaba el reencuentro de los proscritos con los porteños, entre el pasado y el presente, y entre el presente y el futuro, representado en los niños de las escuelas con su canto y sus danzas en los tablados instalados en la plaza:

Esas danzas de niños, culto de la inocencia al pensamiento sublime de 1810, era el primer saludo al Sol de Mayo, cuando su primer rayo venía a iluminar sus puras frentes. Y nosotros, elevando nuestra fantasía hasta esos días, evocamos con entusiasmo su recuerdo, para dejar a un lado el de la dictadura, y contribuir con nuestros padres a prestar el homenaje de nuestro corazón a la libertad.⁹

Un efecto similar producía la formación de la Guardia Nacional en la plaza, “cuyos trajes despertaron la admiración de las bellas y de todos los compatriotas”. Recientemente creada, compuesta por jóvenes de “lo más selecto de la juventud porteña”, era presentada como el “más firme sostén del orden y de las instituciones que recuperaron su imperio a la caída de Rosas, constituyen la esperanza de todos por el feliz porvenir de nuestra patria”.¹⁰ La Guardia Nacional, en el plano simbólico, cumplió en los años sucesivos un rol central en la construcción de la identidad porteña sobre la

8. Ricardo Salvatore, “Fiestas federales...”.

9. *El Nacional*, Buenos Aires, 1 junio de 1852.

10. *Ibidem*.

base de una genealogía que homologaba a esos jóvenes con las milicias que habían defendido Buenos Aires en 1806 y 1807, y que habían protagonizado los primeros episodios revolucionarios.¹¹

Finalmente, la Sociedad de Beneficencia representaba lo mejor de la sociabilidad de la etapa rivadaviana. Allí se hallaban las damas de las familias notables de Buenos Aires, observando a sus hijos portar la bandera que ellas habían bordado veinte años antes. En el mismo registro, José Luis Bustamante saludaba a la Sociedad de Beneficencia como símbolo del esplendor de una etapa, “que la dictadura había arruinado y abandonado casi totalmente”.¹² También era un símbolo de civilización opuesto al “barbarismo de los caciques” el acto de premiación a las alumnas de las escuelas públicas, que reinstalaba la valoración de la virtud y la moral. Por otra parte, se recuperaba “un espectáculo casi olvidado por nosotros”, un símbolo de las preocupaciones de las elites por los más necesitados, que se renovaba año a año en las fiestas fayas.¹³

Juan Manuel Beruti resaltó en sus *Memorias curiosas* ese efecto de homologación de aquel recordado esplendor de los primeros años de la década de 1820, en ocasión de la fiesta patria de 1852. De todos modos, tanto la centralización del programa como del espacio de la celebración eran rasgos de continuidad con la etapa rosista en la que todo transcurría en el marco formado por los principales edificios del poder público que rodeaban la plaza de la Victoria y su centro ceremonial, la Pirámide de Mayo.¹⁴ Ese rectángulo del poder cívico que ponía en comunión el espacio público con los poderes del Estado: la Iglesia, el Ejército, la Justicia y el gobierno, estaba especialmente decorado con “colgaduras de seda, de celeste y blanco”, y por la noche fueron iluminados con gas.

Después del tradicional tedeum, la formación del ejército, compuesto por tropas de línea y de la Guardia Nacional, recibía a las autoridades en la plaza.¹⁵ A continuación, lo solemne daba lugar a lo lúdico: danzas de niños,

11. Alejandro Eujanian, “¡Ciudadanos de todas las clases! A las armas. La Guardia Nacional en el proceso de formación de una identidad local”, en *Las milicias en acción. Revoluciones, elecciones y ejército en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX*, dossier coordinado por Flavio Macías para *historiapolitica.com*, Programa Buenos Aires de Historia Política del siglo XX, octubre de 2011. Disponible en <http://historiapolitica.com/dossiers/dossiermilicias>.

12. José Luis Bustamante, *Bosquejo de la historia civil y política de Buenos Aires, desde la batalla de Monte Caseros*, Buenos Aires, Imprenta y Librería Bernheim, 1856, p. 6.

13. *El Nacional*, Buenos Aires, 27 de mayo de 1854, pp. 2-3.

14. Fernando Aliatta, *La ciudad regular*, Bernal, UNQ, 2006.

15. El Cabildo, la Casa de Justicia, la Policía y la Catedral fueron embanderados. En cuanto a la plaza, sus cuatro frentes se hallaban cubiertos por veinte arcos perfectamente pintados al óleo; mientras que en los cuatro ángulos sobresalía un templete iluminado con arañas, ardiendo en el circuito de la arquería 5.000 faroles, y sobre los arcos 280 banderas y pendones

juego de sortijas, fuegos artificiales y globos aerostáticos. Al finalizar los fuegos artificiales, mientras algunos concurrían a los teatros, el resto del público seguía participando de las diversiones de la plaza, que incluían la música de las orquestas de las guarniciones militares y que se prolongaban hasta las diez de la noche. Finalmente, al terminar las funciones del teatro, el público y los miembros del gobierno que las habían presenciado desde los palcos se dirigían a los bailes.¹⁶

Las crónicas resaltaron de esos actos un elemento central de las celebraciones junto a su esplendor: la numerosa asistencia de público a cada una de las actividades que se habían preparado. De ese modo, cumplía una de las funciones centrales de las fiestas cívicas, particularmente importante en la década: afirmar o renovar la adhesión del pueblo a su gobierno y a sus instituciones. Al mismo tiempo, los festejos dejaban en claro que en esa república de hombres libres e iguales que estaba naciendo después de la tiranía, se afirmaban jerarquías a la vez que se reproducían símbolos de distinción social, que para muchos durante el gobierno de Rosas se habían relajado.

Sin embargo, las fiestas no evitaron que durante esos días festivos otras tensiones comenzaran a salir a la luz. La proclama del general Tomás Guido ante los soldados reunidos en la parada militar en torno a la Pirámide de Mayo los convocaba a recuperar la memoria de la independencia frente a un monumento que consideraba un símbolo nacional. Como si respondiera anticipadamente a quienes a los pocos días iban a acusar a Urquiza de conquistador, Guido señalaba que aquellos ejércitos “no tuvieron la misión de conquista ni opresión, sino auxiliar a los pueblos avasallados por un rey de afuera”.

Detrás de las muestras de unidad en una misma causa, se podían escuchar en Buenos Aires los rumores que despertaban los acuerdos que se estaban celebrando en San Nicolás. Rumores que anticipaban el rechazo de algunos de sus principales puntos por parte de una oposición heterogénea, pero que unánimemente se oponía tanto el liderazgo de Urquiza como a la pérdida de los privilegios que Rosas había conservado intocables a lo largo de su prolongado gobierno.

En esos días, el diario *El Nacional*, todavía favorable a Urquiza, editorializaba la posición oficial ante las ideas separatistas de Buenos Aires y, al hacerlo, ofrecía una interpretación diferente de la “feliz experiencia” de la década de 1820. Señalaba los riesgos que ocasionaría a la propia Buenos

de todas las repúblicas y naciones. Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*, en *Biblioteca de Mayo. Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina*, Buenos Aires, 1960, t. IV: *Diarios y crónicas*, p. 4106.

16. *El Nacional*, Buenos Aires, 1 de junio de 1852.

Aires volver a una política de aislamiento que, lejos de la esperada prosperidad, había provocado la quiebra financiera, la pérdida de libertades.

Que se trataba de una transición hacia un futuro incierto se revela en algunas de las muestras celebratorias que recorren la prensa de esos días. El periódico *El Nacional* recogía dos poemas que mostraban hasta qué punto las representaciones de la revolución estaban todavía ancladas en las figuras poéticas consagradas en la primera etapa revolucionaria, como sucedía con los versos de “Al 25 de Mayo”, de P. Huergo, o asociados al universo retórico que los proscritos habían elaborado fuera de Buenos Aires para denunciar a la “tiranía”, como en el caso del poema de Juan María Gutiérrez, “En un convite de argentinos el 25 de mayo de 1846”.¹⁷

De la lectura de ambos poemas surgían dos alternativas. En Gutiérrez predominaban las imágenes inspiradas en el contexto del pasado reciente, con el tono de tragedia que anticipaba que el pasado amenazaba una vez más con frustrar la finalización del ciclo de las guerras civiles. En Huergo, prevalecían figuras utópicas que auspiciaban un futuro de prosperidad y progreso. Pero ambos anticipaban la encrucijada en la que se hallaba el país en 1852 y la incertidumbre que dominaría el panorama político en los años siguientes. Esas imágenes de un porvenir venturoso y un pasado inmediato siempre amenazante volverían una y otra vez a poblar el discurso político de la década.

En ese panorama, el retorno a 1810 ofrecía la posibilidad de reforzar la idea de un origen común sustentado en acuerdos surgidos desde las instituciones. No casualmente, *El Nacional* del 24 de mayo de 1852 elegía recordar el aniversario de la revolución con la publicación de una serie de documentos surgidos de aquellos acontecimientos.¹⁸ La elección podía interpretarse como una filiación de aquel acto y de aquellas condiciones con el momento que vivía el país a comienzos de 1852. También Urquiza se hallaba interesado en dar señales a las provincias, y sobre todo a Buenos Aires, de su voluntad de respetar los bienes y los hombres, aun de aquellos que habían estado vinculados al gobernador depuesto, de comprometerse al respeto de la religión y las leyes, y de reclamar el reconocimiento de las nuevas autoridades,

17. *El Nacional*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1852, p. 2.

18. Se incluía la “Proclama del Cabildo para la apertura del Congreso General del día 22 de mayo; el Bando del Cabildo del 25 de mayo”, anunciando la creación de una nueva junta de gobierno; el “Bando de la Junta provisional Gubernativa de las provincias del Río de la Plata por el Sr. D. Fernando VII” del 26 de mayo, en el que se reclamaba subordinación al nuevo gobierno y respeto a los españoles peninsulares y al ex virrey, Baltasar Cisneros, y la “Proclama de la Junta provisional Gubernativa del Río de la Plata”, a los habitantes de ella y de las provincias, del 26 de mayo, en la que se daban garantías de respeto de las leyes, de la religión, de las posesiones particulares, y se juraba fidelidad al rey Fernando VII. Finalmente, incluía el decreto del 28 de mayo en el que se comunicaban las normas para la celebración de actos públicos.

que se anunciaban provisorias y, como las de 1810, subordinadas al pueblo y a los gobiernos de las provincias. La homologación de ambos momentos era reforzada en el breve texto que prologaba los documentos transcritos. Allí, tanto el pronunciamiento de Urquiza en 1851 como la derrota de Rosas en Caseros, el 3 de febrero de 1852, quedaban firmemente enlazados a la revolución de 1810. Allí se hallaba el origen de un proceso cargado de sangrientas disputas internas que finalmente habían culminado en 1852:

El grito conmovedor y entusiasta lanzado por la revolución el 25 de Mayo es el eslabón de oro que ha unido esas dos épocas memorables en la historia argentina. La libertad de mayo de 1810 y la de 1852.¹⁹

Ese día, los hijos recibían el legado de sus padres y realizaban la tarea que había quedado pendiente. El sol de Mayo unía dos épocas separadas por la anarquía y luego por el despotismo. Resultaba de ello una genealogía que reivindicaba a los padres fundadores –Manuel Belgrano, José de San Martín y Simón Bolívar–, quienes durante veinte años de gobierno de Rosas habrían sido olvidados: “Veinte años no han podido pronunciarlos vuestros hijos porque una mano de hierro los exterminaba”. La intención era resaltar el cambio de rumbo hasta el absurdo, afirmando que durante el rosismo se había prohibido cualquier recuerdo de los hechos y las glorias del pasado que Urquiza había rehabilitado para colocarse a su misma altura:

¡Gloria imperecedera a los libres que dirigidos por una espada ilustre. Han trozado las cadenas del despotismo, y reconquistado la libertad que aquellos nos legaron!.

Finalmente, quedaba afirmada una periodización de la historia argentina que se iniciaba en 1810, con la revolución; seguía en 1820, como fecha que daba inicio a la anarquía, y 1835, año en el que se concedía la suma del poder público a Rosas y se daba inicio al despotismo. Ese relato pretendía culminar en 1851 y 1852, cuando el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas y la derrota del “tirano” en Caseros señalaban el comienzo de la libertad reconquistada y la organización nacional.

Pocos días después, ese relato comenzó a ser disputado. No tanto por el significado de Mayo, sino sobre todo en dos puntos centrales: la responsabilidad que le cabría a Buenos Aires en la anarquía y el despotismo, y el lugar de Urquiza en la reconquista de la libertad.

No es éste el lugar para analizar los acontecimientos que derivan en la revolución del 11 de septiembre de 1852, por la que Buenos Aires se separó de la Confederación Argentina, pero sí señalar algunos cambios

19. “¡25 de Mayo!”, *El Nacional*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1852, p. 1.

interpretativos que se produjeron inmediatamente después de ese suceso, que tuvieron consecuencias en el modo en el que Buenos Aires reelaboró la relación con su propio pasado.

El conflicto con la Confederación fue la oportunidad para recuperar plenamente los principios y valores que se expresaron durante la revolución de 1810 y que Buenos Aires pretendía encarnar con exclusividad. Fueron esos principios los que se evocaron para legitimar la revolución del 11 de septiembre de 1852. En el manifiesto del 19 de septiembre dirigido a las provincias para justificar la revolución, Bartolomé Mitre elaboró un compendio de historia argentina que desembocaba en ese desenlace fatal.²⁰ En esa versión oficial de los hechos, aprobada por la Legislatura de Buenos Aires, Urquiza era presentado como el responsable de desmembrar la “familia argentina”. Además, en tanto que el líder entrerriano representaba la continuidad de la tiranía rosista, fue recién con la revolución del 11 de septiembre cuando por obra exclusiva de Buenos Aires se puso fin a la tiranía y triunfó la causa de la libertad. Ahora comenzaba la lucha para extenderla al resto de las trece provincias para avanzar en la organización nacional.²¹

En esta reelaboración del relato de los orígenes, Buenos Aires recuperaba para sí el rol de guía del resto de las provincias en el camino de la libertad y la organización nacional. Por otra parte, si éste era el lugar que le correspondía, era fundamentalmente porque representaba la continuidad y la conclusión de la revolución iniciada por la propia Buenos Aires el 25 de mayo de 1810. Así culminaba un proceso que ponía fin a las antiguas frustraciones, cuando las promesas se habían malogrado por la acción de la anarquía y el caudillaje:

La provincia de Buenos Aires se presenta ante el mundo y sus hermanas en la actitud guerrera y decidida que asumió el 25 de mayo de 1810, cuando inauguró el imperio de la democracia y la justicia, y proclamó la rehabilitación de la dignidad del hombre vilipendiado [...] Esta revolución, legítima por sus causas, gloriosa por sus medios, grande por sus fines, vasta por sus resultados, e invencible por los poderosos elementos de que dispone, no es sino la continuación de la inmortal revolución de 1810, que anuda el hilo roto de las tradiciones de la libertad, levantando del suelo sus principios caídos.

20. Citado por José Luis Bustamante, *Memorias sobre la revolución del 11 de septiembre de 1852*, Buenos Aires, Imprenta del Comercio, 1853, p. 231.

21. Contra el caudillo liberticida, decía el documento, se levantaba la heroica provincia de Buenos Aires dispuesta a sucumbir si era necesario, pero “legando antes a sus hermanas el ejemplo de abnegación y del heroísmo, y sepultándose bajo sus escombros [...] antes que dejar caer al polvo el glorioso estandarte de Mayo que ha enarbolado con valentía, para no permitir que sea pisoteado por los caudillos liberticidas”.

Una sucesión de actos sirvieron en ese momento a la reescritura de la historia reciente: ya no era en Caseros sino el 11 de septiembre cuando se ponía fin a la tiranía, a la vez que se restablecían los valores heredados de Mayo de 1810 y se producía la anhelada unidad en torno a aquellos ideales y principios.²² Un año después, la construcción del acontecimiento había finalizado con éxito. Un decreto del Poder Ejecutivo del 4 de octubre de 1853 le dio el nombre de mercado 11 de Septiembre al sitio que hasta entonces era conocido como Mercado del Oeste y que, posteriormente, fue denominado plaza 11 de Septiembre. La fecha remitía a una celebración puramente local, pero inevitablemente tendría consecuencias nacionales, una vez que había desplazado a Urquiza de la gloria de derrocar a Rosas.

Después de Caseros (II): celebrar la unidad contra la(s) tiranía(s)

En los años siguientes, las fiestas mayas estuvieron marcadas por el giro que produjo en la historia porteña la revolución que provocó la secesión de Buenos Aires y su ausencia en el Congreso Nacional, que el 1 de mayo de 1853 aprobó la Constitución.

El primer cambio fue que las fiestas patrias estuvieron más dedicadas a celebrar acuerdos en el interior de una trama política y social local-provincial antes que en el marco de un contexto nacional. El conflicto con Urquiza y la Confederación dejó a las provincias fuera de las alegorías conmemorativas, mientras que las referencias a un horizonte supralocal-provincial se trasladarían a los pueblos americanos o sudamericanos, hermanados en la lucha por la libertad desde mayo de 1810, unificados ellos en una misma gesta que tuvo origen en las ideas, las acciones, los recursos y los hombres de Buenos Aires. No era nuevo ese horizonte americano en las celebraciones patrias. Había estado presente en las fiestas mayas de la primera etapa revolucionaria y durante las guerras de independencia.²³ En tanto la presencia de banderas de las “potencias amigas” instalaba a Buenos Aires en un contexto de naciones, al mismo nivel que ellas y digna de ser reconocida como tal. La alegoría simbolizaba el esfuerzo que la provincia de Buenos Aires venía realizando frente a los principales Estados europeos para obtener su reconocimiento como Estado soberano, disputando ese rango con la

22. Alejandro Eujanian, “Los usos del pasado en la formación de una elite dirigente, Buenos Aires 1852-1861”, tesis doctoral, 2011; Alberto Lettieri, “La guerra de las representaciones: la revolución de 1852 y el imaginario social porteño”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comp.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX*.

23. Pedro Ortemberg (dir.), *El origen de las fiestas patrias*; Juan Carlos Garavaglia, *Construir el Estado, inventar la nación*.

Confederación. Mientras tanto, las banderas de las provincias, presentes en la celebración de 1852, estuvieron ausentes hasta 1860 cuando se renovaron los esfuerzos de reintegrar Buenos Aires a la Confederación.

De todos modos, mientras las referencias cambiaban al ritmo que cambiaban los aliados de Buenos Aires, se cristalizaba un ciclo ritual que ofrecía la oportunidad para poner en escena los ideales que orientaban la causa porteña y los acuerdos que permitirían realizarlos. Por ello, se transformaron en una oportunidad de ofrecer muestras de lealtad al gobierno y a las instituciones por parte de las corporaciones, el Ejército y la Iglesia, como también de la ciudadanía encarnada en los niños patriotas del futuro y en los ciudadanos en armas de la Guardia Nacional en el presente. También ofrecían la oportunidad de reafirmar la oposición al “tirano” Urquiza y a los caudillos provinciales, encarnaciones del “tirano” Rosas en el exilio. Todo servía para evocar, crear, producir el ideal de unanimidad, reforzado y potenciado por la existencia de un enemigo común.

En esas celebraciones, mientras el lujo y la ostentación buscaron producir un efecto de prosperidad y orden, una serie de referencias visuales y sonoras buscaban poner en escena el firme acuerdo que existía entre los poderes civiles, militares y religiosos: el repique de campanas de las iglesias acompañados por las veintiún salvas de los cañones de la fortaleza y los buques apostados en el puerto; la centralidad excluyente que la plaza de la Victoria, rodeada por las principales instituciones del poder público, cívico y religioso; la ceremonia del tedeum en la Catedral;²⁴ la parada del ejército y el desfile, seguido en las primeras celebraciones por la procesión del gobierno hacia la fortaleza. En el centro de ese centro de la festividad patria, la Pirámide de Mayo.²⁵

Monumento a la vez permanente y efímero, por las modificaciones y las ornamentaciones con las que se vestía cada año. Ese era el centro de la celebración, en torno a ella formaba la tropa, los niños de las escuelas entonaban el himno y se colocaban las alegorías que contribuían cada año a fijar el sentido de la celebración. Si algún lugar podía evocar la materialidad del tiempo, uniendo épocas, generaciones, contextos y memorias, esa

24. Pedro Ortemberg, “El tedeum en el ritual político: usos y sentidos de un dispositivo de pactos en la América española y en la revolución de Mayo”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N° 10, 2010, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Instituto de Historia Argentina “Dr. Ricardo Levene”, pp. 199-226.

25. María Lía Munilla Lacasa, “Mayo en Buenos Aires: fiestas cívicas y discurso simbólico en el período revolucionario (1810-1816)”, en Pedro Ortemberg (dir.), *El origen de las fiestas patrias*. Sobre la arquitectura efímera y los monumentos durante el período revolucionario y la década de 1820, véase Fernando Aliata y María Lía Munilla Lacasa (comps.), *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, pp. 85-90; María Lía Munilla Lacasa, *Celebrar y gobernar: un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014.

era la Pirámide de Mayo, el centro del potencial simbólico y político de un poder definido por su carácter revolucionario. Ese era el grado cero de la comunión entre presente-pasado-futuro, en la que el presente era sólo un lugar de tránsito a la unidad definitiva de la nación.

Sólo a modo de ejemplo de los usos de ese centro del dispositivo ceremonial, que Gregorio Aráoz de Lamadrid calificaba en su proclama al ejército en 1853 como “símbolo de nuestras glorias pasadas y esperanzas del porvenir”, podemos ver de qué modo fue adornada la Pirámide cuando Buenos Aires se hallaba sitiada por las fuerzas de Hilario Lagos y la Confederación. Se le incorporaron cuatro estatuas alegóricas, ubicadas en cada uno de sus cuatro frentes; un escudo alegórico en el centro de cada uno de los lados y otro juego de inscripciones en los cuatro ángulos de la baranda que cerraba el monumento. Finalmente, al pie de cada una de las estatuas, podían leerse las inscripciones que articulaban la relación entre el pasado y el presente.²⁶

El conjunto alegórico organizaba un relato del proceso histórico desde 1810 y, al mismo tiempo, una reformulación del significado de la revolución por medio de la arquitectura efímera que se integraba a la Pirámide. Ese relato unía una serie de acontecimientos de carácter puramente local en los que el 25 de mayo de 1810 quedaba integrado a una genealogía patria exclusivamente porteña y americana, que desconocía a las provincias: la revolución de 1810, año de la emancipación civil; la elección, el 11 de abril, de la legislatura que se enfrentó a Urquiza; la revolución de 1852, el 11 de septiembre de 1852, que separó a Buenos Aires del resto de las provincias y del congreso constituyente, y el 9 de julio de 1816, presentado aquí no como símbolo de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata sino de la independencia americana.

Relato provisorio, en el que el carácter efímero y coyuntural de su decoración y de su significado quedaba destacado en la crónica por el contraste que presentaba con la incorporación para esta celebración de un enlozado de la base de la Pirámide en un radio de cinco varas cuadradas, “uniendo así lo útil y duradero a la celebración del presente aniversario”.²⁷

Como ha señalado María Lía Munilla Lacasa, desde 1811 la Pirámide fue objeto de esas intervenciones efímeras, soporte de diversas inscripcio-

26. Al sur: “La Libertad”, con la inscripción “La libertad siempre renace”; en el escudo se leía “25 de Mayo de 1810” y en la baranda la inscripción “La república independiente”. Al norte: “La Esperanza”, con la inscripción “La Esperanza columna del valiente”; en el escudo se leía “11 de abril de 1852” y en la baranda la inscripción “El pueblo triunfante por la ley”. Al este: “La Justicia”, con la inscripción “La justicia nos alimenta”; en el escudo se leía “9 de julio de 1816” y en la baranda la inscripción “La América libre”. Al oeste: “La Fuerza”, con la inscripción “La anarquía al fin perece”; en el escudo se leía “11 de septiembre de 1852” y en la baranda la inscripción “El pueblo triunfante por la fuerza”.

27. *El Nacional*, Buenos Aires, 27 de abril de 1853, p. 2.

nes renovadas en cada ocasión celebratoria y de acuerdo con el contexto específico de cada celebración.²⁸ De todos modos, el carácter más o menos móvil de significados que caracterizaron el uso de la Pirámide no corresponde sólo a las inscripciones o alegorías que se incorporaron año a año, sino también al conjunto de intervenciones de un ritual que, repetido, no era sin embargo igual a sí mismo. Pequeñas modificaciones en ese ritual, así como los contextos en los que se operaba, producían nuevos significados, como podremos observar a continuación a través del contraste entre las fiestas patrias de 1854 y de 1860, lapso en el que la celebración local-provincial muda a un significado nacional con la incorporación de Buenos Aires a la Confederación Argentina.

Celebrar el nacimiento de un Estado libre e independiente

El 23 de mayo de 1854 se juró la Constitución que declaraba a Buenos Aires como un Estado libre e independiente con el pleno uso de su soberanía exterior e interior.²⁹ La celebración de la jura ese día realizaba la operación de incluir ese acto de soberanía que representaba la sanción de la Constitución bonaerense en el ciclo festivo de las fiestas mayas.

Las decoraciones dispuestas para la plaza y la Pirámide expresaron ese nuevo momento del curso que había tomado Buenos Aires desde la revolución del 11 de septiembre. La Pirámide de Mayo fue “vestida lujosamente”, sus rejas cubiertas con bastidores y pinturas de buen “gusto”, trofeos militares y otros adornos alegóricos. Como las del año anterior, las inscripciones reforzaban el significado local de los festejos, pero a la vez tenían la intención de clausurar el significado histórico de los acontecimientos que habían llevado a la separación del Estado y enlazarlo con la revolución de 1810.³⁰ Simbólicamente, se cerraba un círculo en torno al monumento que conformaba

28. Según Munilla Lacasa, en 1856 se fijó un significado estable cuando se la coronó con la estatua de la libertad, como de símbolo de la República Argentina. De todos modos, creemos que es más probable que su significado en 1856 haya estado exclusivamente asociado al Estado de Buenos Aires. Además, las inscripciones y alegorías efímeras siguieron vistiendo la Pirámide durante toda la década. Para un periodo posterior, véase Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana (1887-1936)*, Buenos Aires, UNQ, 2010.

29. Alejandro Eujanian, “La nación, la historia y sus usos en el Estado de Buenos Aires, 1852-1861”, *Anuario IEHS*, N° 27, Tandil, 2012, pp. 57-83.

30. En tanto que el segundo cuerpo presentó “cuatro magníficos cuadros”, con las siguientes inscripciones: “25 de Mayo de 1810, símbolo inmortal del porvenir Americano”; “La Constitución del Estado, es el antemural de las Libertades públicas”; “11 de septiembre de 1852, Buenos Aires reivindica sus derechos”; “El sol de Mayo simboliza la gloria de un mundo y alumbró la libertad de muchos pueblos”.

un relato que unía el presente con el pasado y los ideales en nombre de los que la ciudad luchaba con valores universales.³¹

Las fiestas mayas no han sido este año la simple conmemoración de un gran día histórico. Ellas representan algo más. El gran día de la patria ha sido celebrado con nuevos hechos que pasarán a la historia con los hechos sucedidos el 25 de Mayo de 1810, y que complementan dignamente la obra que en él iniciaron nuestros padres en la plaza donde ahora cuarenta y cuatro años el pueblo de Buenos Aires se reunió por la primera vez a usar de sus derechos, y donde ahora cuatro días juraba la Constitución porque ha combatido y padecido durante aquel período.³²

Al mismo tiempo, ese año se terminó de afirmar un protocolo festivo del que el poder público fue el único responsable, en un intento por clausurar también los usos políticos de ese pasado. Para ello, elaboró un dispositivo cerrado y reglamentado en un programa riguroso, confeccionado por una comisión organizadora, que consignaba hasta los más mínimos detalles para la jura de la constitución y las fiestas mayas que se extendieron del 22 al 26 de mayo. En aquel programa oficial, el único momento en que se mencionaba la participación del pueblo con cierta autonomía es cuando establecía que en el amanecer del 25 de mayo se ejecutarían veintidós cañonazos, cohetes y repiquetear general de campanas “y toda clase de demostraciones de regocijo y entusiasmo que el pueblo quiera tributar al astro hermoso que simbolizan las glorias de la Patria”.³³

Para la política que venía llevando adelante Buenos Aires durante el gobierno de Pastor Obligado, la Constitución, pero sobre todo su jura, se convirtió en un acontecimiento central. Un año antes, había sido sancionada la Constitución Nacional, el 1 de mayo de 1853, y promulgada el 25 de mayo del mismo año por Justo José de Urquiza, director supremo de la Confederación. Mientras que el 9 de julio, el día de la independencia, fue la fecha elegida para la jura por el pueblo de todas las provincias. En esa ocasión la fórmula elegida para la jura fue la siguiente: “Nosotros, ciudadanos argentinos, que formamos parte de la provincia de ..., juramos por la Santa Cruz en que se inmoló el Redentor del Mundo, respetar, obedecer y defender la Constitución política de la Confederación Argentina, sancionada por el Congreso General Constituyente, en 1 de mayo de 1853”. Así, interpelando a individuos-ciudadanos –antes que a una multitud indefinida, como sucedía

31. *El Nacional*, Buenos Aires, 22 y 25 de mayo de 1854.

32. *El Nacional*, Buenos Aires, 27 de mayo de 1854, p. 2.

33. Departamento de Policía, Programa, *El Nacional*, Buenos Aires, 22 de mayo de 1854, p. 3.

en las ceremonias de jura durante la colonia—³⁴ la promulgación y la jura de la Constitución quedaron simbólicamente asociadas a dos fechas centrales del calendario cívico de la Confederación Argentina. Tal calendario cívico, junto a otras efemérides, conmemoraciones, homenajes y símbolos, estuvo en disputa con Buenos Aires durante toda la década. Un año después, se juró la Constitución del Estado de Buenos Aires y, si bien se eligió como fecha para la jura el 23 de mayo, quedó incluida en el ciclo festivo de la fiesta patria del 25 de mayo de 1854.

Pero en su caso, el protocolo para la jura mostraba más claros signos de continuidad con el período monárquico que el utilizado por el gobierno de la Confederación. La jura de la Constitución del Estado de Buenos Aires, el 23 de mayo de 1854, por su forma y su contenido, recuperaba las juras monárquicas ancladas en las tradiciones hispánicas conservadas en los protocolos utilizados para garantizar la fidelidad de las corporaciones y de los ciudadanos al nuevo Estado que acaba de surgir en América del Sur, por voluntad de los representantes del pueblo. Tan similar era el protocolo que un buen observador como Juan Manuel Beruti, que había estado presente en la jura que se celebró en 1808 en Buenos Aires en nombre de Fernando VII, asimilaba el rol ceremonial que representaba el gobernador Pastor Obligado con el que antes desempeñaba el alférez real, reemplazando el pendón real que portaba en representación del rey por la bandera que representaba a la patria de Buenos Aires.³⁵

También el acto de arrojar monedas de plata al pueblo reunido alrededor del tablado era una continuidad con aquella tradición colonial. El lanzamiento de monedas o medallas conmemorativas de oro y plata era más que un modo de satisfacer los apetitos materiales de la multitud y de exteriorizar la generosidad de sus autoridades.³⁶ Era señal también de prosperidad y un acto de reciprocidad a cambio del cual el poder político reclama adhesión, obediencia, lealtad y orden. Las leyendas acuñadas sellaban, como un acta, la celebración de ese día y lo que en él se había jurado. Eran, por lo tanto,

34. Pedro Ortemberg, “Soberanía, guerra y calendarios. Festejos cívicos en Lima desde la crisis monárquica hasta los años posteriores a Ayacucho”, en Pedro Ortemberg (dir.), *El origen de las fiestas patrias*, pp. 109 ss.

35. “Hizo las funciones de alférez real del estado [...] puesto en el medio del tablado, con una bandera celeste y blanca de la patria bordada de oro, que regaló al 1º batallón de nacionales a su comandante don Justo Obligado para la defensa del sitio que pusieron los rebeldes”, Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*, p. 4138.

36. En una de esas medallas se podía leer en el frente: “Fuerte y Unido - Jura de la Constitución Política” con la alegoría de laureles entrelazados y en su centro una mano portando el texto constitucional; en tanto que en el reverso, la imagen de un toro viril, expresión de la fortaleza de su posición y de su resistencia, y alrededor la inscripción: “En 23 de mayo de 1854 - El Estado de Buenos Aires”.

un recuerdo del compromiso asumido por las autoridades, las corporaciones, el ejército y el pueblo. Del mismo modo como los homenajes a los héroes de la reconquista y de la independencia, cumplía la doble función de fortalecer lazos con el pasado y mostrar, a los guerreros del presente, que en el futuro ellos serían también reconocidos y sus familias, hijas y viudas, serían oportunamente sostenidas por el Estado. En retribución por su lealtad a la causa, eran premiados en términos materiales y simbólicos en reconocimiento por los servicios prestados.

Asimismo, al igual que en el período monárquico, la jura de la Constitución del Estado de Buenos Aires se realizó en varias etapas, con el objetivo de abarcar todo el espacio de la provincia, cada una de las corporaciones y garantizar la adhesión de hasta el último de los ciudadanos. Constitución republicana que remitía a un orden corporativo y jerárquico antes que a un pueblo formado por individuos ciudadanos libres e iguales entre sí.

Se promulgó el 18 de abril a las doce del mediodía, con la presencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas del Estado, que la juraron el 18 de mayo, en cumplimiento del artículo 142, según el cual todo empleado del Estado estaba obligado a jurar observarla y sostenerla.³⁷ Primero prestó juramento el gobierno en manos del presidente del Senado del Clero, que juró a su vez ante el gobierno para luego tomar juramento de todos los miembros del clero. En los días siguientes se siguió un procedimiento similar para tomar juramento a los funcionarios y empleados civiles del Estado, y a los miembros del ejército. En todos los casos, se debía notificar al gobierno que el juramento se había realizado y se labraría un acta, así el gobierno se garantizaba formal y simbólicamente que la obligación de obedecer y defender la Constitución había sido tomada por cada una de las corporaciones y el personal del Estado. Finalmente, el pueblo juró la Constitución el 23 de mayo. El escribano mayor de Gobierno levantó un acta para dar fe del juramento, firmada por todos los miembros del gobierno en tanto representantes del pueblo, “protocolizándose todo”. Lo mismo se hizo en todos los partidos de la campaña mediante actos presididos por los jueces de paz, “con toda la pompa posible”, y labrándose un acta en cada caso.

En todos los casos la fórmula del juramento fue la siguiente: “«Por Dios Nuestro Señor, ¿juráis observar fiel y eternamente, y sostener y defender de todos modos, y con todos vuestros medios, la presente Constitución política del Estado de Buenos Aires?»». El Pueblo responde: «Sí Juro. Que Dios y la Patria os ayuden si este juramento cívico cumpliéseis; y os lo demanden

37. *Registro Oficial de la provincia de Buenos Aires*, Libro XXXIII, 1854, Buenos Aires, Imprenta de El Orden, 1856, abril 12 de 1854, p. 47; *Registro Oficial*, ídem, 1 de mayo de 1854, p. 49.

si lo quebrantaseis»³⁸. De este modo, toda la organización piramidal y jerárquica del estado provincial y de la sociedad realizó el juramento, de las autoridades a sus subordinados, de modo sucesivo y desde la ciudad hacia la campaña, espacio en el que las autoridades de Buenos Aires gozaban de menos legitimidad.

Esa continuidad con las formas monárquicas se combinaba con las características propias de las fiestas cívicas que, como hemos dicho, buscaban afirmar la adhesión y la fidelidad del pueblo y las corporaciones, al tiempo que producía un efecto de continuidad ritual entre la jura y la celebración de un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo. Para José Luis Bustamante, cronista porteño de los principales acontecimientos de la primera mitad de la década de 1850, la jura “contribuyó poderosamente a moralizar el espíritu público ofreciendo una nueva garantía de orden y estabilidad general”.³⁹ Al menos, la puesta en escena así pretendía representarlo mediante la instalación de un tablado en el que junto al gobernador-alférez real se hallaban “las primeras autoridades eclesiásticas, civil, militar y ministros y cónsules extranjeros”, mientras que bajo el tablado, “con sus cuatro frentes embalaustrados”, los niños de las escuelas cantaron la canción patriótica al pie de la Pirámide, “acompañados de una orquesta de música completa, en una plaza toda cubierta por el pueblo así como las azoteas y balcones y ventanas a su alrededor”, en tanto que las tropas de línea de infantería, caballería, artillería y los seis batallones de guardia nacionales cubrían los cuatro frentes de la plaza.⁴⁰

Al mismo tiempo, Bustamante resaltó la importancia del efecto producido al incluir la jura de la Constitución al ciclo festivo de la patria:

La solemnidad de todos aquellos actos, su inmensa importancia en uno de los aniversarios de la gloriosa Revolución de Mayo, les dieron un esplendor y brillo de la más grande importancia; y los triunfos que Buenos Aires ha alcanzado sobre el caudillaje completaban lo grandioso del espectáculo que reasumía, las tradiciones de tantas glorias y de tan preciosos principios proclamados desde 1810.⁴¹

No había duda de que los nuevos hechos le conferían un nuevo significado a la revolución respecto del que le había sido asignado en las dos celebraciones posteriores al derrocamiento del gobierno de Rosas. La jura de la Constitución del Estado de Buenos Aires el 23 de mayo y la instauración de la primera

38. Departamento de Gobierno, “Buenos Aires, 1º de mayo de 1854”, *Registro Oficial*, ídem, pp. 51-52. Sobre la ceremonia, “Acuerdo”, *Registro Oficial*, ídem, pp. 52-53.

39. José Luis Bustamante, *Bosquejo de la historia civil...*, p. 319.

40. Juan Manuel Beruti, *Memorias curiosas*, p. 4138.

41. José Luis Bustamante, *Bosquejo de la historia civil...*, p. 319.

legislatura constitucional se elevaban al rango de acontecimientos que se filiaban en Mayo de 1810, al tiempo que se los colocaba a su misma altura, como complemento de la obra iniciada cuarenta y cuatro años antes. Ambos acontecimientos, orientados hacia el porvenir y convertidos en registros de la memoria histórica de los porteños, “que desde hoy simbolizará recuerdos de esos que nunca mueren en la memoria de los hombres”.⁴²

El periódico *El Nacional* reiteraba así la idea de que Buenos Aires era a la vez punto de partida y punto de llegada para la nación. Ejemplo y guía. Heredera y ejecutora de un legado. Única que legítimamente podía hacerse y reinventarse a sí misma, apelando a ese legado de libertad. En cuanto a las provincias, desconocía cualquier acción que a favor de esa libertad los pueblos hubiesen realizado desde 1810, que les otorgara el derecho a reclamar parte de ese legado y hablar en su nombre. Condenados, al menos en Buenos Aires, a ser eternos enemigos y obstáculos contra la realización de esa idea de libertad, parecía haberse olvidado rápidamente que Buenos Aires, contra las aspiraciones de la mayoría de las provincias, había sido el sostén del “tirano” Rosas, que se había opuesto a la organización constitucional de la Confederación Argentina.

A continuación, *El Nacional* recorría los episodios que habían jalonado ese lugar central que Buenos Aires tenía en la historia: era allí donde se habían roto las cadenas de la esclavitud, donde los caudillos habían sido vencidos, donde encontró asilo la libertad; donde se tributa culto a la verdad, a la justicia, a la inteligencia, a la virtud:

Aquí la ley es una verdad, aquí la libertad no es una mentira, aquí la igualdad no es una utopía, aquí la justicia no es una palabra, aquí el pueblo es una entidad tal como debe serlo bajo el régimen de la democracia pacífica.⁴³

A cada uno de esos logros que se atribuía en la historia, e incluso a las virtudes y realizaciones que se asignaba en el presente respecto del resto

42. En un sentido similar, *El Nacional* (Buenos Aires, 27 de mayo de 1854, p. 2) homologaba ambos acontecimientos: “En Mayo de 1810 el pueblo de Buenos Aires se levantó reivindicando sus derechos desconocidos, y dando el primer paso en el sentido de la democracia y del gobierno representativo. En Mayo de 1854 el pueblo de Buenos Aires ha jurado el Código de sus derechos, dejando consignados en él los dogmas del sistema representativo”. También resaltaba el carácter local de ambos acontecimientos: “En Mayo de 1810 el pueblo de Buenos Aires era el único que con la bandera alta y el corazón tranquilo proclamaba los grandes principios que forman el decálogo de los pueblos libres. En Mayo de 1854 el pueblo de Buenos Aires en la República Argentina es el único que los sostiene, el único que los pone en práctica, el único que fiel a las tradiciones de Mayo se postra de rodillas ante el ara de la ley, libre para siempre de caudillos liberticidas. Los principios de Mayo se han salvado en Buenos Aires”.

43. *El Nacional*, Buenos Aires, 27 de mayo de 1854, p. 2.

de las provincias que se acababan de organizar constitucionalmente, podían formularse objeciones, matices e, incluso, impugnaciones severas. Aun así, funcionaban como una respuesta de la ciudad ofendida en su honor por las condiciones impuestas por el caudillo entrerriano, al tiempo que se afirmaba en su excepcionalidad de Buenos Aires y su derecho a dirigir al resto de las provincias. Una convicción compartida desde mucho antes por rosistas y proscriptos, respecto del lugar que le correspondía a la ex capital del virreinato del Río de la Plata. En torno al consenso en esa creencia se forjarían las elites políticas porteñas en los años siguientes.

Por otra parte, esa convicción compartida encerraba la certeza respecto de otro resultado fatal de la historia. En ese mismo centro se completaría la revolución nacional que en 1810 se realizó por la espada y ahora se realizaría por las ideas y por los intereses materiales que las sustentaban. También, descansaba en la convicción de que las provincias intentaban en vano organizar una nación imposible, bajo influencia de un caudillo incapaz movido por intereses personales. En contraposición, Buenos Aires se presentaba como una alternativa de organización que no descansaba en la autoridad de un caudillo sino en instituciones que contaban con el apoyo de las corporaciones y el pueblo:

Aquí están los principios de Mayo, aquí está el reino de la ley, aquí está la unión nacional fundada en la conveniencia legítima, que no pretende imponerse a balazos pero que triunfará al fin por la fuerza irresistible de los acontecimientos.⁴⁴

En ese momento, la corriente destinada a imponer pacíficamente la hegemonía porteña sobre la nación venía siendo orientada por Pastor Obligado, que el mismo 27 de mayo había sido nombrado primer gobernador constitucional. La aprobación de su nominación, por 52 de los 54 presentes, simbolizaba la unanimidad con la que Buenos Aires hacía frente a la Confederación Argentina.

Celebrar el cincuentenario: la nación regenerada

Seis años después de aquellas celebraciones en las que Buenos Aires se instituyó como Estado libre e independiente, el cincuentenario ofreció un contexto diferente para las fiestas mayas. La derrota en la batalla de Cepeda, el Acuerdo de San José de Flores y la reforma de la Constitución Nacional por la comisión ad hoc habían allanado provisoriamente el camino para la

44. *Ibídem.*

unificación. Aun así, la sensación de indefinición entre las aspiraciones de unificación y la sospecha de que esas condiciones no estaban dadas, al menos en ese momento, se percibía en la prensa que retrataba los festejos. Mientras las notas referidas al 25 de mayo rendían tributo a los beneficios de la paz, las que se referían a la política denuncian hasta los más inverosímiles obstáculos que el gobierno de la Confederación habría puesto para que ella se confirmara, mientras una misión a cargo de Dalmacio Vélez Sarsfield partía a Paraná, en el vapor *25 de Mayo*, para limar los detalles de la integración.⁴⁵

A pesar de ello, la celebración del 25 de mayo dejaba de lado parcialmente las referencias locales para privilegiar un significado nacional que, si bien no era nuevo, en los años previos había sido asimilado a una patria restringida a la provincia de Buenos Aires:

El 25 de Mayo es el Símbolo Santo de nuestra nacionalidad argentina. Ayer nomás, y durante 40 años, cuando la República se hallaba desgarrada y dividida, cuando la guerra civil desgarraba a torrentes sangre argentina, los combatientes detenían un momento, las armas caían de sus manos para fraternizar, para inclinar la frente reverenciando los rayos de ese sol que aparecía en los cielos para recordarnos que éramos hermanos.⁴⁶

Unos años antes, cuando Buenos Aires estaba sitiada por las fuerzas de Lagos y la Confederación, había fracasado la propuesta de Urquiza de suspender las hostilidades mientras se celebraban los festejos de mayo. Ahora, en cambio, se celebraba la fraternidad entre las provincias, basada en un nuevo pacto de comunión en torno a glorias, hechos heroicos y recuerdos compartidos en los que descansaban las esperanzas del porvenir. Esa fraternidad estaba basada en una historia compartida, que se remontaba al nacimiento de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con sus glorias, sus heroicos recuerdos y esperanzas de porvenir. De este modo, la celebración cumplía ahora una nueva función que desplazaba el significado local que había tenido en los años previos para adquirir un sentido nacional. La revolución y la gesta de la independencia brindaban un ejemplo de unidad al evocar los orígenes de una patria cuyos contornos se habían extendido hasta incorporar a las catorce provincias:

45. Un ejemplo era la discusión que *El Nacional* alentaba respecto de si se trataba de una reincorporación de Buenos Aires a la Confederación, como la denominaba el gobierno de Paraná, o de una incorporación, como pretendía Buenos Aires. *El Nacional*, "Incorporación o reincorporación", Buenos Aires, 24 de mayo de 1860, p. 2.

46. "El 25 de mayo", *El Nacional*, 25 de mayo de 1860, p. 2. Evidentemente habían quedado atrás las acusaciones a Urquiza de mayo de 1853. En aquella ocasión, había declarado un cese de hostilidades durante los festejos que, según los porteños, fue utilizado para hacer estallar una bomba en una de las casas más antiguas e ilustres de la ciudad.

La religión de la patria, como la religión del crucificado tiene su culto, sus altares y sus fiestas para que en ellas el pueblo con espíritu reverente se postre ante los recuerdos y los hechos que consagra su culto, para inspirarse en ellos, fortalecer su fe, y volver al penoso camino con nuevas fuerzas.⁴⁷

La evocación del pasado ya no interpelaba a corporaciones y ciudadanos reclamando fidelidad a un poder local sino que adquiría un sentido regenerativo de lo que se había roto, que no había tenido en los años anteriores. En esta ocasión, se trataba de congregar a los pueblos que transitoriamente se habían separado, antes que a ciudadanos fieles a un poder local. En esta nueva religión cívica de un aniversario reparador de viejas heridas, el sol de mayo se presentaba como el dios de los hebreos que guió a su pueblo a través del desierto hasta llegar al lugar en el que debían erigir su templo, y ya no el Dios que castigó sus desvíos por haber adorado al becerro de oro.

Para que la fiesta patria realizara su función regeneradora de la nación de manera exitosa, no alcanzaba con el recuerdo de glorias comunes de un pasado compartido durante la guerra de la independencia sino que era preciso el olvido de las pasiones, que habían dividido a las provincias en el pasado reciente: “Pidamos al sol de Mayo con su luz las sombras de nuestra mente, que la depare [sic] de las malas pasiones” y que inspire “a la Patria Argentina en la unidad en que nació”.⁴⁸

Finalmente, la celebración del 25 de mayo permitía representar la simultaneidad en el tiempo de la celebración en un espacio unificado por la nación. Saludamos, decía *El Nacional*, a nuestros hermanos desde el Plata hasta Jujuy con quienes nos unen “creencias en un mismo acto de adoración y de fe”. Esa sincronía, en un mismo acto, otorgaba a la celebración un sentido adicional, promovido por la conciencia de que en todas las provincias se conmemoraba el 25 de mayo como un acontecimiento fundador de esa unidad, que se realizaba simbólicamente al mismo tiempo en cada una de ellas: “¡Salud al 25 de Mayo de 1810! ¡Salud al 25 de Mayo de 1860! ¡Salud y gloria a las Provincias Unidas del Río de la Plata!”⁴⁹

En el cincuentenario, los festejos reprodujeron las formas y los protocolos que se habían consolidado en los años previos, pero para producir un significado nuevo. Las diferencias se hallaban en la arquitectura efímera, las inscripciones, las alegorías y las decoraciones que se habían dispuesto para ese año. La Pirámide se había adornado con las banderas de las naciones amigas intercaladas por las nacionales. En el balcón de la sala municipal

47. *Ibidem*.

48. *Ibidem*.

49. *Ibidem*.

se colocó el “Escudo de la Patria”, rodeado de las banderas de las catorce provincias, con la nacional en el centro. El conjunto alegórico producía un efecto de simetría al poner a todas las provincias en posición de igualdad, unidas y presididas por la nación.

Sin embargo, otras alegorías brindaban una imagen más dudosa respecto del futuro de la relación con las provincias. Una de ellas era el carro conducido por tres jóvenes que representaban la Libertad, América y la Anarquía: la revolución, la independencia y las guerras civiles, de las que se hacía responsable a las provincias y sus caudillos. Alegoría que reproducía un relato sobre el proceso histórico posrevolucionario que, con matices, tenía un amplio consenso en Buenos Aires. La otra era la arquitectura realizada para los fuegos artificiales, que representaba una fortaleza –Buenos Aires– asediada por fuegos de artillería y descargas de fusilería, en referencia a una ciudad que resistía heroicamente a un ejército invasor. Finalmente, la formación militar de ese año alrededor de la plaza, con sus ocho mil hombres y veintidós piezas de cañones, cohetes y obuses, ofrecía una imagen paradójicamente más beligerante que en los años anteriores. Sin duda una demostración de fuerza, que enviaba el mensaje de que la provincia no había quedado herida tras la derrota en los campos de Cepeda en 1859 y conservaba sus fuerzas intactas para enfrentar una vez más a la Confederación.

¿Cuál de estas imágenes iba a prevalecer: la de unas fiestas que celebraban la fraternidad de las provincias y conservaba las esperanzas “de verlas pronto unidas bajo una ley común” o, en cambio, la de las mutuas desconfianzas que conducirían inevitablemente a un nuevo enfrentamiento? Sin duda, ambas. En el corto plazo, se reiniciaron los conflictos que desembocaron en la batalla de Pavón. En el mediano plazo, se realizó la definitiva unificación nacional con la hegemonía de Buenos Aires.

Reflexiones finales

A lo largo de casi una década, podemos observar los cambios que se fueron operando en las fiestas mayas, acorde a la lectura que de la situación externa e interna realizaban las autoridades, que cada vez más impusieron su monopolio en el universo ceremonial y simbólico. Sin embargo, ello no significa que las celebraciones ofrecieran una representación homogénea del pasado, el presente y el futuro de la provincia y de la nación. Las tensiones, las ambigüedades y las incertidumbres salieron siempre a la luz, más allá del sentido que se pretendiese fijar cada año para las celebraciones.

En ellas, anualmente se renovaba el pacto entre el gobierno, las elites y las corporaciones, mientras que el pueblo era representado como un espectador al que se destinaban las celebraciones. En este aspecto, podemos

observar la continuidad con el período hispánico. Compartían con aquellas celebraciones cívico-religiosas un protocolo, que reflejaba una concepción corporativa y jerárquica de la sociedad y del poder político. Expresión de las contradicciones que planteaba en una república en la que se pregona la libertad y la igualdad de los ciudadanos, un ritual festivo que en la puesta en escena dejaba muy expuestas las jerarquías sociales. El estudio de la jura de la Constitución nos permitió observar esas continuidades en un acto destinado al reconocimiento de la autoridad, y a garantizar fidelidad y también obediencia al nuevo orden. En otros aspectos, las fiestas de la década de 1850 tomaron como modelo las de la etapa revolucionaria y, sobre todo, como en otras cuestiones, el ideal rivadaviano de las celebraciones de la década de 1820 porque, además de los objetivos políticos, las fiestas eran una ocasión para celebrar la civilización y el progreso.

Con el tiempo, los rasgos más localistas, asentados en el recuerdo de la revolución del 11 de septiembre de 1852, quedarían lentamente desplazados por referencias nacionales. Sobre todo a partir de 1861, cuando deban ceder su protagonismo frente a otros acontecimientos más asociados a la dimensión nacional de Buenos Aires que a sus reacciones localistas. De todos modos, era el pueblo de Buenos Aires el protagonista excluyente de ambos acontecimientos. Aun más, ahora sí los principales actores de ese desenlace podían presentarse como dignos hijos de los padres fundadores de la patria, ya no sólo como quienes estaban destinados a seguir el camino que aquellos habían alumbrado para el porvenir sino también a realizarlo en el mismo lugar.

¿En qué medida el hecho de que se impusiera esa interpretación de la historia nacional condicionó a veces, legitimó otras, le otorgó verosimilitud y conformó el horizonte de expectativas de los proyectos de desarrollo que se impulsaron desde el poder central, a partir de la segunda mitad del siglo XIX? Tanto la pregunta como la respuesta previsible que ella misma anticipa orientan este estudio, centrado en un período clave en la producción de imágenes, figuras, representaciones y argumentos en la construcción del relato histórico que fue consolidándose y tornándose hegemónico en los años siguientes. Por otra parte, este estudio descansa en una de las pocas certezas que respecto de la relación pasado-presente-futuro estoy en condiciones de sostener: la convicción de que la construcción de la cultura histórica de los pueblos, de las formas que asumen sus representaciones del pasado, si no determinan fatalmente su presente y su futuro, sí condicionan las probabilidades de imaginar y dotar de legitimidad a otros proyectos de los que deriven otros futuros posibles.

Arte, política y representaciones del pasado: la Comisión Nacional de Festejos del Centenario de la Revolución de Mayo

Antonio F. Bozzo

Universidad Nacional de Rosario

I

Los monumentos, como artefactos para la conmemoración de hechos y personalidades destacadas, tienen una larga tradición en Occidente. Como han señalado algunas investigaciones,¹ la conmemoración encubre algún interés presente vinculado a los usos del pasado, por lo que justifica un análisis sobre sus condiciones de producción. Del hecho de construir monumentos se pueden deducir diversas intenciones. Hay evidencias sobre esto: la Revolución Francesa introdujo cambios en este sentido, aunque no sin vicisitudes a lo largo del siglo XIX y principios XX. Dentro de ese período, dejó de considerarse objeto de conmemoración a los representantes monárquicos, imperiales o monásticos, para evocar héroes o acontecimientos vinculados con el advenimiento de los regímenes republicanos. Esto tuvo su correlato en el inicio de la nación en la Argentina, cuando el Cabildo decidió conmemorar el primer aniversario de la revolución, erigiendo en la plaza ante el Cabildo la Pirámide de Mayo.²

Sin embargo, en la Argentina, esto no se volvió una tradición. Desde la Revolución de Mayo hasta el festejo de su Centenario, la predilección por erigir monumentos en conmemoración de los hechos y los héroes que hicieron a la República tuvo su auge recién a partir de 1880. Este interés proviene especialmente desde el Estado, a partir del reconocimiento de la función valorativa que el arte público orientado a la representación de lo nacional, podía ejercer sobre el imaginario social. En el caso de la ciudad de

1. Maurice Agulhon, *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto Mora, 1994.

2. Marina Aguerre, "Buenos Aires y sus monumentos: la presencia francesa", en Margarita Gutman y Thomas Reese (comps.), *Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 143.

Buenos Aires, durante la intendencia de Torcuato de Alvear y su secretario de Obras Públicas, el arquitecto Juan Antonio Buschiazzo y el director de Paseos Eugene Curtois “se dedicaron especialmente a diseñar paseos públicos donde se incorporaron monumentos y diseños artísticos destinados no sólo a embellecer parques y plazas sino, también, a educar con un sentido de nacionalidad y de culto a los héroes y los hechos históricos a las nuevas generaciones. Se presenta así la escultura como un proceso pedagógico”.³

Desde el Estado Nacional, por el advenimiento del centenario de la revolución, los festejos comenzaron a programarse con antelación. En junio de 1906, por iniciativa del Poder Ejecutivo, se creó una comisión con el objetivo de planificar los festejos del Centenario. Constituida por 172 miembros de procedencia nacional y extranjera, presidida por José E. Uriburu y por Carlos Pellegrini, esta comisión no pudo prolongar en el tiempo su accionar, debido fundamentalmente a la carencia de un marco legal y de un presupuesto que le permitiera llevar adelante los proyectos concernientes a los festejos.⁴

Ante esta situación y ante la evidente preocupación por el destino de los festejos y un desenlace exitoso de los mismos, José Figueroa Alcorta elevó al Congreso un proyecto de ley para la creación de una Comisión Nacional de los Festejos del Centenario (CN) hacia agosto de 1908; pero debido al retraso en su aprobación por la cámara el 19 de febrero de 1909, por decreto presidencial y con el número 6.286, se hace ley su creación.

En la ley 6.286 se establece el accionar de la Comisión. Se detalla su composición, organización y funcionamiento, la nominación de los monumentos a erigir, la construcción de escuelas, la expropiación y/o adquisición de bienes o inmuebles para el patrimonio nacional, publicaciones y reediciones de documentos históricos, congresos internacionales, etc.⁵ También se puede deducir de dicha ley la injerencia que el Poder Ejecutivo tuvo sobre la Comisión a través de las vicisitudes de su aprobación, del decreto que determinó su integración, por la designación del presidente –que, “para no verla expuesta, como en casos anteriores, á la falta de una dirección principal”– ejerció el ministro del Interior Marco Avellaneda y, finalmente, por la instalación de su Secretaría en las dependencias de ese ministerio, para que tuviese un contacto inmediato con el presidente Figueroa Alcorta.⁶

3. AA.VV., *Monumentos y obras de arte en el espacio público de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura, 2005, p. 13.

4. *Memoria de la Comisión del Centenario al Poder Ejecutivo*, Buenos Aires, Coni Hnos., 1910, p. 17.

5. “Ley 6.286 sobre la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo”, en *Memoria de la Comisión...*, pp. 189-194.

6. *Memoria de la Comisión...*, pp. 19-20.

Esta identificación de la Comisión y la de sus miembros con el gobierno no pasó desapercibida para los contemporáneos. No sólo por ser una comisión de Estado, lo cual la puso en el mismo orden de críticas de las cuales había sido objeto el gobierno de Figueroa Alcorta, sino también por la significación de la conmemoración y su legitimidad en las decisiones a tomar, sobre temas en los que estaba involucrada, de distintos modos, la comunidad política que se había forjado desde 1810 hasta el momento.

En este sentido, la Comisión, en su memoria presentada al Poder Ejecutivo, en el apartado “Consideraciones finales”, firmado por Manuel J. Güiraldes y el secretario David Peña, y a la hora de hacer un balance de la labor desempeñada, destaca los momentos de descontento y resistencias vividos, cruzados por intrigas y conspiraciones:

No nos corresponde a nosotros mismos [...] formular una apreciación acerca del desempeño de la labor que nos ha sido confiada. Pero sí se nos debe permitir que sinteticemos los recuerdos e impresiones [...] Había en el ambiente, desde que se iniciaron los trabajos de esta Comisión, algo como la oculta confabulación del pesimismo y del descreimiento, en que se veía hasta la colaboración de la quietud conservadora [...] Si ésta era la situación de los espíritus capaces, de las clases lúcidas, de los seres pensantes, ¡que extraño que los otros, eso otros á que alude Renán y que forman la capa más espesa de la tierra, fueron proyectando oscuras y torpes represalias, hasta creer que podrían impedir la realización del Centenario! Nubes amenazadoras aumentaban de día en día el presagio de una tormenta social de trascendencia [...] Algunas hojas periódicas no se daban cuenta, sin duda, del peligro que importaba para todos, aun para la nacionalidad, el publicar artículos que nuestro archivo guarda. Y así creció la extraña guerra á la conmemoración del Centenario y por consiguiente á la tarea encomendada á esta Comisión. La resistencia se condensó en el proyecto de una huelga general [...] Día hubo, señor, en que nos mirábamos las caras preguntándonos con una ansiedad llena de sentimientos complejos de indignación y de tristeza y sin hallar el verbo que los expresara, si sería cierto que nos iba faltando el derecho de considerarnos dueños de nuestra propia heredad.

Bajo esas luchas de la divinidad misma de argentinos soportamos las más increíbles inquietudes, algunas causadas hasta por la aseveración estampada en diarios honrados de que no poseía esta Comisión la prudencia necesaria para el manejo de los dineros públicos...

La juventud tuvo el instinto de la enormidad del peligro y la generosidad de los primeros movimientos, generadores de las medidas sobre el estado de sitio y más tarde de la ley de orden social adoptadas por los poderes públicos.

La conmemoración ha pasado y la crónica prolija vendrá á certificar la grandeza extraordinaria de las fiestas.⁷

De la lectura de estos párrafos no sólo puede deducirse quiénes y cuáles fueron algunos de los motivos de la resistencia o la llamada “guerra a la conmemoración del Centenario”, sino también las valoraciones de los agentes del conflicto, las estrategias de control y lo que representan en el escenario político y social de la Argentina en 1910.

En una primera interpretación sobre las impresiones expresadas en la cita, se puede reconocer en la falta de apoyo los impedimentos, la incredulidad por parte de la elite política o intelectual de las acusaciones periodísticas por malversación de fondos,⁸ del conflicto político y social con los sectores obreros, es decir, las vivencias que motivaron las incertidumbres sobre el cumplimiento de la ley 6.286.

Esas impresiones no carecían de fundamentos y de consenso. En diversos testimonios de la época, se puede verificar que la decisión de gastar dinero de la nación para enarbolar monumentos aparecía ante la opinión pública, e incluso ante los miembros de otras reparticiones del Estado, como una medida que no se ajustaba a las necesidades que la nación tenía para esos años. Éste sería el caso de Osvaldo Magnasco, quien desde *El Monitor de la Educación* cuestionaba tales decisiones:

Acaso habría sido más conforme al patriotismo reflexivo, una celebración de nuestras fiestas seculares aplicando la totalidad del dinero en ellas invertidas en la solución del grave problema de nuestro grueso analfabetismo. El espíritu glorioso de nuestros próceres no habría, sin duda, echado de menos la estatua o el monumento conmemorativo, si los millones erogados hubiesen sido exclusivamente puestos en la premiosa obra de la fundación de las escuelas primarias [...] y en la más adecuada preparación del maestro.⁹

Por su parte, los anarquistas a través de una de sus publicaciones periódicas también hicieron objeto de críticas a la CN:

La comisión del centenario —con plata nuestra, con plata que es de todos, con plata que no es de Figueroa— contrató con la fábrica de cajas

7. *Memoria de la Comisión...*, pp. 125-126.

8. Las respuestas a tales acusaciones se pueden deducir a lo largo del informe de lo actuado por la Comisión, ya que recurrentemente se menciona que los gastos efectuados para la realización de los eventos fueron hechos, según lo marca la ley: “Por esto se señalan los procedimientos...”, *Memoria de la Comisión...*, p. 8.

9. Osvaldo Magnasco, “El centenario y los analfabetos”, *El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, Consejo Nacional de Educación, 1910, p. 312.

establecida en la calle Cangallo 3637, cien mil cuadritos de cartón, imitando a madera, con oleografías de los próceres de la revolución de Mayo, a sesenta centavos cada uno, para distribuirlos gratuitamente entre los niños de las escuelas [...] Pero lo que está mal, rematadamente mal, es que los cuadros pagados por “cien mil” no sean sino “cincuenta mil” y que estos hayan si llevados al Museo Mitre, que está en la calle San Martín, a lado de *La Nación*, haciendo tapadera del robo del nombre de otro prócer... prócer al modo americano.¹⁰

Pero también esas impresiones definen un nosotros, que implicó el modo en que se decidieron los festejos del Centenario: un festejo del Estado, un triunfo de la elite dirigente y del progreso,¹¹ y aunque no invalidó otros festejos a través de organizaciones civiles o religiosas que diferían de los propósitos de aquel, sí significó, entre otras cosas, tomar decisiones sobre los temas que debían ser objeto de la conmemoración, en tanto que los miembros de la Comisión se consideraron representantes y continuadores de la tradición iniciada en Mayo y artífices de la prosperidad actual.

Muy felices nos consideramos porque nos haya tocado la honrosa empresa de acercarnos a *la realización de sus venturosos pensamientos, colaborando en nuestra esfera en la organización de una parte de la obra ejecutada ya*, la que ha bastado a presentarnos al *mundo entero como una agrupación civilizada que marcha tranquila*, potente y feliz, *hacia la prosecución de los más grandes ideales de la vida*, bajo la ayuda de Dios.¹²

En esta clave, es relevante la idea y la conformación de una comisión nacional, en tanto la elección de los elementos evocativos del hecho implicó una concepción sobre el pasado, sus formas de representación y su significación,¹³ sobre las cuales existieron ciertos desacuerdos.

A propósito de esto, Estanislao Zeballos, a través de su propio órgano editorial, la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de forma breve y elocuente manifestó su opinión descalificadora hacia la calidad de las obras para la conmemoración y el cuestionamiento al destino de los fondos para la celebración:

Están apareciendo las obras de bronce ó papel destinadas á conme-

10. *La Batalla*, Buenos Aires, 8 de abril de 1910, p. 1.

11. Horacio Salas, “Buenos Aires 1910: capital de la euforia”, en Margarita Gutman y Thomas Reese (comps.), *Buenos Aires 1910...*, pp. 41-54.

12. *Memoria de la Comisión...*, p. 128 (nuestro subrayado).

13. Algunos de los indicios sobre la concepción de lo que el pasado representa para el Estado se pueden hallar, a partir de las listas de los monumentos que el proyecto de ley 6.286 propone crear.

morar el primer Centenario de la República. Su contemplación deja en el espíritu impresiones penosas, de prematura decadencia nacional. En todas esas obras faltan las inspiraciones del sentimiento argentino. Los bajos relieves del monumento a San Martín serían aplicables por igual á las bases de una estatua de Blücher; y ciertas medallas parecen acuñadas para exposiciones de la Normandía [...] Ni una nota, ni un rasgo, que hable al alma argentina! En cambio, elocuentes pruebas de un medio nuevo de celebrar glorias nacionales: solicitar dinero y gastarlo con el ánimo lejos del tema histórico.¹⁴

II

Retomando el planteo de la relación orgánica entre el Poder Ejecutivo Nacional y la Comisión, en el marco de un Estado que desde 1880 había ido imponiendo su presencia en los festejos de las fechas patrias,¹⁵ y que hacia 1910 y en los años previos al advenimiento del acontecimiento vivía un clima de ideas dominado por nacionalismos, potenciado por el creciente cosmopolitismo y la reconocida prosperidad económica de la Argentina, la recurrencia al pasado fue objeto de disputas.¹⁶

Como ya señalamos, la creación de la CN tuvo dos momentos y, si bien la primera comisión de junio de 1906 no pudo sostenerse en el tiempo, debido a la falta de un marco legal y de presupuesto, debemos destacar, por su repercusión, algunas de las decisiones y los eventos organizados por ella y que fueron ratificados por la segunda: el concurso para el Monumento de la Revolución de Mayo de 1810.¹⁷

Para su promoción, la Comisión apeló a mecanismos, que ya tenían antecedentes para la época, por los que se promovía la participación de profesionales extranjeros en el país.¹⁸ Además de la difusión a nivel nacional

14. Estanislao S. Zeballos, "Analectas: el sentimiento nacional en el centenario", *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año XII, t. XXXVI, Buenos Aires, mayo-agosto de 1910, p. 142.

15. Para ampliar este tema, véase Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, Buenos Aires, FCE, 2001.

16. Sobre este tema, véase Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007; Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001; Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana (1887-1936)*, Buenos Aires, UNQ, 2010, pp. 206-207.

17. En torno al monumento de la Revolución de Mayo y la modificación o reemplazo de la Pirámide del 25 de Mayo inaugurado en 1811, véase Adrián Gorelik, *La grilla y el parque*, pp. 102-115; AA.VV., *Monumentos y obras de arte...*, p. 38.

18. Luis Tosoni, "Caetano Moretti y su obsesión americana", *Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas*, N° 160, Buenos Aires, 26 de septiembre de 2008, p. 6.

e internacional, a través de la publicación de las bases, acompañadas de una breve reseña en carácter de información histórica sobre la revolución para los artistas extranjeros,¹⁹ también se realizó una exposición al público durante quince días en la Sociedad Rural de Buenos Aires.²⁰ Al cierre de la presentación el 30 de octubre de 1907, setenta y cuatro fueron los números de bocetos presentados.²¹ El concurso fue pensado en dos grados, de modo que del total de los presentados en el primer grado, no sin algunos inconvenientes, se seleccionaron finalmente seis. Ya en plena función la CN, la presentación de esos seis bocetos y la elección se realizaron entre el 20 y el 28 de mayo de 1909.

Tanto para la primera exposición como para la segunda, las críticas sobre el objetivo del concurso como sobre las representaciones de las propuestas no estuvieron ausentes. Las polémicas en torno al arte público no fueron una novedad para la época. Recordemos los debates suscitados sobre el monumento a Domingo F. Sarmiento inaugurado en 1900,²² la polémica moralista desatada en torno a Lola Mora y *Las Nereidas* o las diferencias en términos ideológicos que el emplazamiento de la estatua de Giuseppe Mazzini generó entre republicanos italianos y grupos católicos y nacionalistas.²³

En las críticas que genera el arte público por quienes se ven interpelados a través de su significación podemos encontrar un complejo espectro de enunciados, cuya dimensión ideológica se constituye no sólo por las ideas sino también por el gusto, el estilo, es decir, por la sensibilidad artística de quienes se consideran árbitros y formadores de la opinión pública. A partir de estos debates estéticos, culturales y políticos, cabe preguntarse por la figura del crítico y su función para la significación del arte en la sociedad.

La problemática referida a la conformación de un campo intelectual y la función que éste cumplió en las sociedades modernas ya ha sido ampliamente analizada.²⁴ Trataremos, a partir de esos planteos teóricos e históricos,

19. Ídem, p. 12.

20. *Memoria de la Comisión...*, p. 28.

21. La cantidad de bocetos presentados, agrupados por nacionalidades, fueron los siguientes: uno de América del Norte, uno de Chile, dos de Uruguay, dos de Austria, tres de Inglaterra, tres de Bélgica, seis de Alemania, ocho de Argentina, diecisiete de Italia y veintiuno de Francia. David Peña, "Prospecto", *Atlántida*, t. I, Buenos Aires, 1911, p. 123.

22. Para ampliar, véase Marina Aguerre, "Buenos Aires y sus monumentos...", pp. 145-147.

23. Luis Tosoni, "Caetano Moretti y su obsesión...", p. 11. Con relación a este hecho cita a Marina Daguerre, "Espacios simbólicos, espacios de poder: los monumentos conmemorativos de la colectividad italiana en Buenos Aires", en Diana Wechsler (coord.), *Italia en el horizonte de las artes plásticas argentinas, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri-ICC, 2000, p. 63.

24. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, CEAL, 1983; Tulio Halperín

comprender las disputas de los intelectuales,²⁵ generadas por el festejo del Centenario y las eventuales decisiones propuestas por la CN. Estas disputas no siempre implicaron deliberados enfrentamientos de opiniones, pero sí un compromiso por dejar expuesta una posición ante los hechos.

La particularidad de cómo programó el Estado la conmemoración del Centenario fue uno de los detonantes de las polémicas. Entre esa planificación, como ya detallamos, al mencionar lo especificado por la ley 6.286, comprendía además distintos aspectos que se materializaron en siete comisiones especiales, según el artículo 3º, a saber: expropiación, apertura y ornato de la plaza Congreso; estatuas y monumentos, escuelas, exposiciones, publicaciones, certámenes literarios y cuadros; exterior y congresos, y programa general y festejos populares.²⁶

Entre los tipos de festejos, a cargo de las comisiones especiales mencionadas, algunos de los que despertaron reacciones polémicas en el ámbito cultural contestatario de la época son aquellos que implicaban el espacio público y, principalmente, los relacionados con estatuas y monumentos y la remodelación de la plaza Congreso.

Los tipos de disputas que generaron estas formas de conmemoración tuvieron que ver con la ubicación de los emplazamientos de las estatuas y los monumentos, que promovió diferencias, ya existentes, entre la zona norte y la sur de la ciudad de Buenos Aires. En lo jurisdiccional, en tanto que hubo conflictos entre el gobierno municipal y el nacional, sobre las atribuciones de derecho para erigir estatuas y monumentos,²⁷ y en lo simbólico, en lo que se refiere a qué debía ser recordado y cómo representarlo.

Sin dejar de lado los otros tipos de disputa, nos centraremos principalmente en la repercusión simbólica que tuvo la elección de estatuas y monumentos, y sus derivaciones en el plano político y cultural.

Para esto, nos centraremos en un hecho ya mencionado, el del concurso para presentar proyectos para el monumento a la Revolución de Mayo, el cual tuvo una importante repercusión a partir de los mecanismos de difusión para la participación de los artistas y por la apertura al público en

Donghi, "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica", en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Christophe Charle, *Los intelectuales en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2000; Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos*; Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, t. I-II, Buenos Aires, Katz, 2008.

25. Son varios los intelectuales que hicieron pública su opinión sobre el valor político, cultural e histórico del festejo: Joaquín V. González, Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, David Peña, Alfredo Colmo, Alfredo Palacio, Estanislao Zeballos, entre otros.

26. *Memoria de la Comisión...*, p. 193.

27. Estos temas están ampliamente desarrollados e "ilustrados" en Adrián Gorelik, *La grilla y el parque*, p. 181.

general, a través de exposiciones en la Sociedad Rural, de los proyectos de monumentos seleccionados en segunda vuelta.

II.1. La exposición motivó algunas opiniones críticas. Una de ellas, la del arquitecto Enrique Chanourdie, director del suplemento de Arquitectura de la *Revista Técnica*, dirigida a los miembros de la Sociedad Central de Arquitectos (SCA). Chanourdie, tras el conocimiento de que el primer premio fuera dado a Caetano Moretti y Luigi Brizzolara, y luego de hacer una descripción y análisis crítico del monumento, concluye que “nos hace dudar se halle este proyecto á la altura del premio con que ha sido agraciado”.²⁸

Otra de las opiniones, en esos años, es la de Leopoldo Lugones, quien en *Las limaduras de Hephaestos* aclara: “Forma este libro [...] mi tributo al Centenario Argentino”.²⁹ En este libro, que reúne conferencias y ensayos, se encuentra uno titulado “Monumento al Centenario”. El ensayo es el resultado de la impresión del autor luego de haber asistido a la exposición en la Sociedad Rural.

¿Qué elementos conjugan la crítica de Lugones? El concurso, los artistas, la representación y significación de los proyectos de monumentos, el público y su lugar como intelectual son los elementos que organizan su discurso. La crítica se funda en una reciprocidad de preceptos ideológicos y estéticos.

Al igual que Chanourdie, Lugones opina: “Parece que hay consenso unánime sobre la evidencia de no hallarse en ese concurso el proyecto digno del monumento secular”,³⁰ pero la intervención de Lugones, para concluir en esto, se efectúa de modo diferente. Los preceptos estéticos del análisis, tanto como la posición que adopta para realizarlo, son aspectos peculiares que ejemplifican el lugar del intelectual en la cultura moderna. En el caso de Chanourdie su carácter profesional como arquitecto y su vínculo con la SCA lo ubican en el centro de la escena en lo que atañe a la relevancia que esta institución tuvo desde 1880, a partir del momento que señalamos como el auge de la arquitectura y el arte público con fines pedagógicos.³¹ Pero, en este sentido, su base institucional y profesional en comparación a Lugones, en lo que respecta a los itinerarios que los intelectuales han trazado a partir de la relación que mantuvieron con el saber y el poder, aparecen diferenciados.

Los festejos del Centenario, como la decisión de erigir un monumento a

28. Luis Tosoni, “Caetano Moretti y su obsesión...”, p. 12.

29. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos. El templo del himno*, Buenos Aires, Moen y Hnos., 1910, p. 7. Véase también *Las limaduras de Hephaestos. Piedras liminares*, Buenos Aires, Moen y Hnos., 1910.

30. Ídem, p. 234.

31. Alicia Rovere y Marta Sandller, *La actuación de la Sociedad Central de Arquitectos en las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo de 1810*, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, 2010.

la Revolución de Mayo, para Lugones son acontecimientos trascendentes. Sin embargo, no acuerda con el concurso como medio para seleccionar una producción artística acorde con la jerarquía del evento, ni tampoco con los modelos presentados, según lo indicado en las bases del concurso.

Sobre los proyectos presentados al concurso, Lugones opina que “apenas habrá nada más distante de una conmemoración gloriosa [...] que ese adoceamiento de fúnebres lapidarios”. Para ilustrar esta aseveración, imagina: “Si, borradas las referencias literales de los bocetos para la conmemoración monumental del centenario, un visitante paseara por los galpones de la Sociedad Rural [...] creería seguramente hallarse en una exposición de proyectos para sepulcros”.³² Esta concepción satírica sobre los proyectos tiene en el discurso de Lugones diferentes aristas, que plantaremos a continuación.

El tema en discusión, como ya dijimos, es el mecanismo del concurso y la convocatoria manifiesta en las bases del concurso. Sobre esto parece haber un acuerdo entre los críticos. Lugones, al ver los proyectos presentados, refiriéndose a los artistas, afirma: “Casi ninguno ha tenido una idea clara de la conmemoración, ni siquiera el dominio informativo del tema”,³³ y en este sentido, como señala Luis Tosoni, Chanourdie también ha destacado “la confusión que presentaban las bases del concurso sobre todo a través de la publicación que las acompañaba titulada *Breve reseña histórica de la Revolución Argentina para los artistas extranjeros que tomen parte en el concurso* [...] respecto de qué iba a celebrar el monumento: la «Revolución de Mayo de 1810» o la «Revolución Argentina» conviniendo en que por las características de la Plaza era más aconsejable un monumento que conmemorara «los acontecimientos del Año Diez»”.³⁴

Pero estas deficiencias tienen que ver no sólo con las falencias en la información suministrada, sino también con la significación que tiene para Lugones el hecho de haberse conformado una comisión para los festejos y además convocar a un concurso para el monumento de la independencia. En esta perspectiva, la comisión es el resultado de cómo funciona el “sistema parlamentario, cuyas virtudes quiméricas reposan en la razón de la mayoría despótica”, y las comisiones, dentro de éste, un medio para tomar decisiones: “Cuanto más grande, mejor”.³⁵

Para Lugones, de ningún modo la composición de las comisiones responde al objeto primordial. Se procede “á ubicar en la honorífica congregación apellidados, puestos públicos, compromisos sociales, éxitos mundanos, enemigos políticos, y también algunos técnicos, algunos especialistas, siempre en mi-

32. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, pp. 204 y 201.

33. Ídem, p. 201.

34. Luis Tosoni, “Caetano Moretti y su obsesión...”, pp. 12-13.

35. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 219.

noría”. Independientemente de la calidad, la comisión “suma cantidades de distinta especie”. De aquí, el concurso, “que no es más que la consecuencia de la reproducción del error original. ¿Cómo ha de ponerse de acuerdo una comisión numerosa, sobre el artista tal ó cual, para encargarle la construcción del monumento? En la imposibilidad de hacerlo, el concurso se presenta como un expediente salvador [...] De manera que el tema, ó sea lo esencial, queda condenado á mediocridad segura para que subsista la comisión”.³⁶

El concurso, la convocatoria y las bases propuestos por la Comisión aparecen ante Lugones como las principales causas de que no se halle, entre los proyectos propuestos, uno digno del evento que se conmemora. Si bien los artistas sabían que debían presentar una creación escultórica, que el hecho a conmemorar era el del centenario de la Revolución de Mayo, lo que ignoraban era el lugar en donde se iba a emplazar. Esto, para Lugones, es lo primero que debe saber el artista y esto cabe a la responsabilidad de la Comisión.³⁷

Pero cabe también otra responsabilidad a la Comisión sobre los proyectos presentados y es el hecho mismo de haber convocado un concurso para decidir sobre un monumento tan importante. Además de que el concurso se desprende como una opción de la forma de decidir en una comisión, también afecta sobre la calidad de los artistas que se presentan:

Los artistas concurrentes á ese llamado, tenían que ser mediocres como todos los escultores de concurso; y, siendo mediocres, todos sus proyectos debían resultar insuficientes é inaceptables. Al azar de un vago programa, consistente en cuatro datos históricos, un presupuesto y una magnitud, nadie proyecta el monumento esencialmente nacional de un país que va a celebrar su centenario. En vez de ponerse á acertar, los concurrentes deben limitarse á no errar.³⁸

Estas apreciaciones críticas derivan en la calidad de los proyectos, los cuales tienen que ver, como vimos, con el nivel de los participantes pero también con la concepción artística, la interpretación del tema a representar y la función del arte público en el pueblo. Con relación a esto, y en el intento de introducirnos en estas cuestiones, cabría preguntar por qué Lugones califica de “proyectos para sepulcros” las maquetas expuestas en la Sociedad Rural.

Para él, los artistas participantes, a quienes alega no conocer ni querer

36. Ídem, pp. 219, 220 y 221.

37. Ídem, p. 214.

38. Ídem, p. 220.

saber tampoco nada de ellos,³⁹ no sólo no tienen idea de lo que significa la conmemoración, sino que también la concepción artística bajo la cual han representado esa idea no se corresponde con la función que el arte debe tener para el pueblo. De aquí, las asociaciones despectivas a lápidas, sepulcros, fúnebres, cementerio con las cuales califica los proyectos presentados. Pero, además de las imágenes alegóricas o figurativas utilizadas, carecen de toda originalidad, en tanto que no escapan de la vulgaridad:

Si se planta una cruz sobre el ochenta por ciento de los modelos, estos resultan sepulcros. El resto divide su carácter estético entre el budín dominical y el centro de mesa.⁴⁰

En la concepción estética de Lugones, el arte escultórico para la conmemoración de un hecho glorioso debe dar cuenta de la capacidad del artista en poder representarlo, no apelando a objetos vulgarizados por su producción en serie que, expuestos en situaciones individuales o episódicas, no inspiran en quienes lo admiran un reconocimiento con la realidad circundante. En los modelos presentados, este doble aspecto de la representación artística le sugiere a Lugones un arte carente de valor representativo. “Caballitos de cajón disparados a la académica [...] con los leones del caso, también muy académicos, vale decir fieras popularizadas por el marbete y el aldabón; con los genios acróbatas bailando la gloria en un pie sobre la bola del mundo”⁴¹ y, de tenerla, dada la idea artística en que se basan, no puede dejar de asociarlos con un monumento del cementerio:

Faltos de ímpetu espiritualista, son verdaderos cadáveres, tan inanimados como los que cubren [...] mas por lo mismo que ya no son sino sepulcros inanimados, su construcción se ha vuelto fácil para todo marmolista y su tipo se ha vulgarizado como el de los utensilios comunes, para no contar la demanda permanente que los multiplica como elemento lucrativo.⁴²

Pero no sólo es la vulgarización de los elementos utilizados para su representación lo que debe ser objetado, sino también la composición con alegorías contrarias a la conmemoración, como la del león. Esto refleja la calidad de los artistas y de sus obras:

La falta de idea, siquiera elemental, es evidente. ¿Se dijo por ahí

39. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 202.

40. Ídem, p. 202.

41. Ídem, pp. 201-202.

42. Ídem, p. 204.

Libertad? ¡Leones, para qué os quiero! Y la consabida estilización del felino –una de las más felices en pacotilla– se dio a simbolizarnos las consabidas bravuras.⁴³

Para Lugones, la utilización alegórica del león “no representa para nosotros sino el símbolo de la monarquía detestada, ó sea un contrasentido como sugestión heroica”.⁴⁴ Aparece con un contrasentido ante lo que la revolución justamente instauró.

En el conjunto de la composición, en los elementos figurativos o alegóricos, también se destaca otra característica, que se relaciona con el estilo artístico y con cierta inadecuación del mismo en lo que hace a la función que el arte debe tener para el pueblo. Es decir, no sólo por la vulgarización del arte, estandarizado a través de elementos que no se diferencian del arte cotidiano, el monumento no sólo es poco representativo de lo que debe inspirar en el pueblo, sino que también carece del realismo necesario para ser comprendido por éste.

En un individuo sano y sincero, el espectáculo de personas que deliberan gravemente, habiéndose trepado por ello sobre una cornisa, un ábaco ó un dintel, resulta absurdo desde luego; y esta discordancia evidente, ó sea la razón fundamental de lo cómico, se acentúa en risa tan luego como las tales personas son eminentes y solemnes. “¿Qué harán allá esos tipos?”⁴⁵

En el caso de los caballos, que para Lugones es un tema argentino, nos dice:

Sus grupos y posiciones son de pura academia militar: desbocados en cuadrigas olímpicas; estirados como para sufrir [...] ó la revista de un coronel [...] Todo, exactamente, en las posturas forzadas que jamás tomo un caballo aquí –por falta de escuela hípica y retórica– durante la independencia.⁴⁶

Pero esta crítica a la evocación escultórica no tiene que ver sólo con su disposición figurativa de formas y evocaciones anacrónicas, sino también con el mensaje de los elementos elegidos para la conmemoración de los acontecimientos. ¿Qué imagen dan los proyectos presentados sobre la revolución? Para Lugones, la idea fundamental de esos modelos es falsa, por su concepto estrictamente militar de la independencia. El predominio de

43. Ídem, p. 207.

44. Íbidem.

45. Ídem, p. 210.

46. Ídem, p. 208.

figuras de soldados o de civiles con posturas militarizadas, la presencia de bayonetas que dominan el conjunto, expresan “una mentira histórica de la peor especie”.⁴⁷ Ante esta imagen castrense, Lugones destaca su dimensión popular y civil.

En consecuencia, las críticas señaladas están orientadas a fortalecer el juicio inicial de no encontrarse en el concurso el proyecto digno del monumento secular y además para abonar una calificación: “La parodia: héroes o dioses que representan escenas extrañas á su carácter, ó se sitúan en lugares inadecuados al mismo”.⁴⁸

Como ya hemos adelantado, una de las preocupaciones de Lugones se relaciona con la recepción que el pueblo tiene del acontecimiento a través del arte. La estética domina el problema del sentido de la representación. Por ello, hay una discrepancia sobre la efectividad pedagógica del arte, a partir de las formas de representación y los procedimientos que la Comisión implementó para definir el monumento a la independencia a quien Lugones responsabiliza, una vez más: “Pero esto invade ya la crítica de la responsabilidad que incumbe á la comisión del centenario, pues el fracaso de la exposición no pertenece sólo a los proyectistas”.⁴⁹ Las discrepancias, entonces, se relacionan con un problema estético, es decir, en el contenido se conjugan la forma y el gusto. La importancia de esa discrepancia radica en la significación del arte como manifestación ideológica y también en cómo el hecho a representar es significativo para el pueblo. Por lo tanto, en las críticas subyace una definición y una función del arte público en la sociedad:

Los intereses de los pueblos, no son, naturalmente, como los de un individuo, que puede siendo rico, pagarse el placer estéril del arte por el arte. En la estética del pueblo, es necesario conciliar lo útil, porque en el pueblo los pobres son mucho más que los ricos, y por lo tanto la necesidad siempre superior al placer.⁵⁰

La crítica no se detiene sólo por los defectos, sino también por definir a través de lo estético ideas que devienen proclamas de qué y cómo debería ser el monumento consagrado a la revolución. De este modo, la parodia se constituye en un concepto sobre lo que no debe ser arte público, cuando el objeto de la representación refiere a un acontecimiento que involucra la sensibilidad y el interés social, al mismo tiempo que le permite proponer su propio modelo de monumento para la conmemoración:

47. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 205.

48. Ídem, p. 211.

49. Ídem, p. 212.

50. Ídem, p. 228.

Hago el debido honor al patriotismo y dedicación de lo que componen la nuestra; pero compruebo el fracaso, inherente á la naturaleza de la congregación. Por lo demás, estás líneas no tienen el objeto malévolo de exhibir una deficiencia, sino la intención de contribuir a remediarla. Claro se ve que tengo mi idea de monumento, y he de exponerla con cuanta claridad pueda en el artículo próximo. No pretendo que deje de hacerse lo proyectado, sino que se realice algo mejor.⁵¹

II.2. Ya pasados los festejos, hacia 1911 se inicia un nuevo proyecto editorial en la Argentina: la revista *Atlántida*. Su director fue David Peña, un historiador, jurisconsulto y periodista de vasta y reconocida trayectoria en Santa Fe y Buenos Aires. Para estos años era una figura destacada en la esfera política e intelectual nacional⁵² y, como dijimos ya, fue secretario de la CN.

La dirección de la revista en el primer número, bajo el título “Prospecto”,⁵³ define sus intenciones. El motivo inicial de la publicación se debe a la percepción, por parte de su director, de un clima optimista de la nación, tras los festejos de su centenario y, junto con esto, la existencia de una vida intelectual entre nosotros.

En el primer año, en los primeros seis números de la revista, aparece a cargo de la dirección una sección llamada “Crónica del Centenario”. En la apertura a esta sección, a modo de introducción se anuncia:

Como simples materiales adelantados a la crónica prolija del centenario de la revolución de mayo, *Atlántida* ofrece desde estos números algunas notas gráficas que se refieren á aquel acontecimiento, que aún vibra dentro y fuera de la nación argentina.⁵⁴

Entonces, está sección fue propuesta como una crónica precursora sobre lo ocurrido en la conmemoración del centenario de la revolución. Sin embargo, este propósito quedó reducido a lo largo de los números de la revista a la presentación de los proyectos de algunos de los monumentos que fueron propuestos o contratados para la conmemoración.

En un tono más descriptivo que crítico, poco sugerente, de modo ilustrativo y didáctico, a través de la incorporación de la fotografía la sección

51. Ídem, p. 221.

52. Sobre el proyecto editorial y su director puede consultarse Néstor Tomás Auza, *Estudio e índice general de El Plata científico y literario y Atlántida*, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 1968.

53. David Peña, “Prospecto”, *Atlántida*, t. I, p. 5.

54. La Dirección, “Crónica del Centenario: descripción del monumento a la revolución de mayo”, *Atlántida*, t. I, p. 121.

“Crónica del Centenario” se ajusta al objetivo de la publicación: registrar la crónica de la vida intelectual de la nación (de la cual no debemos excluir la figura de Peña) y materializarla en un formato editorial, destinado a perdurar en la cultura nacional. La idea programática que subyace en la empresa editorial no se puede soslayar.

La inauguración de la sección se hace con la descripción del monumento a la Revolución de Mayo, sobre el modelo premiado, presentado por el arquitecto Caetano Moretti y el escultor Luigi Brizzolara, al que Enrique Chanourdie ya había “sentenciado” al referirse al modelo y en particular a uno de sus componentes, “el obelisco que tiene una figura desgraciada y es tan deficientemente tratado en sus detalles”⁵⁵ y el que llevó Leopoldo Lugones, tras conocer el dictamen, a corroborar sus suposiciones pesimistas.⁵⁶

Pero el centro de la crónica está dedicado a la elección del monumento de la Revolución de Mayo. Para esto, exhibe grabados de su maqueta, acompañada de un relato en el que se detallan los hechos ocurridos en la elección del modelo y de una descripción del monumento en cuestión.

La elección del modelo propuesto por los artistas italianos no estuvo exenta de vicisitudes que despertaron algunas voces encontradas. Como mencionamos, el concurso para la elección del monumento consistía en dos grados, de los cuales debían salir cinco para el concurso de segundo grado. Esto no se cumplió, ya que por pedido del ingeniero Emilio Mitre la cantidad de modelos a concursar fueron seis.⁵⁷ Sin embargo, por los testimonios de Lugones, antes de la votación, y debido a la calidad de los modelos, Eduardo Schiaffino, director del Museo de Bellas Artes, había propuesto declarar desierto el primer premio del concurso.⁵⁸ Tras esta modificación en número, la elección salió empatada entre los artistas belgas y los italianos, teniendo que decidir el desempate, como representante de la Comisión Nacional, el ministro del Interior Marco Avellaneda.

Desde nuestra perspectiva, no debemos dejar de referenciar la participación de Ernesto de la Cárcova como miembro del jurado. De las fuentes utilizadas, la mención del artista aparece tanto en Lugones como en la *Memoria de la Comisión*. En el primer caso, para eximirlo de toda responsabilidad sobre el fracaso del concurso y resaltar, por el contrario, ante el “pueblo [...] la modestia ejemplar del artista y el patriota”.⁵⁹ En la *Memoria*, como asistente de los artistas y auxiliar de la Comisión.⁶⁰

55. Luis Tosoni, “Caetano Moretti y su obsesión...”, p. 12.

56. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 238.

57. La Dirección, “Crónica del Centenario...”, p. 123.

58. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 239.

59. Ídem, p. 234.

60. *Memoria de la Comisión...*, p. 28.

Como ha manifestado Laura Malosetti Costa, tanto el director del museo como de la Cárcova, entre otros, “parecen tener en sus manos la suma del poder estético en la ciudad”;⁶¹ sin embargo, la calificación de la figura del artista y la capacidad de mediación en las decisiones políticas a cargo de la CN ponen en cuestión la autonomía que los artistas tenían ante la política sobre aquellos temas de competencia específica. Peña, al abordar la valoración y la descripción del monumento, deja entrever algunas cuestiones relacionadas a la competencia.

En la prosa de Peña, ¿cómo se define su figura del intelectual de acuerdo con el lugar que ocupa? Su vinculación con la CN como secretario y autor de la *Memoria* especifica su posición. En la descripción del monumento a la Revolución de Mayo, aparecen diferentes tonos y posicionamiento del autor, en los que se puede deducir el acuerdo y la presencia de una visión “oficial” sobre el monumento seleccionado. Por ejemplo:

La ancha base, dicen los autores, parece indicar la raíz misma de la nacionalidad argentina [...] Sobre esta base se levanta la torre monumental, grandiosa, dividida como en páginas del gran libro –el libro de oro de la República Argentina– en que se inscribirán sus memorables hechos. [...]

Pocas veces, en verdad, se ha unido con mejor forma la escultura á la arquitectura –dos hermanas gemelas– para eternizar la mayor gloria del país.⁶²

La naturalización del conflicto en la elección, el hecho de constituirse en vocero de los artistas seleccionados, la interpretación de la significación del monumento para el lector, los logros artísticos, avalan y alaban la elección por parte del cronista, señalan en comparación a las críticas de Lugones, Zeballos, Chanourdie y, si confiamos en Lugones, la de Schiaffino una distinción significativa sobre el “acontecimiento”.

En el análisis y en la descripción del monumento también se puede extraer el modo en que Peña traza los límites entre el arte y la política al mediar un motivo que evoca un hito en la historia de la nación a través del arte público. En tanto descripción del monumento, sin considerar en este caso los detalles ni las referencias históricas, las menciones de los elementos escultóricos y arquitectónicos son las siguientes: episodios de guerras, batallas navales, escudo glorificado con figuras alegóricas, alto relieve de los episodios civiles que se convierten en una alegoría de la Patria y la Libertad, bajo relieve con medallones, cuatro héroes de la revolución, el obelisco, la Pirámide de Mayo, en la punta del obelisco ocho figuras aladas que cantan

61. Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos*, p. 19.

62. La Dirección, “Crónica del Centenario...”, pp. 123-124.

el himno homenajando a cuatro próceres de la revolución, más arriba un grupo alegórico proclama gloria a la nueva nación, el triunfo del pueblo, la apoteosis de la bandera, en la parte interior museo, etcétera.⁶³

David Peña representa aquí como intelectual el lugar del crítico de arte, en tanto es el que interpreta y le da sentido a la simbología artística; es además el crítico de arte que, con conocimiento, describe y establece las condiciones de producción de la obra. ¿Cómo legitima su autoridad ante el acontecimiento? Como cronista y protagonista de los hechos y como representante de la autoridad política que promovió el hecho. Se vale de su capital simbólico en arte e historia para la exposición estética sobre los monumentos.

Sin embargo, así como hay un relato detallado de la composición del monumento, también hay una serie de condiciones sobre las cuales la CN se reserva los derechos de intervenir acerca del diseño del monumento. ¿En qué puede opinar o intervenir la Comisión?

- En la inspección del trabajo en Buenos Aires y por artistas designados por la CN en Italia.
- En las dimensiones del monumento, con beneficio estético.
- En modificar los motivos de las partes escultóricas relacionadas con la historia o las costumbres argentinas.
- En indicar los personajes que integrarán los ocho medallones.
- En suministrar las inscripciones o leyendas que llevará el monumento.
- En las partes esculturales relacionadas con la historia del país, en especial los cuatro grupos de las fuentes y el alto relieve de la base del obelisco, que serán concretados con nuevos bocetos

III

La relación entre el arte y política se hace evidente en el relato, a partir de las atribuciones que tiene la CN en lo que finalmente deberá ser el monumento a la Revolución de Mayo. En este sentido, en la relación entre el arte y la política hay una anulación del concepto de artista moderno, del artista creador. Hay una mediación del interés político de la representación, que interfiere en la decisión del sentido personal que pertenece al artista; finalmente, es una obra intervenida en lo que hace a la inspiración y la libre representación de los hechos

Podemos decir, a diferencia de Lugones, que el valor representativo del monumento presupone una pedagogía cuyo mensaje final es una alegoría

63. La Dirección, "Crónica del Centenario...", pp. 125-126.

que refiere al triunfo del Estado que, al igual que en las palabras finales de la *Memoria*, termina siendo expresión del triunfo de la elite dirigente y del progreso.

El lugar de Lugones dentro del campo intelectual difiere en gran medida del de Peña y también se diferencia por el modo en que se relaciona con la sociedad y el poder político. En esto último, Lugones es un intelectual modernista, quien concebía que la producción intelectual, y en su caso literaria y artística, consistía un fin en sí mismo, con un saber específico, aunque no desvinculada de la realidad social y política pero que debía mantener una autonomía respecto de ellas.

Ya vimos las críticas que Lugones realizó al concurso y a la elección del monumento de la Revolución de Mayo, y también dejamos en claro que sus argumentos y sus apreciaciones valorativas hacia el arte que expresaban los modelos expuestos en la Sociedad Rural conllevaban una propuesta de un monumento, para que se realizara algo mejor.

¿Cuál es el lugar de Lugones? ¿Dónde se posiciona y cómo construye su consenso? A partir de una identificación de su gusto con el público: “No pasan, efectivamente, de media docena los que difieren de este carácter en el profuso elenco”, pero siendo portador de un saber que lo distingue de aquel: “Mi opinión es la de un espectador que cree deber evitar en la medida de sus posibilidades una ligereza deplorable, sin ninguna mira docente o dogmática”. Se diferencia del poder político: “No soy miembro de ninguna comisión ó jurado, ni aspiro á este honor que desde ha mucho tiempo tengo resuelto no aceptar, cualquiera que fuese su objeto”, y de la enseñanza formal o a académica:

Las circunstancias de no ser yo universitario [...] Debo á este mismo ingrato motivo, una consiguiente falta de sistematización para comunicar enseñanzas.⁶⁴

Estas diferenciaciones deliberadas definen la relación y la ubicación que Lugones pretende para sí y, al mismo tiempo, de los usos que del lugar, del saber y de las circunstancias hace el autor para construir su autoridad. En la conferencia “El templo del himno” aclara:

Lo que he querido, sencillamente, es llevar al público algunas ideas aptas para formar un juicio sobre arquitectura monumental; pues las considero tan oportunas como necesarias, si aquél ha de ser, en definitiva, quien decida y falle la cuestión del edificio conmemorativo, cuando se haya de llevarlo á cabo.⁶⁵

64. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, pp. 201, 203 y 1.

65. Ídem, p. 16.

¿Desde qué lugar se interpela lo político? Desde fuera de la política y como intérprete entre la alta y la baja cultura. Desde la estética, es decir, sobre la imagen de la nación que pretenden quienes creen que tiene derecho a su significación. Como intelectual que interpela a la opinión pública a partir de una doble función de formar a quien será el crítico y consumidor del arte.

Para Lugones, los miembros de la Comisión, interesados por la imagen de la nación ante la conmemoración, parecen no tener una convicción ideológica que guíe la selección; más bien, habría criterios dominados por la necesidad de conmemorar, más que significar; de demostrar un estado de cosas, más que conmemorar el origen de la nación. De aquí en más podría decirse que la representación ha quedado a merced de la concepción estética de los artistas. Sin embargo, esto no parecería ser tan así, si consideramos el protagonismo que el Poder Ejecutivo le da a la CN a partir de la ley 6.286 y el modo en que Peña indica sus atribuciones sobre las condiciones de producción del monumento.

Las disputas reseñadas por la significación del arte público motivado por el festejo del Centenario de la Revolución son indicadoras de las posibles relaciones de los intelectuales con la política y la cultura. Y, más específicamente, la trama de nuestro relato estuvo orientada a destacar las particularidades que esa relación tuvo, a partir de las manifestaciones del arte público referido al pasado de la nación. Por ello hemos dicho que la acción del Estado en este tema fue relevante.

Esta acción estatal dependió de la existencia de una camada de artistas y arquitectos que la posibilitaran, la cual no pudo obviar las disputas ni los debates propios de un campo profesional, ni tampoco las críticas de la opinión pública. De algún modo los protagonistas mencionados o analizados han sido parte de este proceso.

Por el tipo de objeto en cuestión, los monumentos escultóricos o arquitectónicos, y principalmente por la relevancia y la significación que tuvieron en el paisaje urbano, toda intervención crítica en el orden público y en la alta cultura, además del gusto, exigían un saber específico.

Esto caracteriza los puntos de partida de las intervenciones de Zeballos, Chanourdie, Lugones o Peña: de cómo el arte configura el pasado a partir de la sensibilidad y la tradición del artista.

Pero hemos de destacar que en la intervención crítica, además del interés por cómo la forma define el contenido, lo que se intenta salvar es la eficacia de la simbología del arte, es decir, la eficacia de la imagen y por lo tanto la de su pedagogía.

El arte público como pedagogía comenzó a tomar relevancia, como mencionamos, principalmente desde 1880. También fue introducido en 1909 como problemática de Estado por el informe Ricardo Rojas, quien propuso la

pedagogía de las estatuas⁶⁶ como estrategia para la restauración histórica, lo que fue confirmado a través de la ley 6.826 analizada.

Estas estrategias, desde la perspectiva de Lugones, no tienen ninguna repercusión. A la calificación de parodia a los proyectos artísticos de la exposición, se contraponen un arte que sea interpretado por el pueblo.

Por lo analizado, Lugones cuestiona justamente el carácter pedagógico de los monumentos que por medio del concurso fueron presentados para su elección. Deberíamos preguntarnos, entonces, en qué consiste la acción pedagógica a través del arte.

Ricardo Rojas, después de su viaje por Europa, parece tener claramente una idea orientada a la necesidad de emitir una enseñanza. Para Lugones, también, pero no como la CN lo proyectó para el concurso mencionado, lo cual no significa que la Comisión no haya considerado su acción pedagógica. Como vimos, para Lugones y también para Zeballos, esa acción pedagógica, ese acto de enseñanza, está dada principalmente por el contexto festivo. Como señala el discurso del presidente Figueroa Alcorta ante la inauguración de la piedra fundamental del monumento a la revolución, la relevancia del acontecimiento radicaba no en lo que representaba el acontecimiento en sí, sino en lo que derivó.⁶⁷

Ante esto, Lugones propone su propio monumento para la conmemoración, pero a partir de haber generado el vínculo para la vitalidad simbólica: “Lo que he querido, sencillamente, es llevar al público algunas ideas aptas para formar un juicio sobre arquitectura monumental”.⁶⁸

El texto en partes analizado aquí, *Las limaduras de Hephaestos*, puede ser entendido como una compilación de estrategias que Lugones implementó, con la intención de formar un público para que hubiera comunidad simbólica.⁶⁹ Sin comunidad no hay vínculo simbólico, por lo que la eficacia de la pedagogía de las estatuas no está en lo que representa, sino en el hecho de que se produzca el vínculo.

Podríamos extender esta idea al resto de los intelectuales analizados aquí y, a partir de ella, entender que esa intención es la que hace al carácter descriptivo y a la vez comprensivo del relato. La función del intelectual con relación a la pedagogía de las estatuas fue dada a partir “de que mientras menos se impone la imagen por sus propios medios, tanto más es su necesi-

66. Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909, pp. 355-472.

67. José Figueroa Alcorta, “Festejo del Centenario: en el acto de colocarse la piedra fundamental al monumento de la revolución de mayo”, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año XII, t. XXXVI, Buenos Aires, mayo-agosto de 1910, p. 548.

68. Leopoldo Lugones, *Las limaduras de Hephaestos*, p. 16.

69. Estrategia que es parte del mundo artístico de la época con el objetivo de sensibilizar el público en el arte. Véase Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos*, pp. 15-33.

dad de intérpretes para que la hagan hablar [...] Para hacerle decir lo que no dice y lo que no puede ni debe decir”.⁷⁰

70. Régis Debray, *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 48.

“Una obra de ineptos oficiales marmoleros”: el monumento a la bandera de Lola Mora, un recorrido desde el Centenario hasta la década del 90

Gabriela Couselo

Universidad Nacional de Rosario-Conicet

Introducción

En este trabajo nos proponemos investigar el monumento a la bandera que Lola Mora comienza a realizar en el marco de los festejos del primer centenario de la Revolución de Mayo para la ciudad de Rosario.¹ Si bien la Comisión del Centenario se encargó de proyectar toda una serie de monumentos destinados a poblar gran parte del territorio del país con imágenes de la revolución que respondían a la intención de nacionalización imperante en estos años, el que se piensa para Rosario presenta algunos rasgos llamativos para su investigación. En este sentido, creemos pertinente adelantar aquí que, si bien el contrato se firma con la escultora tucumana en 1909, este proyecto tiene su inicio en 1898, cuando el intendente Luis Lamas encarga a una comisión de intelectuales rosarinos que determine el sitio del emplazamiento de la batería *Libertad*, para cuya inauguración Manuel Belgrano izó por primera vez la bandera argentina. Por lo tanto, el análisis de esta obra lleva implícita una pregunta sobre la construcción del acontecimiento de la creación de la bandera en la ciudad de Rosario, al mismo tiempo que resulta necesario rastrear la propia historia de este monumento hasta el Centenario.

Asimismo, de los monumentos proyectados para los festejos de 1910, el de Lola Mora es uno de los pocos que excede en su construcción la década del 10 y que, además, no logra concretarse. De este modo, la obra inconclusa trasciende el momento del Centenario y nos permite reflexionar en torno a las condiciones del campo artístico y, al mismo tiempo, en torno a las posibilidades de construcción de una obra de estas características en la ciudad

1. Esta colaboración es parte de un proyecto de investigación cuyos objetivos principales son contribuir al estudio sobre la cuestión nacional, y examinar la articulación entre la nación y los procesos de construcción de identidades locales y provinciales a través del análisis de los diferentes proyectos de monumento a la bandera en Rosario desde 1872 hasta 1939.

de Rosario en diferentes coyunturas, ya que de hecho el contrato se rescinde recién en 1925 a partir de una evaluación negativa de la Comisión Municipal de Bellas Artes. A partir de esta sentencia, las esculturas son abandonadas en diferentes espacios de la ciudad, hasta que a finales de la década de 1990 son incorporadas al pasaje Juramento, paseo que une la plaza 25 de Mayo con el actual monumento histórico nacional a la bandera.

También, y en relación con lo anterior, cuando analizamos esta obra inconclusa, debemos preguntarnos por su autora y su lugar en el campo artístico en el momento de la proyección del monumento. Como veremos a continuación, la carrera de Lola Mora estuvo cargada de controversias, por un lado, por el modo en que conseguía los encargos de sus obras y, por otro, respecto de la calidad artística de sus trabajos.

La proyección del primer monumento a la bandera y la definición del sitio histórico de la batería *Libertad*

A priori podríamos pensar que Rosario siempre se postuló como la *cuna de la bandera* y que fue relatando su historia a partir del hecho fundacional de la creación del pabellón argentino a orillas del río Paraná. Sin embargo, existen algunos indicios, vinculados con el propio desarrollo de la ciudad, que niegan esta presunción. Si observamos Rosario desde sus comienzos, notamos, como algunas de sus características principales, la ausencia de un acta de fundación y de un pasado colonial glorioso. En este sentido, la imagen que ha prevalecido es la de “ciudad joven y sin historia”, que crece a partir del impulso del puerto y la actividad comercial y, principalmente, de la tenacidad y el esfuerzo de sus habitantes.² Recordemos que, si bien los primeros registros de población en la actual zona de la ciudad son del siglo XVIII, su crecimiento es pausado hasta bien entrado el siglo siguiente, resultando que en 1823 es declarada villa y recién en 1852 ciudad.

Este nacimiento de Rosario sin un arraigo en la época colonial supuso

2. En este apartado retomaremos algunos argumentos que hemos planteado en otros trabajos (Gabriela Couselo, “La celebración del pasado en la ciudad: un monumento a la bandera para Rosario”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S.A. Segreti”, año 2, N° 2, Córdoba, diciembre de 2011, pp. 90-112; “La representación del pasado en Rosario durante la segunda mitad del siglo XIX. Algunos comentarios sobre el proyecto de monumento a la bandera de Nicolás Grondona de 1872”, *Jornadas Internacionales de Patrimonio y Cultura Urbana*, Rosario, Instituto de Historia de la FAP&D, CD-rom, 13 y 14 de septiembre de 2012). Sobre el mito de Rosario como “hija de su propio esfuerzo”, se puede revisar el clásico de Juan Álvarez, *Historia de Rosario (1869-1939)*, Rosario, UNR Editora-Editorial de la Municipalidad de Rosario, 1998, y también Mario Glück, “Juan Álvarez y la consagración historiográfica de un mito de orígenes para Rosario: la hija de su propio esfuerzo”, en AA.VV., *Los desafíos de la modernización. Rosario, 1890-1930*, Rosario, UNR Editora, 2010.

también la ausencia de las grandes manifestaciones arquitectónicas que tenían otras ciudades de estas dimensiones. En este vacío, fue la plaza 25 de Mayo la que representó el lugar de origen de los rosarinos. Al no tener un espacio vinculado directamente con una fecha de fundación, la capilla –posteriormente transformada en catedral– que había convocado a los primeros habitantes de la zona se constituyó en el lugar donde se situaron los orígenes de la ciudad. En este espacio simbólico, transformado en lo que Pierre Nora denomina *lugar de la memoria*,³ se construyó un primer monumento entre 1855 y 1856 destinado a la Constitución, el cual –debido a su mal estado– fue reemplazado en 1883 por una pirámide dedicada a la independencia. En ambos casos, de lo que se trataba era de conmemorar acontecimientos sucedidos en otras ciudades, demostrando una intención de incorporar la joven ciudad a la historia de la nación, pero todavía sin tener en cuenta el paso de Belgrano por Rosario.

Esta definición de los *lugares de la memoria*, y de los hechos y los próceres dignos de ser honrados con un monumento, es una tendencia que responde a un proceso más general durante casi todo el siglo XIX en las ciudades que habían pertenecido al Imperio español en América. Rodrigo Gutiérrez Viñuales analiza estas cuestiones y afirma que la escultura monumental vino a cubrir varias necesidades de los gobiernos y de los nuevos países, al mismo tiempo que “contribuyó a la urbanización simbolizando a la vez el adelanto cultural de los mismos, promovió a *los próceres* considerados dignos de ser imitados, y expresó emblemáticamente *la obra pública* de gobiernos de tinte liberal y europeizante a través de la transformación estética de las ciudades”.⁴

A partir de lo expresado hasta aquí quisiéramos destacar dos conclusiones parciales. En primer lugar, observamos que Rosario se inscribe en un proceso más general que incumbe a otras ciudades iberoamericanas, aunque es necesario aclarar que en muchos de los otros casos de lo que se trataba era de reemplazar la ornamentación barroca o religiosa de la época colonial, mientras que de lo que se trataría aquí es de comenzar de cero con una escultura monumental secular. En segundo lugar, teniendo en cuenta lo que comentamos sobre la plaza 25 de Mayo y el lugar predominante

3. Pierre Nora define los *lugares de la memoria* como cualquier entidad significativa –material o ideal– que el hombre o el paso del tiempo convirtieron en un elemento simbólico del patrimonio de la memoria de una comunidad. En este caso hemos consultado Pierre Nora, *Les Lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992. También se reforzaron algunas ideas a partir de Gustave Janssens, “Los lugares de la memoria archivística europea: un reconocimiento de recorrido”, *Pliegos de Yuste*, N° 11-12, 2003, pp. 83-90.

4. Rodrigo Gutiérrez Viñuales, “Simbolizar el símbolo. Monumento público y exaltación americana”, en AA.VV., *Las huellas de un símbolo. Monumento Nacional a la Bandera*, Rosario, FADU-CEDODAL-DNA Distrito Litoral Rosario, 2007, p. 63 (subrayado del autor).

que ocupaba en el universo simbólico de la ciudad, podemos inferir que el sitio de la creación de la bandera no era considerado el lugar histórico por excelencia de la ciudad. De hecho, podríamos casi afirmar que a fines del siglo XIX el acontecimiento de la creación de la bandera es un proyecto en construcción. Si bien observamos un primer relato que involucra a las baterías que inaugura Belgrano en el escudo de la ciudad, cuya sanción es de 1862,⁵ parece un hecho aislado teniendo en cuenta que no se observa ninguna preocupación por la determinación del sitio histórico del primer izamiento de la bandera argentina, lo que sucede recién en 1898.

Más allá de estas observaciones, existe un hecho que matiza parcialmente lo que venimos argumentando. Nos estamos refiriendo al monumento a la bandera que comienza a construir Nicolás Grondona en su carácter de ingeniero municipal en 1872. Sin embargo, como intentaremos demostrar a continuación, este monumento parece más fruto del empeño personal del ingeniero, que un pedido de la población de conmemorar el hecho de la creación de la bandera. En 1871, cuando asume el cargo de ingeniero municipal Grondona ya era una persona reconocida por dibujar y editar mapas y planos en empresas privadas; sin embargo, aún no se había presentado como un “constructor de monumentos”. Entonces, si consideramos que en un mapa de la República Argentina que edita en 1875 incorpora, alrededor de la imagen central territorial, retratos de próceres, los escudos de las catorce provincias y las imágenes de cuatro edificios: el cabildo de Buenos Aires, la casa histórica de Tucumán, el cabildo de Santa Fe y la pirámide que él ha construido en Rosario, podemos inferir una estrategia de ubicarse como constructor de monumentos en un momento de definición de *lugares de la memoria* y auge de la monumentalización. Esta hipótesis, expresada también en varios trabajos de Silvia Dócola, se refuerza si tomamos en consideración sus actividades en el ámbito privado, dibujando mapas y planos, en un momento también propicio para esta especialidad.

Respecto del monumento, sabemos que el 15 de agosto de 1872 el flamante ingeniero municipal publica un folleto titulado *Ciudad del Rosario de Santa Fe, monumento conmemorativo a la bandera nacional argentina*. La idea de Grondona era construir dos torres: una en la isla frente a la ciudad, donde habría estado ubicada la batería *Independencia*, y otra en el sitio histórico de la batería *Libertad* en la costa rosarina. En los últimos meses del mismo año, a partir de su insistencia, se logra construir la pirámide ubicada en

5. La ordenanza es del 4 de mayo de 1862 y en ella se describe el escudo diseñado por Eudoro Carrasco: “Del centro de esta base, y hacia la derecha se levantará una barranca coronada por una batería, de la que se elevará un brazo colosal que sostenga la bandera azul y blanca desplegada, y al centro del escudo, en conmemoración de haber sido por primera vez enarbolada y saludada la bandera nacional en esta ciudad, bajo el amparo del poderoso brazo del ilustro General D. Manuel Belgrano” (art. 1° de la ordenanza, *Digesto Municipal, 1860-1889*).

la isla, pero el proyecto del monumento a construirse en Rosario no llega a concretarse. En 1878 se derrumba el monumento de la isla debido a una crecida extraordinaria del Paraná pero, más allá de este hecho, todavía no se han podido clarificar las razones por las que se abandona el proyecto; un dato que no hay que omitir es que durante esos años fallece Nicolás Grondona. Otros argumentos se orientan a enfatizar el rechazo que generó el pedido del ingeniero a la sociedad civil, mediante una suscripción, para que se haga cargo de los costos de la obra,⁶ hecho que provocó una reacción cuya argumentación se centraba en la idea de que un monumento debe ser impulsado y gestionado desde el Estado.⁷ Por su parte, Andrés Ivern coloca el mayor hincapié en el endeudamiento que sufría la Corporación Municipal.⁸

Resulta necesario aclarar, además, que por lo que hemos podido observar, si bien Grondona intenta enfatizar en los argumentos que presenta en el folleto, como en algunas colaboraciones con el diario *La Capital* durante 1872, que el monumento surge a partir de una necesidad que se plantea desde la población de la ciudad, el proyecto había comenzado a llevarse a cabo a partir de su propia iniciativa. Por su actividad en la Municipalidad, que lo condujo a realizar las primeras bajadas al río en la costa centro, también es posible, además de su intención de promocionarse como un proyectista de monumentos, que quisiera dotar a la ciudad de un monumento digno de ser visitado y que posibilitara alguna incipiente cualidad turística a Rosario.

Lo cierto es que la cuestión del monumento aparece suspendida –en parte por cuestiones económicas y en parte por la ausencia de una figura influyente y audaz como había sido la de Grondona– hasta que en 1898 el intendente Luis Lamas resuelve su construcción, “siendo la ciudad de Rosario la cuna de la bandera argentina pues en las baterías del Paraná la levantó por primera vez el General Belgrano en 1812, y no estando conmemorado este hecho hasta el presente y a fin de que él sea solemnizado en las próximas fiestas cívicas de mayo”.⁹

6. Grondona propone que el monumento se levante “por medio de una suscripción, abierta en todos los Municipios y Redacciones de Periódicos de la República Argentina”. A los suscriptores se les enviaría el folleto explicativo acompañado de una litografía del monumento a construirse en la ciudad de Rosario y, como una recompensa especial, sus nombres serían publicados por “toda la prensa argentina” (Nicolás Grondona, *Ciudad del Rosario de Santa Fe, monumento conmemorativo a la bandera nacional argentina*, Rosario, Imprenta Monzón, 1872, p. 27). Para hacer efectiva la recolección de colaboraciones, Grondona escribió el 1 de septiembre una carta que sería enviada a los gobiernos de las provincias apelando “a su patriotismo” para levantar un monumento conmemorativo donde se ubicaba la batería *Libertad*.

7. Raúl D’amelio, “Avatares de un monumento”, en AA.VV., *Ciudad de Rosario*, Editorial Municipal de Rosario, 2010.

8. Andrés Ivern, *Capítulo primero. Rosario alrededor del monumento a la bandera*, Rosario, Impresiones Ferrazini, 1969.

9. Resolución municipal, 16 de mayo de 1898, en *Documentos sobre la erección del Monumento*

Con este objetivo, se convoca a Jacinto Fernández y Calixto Lásaga para que recaben la información necesaria para determinar el lugar exacto en el que Belgrano había izado por primera vez la bandera nacional. Con este fin, consultaron a diferentes personalidades vinculadas con la historia de la ciudad,¹⁰ y, según sus respuestas y documentos relacionados con la estadía de Belgrano en Rosario (oficio del general al Superior Gobierno y proclama de Belgrano del día del izamiento) junto con bibliografía disponible (*La historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre, *Anales de la ciudad de Rosario* de Eudoro y Gabriel Carrasco y el folleto de Nicolás Grondona), se elaboró un informe con fecha del 2 de julio. Si bien se citan documentos y material bibliográfico, tanto entre las personalidades consultadas como para los encargados de firmar el informe, la tradición oral fue un elemento de principal importancia para la determinación del sitio histórico de la batería *Libertad*:

De todo lo expuesto resulta pues que consta por una tradición pública, uniforme y no interrumpida, que el sitio histórico sobre la barranca del Río Paraná donde estuvo la batería *Libertad* en que el General Belgrano hizo enarbolar por vez primera la que es hoy la Bandera Argentina, se encuentra entre las calles Córdoba y Santa Fe, poco más o menos donde se halla la plaza Brown.¹¹

A partir de este trabajo de indagación histórica, el 9 de julio de 1898 se colocó, en el marco de un gran festejo, la piedra fundamental del futuro monumento a la bandera en la plaza Brown, que desde entonces pasó a denominarse plaza Belgrano.¹² Si bien la intención había surgido de Lamas,

conmemorativo de la creación de la bandera nacional en la ciudad de Rosario, Rosario, publicación ordenada por la Comisión Popular Pro Monumento presidida por el ingeniero Ramón Araya, 1928, p. 46.

10. Entre los consultados se destacan Gabriel Carrasco (1854-1908) abogado que publica el *Primer Censo de la Provincia de Santa Fe* en 1887, además de haber sido intendente entre 1890 y 1891; Melitón Ybarlucea (1830-1901), destacado comerciante rosarino y miembro del Banco de Santa Fe, y Juan Manuel Cafferata (1852-1920), abogado gobernador de Santa Fe entre 1890 y 1894. También participan de las consultas Rufino Villaroel, Leonardo Nicolovich, las señoras Santos Nicolovich y Tomasa Gómez de Guillón, y Cipriano Fernández. Calixto de Lásaga era un abogado que se desempeñaba desde 1889 como profesor de Historia y Geografía Argentina en el Colegio Nacional de Rosario. Durante estos años, comienza una serie de apariciones públicas que lo harán conocido en Rosario como el “inspirador del Día de la Bandera”.

11. Informe de Jacinto Fernández y Calixto de Lásaga dirigido al Sr. Marcelino Freyre, presidente de la Comisión encargada de organizar las fiestas del 9 de julio, en *Documentos...*, p. 42.

12. Con la intención de festejar apropiadamente la definición del sitio histórico de la creación de la bandera, se organiza una gran fiesta popular y se gestiona el traslado desde Jujuy de la supuesta bandera que Belgrano había izado en Rosario: “Y así, de triunfo en triunfo, de ovación en ovación se continuó hasta llegar a la plaza Brown, que estaba ocupada por un gentío enorme. En el centro del costado norte se había levantado un palco, en cuyo frente leíase esta

los requerimientos legales establecían que la obra del monumento debía encargarse a una comisión de ciudadanos, por lo tanto, en 1903 se formó una de las tantas comisiones populares pro monumento a la bandera que se ocupó de la obra hasta que en 1909 pasó a cargo de la Nación con motivo de los festejos por el Centenario.

Los primeros bocetos del monumento a la bandera de Lola Mora

Cuando se forma la Comisión de Rosario en 1903, Lola Mora ya había confeccionado dos bocetos para un monumento a la bandera para esa ciudad, a partir de los cuales se establece el vínculo que le permitirá hacerse cargo del monumento establecido por la ley nacional del Centenario. De acuerdo con lo que plantea Patricia Corsani, Lola Mora se relaciona con el intendente Lamas en 1902, cuando pasa por Rosario, que se ubicaba en la mitad del trayecto desde Buenos Aires a Tucumán.¹³ Respecto de los bocetos para el monumento a la bandera, una primera descripción de ellos aparece en el diario *La Nación* el 26 de diciembre de 1902, donde se afirma que la “Municipalidad rosarina mandará levantar un monumento en el mismo punto donde se bendijo por primera vez la bandera de la patria”.¹⁴

En cuanto a los bocetos, ambos fueron publicados en 1903, uno se reproduce en *El Gladiador* y otro en la revista *Historia*,¹⁵ es decir, en el mismo momento cuando se estaba formando la comisión de vecinos que debía ocuparse de elegir un proyecto y gestionar un contrato para la erección del monumento.¹⁶ Además, si tenemos en cuenta la fecha del artículo aparecido en *La Nación*, podemos inferir que los bocetos habían sido realizados durante 1902.

patriótica inscripción: *La ciudad del Rosario fue la cuna de la bandera argentina* (*La Capital*, Rosario, 12 de julio de 1898).

13. Patricia Corsani, “Lola Mora y sus primeros pasos en Rosario. Entre apuntes, cartas y entrevistas”, *Jornadas de Historia de Rosario, A 150 años de sus declaraciones como ciudad*, Escuela de Administración Municipal de Rosario, CD-rom, 2002.

14. *La Nación*, Buenos Aires, 26 de diciembre de 1902, p. 5, citado por Patricia Corsani, “Historia y memoria: Lola Mora y sus proyectos para el monumento a la bandera de la ciudad de Rosario”, *Avances* N° 12, Córdoba, 2007-2008, p. 58.

15. “Lola Mora”, *El Gladiador*, año II, N° 67, Buenos Aires, 13 de marzo de 1903; C.T.I., “El monumento a la bandera, boceto de Lola Mora”, *Historia*, año I, t. I, Buenos Aires, 1903, pp. 248-250. Ambas referencias fueron extraídas de Patricia Corsani, “Lola Mora y sus primeros pasos...”.

16. De acuerdo con el inciso 3 del artículo 3° de la ordenanza del 2 de junio de 1903 que establecía la formación de la comisión de vecinos, ésta tenía la facultad de “contratar, adquirir o premiar los trabajos artísticos para la ejecución de la obra”, *Digesto Municipal de Rosario 1900-1903*, 1904, p. 351.

Siguiendo la descripción que realiza el principal biógrafo de Lola Mora, Oscar Félix Haedo, ambas maquetas tenían una composición idéntica, con grupos de soldados en la base, mientras que a media altura se ubicaba la figura ecuestre del general Belgrano, a quien un ángel, imagen símil a la Victoria alada o Victoria de Samotracia, le entregaba la bandera de la patria. Los bocetos diferían en un solo detalle: mientras que en uno de ellos el caballo está en posición de firme, en el otro marca el paso.¹⁷

A partir de esta situación, podemos observar una primera pista sobre el modo en que Lola Mora gestionaba los encargos de sus obras. Para adelantar algunas cuestiones, debemos mencionar aquí que se le habían asignado a la escultora becas de perfeccionamiento en Europa a fines del siglo XIX a partir de gestiones de Julio A. Roca, y esta cercanía con el presidente le permitió también conseguir la mayoría de los contratos para obras de carácter oficial entre 1900 y 1902. En este sentido, se podría argumentar este beneficio que recibía la artista dada la cercanía de su familia con algunas personalidades influyentes. Su padre, Romualdo Alejandro Mora, había ejercido una intensa actividad mercantil durante la segunda mitad del siglo XIX, lo que le permitió vincularse con personas influyentes en el momento en que a Lola Mora le es otorgada la beca en el exterior. De acuerdo con Patricia Corsani, “la beca obtenida para concretar sus estudios europeos se la debe a intervenciones del gobernador tucumano Aráoz, al ministro Soldati, al diputado nacional Próspero Mena y a Dardo Rocha, fundador de la ciudad de La Plata que redacta una nota de presentación al embajador en Roma Dr. E. Moreno”.¹⁸

Por lo que hemos podido rastrear, el otorgamiento del proyecto de monumento a la bandera también sería parte de los “favores” que recibía a partir de sus importantes contactos. En el caso de la obra para Rosario, aparece en escena otro personaje influyente, no sólo a nivel político sino en el campo intelectual más amplio, como Bartolomé Mitre. En este caso, se habría tratado de un diálogo epistolar entre Mitre, Lola Mora y el intendente Lamas el que determinó la elección de la escultura tucumana para que realizara el monumento de Rosario.¹⁹

Finalmente, esta asignación de obras de arte público, sin mecanismos más aceptados por el campo artístico del momento, como los concursos, generó ciertas reticencias de sus colegas. En general, daba la sensación de que Lola Mora se anticipaba a la información que podían publicar los medios gráficos o que recibía “algún dato extraoficial” sobre las esculturas que eran

17. Patricia Corsani, “Lola Mora y sus primeros pasos...”

18. Patricia Corsani, “Honores y renunciaciones. La escultura argentina Lola Mora y la fuente de los debates”, *Anais do Museu Paulista*, vol. 15, N° 2, julio-diciembre de 2007, p. 188.

19. Estos argumentos son desarrollados extensamente por Patricia Corsani en “Lola Mora y sus primeros pasos...”.

requeridas.²⁰ De este modo, la relación entre Lola Mora y el monumento a la bandera no nace directamente con la firma del contrato en 1909 con la Comisión Nacional del Centenario, sino que se remonta hacia 1902 y 1903.

Si retomamos algo de lo que veníamos planteando respecto de lo que sucedía en Rosario en su relación con la creación de la bandera, observamos que si bien hacia 1898, con la colocación de la piedra fundamental del monumento a la bandera en el sitio histórico de la batería *Libertad*, se puede notar cierta euforia sobre la futura obra que se mantiene y se refuerza con la visita de Lola Mora a la ciudad entre 1902 y 1903; esta sensación parece apagada cuando nos vamos acercando al momento del Centenario. En 1909, cuando se promulga la ley que oficializa los festejos para el Centenario y, en consecuencia, se firma el contrato con Lola Mora, de acuerdo con las notas aparecidas en el diario *La Capital*, en la ciudad de Rosario los preparativos de la conmemoración patria se vivían con cierta apatía y desgano.²¹ Al año siguiente, el tono seguía siendo el mismo. Cuando faltaban dos meses para los tan ansiados festejos, en una nota titulada elocuentemente “El aniversario nacional en el Rosario. Hay que sacudir el marasmo”, se formulaba la siguiente pregunta:

¿Será Rosario la única ciudad de la nación que permanezca poco menos que extraña a este movimiento general, concretándose a ser espectadora del júbilo patriótico de sus hermanas y a dejar pasar los días de la semana de Mayo, como los ordinarios del resto del año?²²

A partir de estas quejas que el diario parece transmitir como un eco de la opinión pública, se forma una comisión que propondrá un programa de festejos que tendrá el apoyo del Concejo Deliberante. Finalmente, en los días posteriores a los festejos, se nota un conformismo respecto de los resultados y el tono se torna hasta triunfalista.²³

20. “Entonces Lola Mora se dirigía personalmente, sin intermediarios, a dialogar con un ministro, el intendente, el presidente, y les ofrecía su trabajo. Proponía y negociaba como su propia representante y agente de prensa. Estrategias que fueron criticadas por otros artistas de la época quienes, en cambio, seguían los caminos institucionales para llegar a obtener un encargo oficial: academia, becas, concursos, convocatorias, exposiciones”, Patricia Corsani, *Lola Mora. El poder del mármol*, Buenos Aires, Vestales, 2009, pp. 126-127.

21. Tempranamente, el 22 de abril de 1909 aparecía una nota en la que se resaltaba que “sólo Santa Fe se ha mantenido quieta y en silencio, sin que los poderes públicos se hayan preocupado en lo más mínimo de tomar parte en un acontecimiento tan significativo y glorioso” (*La Capital*, Rosario, 22 de abril de 1909).

22. *La Capital*, Rosario, 24 de marzo de 1910.

23. “Con el éxito esperado, se efectuaron anteayer en esta ciudad las fiestas del Centenario [...] el pueblo del Rosario sabe demostrar que alienta convicciones arraigadas de patriotismo” (*La Capital*, Rosario, 27 de mayo de 1910, citado por Ronen Man, *Rosario en el Centenario*).

De todos modos, aunque sea para criticar a la Comisión Nacional o evidenciar la falta de iniciativa del gobierno de la ciudad y la provincia, el tema de los festejos del Centenario fue recurrente durante 1909 y 1910. Sin embargo, lo que prácticamente no se menciona es el monumento a la bandera. Si bien se comunica que Lola Mora será la encargada de ejecutarlo,²⁴ cuando se realiza una mención de la escultora en la sección “Día social” anunciando su mudanza a Roma “a fin de preparar las muchas obras que en nuestro país tiene contratadas”,²⁵ no se menciona como una de ellas el monumento a la bandera. Asimismo, para tener un parámetro sobre la relevancia que se le otorgaba a estas cuestiones, cabe destacar que en el mismo diario se publican notas sobre el monumento a San Martín en Francia y en San Lorenzo y, sin ir más lejos, durante 1909 se hizo mención más de diez veces al monumento a Sarmiento que se estaba proyectando para la misma ciudad.

La proyección de monumentos durante el Centenario

Como mencionamos anteriormente, con la intención de organizar debidamente los festejos, el 8 de febrero de 1909 se sancionó la ley nacional 6.286 sobre el centenario de la Revolución de Mayo de 1810, en cuyo primer artículo se establece que “se nombrará una comisión que proceda a preparar la celebración”.²⁶

En líneas generales, la ley preveía una serie de obras que buscaban cubrir gran parte del territorio nacional, intentando subsanar el déficit respecto de la estatuaria conmemorativa que se observaba en el país. De todos modos, el énfasis estuvo puesto en la ciudad de Buenos Aires y en la redefinición de sus espacios públicos respondiendo al crecimiento que venía experimentando la ciudad, al mismo tiempo que se buscaba inundarla de figuras en bronce y mármol que recordaran la historia heroica de la nación frente a la característica cosmopolita que venía adquiriendo.

En el marco de la ley se formó la Subcomisión de Estatuas y Monumentos, la cual estaba integrada por algunos de los miembros de la Comisión

Movilizaciones sociales, conflictividad, ciudadanía política y opinión pública en torno a 1910, Rosario, La Quinta Pata-Camino Ediciones, 2011, p. 97.

24. Véase *La Capital*, Rosario, 19 de marzo de 1909.

25. *La Capital*, Rosario, 18 de septiembre de 1909.

26. Si bien la ley se sanciona el 8 de febrero, estaba siendo discutida desde septiembre del año anterior, y recién el 19 de febrero el Poder Ejecutivo decreta el nombramiento de la Comisión. *Memoria de la Comisión del Centenario al Poder Ejecutivo Nacional*, Buenos Aires, Coni Hnos., 1910, p. 189. Respecto de la integración, el reglamento y los estatutos de esa comisión, véase el capítulo de Antonio F. Bozzo, en este mismo volumen.

del Centenario,²⁷ y que se encargaría de proyectar alrededor de diecisiete monumentos y estatuas, de los cuales sólo tres quedaron sin concretarse: el monumento a la revolución que debía ubicarse en la Plaza de Mayo en Buenos Aires, el dedicado al Congreso de 1853 y el de la bandera en Rosario. El único concurso que se realizó para estos monumentos correspondió al de la revolución, y fue al que mayor presupuesto se le asignó. Los italianos Gaetano Moretti y Luigi Brizzolara fueron los galardonados con el primer premio pero, aunque el monumento comenzó a construirse, la obra debió postergarse definitivamente cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Los verdaderos beneficiados con este concurso fueron los belgas Eugène D’Huicque y Jules Lagae, cuyo proyecto, que se había quedado con el segundo premio, fue modificado y se ejecutó como el monumento a la Asamblea del Año XIII y al Congreso de Tucumán, conocido popularmente como monumento a los Dos Congresos.

Para la ciudad de Buenos Aires, además, se habían estipulado en el inciso 4 del artículo 1º de la ley 6.286 las estatuas a Mariano Moreno, al almirante Guillermo Brown, a Bernardino Rivadavia y al general Carlos María de Alvear. Las dos primeras son realizadas e inauguradas en 1910 y 1919 por el escultor Miguel Blay, de origen español, y por el escultor Andrés Chiapasso respectivamente. Tanto la de Rivadavia, que se encarga también a Blay, como la de Alvear no logran concretarse. Respecto de la ausencia de la estatua de Rivadavia, en 1911 en la revista *Atlántida*,²⁸ dirigida por David Peña, se comenta lo siguiente:

Si una voz no se levanta para señalar esta corruptela de consagraciones repentinas, vamos camino a olvidar a nuestros muertos ilustres y a llenar la capital federal, especialmente de homenajes que no encuadrarán ni se disculparán ante la filosofía histórica, que es verdad, explicación, enseñanza.²⁹

Evidentemente, las estatuas y los monumentos conmemorativos eran pasibles de controversias, principalmente cuando los ciudadanos estaban experimentando una proliferación sin precedentes de obras de este tipo.

27. Estas comisiones especiales no podían exceder los cinco miembros, en este caso los designados fueron el intendente de la ciudad de Buenos Aires, Manuel J. Güiraldes, Francisco Moreno, el general José I. Garmendia, el senador Brigido Terán y Carlos A. Estrada.

28. Esta publicación comienza a editarse en el mismo 1911 bajo la dirección de David Peña, quien había sido secretario de la Comisión Nacional del Centenario y para estos años se había transformado en un historiador, jurisconsulto y periodista reconocido en el ámbito intelectual. En las “Crónicas del centenario”, firmadas por “La Dirección”, se evaluaban los proyectos de monumentos contratados por la Comisión.

29. David Peña [La Dirección], “Crónica del Centenario. Ampliación del monumento a Mariano Moreno. Estatua del Doctor Castro Barros”, *Atlántida*, t. II, N° 6, Buenos Aires, 1911, p. 407.

Adrián Gorelik analiza este fenómeno y llega a afirmar que “el monumento parece el modo más efectivo para tomar partido, a la vez que es indispensable tomar partido sobre los monumentos porque esta vez, como vimos, finalmente se están construyendo”.³⁰

Retomando las obras previstas por la ley 6.286, se construyó la estatua de Juan Martín de Pueyrredón en la plaza Flores, el monumento a los Ejércitos de la Independencia en la plaza San Martín y la estatua de Bernardo O’Higgins, también en Buenos Aires. Además del monumento a la bandera para Rosario, se proyectó y construyó un monumento al deán Gregorio Funes en la ciudad de Córdoba, una estatua al doctor Pedro Castro Barros en La Rioja, una estatua a Juan Pascual Pringles en San Luis, el monumento al Ejército de los Andes en Mendoza, el monumento a la batalla del 24 de septiembre de 1812 en San Miguel de Tucumán y el monumento a Martín Miguel de Güemes en Salta. Finalmente, también estaban previstos, un monumento destinado a la conservación de la bandera que Manuel Belgrano donó al pueblo jujeño, en San Salvador de Jujuy, y a Mariano Necochea, en la ciudad que lleva su nombre. A excepción del previsto para San Salvador de Jujuy, que finalmente se incorporó a una de las salas de la Casa de Gobierno, todos estuvieron inaugurados antes de finalizar la década de 1910.³¹ También la ley mencionaba un monumento a San Martín en Boulogne-sur-Mer, pero en este caso se estipulaba que se realizaría mediante una suscripción pública, aunque la Comisión del Centenario aportó veinte mil pesos moneda nacional.

El monumento a la bandera de Lola Mora

Como comentábamos antes, en 1909 la Comisión del Centenario contrató a Lola Mora para realizar la obra en el marco de los festejos previstos para la ciudad. De acuerdo con lo que se plantea en la *Memoria de la Comisión* en la sección “Estatuas y monumentos”, el contrato se funda en que “esta artista había hecho estudios sobre ese tema desde que una Comisión vecinal de aquella localidad promovió trabajos en el sentido de una suscripción a estos efectos, estudios que merecieron la aprobación de aquella junta”.³²

30. Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, UNQUI, 2010, p. 206.

31. En una nota que el Poder Ejecutivo enviara a la Comisión del Centenario el 9 de agosto de 1909 se establecía una prórroga en la ejecución de las obras “realizando gradualmente hasta el 9 de julio de 1916, centenario de la declaración de la independencia, la erección de estatuas y monumentos expresados en la ley 6.286, para lo que realizará al Poder Ejecutivo los recursos necesarios en el presupuesto de cada año”; *Memoria de la Comisión...*, p. 60.

32. Ídem, p. 35.

Como pudimos vislumbrar en los párrafos previos, en 1909 Lola Mora era ya una figura reconocida en el campo artístico a partir de sus grandes instalaciones monumentales en el espacio público. Probablemente lo más destacado de su producción sea la fuente *Las Nereidas*, la cual fue inaugurada en 1903 después de muchas controversias generadas por los desnudos y las poses insinuantes de las alegorías. La fuente había sido realizada en Roma y rearmada en Buenos Aires, mecanismo que Lola Mora intentará repetir con el monumento a la bandera. Si bien en el caso de la fuente se apela a la mitología griega, con un diseño clásico de sirenas, los temas históricos no le eran ajenos. En 1904 se inauguran los bajorrelieves de la Casa Histórica de Tucumán y la estatua de la Independencia en la misma ciudad. Además, en 1906 se colocan estatuas de su autoría en el Congreso de la Nación,³³ aunque debates posteriores, entre 1913 y 1915, derivaron en que las obras pasaran a depósito. De este modo, si bien el monumento a la bandera aparece como un deseo de la escultora acorde a sus intereses, el momento de su concreción coincide con la caída de sus ingresos y el desamparo político.

Lo cierto es que el monumento debía estar concluido para 1911, sin embargo entre 1915 y 1916, cuando la Comisión del Centenario había cedido su lugar al Ministerio de Obras Públicas, continuaban los problemas con respecto al pago de las últimas dos cuotas del monto estipulado en el contrato. Si bien todos los plazos de las obras proyectadas para el Centenario fueron superados, éste es el único caso que excede la finalización de la década de 1910. Además, casi todas las obras fueron realizadas en el exterior y armadas en el lugar designado, así que el traslado del monumento desde Italia no parece ser un argumento fuerte en el sentido del retraso de su finalización.

En 1919, luego de un arbitraje que se encargó de evaluar las condiciones de lo producido en Italia por la artista, surge un nuevo conflicto con la Dirección General de Arquitectura que llegó a pedir la rescisión del contrato. A partir del informe que esa institución enviara a Hipólito Yrigoyen, por entonces presidente de la República, se estipuló en 1920 que Lola Mora debía hacerse cargo de los gastos de traslado de las piezas desde Italia hasta la Argentina y de las deudas que ella había generado contratando personal que colaborara con el proyecto. Los entredichos se extienden hasta 1923, sin que todavía se hubiera producido el trasladado

33. Corsani analiza también la definición de la cuadriga que coronaría el nuevo edificio del Congreso Nacional, para la cual son rechazados los diferentes proyectos que presenta Lola Mora. Lo que puede observarse es que en 1907, momento definitorio en este proceso, nuestra escultora no contaba con los apoyos políticos que habían facilitado sus contratos anteriores. “Con el apoyo institucional en contra, y con un gobierno opositor a su amigo Julio A. Roca, se hacía difícil un cambio de rumbo en la decisión de dejarla fuera del proyecto de la cuadriga”, Patricia Corsani, *Lola Mora...* p. 134.

de las obras a la ciudad.³⁴ En el mismo año se forma una nueva comisión popular pro monumento a la bandera que, a excepción de la presidencia honoraria a cargo de Marcelo Torcuato de Alvear, estuvo conformada por rosarinos que comenzaron a manejar el asunto desde la ciudad y cuya cara visible fue el ingeniero Ramón Araya.³⁵ Esta Comisión reanuda el diálogo con Lola Mora y gestiona recursos y redes para concretar el monumento que desde hacía veinticinco años se estaba esperando en la plaza Belgrano. Luego del tan ansiado arribo de las obras a la ciudad, son ubicadas en la plaza General Belgrano con el fin de que sean expuestas al “juicio público” y a la consideración de la Comisión Municipal de Bellas Artes, agrupación encargada de asesorar al gobierno local en los casos de adquisición de artefactos artísticos y decoración de espacios públicos. Los representantes de la Comisión de Bellas Artes sostienen que el monumento proyectado “no constituye una obra de arte en la verdadera concepción de la palabra, sino un conglomerado de pésima concepción”, rematando su argumento con la consideración de la obra como ejecutada por “ineptos oficiales marmoleros”.³⁶ En lo sucesivo, la Comisión Popular Pro Monumento a la Bandera, en su reunión del día 3 de agosto de 1925, decide pedir la rescisión del contrato con Lola Mora y promover la erección de un nuevo monumento, pedido que es acatado por el Poder Ejecutivo Nacional.

Si bien lo determinante en el momento del rechazo de la obra de Lola Mora parece ser un argumento relacionado con la calidad artística de la escultora tucumana, el estilo que se muestra en el monumento aparece acorde al arte de su época.³⁷ El monumento, clásico en su diseño, contaba

34. En la *Memoria del Ministerio de Obras Públicas* de abril de 1915 se encuentran relatados todos estos inconvenientes y las diferentes evaluaciones de la obra. También se puede observar la *Traducción del Laudo Arbitral* realizado por el doctor Ferrari y fechado en enero de 1914. Sobre los conflictos en torno al pago de la cuarta cuota y las disposiciones de la Dirección General de Arquitectura, se puede revisar el *Informe* de dicha institución del 2 de septiembre de 1919. Véase *Documentos...*, pp. 66-87.

35. Ramón Araya fue una figura influyente en la escena política de Rosario durante la década de 1920; creador de la Oficina de Obras Públicas, entidad pensada para rechazar el congelamiento de alquileres y, además, para regular la profesionalización de la construcción. En el marco del auge del urbanismo, fue un representante de la preocupación por ordenar el crecimiento de la ciudad y, en este sentido, se ocupó de la reactivación de la zona central de la ciudad en lugar de fomentar nuevos loteos en las periferias, por lo cual es comprensible su preocupación por el monumento a la bandera.

36. Carta del presidente de la Comisión Municipal de Bellas Artes, Juan B. Castagnino, al entonces intendente de la ciudad de Rosario, Emilio Cardarelli, fechada el 27 de enero de 1925, en *Documentos...*, pp. 104-105.

37. De acuerdo con Patricia Corsani, “las esculturas de Lola Mora se adecuaron al lenguaje decimonónico en boga y siguieron las normas del decoro y moral propias de la época, sin embargo, ante la mirada de ciertos círculos, se tornaban escandalosas. Así como en la *Fuente de las Nereidas* hizo uso de una temática mitológica, también el repertorio simbólico que utilizó

tanto con alegorías como con figuras históricas. En la cúspide se ubicaba el “espíritu de la patria”, una imagen cercana a la Victoria alada o Victoria de Samotracia, diseño clásico en la monumentalidad del siglo XIX como en las primeras décadas del siglo XX.³⁸

En el tercio superior, la Libertad se asemejaba bastante a las imágenes de la Marianne francesa, respondiendo a la tendencia que Maurice Agulhon denomina “estatuomanía” cuando analiza el siglo XIX en Francia, destacando que “las calles se llenaron de hermosas, *esculturales* (nunca mejor dicho) e inexpresivas mujeres, envueltas en túnicas clásicas, o desnudas, o a medio cubrir, cuyo aire, alternativa (o simultáneamente) seductor o abstracto, contrasta con el realismo moderno y expresivo de los próceres, casi siempre hombres”.³⁹

En la parte inferior del monumento de Lola Mora, un basamento cúbico rodeado por cuatro grupos de figuras en bajorrelieve y esculturas cubriendo las caras laterales, se podían observar el acto de la bendición de la bandera (donde aparece Belgrano),⁴⁰ la aclamación de la bandera por el pueblo y el ejército, los primeros y los últimos combates.

Sin embargo, aunque el monumento aparece como un diseño clásico y acorde al momento en que se propone, la Comisión Municipal de Bellas Artes no fue la única en criticar la calidad artística de la obra de Lola Mora. En *Atlántida*, David Peña sostiene que “el monumento, como concepción, es irresistible a la crítica. Y mucho más lo será cuando se lo compare con las eximias obras de arte escultórico que la concurrencia extranjera nos ha proporcionado”.⁴¹

Reflexiones finales: después del abandono, el regreso

en sus monumentos conmemorativos fue el adecuado, ya que, con un lenguaje académico, presentó alegorías que contribuyeron a fijar los símbolos de una nueva nación”, Patricia Corsani, *Lola Mora...*, pp. 140-141.

38. De acuerdo con el tratado de iconología de Cesare Ripa del siglo XVII, era común que los antiguos representaran la Victoria al modo de un ángel, un ser con alas; Cesare Ripa, *Iconología*, t. II, Madrid, Akal, 1987.

39. Maurice Agulhon, “La estatuomanía y la historia”, en *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto Mora, 1994, p. 99.

40. Belgrano desaparece del lugar que había ocupado en los bocetos publicados en 1903, esto podría ser porque se intenta transmitir un mensaje más universal, y el prócer, reconocido como uno de los padres de la patria, ya está instalado en el imaginario colectivo. Véase Patricia Corsani, *Lola Mora...*

41. David Peña [La Dirección], “Crónica del Centenario. Monumento a la bandera, en la ciudad del Rosario”, *Atlántida*, t. II, N° 5, Buenos Aires, 1911, p. 249.

Si miramos estos quince años de recorrido del monumento de Lola Mora, podemos destacar algunos aspectos con relación al abandono de la obra. En primer lugar, observamos que el impulso desde Rosario hacia la conmemoración de la creación de la bandera fue siempre oscilante y, particularmente para este caso, la dilación de la obra parece haberle jugado en contra a la escultora tucumana. En este sentido, el traslado de la iniciativa de la ciudad a la nación también parece ser un factor que distanció a los rosarinos del anhelo del monumento a la bandera.

En segundo término, teniendo en cuenta lo que mencionamos en apartados anteriores, en la propia trayectoria artística de la escultura se nota un declive a partir, incluso, de algunos años anteriores a la firma del contrato con la Comisión del Centenario. En tercer lugar, si bien la calidad artística de sus obras aparece cuestionada en diferentes momentos, hemos especificado que el diseño de su monumento no iría en contradicción con los cánones de la época. Sin embargo, de este último aspecto pueden extraerse dos reflexiones, una relacionada con el accionar de la Comisión Municipal de Bellas Artes y otra –que hemos omitido hasta el momento– que se desprende de la condición femenina de la artista.

Respecto del primer punto, sólo mencionaremos aquí, siguiendo una hipótesis de Valeria Príncipe, quien estudió en detalle el accionar de la Comisión Municipal de Bellas Artes desde su formación hasta su institucionalización en la década de 1920, que el juicio negativo de sus miembros hacia el monumento de Lola Mora puede corresponderse con una intención de la Comisión de instalarse en la ciudad como una organización “de competencia *exclusiva* en este tema como en cualquier otra decisión de tema artístico en la ciudad, tal como le había sido otorgado en su decreto de creación”.⁴²

El condicionamiento que implicaba que una mujer se dedicara a la escultura a comienzos del siglo XX ha sido puesto en valor por los biógrafos y estudiosos de la obra de Lola Mora. Para nuestro caso, notamos que de todos los artistas contratados para los festejos del Centenario, Lola Mora fue la única mujer. Si bien este factor no parece haber tenido relevancia en el momento de evaluar su obra, como tampoco pareció determinante en las instancias finales, cuando se rescinde el contrato, no podemos ser ingenuos ante el hecho de su excepcionalidad para la época. Por otra parte, si tenemos en cuenta que para el imaginario social imperante en estos años la creación

42. Al exponerse las obras inconclusas en la plaza Belgrano en 1925, la Comisión Popular Pro Monumento a la bandera también pide opiniones al respecto a la Junta de Historia y Numismática Americana, la Comisión Nacional de Bellas Artes y el rectorado de la Universidad del Litoral. Véase Valeria Príncipe, “Cómo fundar un museo. La construcción de un espacio institucional para el arte”, en Pablo Montini *et al.*, *De la Comisión Municipal de Bellas Artes al Museo Castagnino. La institucionalización del arte en Rosario, 1917-1945*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2012, p. 46.

artística era una cualidad exclusiva de los hombres,⁴³ sería irresponsable de nuestra parte no poner cuanto menos en duda que el hecho de que se tratase de una mujer no tuvo alguna influencia en la valoración de las obras de Lola Mora, aunque no podamos leerlo directamente en los documentos, tanto oficiales como en la prensa escrita.

Lo cierto, finalmente, es que luego de que las esculturas son desestimadas para el monumento a la bandera, permanecen dispersas en la ciudad, hasta que en 1972 son reunidas nuevamente en el Parque Nacional a la Bandera. En 1988, las siete obras fueron colocadas con una placa que las identificaba, en el Patio de la Madera, parque ubicado frente a la Estación Terminal de Rosario.

Luego de este trajinar, en la década del 90, cuando desde Rosario —ya instalada a nivel nacional como la “cuna de la bandera”— comienzan a pensarse las posibilidades “turísticas de la ciudad”, se revalorizan las obras de Lola Mora con la intención de ser colocadas como ingreso al monumento a la bandera inaugurado en 1957.⁴⁴ En las “Bases del concurso de anteproyectos para la concreción del pasaje Juramento”, tránsito entre la emblemática plaza 25 de Mayo y el monumento a la bandera, que se publican en 1995, se puede leer que las intenciones de las reformas pretendían combinar dimensiones turístico-recreativas con otras más pedagógicas y patrióticas.⁴⁵ Al mismo tiempo, se buscaba subsanar el descuido a que habían sido expuestas las esculturas inconclusas de Lola Mora, mostrando cierta reivindicación de la escultora y de la calidad artística de sus obras: “Es este también el momento de otorgarle protección al Conjunto Escultórico de Lola Mora

43. Esta idea es desarrollada por Patricia Corsani, *Lola Mora...*

44. Coincidentemente, durante estos años se producen diferentes actos tendientes a revalorizar la obra de la escultora tucumana: en 1995 se estrena la película de Javier Torre, en 1996 se coloca la piedra basal de un monumento en su honor y en 1998 se establece que el 17 de noviembre, día de su fallecimiento, sea el “del escultor y las artes plásticas argentinas”.

45. “La Municipalidad de la Ciudad de Rosario ha dispuesto el Concurso Público del Proyecto Urbano-Arquitectónico cuya realización vincule día a día a los rosarinos tanto con la propia historia de la ciudad y de sus hechos, como con la dimensión solidaria y ciudadana de las nuevas expresiones y prácticas sociales mayoritarias (recreativas, artísticas, políticas, etc.)”. De acuerdo con lo que se aclara en el mismo documento, los encargados de redactar las bases fueron los asesores del concurso, los arquitectos Juan Andrés Villalba y José Luis Ruani. Este documento no tiene las páginas numeradas y tampoco aclara el año de publicación, aunque en la primera página se consigna que la apertura del Concurso es el 1 de abril y el cierre el 1 de junio de 1995, por lo que suponemos que las bases fueron redactadas durante ese mismo año, o en los últimos meses del anterior. Véase “Bases concurso nacional de anteproyectos para el completamiento definitivo del conjunto cívico-monumental” como parte integrante del Parque Nacional a la Bandera. Incorporación del grupo escultórico que la artista plástica Lola Mora realizara para el Monumento Nacional a la Bandera. Municipalidad de Rosario, Colegio de Arquitectos, Distrito 2, Rosario, s/f (apertura del concurso: 17 de abril de 1995, fecha de entrega: 1 de junio de 1995).

incorporándolo definitivamente en la composición de un sitio de alta significación histórica y urbana”.

De acuerdo con el planteo de Alejandro Beltramone, Marcela Ponzellini y Mariano Costa, los responsables del proyecto ganador, el propósito del pasaje Juramento no era reeditar el monumento inconcluso de Lola Mora, sino presentar el grupo escultórico “como una extensión del Monumento a la Bandera en un marco especial acorde al valor patrimonial de sus trabajos”.⁴⁶ Además, el pasaje Juramento se proponía tener un protagonismo “mesurado” con relación al resto del monumento. Esta característica será valorada por los jurados del concurso, quienes especifican en su evaluación que el proyecto ganador relaciona y pone en valor la Municipalidad, la Catedral, el monumento, el grupo escultórico y la plaza 25 de Mayo. En definitiva, para los evaluadores, fue la significación de ese conjunto lo que se resalta con la incorporación del pasaje Juramento.⁴⁷

De este modo, se lograba cerrar un ciclo que podríamos decir que comienza a mediados del siglo XIX, cuando la joven ciudad comienza a relatar su propia historia, primero ligada fuertemente al espacio ocupado por la plaza 25 de Mayo y luego, muy lentamente, al sitio histórico donde Belgrano había izado por primera vez la bandera argentina. Sorprendentemente, serán las obras de Lola Mora las encargadas de unir esos dos espacios tan significativos para la ciudad y, a partir de entonces, cerrar el relato que liga a Rosario con la historia de la nación y de su bandera.

46. Memoria descriptiva del proyecto ganador realizado por los arquitectos. Publicada en la página web del Monumento Histórico Nacional a la Bandera: http://www.monumentoalabandera.gov.ar/pasaje_juramento.html.

47. Las palabras de los evaluadores son elocuentes: “De este modo, es la significación de este conjunto *de valor histórico institucional* lo que se resalta potenciando sus valores preexistentes, asumiendo el proyecto la simple pero difícil tarea de construir un marco sensible y de un protagonismo mesurado, que relaciona adecuadamente los distintos elementos y situaciones que intervienen en la composición”, *Revista de Arquitectura*, N°180, Buenos Aires, marzo-abril de 1996, p. 18.

Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente

Julio Stortini

Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Luján

Introducción

En las últimas décadas, la memoria fue uno de los objetos de estudio que concitó la atención de los historiadores. Una razón de este interés la daba Pierre Nora en la presentación de los trabajos compilados en *Los lugares de la memoria*. Nora sugería que la obra respondía a la sensación de ruptura de la idea de continuidad pasado-presente, percibida por el ciudadano de la sociedad contemporánea. En este proceso, los soportes de la memoria parecían haber sido progresivamente destruidos alejando al individuo de su pasado. Esa preocupación se había trasladado, entonces, a la búsqueda de los lugares donde descansaban los elementos de la memoria que habían conformado a la ciudadanía y, a su vez, había conducido al estudio de los símbolos republicanos, los monumentos, las diversas conmemoraciones y la pedagogía escolar.

Los trabajos sobre el tema se multiplicaron y permitieron explorar la complejidad, tanto del funcionamiento de la memoria como la de la relación entre ésta y la historia. El estudio de las conmemoraciones ocupó un espacio significativo dentro de esta producción, ya que ellas se hallan íntimamente vinculadas a la producción de memoria. Las conmemoraciones aparecen como formas ritualizadas, como escenografías y teatralizaciones, y como marcadores de identidad por su capacidad de estructuración de la memoria. No sólo son importantes las acciones y los acontecimientos conmemorados, sino su construcción en el tiempo, su significación, su transmisión y reutilización. La conmemoración nos señala de qué manera las diferentes expresiones políticas y sociales entienden, se apropian y utilizan el pasado con fines operativos para el presente y el futuro. Por su parte, los monumentos pueden ser vistos como representaciones simbólicas de las identidades, como puentes entre el pasado, el presente y el futuro, como soportes materiales de la memoria, con un grado significativo de permanencia e indestructibilidad. A través de las conmemoraciones y de los monumentos se puede entender qué pasado,

qué acontecimientos, qué sujetos son rememorados y qué funcionalidad se les otorga. Su papel es impedir el olvido. Así, el pasado se vuelve presente a través de una reactualización que toda memoria, como aprendizaje que es, exige. Ceremonias, lugares, rituales, fiestas y monumentos remiten a acontecimientos, procesos y figuras que deben recordarse por su carácter significativo. A veces, serán rememorados como forma de autolegitimación de determinadas expresiones políticas, como forma de impulsar el consenso social o como expresión de una voluntad que pretende diferenciarse de otras identidades o tradiciones y que, por lo tanto, convierte determinados espacios, acontecimientos y aniversarios en motivo de disputa. Mediante estas prácticas, se trata de actualizar un legado, infundir por repetición determinados valores que deben transmitirse a las siguientes generaciones, uniendo así, a través de la activación de sentimientos de pertenencia, el pasado, el momento presente y el futuro.¹

El objetivo de este trabajo consiste en estudiar los mecanismos involucrados en el proceso memorialístico puesto en juego por quienes asumieron la perspectiva revisionista, con especial atención a lo sucedido en los últimos cuarenta años. Se ha puesto énfasis, fundamentalmente, en el análisis de algunas intervenciones (actos, celebraciones, emplazamientos de estatuas y monumentos), en acontecimientos y personajes que fueron invocados en esa recuperación del pasado (especialmente, la figura de Juan Manuel de Rosas y el combate de la Vuelta de Obligado), y en la evolución y el sentido que aquellas fueron tomando. Consideramos relevante su estudio ya que el revisionismo se convertirá, primero, en una expresión del interés de ciertos núcleos nacionalistas y grupos sociales por el pasado, con importante eco en sectores de la Iglesia y del Ejército y, más tarde, en una perspectiva histórica con una recepción significativa en el peronismo y en la sociedad argentina.

El revisionismo desde el llano

El contexto sumamente complejo de la década de 1930, producto de las tensiones ideológicas de la época y de la doble crisis económica y política que aquejaba a la Argentina en esos años, llevó a una radicalización acerca

1. Entre las numerosas publicaciones sobre conmemoraciones y monumentos, se pueden citar Joël Candau, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002; Elizabeth Jelin y Victoria Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid, Siglo XXI, 2003; Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002; Graciana Vázquez Villanueva (dir.), *Memorias del Bicentenario: discursos e ideologías*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad de Buenos Aires, 2010; Béatrice Fleury y Jacques Walter (comps.), *Memorias de la piedra*, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria, 2011.

de la interpretación de la historia argentina.² En estos años, quienes se enrolaron en el llamado revisionismo histórico asumieron la necesidad y el deber de construir una visión del pasado alternativa a una historia que consideraban falsificada. Para ello, no sólo rescataron a través del ensayo un pasado hasta ese momento oculto o negado, sino que también llevaron a cabo una serie de acciones conmemorativas que colaboraron en la construcción de la verdadera identidad nacional.

En 1934 se organizó una junta de homenaje a Rosas, cuyo objetivo era la repatriación de sus restos. Estaba conformada por un abanico de políticos, profesores, abogados, militares e intelectuales de distinta procedencia política, entre los cuales se puede destacar a Dardo Corvalán Mendilaharsu, Ricardo Caballero, Rodolfo y Julio Irazusta, Alfredo Bello, Alberto Ezcurra Medrano y Eduardo T. Corvalán Posse, y militares como Juan B. Ithurbide y Evaristo Ramírez Juárez.³

En ocasión del aniversario del combate de la Vuelta de Obligado, la Junta sostenía la necesidad de depurar la historia argentina de la deformación y la negación a las que había sido sometida desde 1852.⁴ La Junta hacía un recordatorio de los méritos de Rosas para ser considerado un prócer de la patria, invocando a diversos historiadores e intelectuales que reconocían, por lo menos, algunas acciones positivas del Restaurador. Entre ellos, citaba a Adolfo Saldías, Juan A. García, José Ingenieros, José Terry, David Peña, Estanislao Zeballos, Emilio Ravignani y Ricardo Levene, aún considerado un prestigioso historiador. Además, se apoyaba en la autoridad del general José de San Martín, al apelar a su correspondencia con Rosas y al famoso legado de su sable que le hiciera en consideración a su defensa de la soberanía. Por

2. No obstante, en la década de 1920, la consideración de Rosas y su gobierno ya venía siendo discutida a través de publicaciones, artículos de diarios, encuestas y ensayos diversos. Véase Diana Quattrocci-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995, pp. 49-67.

3. En la provincia de Santa Fe y para el mismo año, Alfredo Bello había impulsado una comisión con el mismo objetivo. En 1927-1928 y en 1934 el diario *Crítica* había realizado encuestas sobre la repatriación. En ambas parecía haber una tendencia favorable a dicha posibilidad. Véase Diana Quattrocci-Woisson, *Los males...*, pp. 58-61 y 128-132; Ana María Barletta y Gonzalo de Amézola, "Repatriación: modelo para armar. Tres fechas en la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas (1934-1974-1989)", *Estudios / Investigaciones*, N° 12, La Plata, 1992.

4. En 1845, en el marco del conflicto internacional que desde hacía unos años enfrentaba a Rosas con Francia y Gran Bretaña, la flota anglo-francesa pretendió surcar el río Paraná aguas arriba, junto con un centenar de barcos mercantes. En la llamada Vuelta de Obligado, a fin de hacer frente a esta amenaza, el general Lucio N. Mansilla instaló una serie de baterías y dispuso unas cadenas de lado a lado del río para impedir su paso. Allí se produjo el combate y la derrota de las fuerzas argentinas, pese a lo cual este hecho junto con los enfrentamientos que le siguieron (Quebracho, Tonelero, etc.), fueron reivindicados como hitos en la defensa de la soberanía nacional por los autores revisionistas.

otra parte, el combate de Obligado era convertido en la reafirmación de la declaración de la independencia de 1816.⁵

En ese mismo año de 1934 se inauguró el primer monumento de homenaje a los combatientes de la Vuelta de Obligado. Por sugerencia del teniente coronel Evaristo Ramírez Juárez y a iniciativa de Enrique Udaondo, director del Museo Histórico y Colonial de Luján, se construyó un monolito de piedra de unos 3,5 metros de alto, coronado por una metralla recogida en el campo de batalla, al que se adosaron algunas placas conmemorativas en nombre de las Fuerzas Armadas, del Círculo Militar y del Museo. El monumento, emplazado en la barranca donde había sido ubicada la batería *Manuelita* al mando de Juan B. Thorne, fue apadrinado por los ministerios de Guerra y Marina y por el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Figuraban en la Comisión Colaboradora Leopoldo Lugones, Rodolfo Irazusta, Federico Ibarguren, Ernesto Palacio, Roberto de Laferrère, Ramón Doll y César Pico, entre otros. En la conmemoración, se procedió a los discursos protocolares de rigor, tomaron la palabra Julio Irazusta y el teniente coronel Ramírez Juárez, quien explicó los acontecimientos de 1845, se celebró una misa de campaña y hubo un desfile y una retreta militar.⁶

Pocos años después, en 1938 se creó el Instituto de Investigaciones Históricas “Juan M. de Rosas” (IIHJMR). Éste buscó convertirse en el núcleo de una red de filiales o centros afines que apuntaran al mismo objetivo, es decir, la demolición de la historia “oficial” y la revalorización de la figura de Rosas y de su época.

El IIHJMR incluía diferentes manifestaciones dentro del campo nacionalista que confluían, eso sí, en la reivindicación militante de Rosas y de su época, y en denunciar la conspiración de las fuerzas antinacionales que habían operado a partir de 1852 a la fecha.⁷ Sus miembros se abocaron a diversos emprendimientos como la publicación de una revista, la edición de algunas conferencias y libros, además de acciones reivindicativas.⁸ Éstas

5. *Junta Americana de Homenaje y Repatriación de los restos del Brigadier Don Juan Manuel de Rosas al Pueblo Argentino en ocasión del aniversario del combate de “La Vuelta de Obligado”,* Buenos Aires, 20 de noviembre de 1934.

6. En *La Nación*, “En recuerdo del combate de Obligado se inaugurará un monumento en San Pedro” y “San Pedro rindió homenaje a los que tomaron parte en el combate de la Vuelta de Obligado”, 20-21 de noviembre de 1934 respectivamente. En *La Prensa*, “Se inaugurará el 20 del corriente un monumento en memoria de los caídos en el combate de Obligado”, 15 de noviembre de 1934. En ese año, el teniente coronel Ramírez Juárez publicó numerosos artículos sobre Obligado en *La Nación*.

7. El IIHJMR estaba presidido por el general Juan B. Ithurbide y Manuel Gálvez como vicepresidente. Otros miembros conspicuos en sus orígenes fueron Ramón Doll, Ernesto Palacio, los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Roberto de Laferrère, Alberto Contreras, Evaristo Ramírez Juárez, Ricardo Font Ezcurra y Alberto Ezcurra Medrano.

8. Entre los libros publicados, se pueden citar *Defensa y pérdida de nuestra independencia*

tenían un doble carácter: algunas exaltaban a Rosas y a Manuel Dorrego y recordaban acontecimientos históricos convertidos en hitos de la lucha por la soberanía nacional como Obligado, y otras, por el contrario, venían a denunciar o contrarrestar celebraciones y homenajes oficiales como el levantamiento de los Libres del Sud o la batalla de Pago Largo.

La Vuelta de Obligado se fue transformando, así, en el hecho capital de la obra de Rosas. Esto no significaba desconocer la positividad de su política en general: garante del orden interno y gestor de la unidad de la nación, restaurador de los valores hispánicos, pionero en la actividad agrícola-ganadera y en la industrial. Pero para el revisionismo, la defensa de la soberanía nacional frente a las pretensiones de las potencias imperialistas era lo que permitía encontrar una acción a rememorar que, además, podía pretender la adhesión sin dilemas del conjunto de la población. Obligado debía convertirse en un símbolo de la gloria y el prestigio de la nación argentina, en un acontecimiento ejemplar y portador de una enseñanza que debía servir como guía para el presente y el futuro.

El ritual de Obligado, impulsado por el *RIIHJMR*, se repitió en los años posteriores, con la participación de las autoridades nacionales, provinciales y con la colaboración del Ejército y de la Armada. En 1940, a solicitud del Instituto, el presidente Roberto M. Ortiz aprobó el presupuesto que permitió inaugurar el revestimiento del morro donde se habían amarrado las cadenas en la playa de Obligado, con el fin de protegerlo de las crecientes del río.⁹ Poco después, en 1942, el paraje de la Vuelta de Obligado fue declarado lugar histórico.¹⁰ En esos años también se homenajeó a Manuel Dorrego en la localidad de Navarro, se conmemoró el combate de Quebracho (1846) librado contra la escuadra anglo-francesa –organizado por el Instituto de Estudios Federalistas de Santa Fe– y se instaló una cruz en homenaje a los defensores de Martín García, en ocasión de la incursión francesa de 1838, acto que contó con la presencia de representantes del gobierno nacional y del gobierno de la provincia de Buenos Aires, a cargo de Manuel Fresco.¹¹

De esta manera, a través de la conmemoración de acontecimientos destacados, de contracelebraciones, de monumentos y de la consagración de espacios físicos, el revisionismo fue construyendo un relato que pretendió

económica (1943) y *Rosas y la navegación de nuestros ríos* (1944) de José María Rosa y Jaime Gálvez, respectivamente.

9. “Homenaje al 95º aniversario de la batalla en «Vuelta de Obligado»”, *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas (RIIHJMR)*, N° 7, 1941, pp. 160-162.

10. Constanancio Vigil, *Los monumentos y lugares históricos de la Argentina*, Buenos Aires, Atlántida, 1948, pp. 93-94.

11. “En Navarro”, *RIIHJMR*, N° 1, enero de 1939, pp. 145-149; “93º Aniversario de «El Quebracho»”, *RIIHJMR*, N° 2-3, agosto de 1939, pp. 228-237; “Centenario de la defensa de Martín García”, *RIIHJMR*, N° 1, enero de 1939, pp. 129-136.

diseñar una memoria colectiva. Se puso en juego una estrategia evocativa que se afirmaba, no sólo en la literatura histórica, sino también en una serie de soportes articuladores de ese relato. Discursos, espacios, imágenes, monumentos y rituales aparecían como instrumentos ineludibles en la tarea que se habían impuesto los revisionistas: nada menos que derribar una historia oficial y falsificada. El poder rememorativo de estas estrategias residía en concentrar toda la potencia de revisión en un personaje, en una época y en acontecimientos convertidos en portadores de una política “nacional”, que era imprescindible recuperar por el bien de la patria. Un ejemplo de ello fue la preocupación del revisionismo por la “pedagogía de las estatuas”. Se criticaba la existencia de algunas que recordaban a los miembros del panteón oficial, especialmente la estatua del general Juan G. Lavalle, emplazada en el solar de Manuel Dorrego. En el marco del Primer Congreso Federalista de la Historia, realizado en Santa Fe, se instaló el primer busto de Rosas en el país, en una quinta cercana a Coronda. Por su parte, el *RIHJMR* publicitó la venta de un bajorrelieve con la efigie de Rosas en bronce fundido y en símil bronce, oro o plata. Asimismo, se había iniciado una gestión ante el gobernador Manuel Fresco para emplazar dos monolitos en la provincia de Buenos Aires, en homenaje a Rosas y a los oficiales y la tropa de la campaña al desierto de 1833-1834.¹²

Así, la preocupación propagandística del revisionismo hizo que tanto la reflexión y la investigación histórica como las conmemoraciones quedaran subordinadas a la eficacia de fórmulas y contraposiciones estereotipadas. La apelación a personajes históricos como Rosas y los caudillos federales y la exaltación de “epopeyas”, como el combate de la Vuelta de Obligado o la defensa de la isla Martín García, dotaron a las conmemoraciones revisionistas de un hondo contenido dramático, en tanto esos arquetipos y esas gestas indicaban el camino para que la Argentina continuara la esforzada lucha en pos de la recuperación de su soberanía.

El revisionismo y los gobiernos peronistas

Una relación sinuosa

Pese a aceptar algunos cargos en el gobierno militar de 1943 y convertirse

12. “El Primer Congreso Federalista de la Historia se realizó en Santa Fe”, *RIHJMR*, N° 6, diciembre de 1940, p. 197; “Artístico bajorrelieve del General Juan Manuel de Rosas”, *RIHJMR*, N° 10, julio-agosto de 1942, s/p; “La Campaña del Desierto de Juan Manuel de Rosas”, *RIHJMR*, N° 2-3, agosto de 1939, p. 238-241. La solicitud por los monolitos fue derivada al director del Museo de Luján, Enrique Udaondo, quien la rechazó por considerarla contradictoria con la conmemoración de la Revolución del Sud que el gobierno se aprestaba a realizar.

al peronismo muchos de ellos, los militantes nacionalistas no tuvieron una participación destacada durante el gobierno iniciado en 1946. Es sabido que el general Juan D. Perón tuvo bastante renuencia en apoyarse en estos activistas. Tampoco el pragmatismo y el “populismo” de Perón le permitieron granjearse la simpatía de algunos como Julio Irazusta. Dada la escasa predisposición del gobierno peronista a abrir un nuevo frente de batalla, más aún con una oposición que lo comparaba con la tiranía rosista, la perspectiva histórica del revisionismo no halló demasiada cabida en estos años. Fue así como el vínculo entre los revisionistas y el peronismo se mantuvo por carriles sinuosos.¹³ Un anticipo de esta relación difícil fue lo sucedido en 1945 con la celebración del combate de Obligado. Según informaba el IHHJMR, ésta había transcurrido dentro de una “lamentable e inexcusable oscuridad oficial, hecha de discurso retaceado y de una limosna de banda militar” en la que los revisionistas ni siquiera habían podido dirigirse a los concurrentes.¹⁴

Pese a ello, los revisionistas no cesaron en su actividad publicística. En 1948, por ejemplo, debatieron con el Instituto Sanmartiniano acerca de la relación entre Rosas y San Martín, y el legado testamentario del sable corvo.¹⁵ Combatieron contra las conmemoraciones oficiales del pronunciamiento de Urquiza y de la batalla de Caseros, crearon la Comisión de Divulgación Revisionista, dictaron conferencias, elaboraron un calendario federal y promovieron la venta de bustos del “ilustre restaurador de las leyes” que se publicitaba como “algo que no debe faltar en ningún hogar de auténticos argentinos”.¹⁶

En 1954, se inició una nueva campaña de repatriación de los restos de Rosas bajo la conducción de José María Rosa y de los integrantes del Instituto.¹⁷ Desde el IHHJMR se reclamó por un pronunciamiento oficial sobre

13. Michael Goebel, *La Argentina partida. Nacionalismo y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, pp. 98-129; Julio Stortini, “Historia y política. Producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo”, *Prohistoria. Historia-política de la historia*, año VIII, N° 8, Rosario, primavera de 2004.

14. “Vida del Instituto”, *RIHHJMR*, N° 12, julio de 1946, pp. 119.

15. Mario C. Gras, “San Martín y Rosas y el caso de Instituto Nacional Sanmartiniano”, *RIJMRIH*, N° 13, octubre de 1948, pp. 9-17 y 56-57; La Redacción, “La Declaración del C.S. del Instituto Nacional Sanmartiniano, la Adhesión de la Academia de la Historia y un Editorial de *La Nación*”, *RIJMRIH*, N° 14, febrero de 1949, pp. 11-13.

16. “Presentación”, *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas (BIJMRIH)*, N° 4, febrero de 1951, pp. 2 y 5; *BIJMRIH*, N° 7, 15 de mayo de 1951, pp. 10-11. En 1952, el gobierno suspendió los actos por Caseros programados por el radicalismo, el socialismo y el IHHJMR, alegando el “estado de guerra” interno.

17. “Constituyóse la Organización popular por la repatriación de los restos del general Rosas”, *BIJMRIH*, N° 19-20, mayo-julio de 1954, pp.1, 3 y 9. En 1948 había habido otra iniciativa frustrada, impulsada por Eduardo Colom desde el diario *La Época*.

el tema aunque, simultáneamente, se admitía la oposición encontrada en el gobierno de Perón.¹⁸ Años después, José M. Rosa hacía referencia a las grandes dificultades que el revisionismo había tenido por la falta de apoyo oficial, especialmente por parte del ministro del Interior, Ángel Borlenghi, y del vicepresidente, Alberto Teisaire. Rosa interpretaba que, más que el temor a una división del peronismo alrededor de este tema, lo que llevaba a trabar la actividad del revisionismo eran cuestiones ideológicas o celos entre funcionarios, junto con el poco interés de Perón por el asunto. Tampoco tuvo buena acogida el reclamo para que el gobierno nacional declarara el 20 de noviembre –fecha en que se conmemoraba la Vuelta de Obligado– como día de la soberanía nacional.¹⁹ El único funcionario peronista que había apoyado al revisionismo había sido el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé. Éste, según Rosa, había ayudado a la campaña de repatriación de los restos de Rosas.²⁰ El mismo IIIHJMR reconocía que Aloé había realizado el primer acto de justicia del gobierno cuando, en 1953, concurrió a la Vuelta de Obligado para inaugurar obras de conservación y embellecimiento del paraje. En el acto, Aloé describió los sucesos de Obligado (donde habían participado “2.500 descamisados”) y destacó su trascendencia, similar al proceso de emancipación. Insistió, además, en el vínculo entre la gesta sanmartiniana, la defensa de la soberanía por Rosas y el “Conductor”, el general Perón, que había animado un nuevo sentimiento de patria y había reactualizado la alianza entre el pueblo argentino y las Fuerzas Armadas.²¹

La dilución de los proyectos de repatriación y de declaración del día de la soberanía culminó con la caída del peronismo. Evidentemente, el proceso iniciado con la revolución libertadora dificultó aun más la tarea revisionista. Por ejemplo, el IIIHJMR denunció que en 1957 se había destruido el monumento recordatorio erigido en 1940 en la Vuelta de Obligado y se había impedido la realización del acto respectivo.²² Pese a estos tiempos de

18. “La repatriación de los restos de Rosas: deseo popular”, *BIJMRIH*, N° 19-20, mayo-julio de 1954, p. 1. En los años previos también hubo reclamos en este sentido. Véase, por ejemplo, Fernando García Della Costa, “Sobre la repatriación de los restos de Don Juan Manuel de Rosas”, *RIJMRIH*, N° 15-16, agosto de 1951, pp. 91-92.

19. “Día de la soberanía”, *BIHJMR*, N° 21-22, diciembre-julio de 1954-1955, p. 1.

20. Tomás Saravi, “Reportajes biográficos: José María Rosa”, *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, año 1, N° 2, 1970, pp. 46-47; Pablo J. Hernández, *Conversaciones con José María Rosa*, Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978, p. 127.

21. “Acto de justicia histórica” y “Conceptos del discurso de Aloé”, *BIJMRIH*, N° 17-18, enero-abril de 1954, pp. 6-7; Carlos Aloé, *Combate de Vuelta de Obligado. Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Gobernador de Buenos Aires, Don Carlos Aloé, el 5 de diciembre de 1953*, Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires, 1954.

22. “Vindicación de Obligado” y “Los actos conmemorativos de Obligado”, *RIHJMR*, N° 18, cuarto trimestre, 1958, pp. 3-4 y 116-118.

zozobra, se procuró mantener vivas las ideas revisionistas. José M. Rosa y Alberto Contreras, sobre todo, emprendieron una tarea de difusión sistemática dando conferencias en sindicatos y universidades, participando en ceremonias en las plazas públicas, organizando misas por Rosas, dando charlas por radio y visitando periódicos, a lo largo del país. Con ese espíritu, en los años 60 se volvió a la carga por la repatriación de los restos de Rosas con una campaña callejera de carácter popular para recoger un millón de firmas, se insistió sobre la declaración del 20 de noviembre como día de la soberanía y se propuso levantar un panteón con las cenizas de los caídos en la Vuelta de Obligado.²³

La hora de la liberación

Estos proyectos recién cobraron impulso en 1973 cuando el peronismo llegó al gobierno. En los debates parlamentarios a nivel provincial y nacional, las bancadas peronistas hicieron una defensa férrea de la figura de Rosas apoyándose en la autoridad de revisionistas tradicionales como Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Carlos Iburguren, José M. Rosa y Vicente Sierra, entre otros. Su reivindicación se realizaba bajo las consignas de la liberación nacional y la lucha contra el imperialismo, haciendo hincapié en la línea histórica San Martín-Rosas-Perón. La oposición y la prensa impugnaron la pretensión de imponer un relato oficial, pese a lo cual se aceptaba el hecho de que la repatriación de los restos de Rosas podría contribuir a la conciliación nacional.²⁴ En septiembre de 1974 se aprobaron las leyes 20.769 y 20.770 de repatriación –previa derogación de la ley que condenaba a Rosas como reo de lesa patria– y la que declaró el 20 de noviembre como día de la soberanía en conmemoración del combate de Obligado.²⁵ Sin embargo, las tensiones políticas entre las diferentes expresiones del peronismo, a lo que se sumó una serie de atentados, amenazas y asesinatos, contribuyeron a una creciente inestabilidad política que haría postergar el proyecto de repatriación.

En estos años se continuó con la conmemoración de Obligado. En 1973,

23. “Cien misas para los héroes de Obligado”, *BIJMRIH*, año II, 2ª época, N° 7, octubre-noviembre de 1969, p. 48.

24. Véase Ana María Barletta y Gonzalo de Amézola, “Repatriación: modelo...”, pp. 19-25 y 32-41; Michael Goebel, *La Argentina partida*, pp. 216-223.

25. “Reivindicación oficial de la figura de Juan M. de Rosas”, *La Prensa*, Buenos Aires, 30 de octubre de 1973. Además, se informaba que el gobierno de la provincia de Buenos Aires había anulado los feriados del Grito de Dolores y de la Revolución de los Libres del Sud en Dolores y Chascomús respectivamente. También se cambiaría el nombre del partido de Tres de Febrero por el de Juan M. de Rosas.

el acto contó con presencia de los ministros de Interior y de Defensa Nacional, Benito Llambí y Federico Robledo, respectivamente, junto con el gobernador de la provincia, Oscar Bidegain. A ellos se habían sumado José María Rosa, embajador en Paraguay, miembros de las tres armas y de la Iglesia, y contingentes de la Juventud Peronista liderados por Dante Gullo. El ministro Llambí destacó a Obligado como un combate representativo de una América del Sur independiente y unificada, contra un proyecto que apuntaba a la “balcanización y sometimiento de nuestra patria continental”, mediante métodos colonizadores más sofisticados que antaño. Perón, afirmaba Llambí, como abanderado de los países del Tercer Mundo había recuperado las banderas de Obligado.²⁶ En el acto se descubrieron placas, se celebró misa, hubo salvas y suelta de palomas y se entregaron medallas de oro y plata al presidente Juan Domingo Perón (en ausencia) y a distintos funcionarios. Un matutino señalaba que la columna de Montoneros emitía gruesos epítetos contra el imperialismo y los gorilas, y recordaba el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu.²⁷ En los dos años siguientes, el apoyo del gobierno nacional a este tipo de actos fue menguando, dados los cada vez más graves enfrentamientos políticos y la violencia creciente. Los actos en la Vuelta de Obligado tuvieron una representación política de segundo orden y otros, propiciados por el Partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires, por el IHHJR y la Comisión de Homenaje a los héroes de Obligado, fueron de escasa relevancia aunque en ellos no dejaron de manifestarse las tensiones internas de la fuerza gobernante.²⁸

Pese a que el sustento de estos proyectos y conmemoraciones fueron las ideas revisionistas, sus portadores tradicionales quedaron en un segundo plano, tanto en el debate parlamentario como en los actos realizados. Por primera vez en su historia, la prédica revisionista había sido apropiada claramente por un movimiento político que ahora era gobierno. La iniciativa había pasado al campo institucional.

Poco tiempo después de la breve y violenta experiencia peronista, ya

26. Benito P. Llambí, *La Batalla de la Vuelta de Obligado y su proyección histórica*, Buenos Aires, Ministerio del Interior, 1973.

27. “Evoqué el combate de la Vuelta de Obligado”, *La Nación*; “El combate de la Vuelta de Obligado fue evocado ayer”, *La Prensa*, ambos de Buenos Aires, 21 de noviembre de 1973. La tensión dentro del peronismo se reflejó en un acto de las organizaciones de la derecha peronista, como la Juventud Peronista de la República Argentina, el Comando de Organización, la Concentración Nacional Universitaria y la Juventud Sindical, en Buenos Aires. Allí, el dirigente Alberto Brito Lima expresó que “si hubo cadenas para Obligado, habrá cadenas para la Tendencia”, “El acto de soberanía y lealtad”, *El Caudillo*, año 1, N° 2, 23 de noviembre de 1973.

28. En un acto en Lanús se produjo un incidente con la agrupación de derecha Concentración Nacional Universitaria, amparada por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, que pedía “la cabeza de los jefes montoneros”, “Fue evocado el combate de Vuelta de Obligado”, *La Prensa*, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1974.

bajo el gobierno militar, un editorial celebraba que éste se hubiera alejado de “caminos que el justicialismo y su cohorte ideológica de mixturada composición totalitaria” habían surcado.²⁹

La hora de la conciliación

La reivindicación de la figura de Rosas cobró nuevo impulso durante el gobierno de Carlos Menem. A la par de las reformas económicas y sociales emprendidas, Menem hizo un llamado a la unidad nacional con el fin de superar viejas antinomias que habían llevado a la postración de la nación. Los planteos de liberación nacional y antiimperialistas de la década de 1970 habían quedado muy lejos. Ahora, el peronismo en el gobierno los había reemplazado por aquellos que exaltaban el espíritu de unión y concordia, y la unidad se podía cimentar también con la incorporación de Rosas al panteón de los argentinos. No sólo se produjo la repatriación de sus restos y la construcción de su monumento en Buenos Aires; también su efigie apareció en billetes y estampillas, y su nombre en algunas calles y plazas de localidades del país.³⁰ Más allá del pragmatismo de Menem, nuevamente afloraba la concepción revisionista de la historia tan arraigada en el peronismo, latente durante la última dictadura militar y, luego, en los primeros años de la democracia.

Con el apoyo del presidente Menem se impulsó el proyecto de repatriación que había fracasado en 1974 por la inestabilidad política del país y por la misma muerte de Perón.³¹ El 30 de septiembre de 1989 los restos de Rosas llegaron al aeropuerto de Fisherton, Rosario. Allí fueron recibidos

29. “Rodeos tendenciosos sobre la Vuelta de Obligado” (editorial), *La Prensa*, 1 de diciembre de 1976.

30. En 1989 se emitió un sello postal alusivo al combate de la Vuelta de Obligado y en 1991, por primera vez en el país, otro con la efigie de Rosas. En 1992 comenzó a circular el billete de veinte pesos con el retrato de Rosas y la reproducción del cuadro de Manuelita Rosas de Prilidiano Pueyrredón. Para el reverso, se eligió una imagen del cuadro de Pierre Puvis de Chavannes sobre el combate de la Vuelta de Obligado en el que se destaca la flota anglo-francesa más que a los defensores argentinos.

31. Menem era conocido por su simpatía por el revisionismo histórico y, fundamentalmente, por su admiración a Facundo Quiroga. Dentro del gobierno colaboraron en el proyecto el viceministro Juan A. Lanús; el secretario de Inteligencia del Estado, Juan B. Yofre; el ministro del Interior, Eduardo Bauzá, y el asesor Julio Mera Figueroa, quien tuvo un papel relevante. Según Marcos Novaro, este último pertenecía al bando rojo punzó ligado a sectores nacionalistas y sindicalistas. Lo componían Luis Barrionuevo, César Arias, Julio C. Araújo, Raúl Granillo Ocampo, Alberto Kohan, Hugo Anzorregui, Julio Corzo y Rubén Cardozo. Véase Marcos Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, p. 236.

por Menem, quien había decretado honores de jefe de Estado.³² El féretro fue trasladado al monumento a la bandera, en Rosario, rodeado de una escolta militar de las tres armas y con soldados con uniformes de época.³³ En esta ceremonia Menem convocó a la unidad nacional encontrando en la “pasión por la patria” el elemento vinculante entre una serie de personalidades. En Rosario mencionó a Rosas, San Martín, Belgrano, Sarmiento, Alberdi, Roca, Pellegrini, Lisandro de la Torre, Yrigoyen y Perón; en el discurso en el cementerio de la Recoleta incorporó a Güemes, Quiroga, Urquiza y Peñaloza. No sólo apeló a conciliar distintas tradiciones políticas sino que en ese esfuerzo por resaltar la concordia nacional también incorporó el pasado reciente y el propio presente. En clara alusión a los indultos que por esos días se estaban promoviendo, Menem afirmó estar “dispuesto a pagar todos los costos políticos del mundo con tal de que nos demos las manos y dejemos atrás los resentimientos”.

La comitiva fluvial hizo un alto en la Vuelta de Obligado, donde el presidente arrojó una corona de flores desde el buque que lo transportaba. Ya en Buenos Aires, la columna que acompañó la cureña hasta la Recoleta estuvo integrada por quinientos granaderos a caballo, los coraceros de Lavalle, efectivos de la policía vestidos como los Colorados del Monte y la banda de la Escuela de Mecánica de la Armada. Integraban la comitiva unos cinco mil gauchos de la Argentina y Uruguay encabezados por un caballo sin monta.

Una semana después de la llegada de Rosas y como colofón de la política de pacificación nacional, Menem otorgó el indulto a 277 militares y civiles involucrados en el terrorismo de Estado, las sublevaciones de Semana Santa, Monte Caseros, Villa Martelli y el copamiento del aeroparque metropolitano.

En 1995 se cumplió el sesquicentenario del combate de Obligado y se desarrolló un importante acto en las orillas del Paraná con la presencia de autoridades nacionales y provinciales pero sin la asistencia del presidente. Se cumplió con la liturgia tradicional de discursos, invocación religiosa y movimiento de tropas con fuego de fusilería y simulación de cargas de caballería. Se sumó la presencia de bandas militares, delegaciones de escuelas, comisiones de homenaje y agrupaciones tradicionalistas.³⁴ Sin embargo, fue a fines de 1999 cuando el revisionismo vio cumplido por fin un viejo anhelo: la

32. Sobre la repatriación de los restos de Rosas, véanse Manuel de Anchorena, *La repatriación de Rosas*, Buenos Aires, Theoría, 1990; Ignacio Bracht, “Crónica de la repatriación de los restos de Rosas”, *Historia. Revista-libro trimestral*, año X, N° 37, marzo-mayo de 1990, pp. 3-42; Eugenio Rom, *¡Perdón, Juan Manuel! Crónica de un regreso*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1990.

33. La ciudad de Rosario había sido elegida, aparentemente, por su fuerte impronta peronista. Se contó con la presencia de una representación sindical (trabajadores metalúrgicos, estatales, marítimos, plásticos), el secretario general de la Confederación General del Trabajo, Saúl Ubaldini, Lorenzo Miguel y Luis Barrionuevo.

34. “Actividades del Instituto”, *RIHJMR*, N° 41, octubre-diciembre de 1995.

inauguración del monumento a Rosas. Éste se adjudicó mediante un concurso nacional al escultor catamarqueño Ricardo Dalla Lasta, autor de diversas estatuas de carácter histórico. Está emplazado en Palermo, enfrentado en diagonal al monumento de Sarmiento. Consiste en una estatua ecuestre de bronce, con un Rosas ataviado de militar pero cubierto con un poncho y un sombrero criollo. La base es un pedestal de granito rojo con altorrelieves que aluden al combate de la Vuelta de Obligado, la firma del Pacto Federal de 1831 y la campaña del desierto. En el frente se halla transcrita la cláusula tercera del testamento de San Martín por la que legaba su sable a Rosas. El monumento, clásico en su estilo, más que la proposición de una visión alternativa de la historia, parece ofrecer la posibilidad de una memoria compartida, al poner énfasis en la unidad territorial, la organización política y la defensa de la soberanía.³⁵

De esta manera, los deseos revisionistas se hicieron realidad pero, nuevamente, el poder político (ahora a través de decretos y sin debate parlamentario) se había apropiado de estos logros. Los grupos nacionalistas y revisionistas que participaron en estos proyectos quedaron relegados a un modesto segundo plano. Se había diluido el carácter confrontativo que había caracterizado al revisionismo, privilegiándose el espíritu de unidad y de conciliación nacional. En aras de la concordia, Rosas quedaba incluido en el panteón nacional.

La hora de la redención

Tal vez como reacción al fracaso de las políticas menemistas y al derrumbe del gobierno de Fernando de la Rúa, la búsqueda de interpretaciones históricas que pudieran explicar las raíces de nuestros problemas hicieron posible el éxito de perspectivas neorrevisionistas como las elaboradas por Norberto Galasso, Pacho O'Donnell, Ignacio García Hamilton, Hugo Chumbita, José P. Feinmann y Felipe Pigna, entre otros. Esta interpretación nacional y popular, federalista, latinoamericanista y antiimperialista del pasado alcanzó una nueva dimensión al ser adoptada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Tuvo su mayor expresión en ocasión del bicentenario del 25 de Mayo de 1810 y, meses después, en oportunidad de la celebración del combate de Obligado (al año siguiente el 20 de noviembre, Día de la Soberanía en homenaje de este acontecimiento, fue declarado feriado nacional).³⁶

35. Véanse la crónica de la inauguración y las repercusiones en la prensa: "Actividades del Instituto", *RIIHJMR*, N° 57, octubre-diciembre de 1999, pp. 214-217.

36. En ocasión de los discursos, el desfile y la proyección audiovisual sobre el Cabildo se alzaron

El desfile del Bicentenario, organizado por la compañía teatral Fuerza Bruta y en cuyo guión histórico intervino Felipe Pigna, puso énfasis en determinados momentos y procesos históricos y en algunos hitos de la cultura popular. Además de destacar los aspectos institucionales y los valores republicanos, como las escenas referidas a la democracia y los golpes de Estado, y a la defensa de los derechos humanos (mediante la carroza dedicada a las Madres de Plaza de Mayo), se privilegió lo épico, lo colectivo y lo popular. Hubo escenas dedicadas a los pueblos originarios, al éxodo jujeño, al cruce de los Andes, a la guerra de Malvinas, a los movimientos políticos y a los inmigrantes. El combate de la Vuelta de Obligado estuvo representado por dos barcas unidas con cadenas que eran conducidas por los Colorados del Monte. Esta escena se incorporó al desfile, aparentemente, por gestión de la presidenta quien convenció al director de la compañía, Diqui James.³⁷

En la estela de los festejos del Bicentenario, la inauguración del monumento a los caídos en Obligado permitió desplegar una nueva escenografía en las barrancas del río Paraná.³⁸ En el paraje de la Vuelta de Obligado conviven ahora dos espacios conmemorativos separados. El visitante accede, en primer lugar, a un espacio que se anuncia en un modesto cartel como “sitio histórico”. En lo alto de la barranca se halla el monolito de 1934, una elevada cruz y un muro de ladrillo del que penden cadenas utilizadas en Obligado y donde se han ido adosando las placas recordatorias del hecho. Destácanse las de 1934 ya mencionadas, las de la década de 1970, como la de la Juventud Peronista, y las de diversas asociaciones y comisiones de homenaje de la época menemista y de la actual. Desde este austero monumento, se desciende hacia el río por unas escalinatas enmarcadas al final por un cañón y un ancla alusivos.

Contrasta este espacio con el monumento inaugurado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner en 2010. A unos doscientos metros del anterior, se atraviesa un pórtico de piedra que ostenta el nombre de Parque Histórico Natural Vuelta de Obligado. Allí se inicia un sendero, ahora ascendente, que culmina en la cima de la barranca desde donde se domina la vista del río Paraná. El monumento recién se nos revela al final del

voces diversas cuestionando la inclusión u omisión de personalidades o procesos históricos. Natalio Botana, por ejemplo, hacía alusión a una historia en clave de *western*. Véase Natalio R. Botana, “Después del 25”, *La Nación*, Buenos Aires, 3 de mayo de 2010, p. 19.

37. Martín Piqué, “Habrá fiesta en la Vuelta de Obligado”, *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 18 de noviembre de 2010.

38. Como parte de los festejos del Bicentenario, el gobierno nacional había proyectado inaugurar para fin de año Tecnópolis, una gran muestra de ciencia, tecnología, industria y arte en Buenos Aires, que finalmente no fue autorizada por el gobierno de la ciudad. La conmemoración de Obligado y la inauguración del monumento se habían pensado dentro de esta segunda etapa de celebraciones de 2010.

recorrido, flanqueado por una serie de paneles de cemento y azulejos que transcriben documentos que indican la trascendencia del acontecimiento conmemorado y el heroísmo de los participantes en el combate. Se suma a ello un modesto busto del general Lucio N. Mansilla y la proclama que pronunciara días antes del combate.

El monumento fue un encargo directo de la Presidencia de la Nación al conocido artista Rogelio Polesello, exponente del arte óptico y de la abstracción geométrica. Está dedicado a la memoria de los caídos en el combate y consiste en una estructura en forma de semicírculo, realizada con grandes cadenas alusivas a las utilizadas para frenar la flota anglo-francesa en 1845, asentada sobre una estrella federal de ocho puntas. Junto a ella, de un color rojo vibrante, nos recibe una moderna efigie metálica y semitransparente de Juan Manuel de Rosas. Ésta luce poco integrada al resto del monumento, posiblemente porque, según el autor, fue incorporada a sugerencia de la presidenta. El monumento se completa con un juego de chorros de agua y columnas de fuego, activado para ocasiones especiales, que parece responder a la espectacularidad buscada en las últimas conmemoraciones. Si la vista del río propicia la reconstrucción imaginativa del combate, el monumento de estética figurativa y descriptiva, al apelar a la imagen de Rosas, a las cadenas, a la estrella federal, no deja ningún tipo de interpretación librada al azar. El monumento otorga relevancia al acontecimiento rememorado y al espacio físico donde ocurrió, ratificando un conocimiento que evita significados que puedan entrar en conflicto.

La inauguración del monumento contó con la presencia de la presidenta y de autoridades nacionales, provinciales y municipales, representantes de las Fuerzas Armadas, madres y abuelas de Plaza de Mayo, organizaciones sindicales, movimientos políticos como la Juventud Peronista, el Movimiento Evita, La Cábora y otras organizaciones juveniles, ante una relativa cantidad de público. El río, las embarcaciones de la Armada y la Prefectura, y un fondo de cañonazos, sirenas y columnas de fuego y agua constituyeron la escenografía de esta conmemoración transmitida por cadena nacional.³⁹

La presidenta, en su discurso, consideró que era necesario cubrir una deuda histórica con una epopeya “oculta, premeditadamente ocultada desde hace ciento sesenta y cinco años por la historiografía oficial”, como con otras luchas contra “colonialismos que aún subsisten, como por ejemplo en nuestras islas Malvinas”. La presidenta también planteó que Obligado

39. Tanto la conmemoración de la Vuelta de Obligado como los festejos del Bicentenario y Tecnópolis, entre otros, fueron organizados por la Unidad Ejecutora del Bicentenario de la Revolución de Mayo, 1810-2010, dependiente de la Secretaría General de la Presidencia, a cargo de Oscar Parrili. Frente a ella se encuentra Javier Grosman, un productor de espectáculos teatrales vinculado al ex secretario de medios, Enrique “Pepe” Albistur, quien ha cobrado gran influencia en el gobierno nacional.

era una expresión de la unidad entre militares y pueblo en un solo fusil, en una verdadera guerra de guerrillas. Convocó a la unidad nacional, a nuevas gestas, a romper con las cadenas culturales que nos oprimían y a luchar contra los intereses foráneos como habían soñado Rosas, San Martín, Belgrano, Moreno, Castelli, Monteagudo y el propio Néstor Kirchner como reclamaba el público presente.⁴⁰

Cristina Fernández de Kirchner fue el primer presidente en concurrir a la conmemoración de Obligado. Lo hizo en tres ocasiones entre 2010 y 2012. Para el gobierno, esta conmemoración fue un medio para filiar su proclamada lucha contra los intereses foráneos y los enemigos internos con un pasado glorioso. La “epopeya” de Obligado se convirtió en uno de los acontecimientos que legitimaban históricamente un proyecto político actual que, según la presidenta, había recuperado la capacidad soberana del país, y presentaba batalla contra las cadenas culturales y económicas que pretendían sojuzgarlo. A través de las conmemoraciones sucesivas de Obligado, el gobierno dotó al pasado y al presente de un sentido épico que los hacía inteligibles al convertir a actores sociales en héroes o traidores, al plantear definiciones moralizantes y al señalar el camino hacia el futuro.⁴¹

Asimismo, esa epopeya y la actual eran posibles no sólo por la obra de un hombre sino por la de un pueblo de pie contra el enemigo. En los discursos de Obligado, la presidenta destacó el papel del pueblo en estas luchas y el de las mujeres en particular, empezando por Encarnación Ezcurra, “gran mujer, ocultada por la historia, verdadera inspiradora de la revolución de los restauradores”. La presidenta evitó al auditorio cualquier esfuerzo por construir una analogía, ya que expresó que “cuando [las mujeres] aparecemos también hacemos historia como doña Encarnación”, mientras lucía una divisa punzó con la imagen de Rosas y de su esposa.

40. En el discurso de 2012, a este listado agregaba a Chacho Peñaloza, Felipe Varela, Hipólito Yrigoyen, Perón y Eva. Los discursos completos se encuentran en www.youtube.com. Para la crónica de los actos se han consultado los diarios *La Nación*, *Clarín*, *Página 12* y *Tiempo Argentino* de 2010 a 2012.

41. En estos años se publicaron diversos trabajos de este tenor sobre la Vuelta de Obligado: Pacho O'Donnell, *La gran epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, Norma, 2010; Pabalo J. Hernández, *Cristina, los 70 y la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, Fabro, 2011; Luis Launay, *Lucio Norberto Mansilla, el héroe de Obligado*, Buenos Aires, Fabro, 2011. Desde diversos abordajes, véanse Claudio M. A. Rodríguez, *Vuelta de Obligado. Historia de un pueblo, vidas y costumbres*, Buenos Aires, Dunken, 2011; Juan Manuel Peña y José Luis Alonso, *La Vuelta de Obligado y la victoria de la campaña del Paraná*, Buenos Aires, Biblos, 2012, y los numerosos artículos, producto del trabajo arqueológico realizado desde 2000 en el sitio de Obligado, del equipo conducido por Mariano Ramos de la Universidad Nacional de Luján. Por ejemplo, Mariano Ramos, Jorge Socolovsky y Oscar Trujillo, “Un enfoque interdisciplinario sobre la batalla de Vuelta de Obligado: ¿es posible conocer los comportamientos de estrés y combate durante un evento ocurrido en 1845?”, *Revista de la Escuela de Antropología*, vol. VIII, Rosario, pp. 235-252.

En el discurso de 2011 y en el del año siguiente, la presidenta intensificó la reivindicación de su gobierno y el de su marido.⁴² Insistió acerca de que la gesta de Vuelta de Obligado había sido ocultada para convencer al país de que no se podía luchar contra los grandes intereses y contra el Fondo Monetario Internacional, y que nos debíamos someter a las cadenas invisibles del endeudamiento, como había ocurrido desde Rivadavia hasta la última dictadura. Esa batalla era también por la identidad, por la memoria y como acción liberadora en el presente y para el futuro, ya que “cada vez que [nos] han dividido han venido primero por el gobierno y después por el pueblo”. Epopeya colectiva, lucha contra el colonialismo, patriotas y traidores, historia oficial y liberal e historia revisionista, batalla cultural y económica. Tales fueron los tópicos de estos discursos, nutridos por las más tradicionales esencias del revisionismo pero con una veta nacional y popular diferente al vetusto discurso rosista.

Cabe señalar por último que, en el marco de esa batalla cultural al que refería la presidenta en la conmemoración de 2011, anunció la creación oficial del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano “Manuel Dorrego” encabezado por Pacho O’Donnell y formado por un cuerpo académico compuesto, entre otros, por Jorge Coscia, Aníbal Fernández, Felipe Pigna, Hernán Brienza, Hugo Chumbita, Araceli Bellota, Víctor Ramos y Eduardo Anguita.⁴³ Este instituto era creado, según expresó, ante la demanda de un grupo de historiadores por tener un espacio donde estudiar “la historia real de los argentinos y no la historia oficial”. Lo paradójico era que esa historia “oficial”, liberal y extranjerizante que era necesario combatir, era realizada por otras agencias financiadas por el Estado. Además, el gobierno se alejaba así del revisionismo más clásico, centrado en la figura de Rosas y su época, apostando por una institución

42. La presidenta destacó que la soberanía también se sostenía con el crecimiento económico a tasas chinas, la creación de puestos de trabajo, la recuperación de Aerolíneas Argentinas e YPF, la mayor inclusión social, la duplicación de la clase media, el desarrollo científico y tecnológico y la mayor calidad educativa

43. El objetivo del nuevo instituto, según el decreto de su constitución, consiste en investigar la vida y obra de personalidades argentinas y latinoamericanas para revisar “el lugar y el sentido que les fuera adjudicado por la historia oficial escrita por los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX”, y a quienes defendieron “el ideario nacional y popular ante el embate liberal y extranjerizante” y “que abogaron por una patria de raíces nacionales, populares, democráticas y federalistas”. Entre las personalidades, se menciona a San Martín, Güemes, Rosas y los caudillos federales, Yrigoyen, Juan Domingo y Eva Perón, Simón Bolívar, José Gervasio Artigas, Bernardo O’Higgins, Antonio José de Sucre, Miguel Hidalgo, José Martí, Manuel Ugarte, Augusto César Sandino, Luis Alberto de Herrera y Víctor Raúl Haya de la Torre. Véase Julio Stortini, “La creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano «Manuel Dorrego» y los debates sobre la disciplina histórica”, XIV Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Cuyo, 2013.

cuyo objeto de estudio sería más amplio y de un carácter nacional, popular y latinoamericano más acentuado que el rosismo tradicional.⁴⁴

En este sentido, las “manifestaciones revisionistas” del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner han sido múltiples y no han quedado limitadas al Bicentenario de Mayo o a la Vuelta de Obligado. Entre otras, se puede citar la creación de la Galería de los Patriotas Latinoamericanos del Bicentenario, el ascenso post mórtem a general de la nación de Felipe Varela, los cambios en la dirección de museos como el Histórico Nacional –a cargo de Araceli Bellota– y el del Cabildo –dirigido en su momento por Víctor Ramos–, ambos fundadores del Instituto “Manuel Dorrego”; el desalojo de la estatua de Cristóbal Colón y su futuro reemplazo por la de Juana Azurduy (donada por el presidente de Bolivia, Evo Morales) y la reciente creación de la Secretaría de Coordinación Estratégica del Pensamiento Nacional, a cargo del filósofo Ricardo Forster, dependiente del Ministerio de Cultura dirigido por la cantante Teresa Parodi. También pueden mencionarse emprendimientos educativos y de divulgación como la serie *Batallas de la libertad* (canal Encuentro) y la que protagoniza el niño Zamba (canal Pakapaka), además de diversos espacios televisivos, en general estatales, donde Pacho O’Donnell, Felipe Pigna y Julio Fernández Baraibar, entre otros, han difundido y difunden las ideas revisionistas.

Consideración final

En estas páginas se ha intentado describir e interpretar las prácticas conmemorativas y las estrategias de difusión vinculadas a la perspectiva del revisionismo histórico, fundamentalmente en las últimas décadas. Durante los primeros cuarenta años de su trayectoria, las ideas revisionistas fueron impulsadas a partir del esfuerzo de sus militantes. En la etapa posterior, sus logros y su visibilidad radicarón, en buena medida, en la acción promovida por los diferentes gobiernos peronistas. En la década de 1970, como forma de legitimar un supuesto proyecto de liberación nacional; en la de 1990, en aras de lograr la conciliación nacional, y en el siglo XXI, como plataforma histórica de un pretendido proyecto de transformación política y económico-social con vocación popular, latinoamericana y de autonomía nacional.

La tesis que sostenía que el revisionismo había comenzado una etapa de irremediable declinación después de los años 70 ha quedado enfrentada

44. Como lo afirmaba uno de sus integrantes, Hernán Brienza, se buscaba una “mirada nacional y popular [...] un relato plural, moderno, democrático, pero que recupere tradiciones intelectuales y culturales discontinuadas por la acción de las dictaduras militares y miradas posteriores ligadas al liberalismo conservador”, *Tiempo Argentino*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 2011, p. 36.

al actual florecimiento de interpretaciones históricas añejas y remozadas a la vez. Con los gobiernos de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner, el neorrevisionismo encontró un eco significativo, no sólo en el discurso y en la acción gubernamental, sino en lo que hoy aparece como cierto sentido común histórico de una parte de la población. La incorporación de esa mirada en el debate político e intelectual —especialmente al apelar a la idea conspirativa de una historia manipulada por intereses oscuros, que impide abordar las soluciones del presente— parece ocupar un espacio más significativo que antes. Habría que reconocer la importancia que le cabe a la tradición revisionista en el imaginario del peronismo y en el de un sector no menor de la población, lo que permitió y permite sustentar, con cierto basamento histórico, proyectos de transformación política, económica y cultural contradictorios entre sí.

Construyendo imágenes y sentidos sobre el pasado nacional en la conmemoración del Bicentenario

Nora Pagano y Martha Rodríguez

PIHA-Universidad de Buenos Aires

Introducción

La conmemoración del bicentenario de la Revolución de Mayo en la Argentina –como en general sucede con las evocaciones de esta naturaleza– configuró un contexto propicio para la activación de diversas producciones de sentido en las que el pasado es interpelado con miras a la intervención sobre el presente.

Ese pasado podía ser invocado desde varios lugares: desde aquel que le atribuía una función pedagógica hasta otro que reposaba en sus valores cognitivos, desde la funcionalidad política hasta la cultural, desde la integración de ese pasado con el presente hasta su negación o abolición. Por ello adquiere particular interés analizar las funciones asignadas a ese pasado y sus correlativas proyecciones.

Del mismo modo, las conmemoraciones en general –y los bicentenarios en particular– plantean la necesidad de identificar el conjunto de mediaciones a través de las cuales un colectivo social traza sus vínculos con el pasado. Entre esos variados intermediarios, la historiografía, las políticas estatales, las memorias y las representaciones sociales, el patrimonio histórico, la divulgación histórica, los medios de comunicación funcionaron y funcionan como generadores de imaginarios sociales con sus correlativas derivas sociopolítico-culturales.

Por ello interesa en esta coyuntura preguntarse cuáles son esos mediadores, qué mensajes procuran transmitir, cómo se concibe la simbología asociada a la Revolución de Mayo, para especular sobre su operatoria en la sociedad actual.

Una gran cantidad de emprendimientos culturales producidos en el marco de las conmemoraciones del bicentenario de la Revolución de Mayo proliferaron a lo largo de 2010, lo que permite adelantar la productividad tanto simbólica cuanto material de esta celebración colectiva. En este artículo nos detendremos en el análisis de tres proyectos organizados y puestos

en marcha por el Estado Nacional con motivo de la celebración: *El mural interactivo del bicentenario, El laberinto del Bicentenario y Muchas voces, una historia. Argentina 1810-2010.*

El Mural Bicentenario

En marzo de 2010, se puso en línea un sitio web interactivo diseñado por Rep (Miguel Repiso),¹ el *Mural Bicentenario*. Se trata de un trabajo del dibujante realizado originalmente a pedido de la Secretaría de Cultura de la Nación. El mural fue la actividad central del organismo en el stand montado en la Feria del Libro de 2008, cuyo tema era el entonces futuro bicentenario. En una decisión de último momento, casi coincidente con el inicio de ese evento cultural, la Secretaría de Cultura modificó las actividades programadas y contrató a Rep para realizar esa obra.² Durante el tiempo en que estuvo abierta la feria y frente al público que la recorría, el autor trabajó poniendo en imágenes los doscientos años de historia argentina, destacando algunos acontecimientos reputados como los más significativos a criterio del artista

El mural, que mide 11,66 x 2,40 metros y fue realizado con técnica mixta (lápiz, marcador y acrílico en colores blanco, negro y grisáceos), fue trasladado a Tucumán unos meses después, en octubre de ese año, para que Rep continuara su trabajo, ahora en el marco del II Congreso Argentino de Cultura. En ese contexto se iniciaron las conversaciones para convertir el mural en un producto interactivo a través de un convenio entre el canal Encuentro, la Casa del Bicentenario y *educ.ar*. Surge así el mural interactivo del bicentenario, que suma a la obra una versión digital online en la que es posible navegar por las imágenes que lo componen e ir desplegando ventanas con contenidos producidos por el canal Encuentro y el portal *educ.ar* sobre los distintos tópicos.³ En el mural la secuencia histórica se ordena cronológicamente desde la Revolución de Mayo de 1810 hasta 2010. Según su autor, “es una línea de tiempo desde 1810 hasta ahora, donde pasa de todo, lo que uno tiene en la cabeza. Esta Argentina con sus conflictos y armonías, siempre con batallas, siempre con luchas por el poder”. Sin embargo, el relato no se despliega en una sucesión de héroes y personajes

1. Dibujante y humorista de *Página 12*. Colaboró en las revistas *Veintitrés*, *Fierro* y en los diarios *El País* y *La Vanguardia* de España. Su obra está compilada en más de veinte libros que tienen como temática la historia, lo popular y los derechos humanos. Ha ilustrado *Don Quijote de la Mancha*, portadas de discos y libros.

2. Presidencia de la Nación-Secretaría de Cultura, Expte. 4017/2008.

3. El mural interactivo puede navegarse en www.muralbicentenario.encuentro.gov.ar.

destacados tan caros a la historiografía tradicional sino que se procura hacer hincapié “en los hechos protagonizados por la gente, por el pueblo, los cambios generados por los vientos sociales. No por la historia oficial y por los individualismos procerísticos”, según detalló Rep a la agencia de noticias Télam. Se trata entonces de ilustrar una concepción de la historia que coloca en las dimensiones sociales colectivas la posibilidad del cambio, no atribuible ni a la gestión de los próceres ni al relato procedente de la historia oficial: “El mural progresa, temporalmente, a fuerza de movimientos sociales, de protagonismo del pueblo, de la gente anónima. La selección la hice siguiendo hitos que sensualmente y subjetivamente repercuten en mi propia construcción histórica de nuestra nación, con sus idas y vueltas, progresos y retrasos”, describía el dibujante cuando terminó su obra.⁴

Los movimientos sociales y políticos se constituyen entonces en protagonistas del devenir histórico: unitarios, federales, inmigrantes, el radicalismo, el peronismo, los desaparecidos y los desplazados por el neoliberalismo. La masividad progresiva que adquieren estos sectores se ve reflejada por el aumento en la cantidad de personajes representados, que entran en escena a medida que se ampliaron los derechos.⁵

Esta aglomeración de imágenes que se superponen y enciman atraviesa el *Mural Bicentenario*, no “del Bicentenario”, ya que no es definitivo. Como la historia misma, nuevas interpretaciones podrían delinear nuevos trazos: “Yo lo voy a seguir completando, quizá toda mi vida, según se me vaya modificando la visión de nuestra historia”, señaló su autor.

Por lo demás, el proceso no está exento de retrocesos ni de episodios violentos como los fusilamientos a los federales, las guerras, el avance militar, la desaparición forzada de personas.

No obstante, su ruptura historiográfica con lo que podríamos llamar el relato tradicional no es total, conserva ciertos lineamientos. Así, no rompe con la hegemonía porteña ni con la linealidad del proceso histórico; hay una virtual ausencia de los aportes regionales y no se llegan a superar los

4. Estas afirmaciones pueden leerse en la entrevista a Rep disponible en <http://www.mural-bicentenario.encuentro.gov.ar/entrevista1.html>. Consulta: 1 de agosto de 2014.

5. Particularmente se destaca el rol de las mujeres como figura simbólica en los partos de la historia, la República, la Justicia, por ejemplo, sanción del voto femenino, Madres de Plaza de Mayo. El propio dibujante señalaba en una entrevista realizada por el canal Encuentro la importancia concedida a aquellos valores expresados por lo femenino “[el mural] termina en libros y en mujer, esto último no tiene nada que ver con la coyuntura presidencial, sino con un deseo de que la historia deje de lado la lógica masculina de despojo y destrucción, para nutrirse del poder femenino del dar y la sutileza. No quiere decir que haya presidentes mujeres, sino un cambio de lógica”.

cortes institucionales tradicionales, que son los que marcan los clivajes en el decurso temporal.⁶

Toda experiencia política cuenta con su “relato”, con una narración funcional a sus fundamentos, y el *Mural Bicentenario* no escapa a tal verificación; los festejos del Bicentenario revelan así la memoria institucionalizada. Dicho proceso implica la selección de contenidos relevantes para las demandas identitarias del presente.

En su versión online, la propuesta está orientada fundamentalmente a docentes y alumnos, y pensada para trabajar en el aula, particularmente en los niveles primario y secundario. Para este objetivo, el mural está acompañado de dos secciones, una videoteca que incluye una selección de fragmentos de la serie *Historia de un país. Argentina siglo XX* realizada por el canal Encuentro, y un conjunto de propuestas y sugerencias para trabajar diferentes temas y problemas de la historia argentina dirigido a los docentes.

La utilización del mural de Rep con fines didácticos no implica la mera transmisión de un contenido curricular sino que conlleva un proceso de construcción de una memoria cultural. Para tal fin, se utiliza el lenguaje iconográfico buscando construir un relato que se inicia con la instauración del primer gobierno patrio y culmina con los sucesos de 2001 (aunque las últimas imágenes hagan referencia a 2010) y en el que la presencia popular –como aparece en las imágenes– resulta fundamental.

El laberinto del Bicentenario. Parque temático de las antinomias argentinas

La instalación, titulada *El laberinto del Bicentenario. Parque temático de las antinomias argentinas*, realizada por la Secretaría de Cultura y el Ministerio de Educación de la Nación, fue inaugurada el 20 de julio de 2010, también en ocasión de los festejos por el Bicentenario.

En su inauguración, contó con la presencia de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y los responsables de las dos carteras organizadoras,

6. Los acontecimientos destacados son Revolución de Mayo de 1810, creación de la bandera en 1812, cruce de los Andes en 1817, Constitución Nacional en 1853, guerra contra Paraguay, publicación del *Martín Fierro*, campaña al desierto, modelo agroexportador, gran inmigración, ley de sufragio secreto y obligatorio, asesinato del senador Lisandro de la Torre, movimiento obrero: Patagonia Trágica y Semana Trágica de 1918, Boedo y Florida, golpe de 1930, golpe de 1943, 17 de octubre de 1945, ley de sufragio femenino de 1947, reforma constitucional de 1949, bombardeo a Plaza de Mayo de 1955, dictadura de Juan Carlos Onganía, triunfo de Héctor J. Cámpora, golpe de Estado de 1976, desaparecidos, Madres de Plaza de Mayo, guerra de Malvinas, vuelta a la democracia y juicio a la juntas militares, los años 90, diciembre de 2001.

Alberto Sileoni y Jorge Coscia.⁷ La muestra gratuita podía visitarse en el Salón Blanco del Ministerio de Educación. En este caso, “la argentinidad” se aborda desde un recorrido por espacios interactivos diseñados por el artista plástico Daniel Santoro y el cineasta Francis Estrada, con el asesoramiento del historiador Javier Trímboli.⁸

En una nota titulada “La historia como parque temático” aparecida en *Página 12* se afirmaba que “a través del planteo de antinomias de lo más variadas, Daniel Santoro y Francis Estrada abordan ese concepto difícilmente atrapable que es la argentinidad”.⁹ Argentinidad y antinomias aparecen entonces como términos indisociables. El eje articulador del relato son las antinomias pasadas y presentes de la historia argentina, fragua de una argentinidad en tensión. A partir de ellas se organizaron una serie de espacios interactivos en los que podían encontrarse propuestas tan disímiles como retratos hablantes de próceres no siempre contemporáneos entre sí, que, sobre la base de discursos reales, “intercambiaban opiniones”; una maqueta de la batalla de Caseros intervenida con efectos producidos con tecnología digital, los momentos centrales en las luchas populares a través de imágenes proyectadas, las dictaduras militares, la recuperación de la democracia, o los años 90 representados en videojuegos. Los visitantes atravesaban los 1.500 m² de pasillos y salones guiados por un grupo de actores caracterizados

7. La inauguración de esta muestra fue el marco propicio para presentar el libro que condensó la mirada oficial sobre el bicentenario, *Argentina 1810-2010 Bicentenario*. “Muestra una posición y un proyecto político demostrando que el Bicentenario es una oportunidad para recuperar con orgullo el concepto de patria que sólo estaba reservado para algunos sectores que no reflejan el pensamiento nacional”, señalaba en esa oportunidad el ministro de Educación Sileoni. “Presentamos las antinomias que han determinado nuestros éxitos y fracasos; y, a su vez, el libro que propone salir del laberinto por el camino correcto de la encrucijada, que es sólo aquel que incluye a todos”, sostenía por su parte el secretario de Cultura Jorge Coscia. Sin embargo, el libro no es un texto programático sino que, por el contrario, es una compilación sobre diferentes aspectos considerados constitutivos de la identidad nacional a la que se invitó a participar a un nutrido y heterogéneo grupo de autores de distintas disciplinas y profesiones. La obra resultante no es una narrativa nacional compacta, una interpretación sobre la historia nacional que cruce pasado y presente, sino un relato coral donde se acomodan sin demasiada argamasa una multiplicidad de temas, ejes y sentidos.

8. Daniel Santoro nació en Buenos Aires en 1954. A comienzos de los 70 ya estaba en la Escuela Nacional de Bellas Artes y empezaba a conjugar su arte con su militancia en el peronismo. Su amalgama de estética, historia y política despliega una sostenida y extravagante invención que pone en obra ese vasto “mundo peronista”. Por su parte, Javier Trímboli es profesor de Historia, egresado de la Universidad de Buenos Aires, de la que fue investigador y docente, también dio clases en el nivel medio y en la escuela de capacitación docente del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. En 2003 comenzó a trabajar en el Ministerio de Educación de la Nación; cinco años después fue convocado por canal 7. Allí se le propuso empezar a producir materiales, programas pensando en el Bicentenario donde la imagen tiene un lugar central.

9. “La historia como parque temático”, *Página 12*, Buenos Aires, 20 de julio de 2010.

como personajes históricos que los invitaban a interactuar con fotografías, objetos, actores, material de archivo intervenido y proyecciones.

Según sus realizadores, los sujetos imaginados como receptores de la muestra no se limitan a un público reducido e instruido: “Nos interesa que los sectores populares visiten esta muestra”. No sólo puede percibirse en este emprendimiento la intención didáctica presente también en la versión interactiva del mural analizado, sino que la interactividad de esta propuesta hace que se vincule esencialmente con lo lúdico, con la posibilidad del espectador de integrar videos, tomarse fotos y jugar a algún juego, lo cual permite a sus creadores caratularla como “parque temático”. El laberinto intenta promover la participación social y la reflexión histórica a través de maquetas, objetos, videoinstalaciones y novedosas técnicas de animación, también se realizan sobreproyecciones en los visitantes y sobre diferentes superficies mediante complejos sistemas de animación.¹⁰

La heterogeneidad que primó en la propuesta no es sólo estética o técnica, también combinó espacios más pensados en términos de la historia tradicional de matriz ético-político y encarnada en los grandes hombres –presente especialmente en aquellos referidos al siglo XIX–, con otros donde la historia adquiere un carácter marcadamente social y aparece como el resultado de las gestas populares, la resistencia y la participación colectiva, especialmente presente en el relato de las últimas décadas. La línea antinómica produce cierta reflexión y cierta emoción, reforzada sensorialmente con voces y sonidos; los retratos hablantes de San Martín, Alberdi, Moreno, Sarmiento, Rosas, Belgrano y Quiroga polemizan y discuten; la sucesión de videoproyecciones, maquetas intervenidas, plantea las sucesivas contradicciones que signaron los últimos doscientos años de historia argentina.

En su conjunto la muestra condensa lo que podríamos llamar un sentido común sobre la historia argentina, simplificable en la existencia de oposiciones irreductibles que desde los años 30 el revisionismo contribuyó a construir y consolidar en amplios sectores. Efectivamente, la concepción predominante de la historia nacional es la de los contrastes, las oposiciones, las figuras y los símbolos rivales; los conceptos opuestos. “El tema de la muestra son las controversias, las disputas”, explica Santoro. “Hay algo de nuestra identidad que no termina de cerrar. Nuestra construcción identitaria está trazada por las antinomias. Eso nos afecta muchísimo.” Y es que ninguna de estas antinomias está realmente superada: “La vieja oposición civilización/barbarie todavía no está saldada”. Tales oposiciones se plasman tanto en grandes hechos históricos –pueblos originarios versus inmigración– como en aspectos cotidianos –TN versus 6, 7, 8 o Soda versus Redondos–. Así se contrastan un libro de Borges con un par de alpargatas. El único espacio

10. “El laberinto de las antinomias argentinas”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de julio de 2010.

sin antinomias es el de la dictadura: “Ahí no hay dos miradas posibles”, afirmó Estrada.¹¹ Como todo laberinto, pareciera no tener salida, pero el último segmento es un llamado a la unidad.

Aunque la instalación respeta cierto orden cronológico, no se atendió a secuencias estrictas ni la muestra debe recorrerse siguiendo una progresión temporal. Como en el caso del mural, se abordan el radicalismo, el peronismo, la dictadura, la recuperación de la democracia y el neoliberalismo de los 90, temáticas que conforman la segunda mitad del recorrido. Según sus realizadores, “la idea era combinar cierta libertad estética con rigor historiográfico”.¹²

Muchas voces, una historia: Argentina 1810-2010

En marzo de 2010 y también en el marco de las actividades organizadas con motivo de la conmemoración, se inauguró en Buenos Aires la Casa Nacional del Bicentenario. Una de las dos exposiciones permanentes con que se eligió presentar esta nueva institución fue *Muchas voces, una historia. Argentina 1810-2010*, un itinerario por la historia nacional desde 1810 hasta 2010.

La exposición fue diseñada y realizada por Alejandro Areal Vélez, contó con la consultoría en contenidos históricos y textos de Fernando Devoto y la asesoría general de Julio Fernández Baraibar.¹³ El soporte elegido fue una gran instalación audiovisual en seis pantallas, mediante las cuales se proyectan canciones, citas textuales, fotos y videos intentando construir un relato de dos siglos de historia argentina, abarcando e integrando la política, la economía, la sociedad y el arte, en una perspectiva diacrónica, plural y documentada.

Como en los productos anteriores, se presenta en este caso un itinerario de la historia argentina desde el 25 de mayo de 1810 –“Inicio de una larga lucha por la independencia”– hasta el de 2010. “Este *recorrido* aspira a sustituir las tradicionales interpretaciones lineales y unilaterales, por una

11. “La historia como parque temático”, *Página 12*, Buenos Aires, 20 de julio de 2010. Una lectura de los festejos del Bicentenario asociada al revisionismo histórico y sus combates puede leerse en Horacio González, “El revisionismo histórico y el combate por la historia”, *La Tecl@Eñe. Revista digital de cultura y política*, 2011. Disponible en <http://lateclaene.blogspot.com.ar/2011/11/historia-y-sociedad-del-revisionismo.html>. Consulta: 1 de agosto de 2014.

12. “La historia como parque temático”, *Página 12*, Buenos Aires, 20 de julio de 2010.

13. Alejandro Areal Vélez fue docente de TEA Imagen; en 2005 filmó *El exilio de San Martín. Una historia de ausencia*, película documental auspiciada por la Secretaría de Cultura de la Nación, el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y el Instituto Nacional Sanmartiniano. Se preestrenó en junio de 2005 en la Casa Argentina y en la Embajada Argentina de París.

visión que dé cuenta de las complejidades y ambigüedades del relato histórico, que exprese la pluralidad de voces y perspectivas de nuestra sociedad. Nuestro desafío es estar atentos a los cambios –sociales, políticos y económicos– y a las experiencias de los sujetos, en estos doscientos años.”¹⁴ Se trata en este caso de una interpretación que enfatiza en la heterogeneidad de actores y procesos, la heterogeneidad constitutiva del pasado argentino. En tal sentido, resulta interesante la concepción en términos de “procesos” en lugar de “eventos”.

Así, las imágenes intentan dar cuenta de una serie de procesos históricos producidos a lo largo de los doscientos años que, aun con sus límites, reconocen un centro organizador dado por las dimensiones espacio, tiempo y sociedad.

Entre esos procesos se recortan, en primer lugar, la ocupación y la integración del espacio propio y una relación con el espacio exterior, al tiempo que la sociedad relativamente simple del momento inicial se transformó con el paso del tiempo en una sociedad compleja. En ese proceso hubo diversos grupos humanos: los pobladores originarios, el conquistador español, los criollos, los inmigrantes, el “argentino”, lo que dio por resultante una sociedad no exenta de confrontaciones y desigualdades pero relativamente integrada. Así como se dio una pluralidad de espacios y de grupos humanos, la desigual modernización económica permite explicar a su vez diferencias regionales y los distintos ritmos de transformación. Hubo regiones que avanzaron velozmente y otras en las que el impacto de las transformaciones fue mucho menor.

Tales procesos conllevan tensiones y conflictos, sean ellos socioculturales –entre la cultura de elite y la cultura popular– o bien de carácter sociopolítico –entre la sociedad y el Estado–, razón por la cual la integración social fue lenta y trabajosa y, “como siempre, una historia de avances y retrocesos”. Lo antedicho está acompañado por cifras y testimonios, fuentes que apoyan el relato pero que ofrecen una lectura abierta; al tiempo que informan sobre el pasado, suscitan interrogantes. De este modo la historia nacional –que es la del visitante– se compone mediante imágenes, textos, y memorias familiares y sociales.¹⁵

Por tanto, el recorrido aspira a plantear una visión que refleje las complejidades y las ambigüedades del relato histórico, que exprese las diversas perspectivas de nuestra sociedad. La muestra concibe una Argentina plural,

14. Presentación de la muestra *Muchas voces, una historia. Argentina 1810-2010*. Disponible en <http://www.casadelbicentenario.gob.ar/126/exposiciones/exposicion-permanente/exposicion-permanente>. Consulta: 1 de agosto de 2014.

15.. Leandro Bardach, Arturo Bonín, Manuel Callau, Rolando Hanglin, Kevin Johansen, Víctor Laplace, Oscar Lombás, Jorge Paz, Quique Pesoa, Roly Serrano y Rubén Stella son las voces del relato.

en la que todas las voces conforman la historia nacional y contribuyen a su realización. Se trata de presentar una concepción que, con “luces y sombras, avances y retrocesos, consensos y disensos, expresados por una pluralidad de voces, presenten una historia abierta, que seguimos escribiendo día a día”.¹⁶

Algunas derivas

Los tres emprendimientos analizados fueron no sólo financiados sino promovidos por el Estado, elaborados por artistas plásticos y, en buena medida, asesorados por historiadores.

Una primera cuestión que podría señalarse es que, a diferencia de otras conmemoraciones pasadas (centenario-sesquicentenario-centenario de la muerte de San Martín), los proyectos organizados desde el Estado priorizaron formatos menos convencionales que el libro y los actos académicos o la intervención arquitectónica, ampliando el espectro a videos, producciones cinematográficas, productos interactivos o instalaciones para presentar las interpretaciones sobre ese pasado conmemorado. También es posible señalar que se produjo un cambio significativo en cuanto a los circuitos de exhibición; se intentó quebrar la asociación de este tipo de productos exclusivamente con el mundo académico o de la alta cultura. Se intentó reforzar, a través de los espacios elegidos para instalar materialmente las muestras, que son para todo público.

Si bien los avances tecnológicos hicieron posible tales productos, en todas las muestras hay una voluntad de incorporar a los visitantes como participantes activos y no como meros espectadores. Estamos muy lejos de la concepción tradicional de museo, que presupone la exhibición de objetos y un visitante meramente contemplativo.

Todos fueron exhibidos –con entrada libre y gratuita– en lugares públicos, sea el Ministerio de Educación, la Biblioteca Nacional o la Casa del Bicentenario, instituciones que, más allá de sus funciones específicas, se comportan como *centros culturales dinámicos* donde, a través de exposiciones, muestras, instalaciones y presentaciones, pasado y presente se integran en un tejido vivo, no sólo desde las disciplinas académicas, sino también desde el arte, la música, el cine y la literatura.

Se trata de diversos productos, diferentes soportes y distintos circuitos de circulación que producen sentidos al proyectar significados múltiples. Así, cada soporte de esas producciones procura comunicar-interpretar-concebir-reflejar de manera diferencial estos hechos; debido precisamente a la

16. Presentación de la muestra *Muchas voces, una historia. Argentina 1810-2010*.

diversidad de soportes, recursos tecnológicos, formatos y géneros artísticos, resulta un corpus sumamente heterogéneo.¹⁷

En estas producciones dedicadas a la rememoración, los episodios destacados son –muy frecuentemente– un fragmento histórico dentro de un relato mayor; tales fragmentos son considerados significativos en relación con el sentido que se atribuye al pasado y al presente.

Entonces las preguntas son: ¿cómo se presentan?, ¿qué acontecimientos se seleccionan para la recordación? ¿Cómo se arma la serie histórica bisecular? ¿Qué interpretaciones realizan los artistas, los guionistas, los consultores al recordar los sucesos? ¿Cómo esas interpretaciones, soportes, recursos, en general, influyen en la construcción de un sentido, cómo ellos favorecen o no la fijación de los recuerdos? ¿Qué derivas sociopolíticas aportan desde su especificidad cada una de las representaciones propuestas?

Si atendemos a sus funciones, puede observarse que en estas iniciativas solventadas por el Estado Nacional las narrativas de la nación dejaron de contener, en buena medida, un valor puramente cognitivo. Ello se manifiesta en la acentuación de los aspectos didácticos conjugados con un notable repliegue sobre el presente; en tal sentido el memorialismo se revela como el complemento del presentismo.

Así, en todas las muestras, si bien exhiben diferencias en la concepción historiográfica –que van desde un proceso más o menos lineal a otro en el que se resaltan las antinomias, a aquel en el cual se enfatizan las pluralidades–, se construyen series históricas compuestas por diversos fragmentos del pasado común. Esas series y fundamentalmente los acontecimientos-procesos seleccionados, así como el sentido que se les otorga, son reveladores de la operación político-cultural de su inserción en un nuevo relato referido a la memoria local y destinado a operar sobre ella. Las producciones reconocen variadas formas de intervención que operan en la creación o remodelación de la memoria social y de la identidad colectiva.

Por su parte, los mediadores fueron y son usinas de recuerdos y olvidos con fines pragmáticos; en los casos que nos ocupan, la historiografía no tuvo centralidad alguna, aunque en dos de los tres casos analizados se verifica la presencia de historiadores convocados en calidad de especialistas o asesores para orientar sobre la reconstrucción del pasado invocado.

En su texto “El historiador en un mundo presentista”, François Hartog sostiene que para ocuparse de la demanda social –sea pública o privada– se solicita la intervención del historiador sobre todo como un experto, pero ese terreno de lo contemporáneo se encuentra ya ocupado por otros actores. En

17. María Graciela Rodríguez y Cecilia Vázquez, “Narrar los bombardeos del 55 hoy: arte, política y derechos humanos en Argentina”, *Revista Latinoamericana de Derechos Humanos*, 23 (2), 2° semestre de 2012, pp. 175-195.

ese marco y con relación a los medios de comunicación afirma que “nuestras experiencias cotidianas son hoy las de un mundo que privilegia lo directo y lo interactivo [...] el tiempo real [se] habla más gustosamente de «pasado» (categoría vaga) que de historia, que presta mucha atención a la conmemoración, a su puesta en escena y a todas las técnicas de presentificación más que de explicación, que valoriza lo afectivo y la compasión más que el análisis distanciado [...] ¡la identidad se ha vuelto la palabra clave!”.¹⁸

La temática remite a un interrogante sugestivo y pertinente sobre la tarea de los historiadores en un régimen de historicidad en el cual lo *contemporáneo es un imperativo*. El momento del Bicentenario, al condensar los fenómenos conmemorativos, permite reflexionar sobre estas cuestiones.

18. François Hartog, “El historiador en un mundo presentista”, en Fernando Devoto (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina 1990-2010*, Buenos Aires, Biblos, 2010, p. 21. En un sentido similar –y reflexionando sobre el uso político de la historia– expresaba Giovanni Levi en “Le passé lointain. Sur l’usage politique de l’histoire” (en François Hartog y Jacques Revel, *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de la École de Hautes Études en Sciences Sociales, 2001, pp. 25-37): “La historia ha sido manipulada y utilizada, mientras la voz de los historiadores se ha velado y tornado distante. Ni la memoria fragmentada, ni la escuela, ni los medios de comunicación pueden poner en práctica procedimientos lentos e inciertos de la historia. Es urgente conformar una agenda de discusión”

SEGUNDA PARTE

Apropiaciones e identidades

La construcción de la identidad del socialismo argentino a partir de los *Recuerdos de un militante socialista* de Enrique Dickmann

Sofía Seras

PIHA-Universidad de Buenos Aires

Introducción

Las relaciones que las sociedades establecen con sus pasados abarcan un conjunto diverso de mediaciones, realizadas por una heterogeneidad de actores, que comprenden la *cultura histórica*.¹ A partir de esta consideración, nos hemos propuesto indagar en la importancia que adquirieron distintos sentidos del pasado para la construcción de la identidad socialista que se estaba delimitando en la Argentina hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Hemos analizado hasta ahora, fundamentalmente, la prensa periódica socialista de la época,² que se constituye en el corpus documental más significativo para el abordaje de las mediaciones que el colectivo socialista establecía con sus pasados para la construcción de su identidad en su presente. Pero aquí nos proponemos iniciar una exploración en otro tipo de fuentes: las narrativas personales, que pueden proporcionarnos nuevos interrogantes y nuevas posibles respuestas para profundizar en la problemática propuesta.

Las narrativas personales nos permitirán acercarnos a la construcción de representaciones sobre experiencias vividas por los actores, que no se

1. Jörn Rüsen, “¿Qué es la cultura histórica? Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia”. Disponible en http://www.culturahistorica.es/ruesen/cultura_historica.pdf. Versión castellana del texto original alemán en Klaus Füssmann, Heinrich T. Grütter y Jörn Rüsen (eds.), *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, Böhlau, Keulen, Weimar y Wenen, 1994.

2. Véase Sofía Seras, “Conmemoraciones e identidad socialista en un período formativo”, en Nora Pagano y Martha Rodríguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014; “Las conmemoraciones en el *Almanaque Socialista de La Vanguardia* (1899-1909). Un acercamiento a la construcción de la identidad socialista en la Argentina”, *Trabajadores*, N° 5, Buenos Aires, marzo de 2014; “Disputas por el pasado en la Argentina del cambio de siglo (1890-1909). Las conmemoraciones socialistas frente a la construcción de la nacionalidad argentina”, *v Congreso Regional de Historia e Historiografía*, Santa Fe, FHUC-UNL, CD-rom, 2013.

limitan a iluminar historias individuales, dado que ellas siempre se articulan con los contextos en los cuales los individuos configuran sus experiencias junto con otros sujetos. Entendemos, como sostiene Leonor Arfuch, que el *espacio biográfico* emerge como un campo de gran interés para pensar la relación entre lo individual y lo colectivo, y para indagar en las formas y posibilidades de su representación.³

Abordaremos los *Recuerdos de un militante socialista* de Enrique Dickmann (1874-1955),⁴ referente del socialismo argentino vinculado al Partido Socialista desde que éste dio sus primeros pasos. Trataremos de dar cuenta de la operación que realiza Dickmann en su obra, en la que se construye a sí mismo haciendo de su identidad un todo coherente, una vida ejemplar, y en la que paralelamente traza el derrotero de la vida de un sujeto colectivo: el Partido Socialista. En este sentido, intentaremos evidenciar qué representación de sí mismo hace el autor y también cómo construye la historia de vida del partido, haciendo énfasis en la importancia que adquieren ciertos pasados en el relato.

Dado que el libro de Dickmann se editó en 1949, se observa una mirada retrospectiva del período sobre el que particularmente nos interesa indagar (los años transcurridos entre 1890 y 1910); de modo que hay una significativa distancia entre los contextos en los que las experiencias narradas tuvieron lugar respecto del de producción de la obra. Los años que van desde 1890 hasta 1910 son vistos y narrados desde un presente muy diferente, el de los años peronistas. El relato de las apelaciones a las experiencias vividas en esos años busca intervenir en ese presente adverso para el socialismo argentino. Sin embargo, esa distancia entre el relato y las experiencias narradas no es un obstáculo para el análisis del período en estudio. Por el contrario, nos permitirá indagar en la cristalización de ciertos usos del pasado, que en el contexto de la década de 1940 aparecen como elementos indubitables de una tradición, pero que hacia fines del siglo XIX y en los primeros años del XX eran elementos dinámicos de una identidad en formación.

Los *Recuerdos de un militante socialista*

Las narrativas son representaciones construidas por los sujetos a partir de experiencias vividas.⁵ En este sentido, en la confección de una autobiografía

3. Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, FCE, 2002.

4. Enrique Dickmann, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

5. Catherine K. Riessman, "Narrative analysis", *Qualitative Research Methods Series*, N° 30, Newbury Park, 1993, p. 2.

se produce la construcción de una autorrepresentación de un individuo a partir de un proceso de selección de las experiencias vividas, desde el cual el narrador crea una trama que le da coherencia a su vida. Hay un trabajo consciente de intentar construir su verdad simbólica, en el que cobran interés tanto *qué* cuenta como *cómo* lo cuenta.⁶ En ese proceso de construcción el contexto cobra una importancia fundamental, en la medida en que la necesidad de contar tiene que ver con un intento de accionar en ese presente en el que el narrador relata. La individualidad es iluminada por el contexto y a su vez lo ilumina en tanto que el individuo es un agente social e histórico.

La obra de Enrique Dickmann, que alcanza las quinientas páginas, fue editada por *La Vanguardia*, la editorial del Partido Socialista, en diciembre de 1949. En la presentación que realiza Juan Antonio Solari⁷ puede observarse la afirmación de la representación de una existencia como un todo coherente, sin fisuras, que sigue un *telos* guiado por “el ideal”. Solari sostiene que la vida de Dickmann debe seguirse como ejemplo.⁸ El sostenimiento de la idea de una existencia coherente y ordenada es criticado por Pierre Bourdieu en su ensayo “La ilusión biográfica”.⁹ Si bien efectivamente es artificial pensar una vida como un todo coherente, ordenado cronológicamente y guiado por un *telos*, justamente es el aspecto construido de las narrativas personales el que reviste mayor interés. Es lo que nos dicen sobre las identidades que se buscan delinear y sobre cómo operan en los presentes en los que se construyen y en aquellos presentes en los que son recepcionadas lo que hace que sean fuentes de valor para el análisis histórico.

En las palabras de Solari también puede verse la importancia que adquiere el paralelismo entre las vidas de Dickmann, del Partido Socialista y del país, que se ve a lo largo de toda la obra:

Las páginas de este libro trazan la evolución política y social de más de medio siglo; se presentan y estudian, con cálido acento, las fases de esa evolución, estableciendo como meridiano y eje la acción

6. “Why was the story told *that way*?”, dice Riessman en “Narrative analysis”, p. 2.

7. Juan Antonio Solari (Buenos Aires 1899-San Pablo 1980) fue un importante dirigente socialista: redactor, secretario y director de *La Vanguardia*, también ocupó la banca de diputado nacional en más de una oportunidad. Escribió estas palabras en un contexto de auge del peronismo, del que era un ferviente opositor.

8. Véase Juan Antonio Solari, “El libro y su autor”, en Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 7.

9. Según el autor, “tratar de comprender una vida como una serie única y suficiente en sí de acontecimientos sucesivos sin más vínculo que la asociación a un «sujeto» cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre propio, es más o menos igual de absurdo que tratar de dar razón de un trayecto en el metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones”, Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 82.

socialista a través de una individualidad y un temperamento de luchador, estudioso y pensador político.¹⁰

En el prólogo, Dickmann presenta su obra no como una autobiografía, sino como un conjunto de recuerdos y reminiscencias que iban a su espíritu en tropel confuso y que, a la proveya edad de setenta y cinco años, evocaba con profunda emoción.¹¹ Ello nos permite evidenciar el carácter caótico de los recuerdos que, sin embargo, el autor presenta en el libro como un todo ordenado,¹² que para él consiste en un relato veraz, en el “reflejo y la síntesis” de su vida.¹³ La idea de reflejo oculta el trabajo de construcción del relato, sobre el cual intentaremos indagar.

En el ordenamiento que el autor propone se destacan tanto la dimensión temporal como la espacial: “Mi vida se divide en dos partes: la infancia europea, o mejor dicho rusa; y la adolescencia, la juventud, la madurez y la edad proveya de formación americana, o más exactamente argentina”.¹⁴ La segunda parte es mucho más extensa que la primera, no solamente porque abarca un período mucho más largo de su vida, sino también porque ese período es el de su vida como militante socialista.¹⁵ El autor sostiene también que el conocimiento de su vida será, tal vez, útil a sus semejantes, lo que le otorga a su objetivo una carga de ejemplaridad.

El libro cuenta con una fotografía de Dickmann, en la que puede observarse a un hombre en edad madura, con una postura seria y mirando hacia adelante. Está dedicada por el autor, parafraseando a Juan B. Justo en *Teoría y práctica de la historia*, “a los militantes anónimos de la Democracia y del Socialismo y á la masa laboriosa y fecunda, sincera en el error, hasta en la rebelión santa”, seguido de la firma personal y fechada el 1 de mayo de 1949, igual que el prólogo. La función de la imagen es acercar al lector al autor, que a su vez es el narrador y uno de los personajes principales de la obra. El retrato ofrece una forma de autorrepresentación,¹⁶ una forma simbólica en la que quiere ser mirado.

Tal como se ha señalado, en el recorrido que nos propone Dickmann por

10. Juan Antonio Solari, “El libro y su autor”, p. 10.

11. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 15.

12. “Narrators create plots from disordered experience”, dice Riessman en “Narrative analysis”, p. 4.

13. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 16.

14. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 15.

15. Dickmann le dedica a su infancia y al periplo que culminó en su llegada a la “Patria Nueva” tan sólo diecinueve páginas.

16. Sobre el retrato como forma simbólica, véase Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Buenos Aires, Crítica, 2005, pp. 25-41.

la extensión de su vida, hay un conjunto de estaciones por las que él ha ido atravesando y que lo fueron constituyendo como individuo, del mismo modo como él ha sido agente en ellas. A lo largo del texto el autor intercala artículos y manifiestos del Partido Socialista de los pasados de los que habla, para avalar lo que está diciendo, otorgándoles a esos textos un estatus de fuente para validar su discurso. Al relato sobre las experiencias vividas, el autor suma cien páginas entre las que hay un capítulo en el que se publica un conjunto de poemas de su autoría¹⁷ y luego seis capítulos más con ensayos breves también escritos por él mismo a lo largo de su vida.

La obra se relaciona estrechamente con el contexto de su producción, lo que nos permite un análisis en una doble dirección: ver cómo el individuo ilumina los sentidos de un contexto, construyéndolo y construyéndose en él, y a su vez ver cómo el contexto ilumina la experiencia individual. En este sentido, si bien el libro es el resultado de un trabajo extendido en el tiempo, por su magnitud y porque cuenta en su interior con ensayos y poemas que el autor ha ido escribiendo con el correr de los años, el hecho de que se haya editado en 1949 no es un dato menor. Ello denota una intención del autor de operar en un presente que se le presentaba crítico al socialismo argentino. En 1949 el peronismo estaba en pleno auge y los sectores opositores no habían podido construir una alternativa exitosa. El peronismo contaba con el apoyo de las masas trabajadoras y ello significaba un problema fundamental para el socialismo, que desde sus orígenes había buscado constituirse en el partido que las representara.

Como observan Hernán Camarero y Carlos Herrera, es posible señalar que Dickmann, como otros socialistas que realizaron obras con referencias autobiográficas en un período similar, hace un “intento de recuperación nostálgica de una edad dorada, perdida a partir de 1945”.¹⁸ Este intento buscaba poner en valor la identidad partidaria en una coyuntura difícil y para ello apelaba a ciertos pasados del socialismo en la Argentina que le imprimieron al partido una fuerte carga simbólica en sus, en ese entonces, poco más de cincuenta años de vida.

17. Dickmann los presenta como una humilde contribución de su fervor y amor por la naturaleza, escritos en 1920 y 1921 en Mendoza. Su admiración por la naturaleza y su fe en el hombre se vinculan a una fuerte esperanza en un futuro mejor que signa su militancia. De este modo, la inclusión de estos poemas en su obra autobiográfica nos permite acercarnos a otro plano constitutivo del individuo, aquel que se vincula más fuertemente al plano emocional e imaginativo, que no debe ser desligado de los demás.

18. Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera, “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 42. Los autores mencionan también obras de Nicolás Repetto y los anecdotarios de Juan Antonio Solari.

Construyendo identidades

Si bien a lo largo de la obra las identidades de Enrique Dickmann y del Partido Socialista se entrelazan, borrándose las fronteras entre ellas, trataremos de dar cuenta de las notas más significativas que aparecen en torno a la representación de cada una.

El individuo

En este apartado se busca indagar en las representaciones que Dickmann construye de sí mismo a través de sus “recuerdos”, que se condensan en su autodefinición como “militante socialista”¹⁹ y como legítimamente argentino por adopción.

A lo largo del relato sobre su vida, Dickmann resalta algunas experiencias vividas que cobran una fuerza simbólica mayor. Se trata de momentos considerados especialmente significativos por el autor, los cuales funcionan en el texto como faros que fueron iluminando el curso de su vida. Entre ellos cobran importancia aquellos que dan cuenta de su acercamiento al socialismo, que pueden ser pensados a partir de los *topoi* de los relatos de “conversión al socialismo” propuestos por Marc Angenot.²⁰ Éste señala la existencia de ciertos lugares comunes en los relatos de los líderes socialistas de la Segunda Internacional sobre su conversión al socialismo –como el contacto con el pueblo sufriente como revelación, la importancia de ciertas lecturas, el encuentro con el maestro y los sacrificios realizados–, los cuales aparecen en los relatos de conversión de los líderes del socialismo argentino²¹ como en el que aquí se explora.

Sin embargo, la marcación de momentos significativos no solamente se

19. El título de su autobiografía nos remite, no casualmente, a los *Souvenirs d'un militant socialiste* del líder del socialismo belga Émile Vandervelde.

20. Marc Angenot, “La conversión al socialismo”, en *Intersubjetividades. De hegemonías y disidencias*, Universidad Nacional de Córdoba, 2010, pp. 129-149.

21. En este sentido, Juan Buonuome llama la atención, fundamentalmente, sobre el rol decisivo de la palabra impresa en los relatos de conversión al socialismo de los líderes del socialismo argentino –entre los que incluye a Enrique Dickmann– y de otras latitudes. Véase Juan Buonuome, “Lecturas sobre la historia de la prensa socialista en tiempos de la Segunda Internacional”, *Políticas de la Memoria*, N° 14, verano de 2013-2014, pp. 139-149. Por su parte, Francisco Reyes analiza los *topoi* de los relatos de conversión al socialismo propuestos por Angenot en las narraciones de Juan B. Justo, Nicolás Repetto y Enrique Dickmann en “De lecturas, maestros y sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo”, en Alfredo Lazzaretti y Fernando Suárez (coords.), *Socialismo & Democracia*, Mar del Plata, Eudem (e/p). Véase también el trabajo de Ricardo Rodríguez Mazzola, “Los Recuerdos de un militante socialista de Enrique Dickmann”, en Sergio Miceli y Jorge Myers

asocia con su conversión al socialismo sino que la misma estrategia es utilizada para dar cuenta de su conversión en argentino, que es un elemento de legitimación de gran importancia a lo largo del libro, en la medida en que responde a las frecuentes acusaciones que le realizaron las fuerzas políticas opositoras, centradas en su condición de judío y extranjero.

Al escribir sobre su niñez, Dickmann pone el acento en la casa familiar, ubicada en una aldea de la Letonia zarista. Su condición de judío, la lectura de la Biblia y la admiración de los profetas ocupan un lugar importante para la construcción de su identidad.²² El autor narra la conflictiva relación que tenía con su padre, quien se oponía a que fuera a la escuela a pesar de su afán por estudiar. En ese marco, Dickman señala su encuentro con un libro de astronomía como un momento significativo que le permitió comenzar un camino de emancipación ligado al conocimiento científico. Ello pone de manifiesto la importancia de ciertas lecturas en los relatos de conversión al socialismo, como señala Angenot.

Dickmann da cuenta de su acercamiento al sionismo y al nihilismo en la Letonia zarista de fines del siglo XIX. El autor vincula su alejamiento de la aldea natal al hecho de haber sido encontrado por la policía con el libro *¿Qué hacer?* de Nicolai Tchernichevsky, lo que señala que era peligroso para él y su familia. Luego cuenta cómo, después de vagabundear por Rusia, intentó fallidamente ir a Palestina para terminar recalando en la Argentina, gracias al impulso del barón Hirsch y la Jewish Colonization Association.

A partir de ahí relata su acercamiento a la “Patria Nueva”, siendo un adolescente, y narra sus experiencias como chacarero en Entre Ríos, a las que les otorga un valor fundamental en su transformación en argentino por adopción. En este sentido, el autor habla de la importancia de ciertas prácticas propias del trabajo criollo, como la doma. En ese contexto, también resaltan dos episodios “simbólicos” de su vida rural: “el incendio de la trilladora”, con el que intenta mostrar la dureza de la vida de campo y a la vez su fe en el renacer después de la desgracia, y “el peón de campo”, con el que da cuenta del impacto que le provocó escuchar las palabras de un orador socialista en la plaza del pueblo.²³

Tras su paso por el campo entrerriano, Dickmann relata que se dirigió a

(comps.) *Retratos Latino-Americanos: a memória letrada de artistas e intelectuais do século XX*, San Pablo, EDUSP (e/p).

22. En palabras del autor: “Han modelado, desde mi más tierna infancia, mi espíritu libre e igualitario, mi socialismo idealista y humanista –que después se ha metodizado, fortificado y consolidado con las lecturas y el estudio del socialismo científico”, Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 22. Según la interpretación de Angenot, podríamos pensar en un pasaje de un socialismo de los sentimientos a un socialismo de ciencia. Véase Marc Angenot, “La conversión...”, p. 102.

23. “Comprendí entonces que algo nuevo me sucedía. Que de súbito, había despertado a una vida nueva, y que tenía que redimirme. ¡Y así sucedió!”, Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 49.

Buenos Aires movido por dos objetivos: estudiar y servir a un ideal social, los cuales funcionan como motores a lo largo de toda la autorrepresentación de su vida. El autor narra los sacrificios que tuvo que afrontar para obtener el título secundario –para el que estudió de forma autodidacta y rindió como libre en el Colegio Nacional– y luego sus esfuerzos por destacarse en la Facultad de Medicina, a la que ingresó en 1898. Su trayectoria educativa está cargada de un carácter heroico, lo que le concede un sentido de modelo ejemplar. Narra también su paso por los hospitales Pirovano, Rawson y de Clínicas, del que salió el 31 de diciembre de 1904, el mismo día en que se casó. Tuvo luego dos hijos. De su vida familiar no nos dice mucho más a lo largo del libro, el cual está abocado desde entonces a su militancia socialista.²⁴

El autor recupera su educación religiosa, su accionar como mensajero de los nihilistas, su detención y su temperamento, como impulsos para incorporarse a las filas de “ideas avanzadas”;²⁵ así como también su acercamiento a la ciencia y su carrera como médico. Sin embargo, menciona como un momento revelador la lectura de un número del periódico *Vorwärts*, editado por los socialistas alemanes radicados en Buenos Aires, que llegó a sus manos de casualidad en 1894 estando él en Entre Ríos. Tras su llegada a Buenos Aires, el 1 de mayo de 1895, señala que fue a la redacción de *Vorwärts* y preguntó si había un periódico similar en castellano; le indicaron que hacía poco había empezado a salir *La Vanguardia*. A su lectura le adjudica haberse puesto en contacto con “los grandes teóricos del socialismo internacional”,²⁶ lo que pone de manifiesto la importancia de la palabra impresa que puede verse, como señala Angenot, en el conjunto de relatos de conversión de los socialistas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Dickmann nos habla tanto de la importancia que tuvo en su propia experiencia de vida la prensa periódica como de su propia intervención sobre ella: “Lector asiduo y devoto de la hoja socialista muy pronto fui su colaborador, luego redactor, y más tarde su director en varias ocasiones faustas e infaustas; en circunstancias duras y maduras, identificando mi vida política y mental individual con la vida colectiva y pública del órgano del Partido Socialista”.²⁷ Este fragmento también nos permite evidenciar que la representación de su vida individual va de la mano de la del Partido Socialista, de la que no pareciera poder escindirse.

24. “Salí del Hospital de Clínicas el 31 de diciembre de 1904; y el mismo día contraí enlace con Luisa Campodónico [...] Y el veinte de enero de 1905 abrí mi consultorio médico [...] donde empecé a trabajar bien como profesional y donde nacieron mis hijos Emilio y Margarita. ¡Así empezó para mí una nueva vida de estudio y labor!”, Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 59.

25. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 60.

26. Ídem, p. 61.

27. Ídem, p. 62.

El primero de junio de 1895 Dickmann se afilió al Centro Socialista Obrero, luego de haber participado de una reunión socialista en la que José Ingenieros y Antonio Chacón lo invitaron a afiliarse. Su encuentro con Juan B. Justo es otro momento que cobra una fuerza simbólica particular en su autorrepresentación. Ambos fueron encerrados en el mismo calabozo tras la irrupción de la policía en una conferencia socialista que tuvo lugar el 9 de noviembre de 1895 en el teatro Onrubia. Este “feliz episodio” marcó para él su militancia.²⁸ El autor suma las palabras de Justo, tomadas de una conferencia pronunciada en 1918, para reforzar su propia narración.

Otro momento significativo en su autorrepresentación es el de su naturalización en 1897. Ser legalmente argentino le permitió presentarse como candidato a diputado nacional en las elecciones de 1898 y ser un ejemplo de los éxitos de las luchas socialistas de la época, entre las que se destacaba la propaganda para la naturalización de los extranjeros a fin de permitir su participación en la arena política.

De esta forma, la conversión de Dickmann al socialismo quedaba completa, así como también su definición como argentino por adopción. A partir de ahí el autor narra su vida como militante, en la que el partido se convierte en el personaje principal.

El partido

Los orígenes del Partido Socialista. Resulta significativa la apelación a ciertos usos del pasado que realiza el autor, quien señala que “la gestación de las ideas socialistas en la Argentina viene de lejos y tiene hondas raíces en un pasado fecundo y glorioso”.²⁹ En este sentido, traza una línea filial entre el surgimiento del Partido Socialista en la Argentina con una tradición republicana, liberal y democrática que, surgida en la Revolución Francesa, impregnó las ideas de la Revolución de Mayo, las obras de Mariano Moreno, de Bernardo de Monteagudo y de Bernardino Rivadavia, y las obras de los miembros de la generación del 37.³⁰ A esas ideas se habrían sumado aquellas ideas socialistas que traían los hombres llegados al país como consecuencia de la represión de la Comuna de París y de las leyes de excepción dictadas contra los socialistas en Alemania durante 1878. Asimismo, para el autor,

28. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 64.

29. Ídem, p. 80.

30. Entre ellos se destaca la figura de Esteban Echeverría y su *Dogma socialista*. Tanto es así que Dickmann cita partes de la obra tras señalar que “algunos párrafos de aquel documento darán una idea de los altos y nobles propósitos que inspiraban a la Nueva Generación, representada por la Asociación de Mayo”, Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 81.

contribuyó a hacer posible el nacimiento del socialismo en el país la caída de Rosas en 1852, la sanción de la Constitución Nacional en 1853 y la unidad nacional que se inició en 1860 y culminó en 1880.

En este terreno fértil Dickmann da cuenta de los principales acontecimientos en el proceso de construcción del Partido Socialista. En este sentido, menciona la importancia de *Vorwärts*, la conmemoración del 1 de mayo en 1890 y la formación de la Federación Obrera y de su órgano de prensa *El Obrero*, la fundación del periódico *El Socialista* y, por fin, la aparición de *La Vanguardia* el 7 de abril de 1894, fecha que para el autor “puede considerarse prácticamente como la de la fundación del Partido Socialista”,³¹ que se consolidó en el Congreso Constituyente de 1896.

Todo este proceso de gestación del socialismo en la Argentina es presentado por Dickmann sin fisuras. El relato da la imagen de una línea ascendente ininterrumpida. Si bien es cierto que él mismo no formó parte de los primeros emprendimientos socialistas que tuvieron lugar en el país, dado que se sumó en 1895 tras su llegada a Buenos Aires, difícilmente desconociera que se trató de un proceso en el que las diferencias y los debates estuvieron presentes. Sus omisiones en este sentido nos hablan de la imagen del socialismo que el autor quería transmitir con su relato.³²

Asimismo, la filiación del socialismo con pasajes de la historia nacional pone de manifiesto la lectura retrospectiva que el autor hace de la historia partidaria. Esta tradición republicana y liberal sobre la que, según el autor, se asentaron las ideas y la organización socialista, no era reivindicada por el movimiento socialista en sus primeras décadas. La cristalización de ese pasado nacional y la mirada positiva sobre el mismo es una construcción, cuyos primeros indicios pueden verse recién en torno al centenario de la Revolución de Mayo.

Un partido político moderno. 1896 cobra una gran importancia para la vida del partido porque durante ese año se produjeron “tres importantes acontecimientos”:³³ la primera participación en una elección de diputados nacionales, el Congreso Constituyente y la intervención socialista en la huelga de los obreros ferroviarios de los talleres Sola, Junín y Campana. Asimismo, se trata de un año importante para el propio Dickmann, quien

31. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 83.

32. Recién tras la narración de los primeros quince años de la acción del Partido Socialista en la Argentina, que son relatados como una gesta heroica sin fisuras, Dickmann se propone recuperar el conflicto al dar cuenta de las escisiones que se dieron en el interior del partido en sus cinco décadas de existencia, las cuales para el autor se constituyeron en “obstáculos internos que han dificultado y dificultan el crecimiento y la realización de la obra del Partido Socialista”, *Recuerdos...*, p. 197.

33. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 101.

recupera la agencia del yo señalando que ese año se estrenó como orador en la celebración del 1 de mayo, participó también como orador en la huelga ferroviaria y empezó a colaborar en *La Vanguardia*.

El congreso constituyente del Partido Socialista, que tuvo lugar el 28 y el 29 de junio de 1896, resulta fundamental para la definición de la identidad socialista en la Argentina. En palabras del propio Dickmann: “Él echó las bases sólidas del único partido político orgánico, de ideas y propósitos claros y públicamente proclamados, que existe en el país”³⁴ La adopción de un programa se convierte en una de las características distintivas del Partido Socialista en la política local.

El autor también habla de las controversias entre socialistas y anarquistas que marcaron al movimiento obrero de fines del siglo XIX y comienzos del XX. El avance del anarquismo es interpretado como una muestra de la ignorancia del pueblo, a la que opone la cultura política socialista, basada en la educación. El “otro” anarquista representa, para Dickmann, la desorganización, y le sirve para contraponer la organización y las prácticas socialistas.³⁵ Luego, el estandarte del programa del partido será levantado contra el radicalismo, fuerza política que fue creciendo en los primeros años del siglo XX y que se convirtió en un fuerte competidor en la búsqueda de sumar adhesiones, sobre todo en la segunda y en la tercera década del siglo XX.

Dickmann y los derroteros del Partido Socialista

Las conmemoraciones como condensadoras de identidades y coyunturas

Luego de los años fundacionales, Dickmann señala las luchas del partido durante la primera década del siglo XX, y las dificultades sufridas por los reiterados estados de sitio y la represión estatal. En este punto cobra significativa importancia la apelación a las conmemoraciones, destacándose dos coyunturas críticas para el movimiento obrero argentino de la época: el 1 de mayo de 1909 y el centenario de la Revolución de Mayo.

34. Ídem, p. 85.

35. “Hace medio siglo, en los comienzos de la labor, los obstáculos para la marcha y progreso de las nuevas ideas eran poderosos y casi invencibles. En un ambiente de general incultura política y social, de crasa ignorancia de la masa popular, con una clase obrera cosmopolita, indiferente y falta de toda educación societaria, y con una casta gobernante surgida del fraude y de la violencia, y que despreciaba profundamente al pueblo por ser «chusma» y «turba», la aparición del Partido Socialista en la vida política argentina, con su prédica cultural, sus claras nociones sobre organización gremial, cooperativa y política, y sus honestas costumbres y prácticas de real y auténtica democracia, fue en realidad un fenómeno insólito, que lógicamente debió chocar con violencia en el orden de cosas establecido”, Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, pp. 77-78.

Fecha fundamental para el proletariado internacional, el 1 de mayo ocupa en el texto un lugar muy relevante, que se condice con su importancia en el imaginario colectivo del movimiento obrero. La importancia de esta fecha ya se pone en evidencia en el prólogo y en la foto del libro, ambos firmados el 1 de mayo de 1949. Dickmann menciona la importancia de esta conmemoración en más de una oportunidad; ejemplos de ello son la mención de su llegada a Buenos Aires el 1 de mayo de 1895 y de su inicio como orador el 1 de mayo de 1896, así como también el relato de la represión sufrida durante la manifestación del 1 de mayo de 1904.

La conmemoración del 1 de mayo de 1909 es destacada por el autor por su carácter trágico, y su condición de “testigo ocular de la terrible tragedia” coloca su vivencia en un lugar central en el relato de esa jornada, en la que la manifestación anarquista fue duramente reprimida y dejó muertos y heridos. La narración tiene una carga emotiva que estremece al lector:

El espectáculo que se desarrolló ante mi vista fue horrendo. Cien soldados de a caballo descargaban a mansalva sus armas sobre una muchedumbre enloquecida por el pánico [...] La policía estaba satisfecha de su hazaña sangrienta, no dándose cuenta de que el eco de los tiros disparados en la Plaza Lorea repercutiría dolorosa y hondamente en el seno de la masa laboriosa y sufrida de la vasta metrópoli [...] La fiesta del Trabajo fue manchada con sangre inocente y profanada por un crimen horrendo.³⁶

La manifestación socialista se desarrolló a pesar de lo sucedido hacía un rato en el acto anarquista y Dickmann emitió un discurso, que es reproducido en el libro, en el que contaba y denunciaba la represión que había presenciado sólo unos instantes antes. A la conmemoración del 1 de mayo le siguió la huelga general y a ella el atentado anarquista contra el jefe de policía, el coronel Ramón Falcón.

Dickmann aprovecha el relato de esta coyuntura de lucha para expresarse sobre el presente desde el que escribe:

Han transcurrido cuatro décadas desde aquella grandiosa e imponente huelga general. Muchas cosas han cambiado de forma; pocas, o ninguna, cambiaron de fondo. Las arbitrariedades de los gobiernos oligárquicos de antaño no desaparecieron bajo los gobiernos demagógicos electos por el sufragio universal analfabeto e inconsciente. Apenas si se ha cubierto con un velo de hipocresía. Y frente a las actuales luchas obreras, ¿quién podría sostener que el movimiento gremial

36. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 160.

haya mejorado en sus procedimientos y progresado en su capacidad colectiva y en sus métodos de lucha?³⁷

En el fragmento puede observarse la crítica al peronismo, caracterizado como gobierno demagógico, y también al pueblo que lo apoya por falta de conciencia debido a su ignorancia.

Aquí la conmemoración del 1 de mayo de 1909 se convierte ella misma en un pasado a ser conmemorado en 1949 por el autor. De este modo, el pasado evocado no es aquel que tiene por actores a los mártires de Chicago, sino a las manifestaciones anarquista y socialista reunidas en 1909 para accionar en ese presente a partir de la apelación a una de las luchas que ocupan uno de los lugares más significativos del imaginario del movimiento obrero y que en los últimos años había sido resignificada como una fecha peronista.³⁸

Por su parte, el año del centenario de la Revolución de Mayo es considerado por Dickmann como “fausto e infausto para el movimiento obrero y socialista del país. Fausto por la fecha gloriosa de la Independencia Argentina [...] y por el advenimiento a la presidencia de la República del doctor Roque Sáenz Peña [...] que cambió la marcha de la política argentina, encauzándola hacia la libertad [...] E infausto por la forma desventurada como la agonizante oligarquía que aún gobernaba, festejó la fecha gloriosa”.³⁹

Resulta interesante ver en el fragmento que no hay una oposición a los sentidos de la fiesta patria, que es considerada “gloriosa”, sino a las formas de su conmemoración. En este sentido, Dickmann da cuenta nuevamente de las distancias entre el socialismo y el anarquismo, dado que el último impulsaba la huelga general en oposición a los festejos mientras que el socialismo no se oponía a la conmemoración. Asimismo, el autor denota las acciones represivas que desde el Estado se tomaron contra el movimiento obrero que, según él, hostigaron al socialismo y no le permitieron participar de la conmemoración.

Ese relato nos permite recuperar las disputas identitarias que se dieron en la coyuntura de la conmemoración del primer centenario de Mayo, en la que el Estado buscaba imponer el festejo patrio en una sociedad caracterizada por una multiplicidad de actores. La figura de Dickmann vuelve a perderse en el relato, retomando protagonismo hacia el final del capítulo en el que menciona que, tras el estado de sitio, el 15 de julio de 1910, se hizo cargo de la dirección de *La Vanguardia*.

37. Ídem, p. 178.

38. Las disputas por los sentidos del 1 de mayo dan cuenta de la fuerza simbólica de la conmemoración. Véase el trabajo de Aníbal Viguera, “El 1 de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: revolución y usos de una tradición”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 3, 3ª serie, 1991.

39. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 183.

La Ley Sáenz Peña

Dickmann le dedica un lugar especial a la Ley Sáenz Peña,⁴⁰ porque consideraba que abrió una nueva era política en el país. Con ella fueron elegidos legisladores Juan B. Justo y Alfredo Palacios en abril de 1912, inaugurando una época de labor socialista en el Congreso, que contaba con el antecedente de la diputación de Palacios iniciada en 1904. Dickmann narra los acontecimientos de las elecciones del 7 de abril y vuelve a colocarse como actor y testigo.⁴¹ Su ingreso al Congreso se dio poco tiempo después, en las elecciones a diputados de 1914,⁴² siendo “reelecto, en 1916, en 1920, en 1924, en 1932, en 1936 y en 1942, hasta que la revolución del 4 de junio de 1943 disolvió el Congreso Nacional”.⁴³

El autor relata su “estreno parlamentario”, en el que presentó dos proyectos de ley, uno sobre la jornada de ocho horas y el otro sobre el sábado inglés, para lo que adiciona los discursos por él pronunciados en esa ocasión. Dickmann aprovecha el relato para hablar de la complejidad de la labor parlamentaria y de la importancia del Parlamento para la vida democrática.

Los gobiernos radicales y los golpes militares

Con la llegada de Hipólito Yrigoyen al poder, entendida como la consecuencia de una democracia inorgánica, Dickmann señala que el Partido Socialista continuó sus luchas en el Parlamento. Tras la segunda presidencia de Yrigoyen, considerada “un grave error político, producto de la inmadurez democrática de las masas populares, sugestionadas por una propaganda demagógica y por la corruptela de dádivas y prebendas”,⁴⁴ el autor habla del golpe militar en los siguientes términos:

40. La figura de Roque Sáenz Peña también merece una consideración especial en el texto. Dickmann hace un racconto de su obra y de la conmoción que siguió a su muerte. Asimismo, traza el derrotero del monumento en su honor, que fue inaugurado recién en 1936.

41. El autor cuenta cómo un grupo de jóvenes le habían pedido que los alcanzara en su auto a votar y le contaron que, a pesar de que la oligarquía les había comprado sus votos, ellos iban a votar por el Partido Socialista. Este episodio, nos cuenta, le generó la impresión de que lo que le habían dicho se había repetido en toda la ciudad. Véase Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, pp. 246-250.

42. En la que la lista socialista obtuvo la mayoría. Fueron elegidos, además de Dickmann, Nicolás Repetto, Mario Bravo, Antonio De Tomaso, Francisco Cúneo, Ángel M. Giménez y Antonio Zaccagnini.

43. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 263.

44. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 287.

Un gobierno legal y constitucional, producto del sufragio universal, fue abatido por las armas. Lo que condujo al país a una dictadura militar y a infinitos males político-sociales de los que aún no hemos salido.⁴⁵

Tras el golpe de Estado, Dickmann señala que rechazó la propuesta del ministro del Interior para estudiar y reglamentar las industrias insalubres por considerar que se trataba de un gobierno antidemocrático. Asimismo habla de las medidas represivas implementadas por el gobierno de facto, entre las que destaca su detención, junto con las de Américo Ghioldi, Nicolás Repetto y Mario Bravo. En ella el autor nos dice que le surgió su idea de la Alianza Demócrata Progresista-Socialista. El impedimento de su éxito –que tenía en la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto a sus representantes– es adjudicado al fraude y a la violencia de la dictadura militar que, para el autor, “¡fue el origen de todos los males que sufrió y aún sufre el pueblo argentino!”.⁴⁶

Dickmann hace una dura crítica a los gobiernos “semidictatoriales” de Agustín P. Justo y Ramón Castillo⁴⁷ por no haber restablecido el imperio de la Constitución.⁴⁸ Luego señala que “el intolerable gobierno oligárquico y de inclinación nazifascista de Castillo condujo fatalmente al segundo pronunciamiento militar, del 4 de junio de 1943, y a la nueva edición de la dictadura aumentada y corregida, que fue impuesta con mano militar al laborioso y sufrido pueblo argentino”.⁴⁹ Esta lectura del golpe militar de 1943 le permite hacer una crítica al peronismo sin mencionar a Perón en ningún momento. El golpe de 1943 es visto como una consecuencia de la década infame que para el autor permitió la “infiltración nazifascista”, sobre todo en las instituciones militares. Dickmann establece una continuidad entre el golpe de 1943 y el contexto desde el que escribe:

Por su veraz actitud y por su valiente acción el Partido Socialista sufrió –y sufre aún– más que ningún grupo o partido político, las iras y las persecuciones de la dictadura totalitaria que se impuso al país desde el 4 de junio de 1943. Pero, por ser ello historia actual, su detalle no cabe en estos *Recuerdos*.⁵⁰

Este fragmento nos permite observar su visión crítica y opositora al

45. Ídem, pp. 287-288.

46. Ídem, p. 305.

47. Por el contrario, el gobierno de Roberto Ortiz es valorado como un intento de volver a la democracia, interrumpido por su muerte.

48. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 317.

49. Ídem, p. 318.

50. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 326.

peronismo en el poder sin mencionar explícitamente ni al movimiento ni a su líder.⁵¹

Dickmann continúa su relato hablando de su lucha parlamentaria contra el totalitarismo, interrumpida por la disolución del Congreso en 1943. El totalitarismo es pensado como un “enemigo mortal de la democracia”, que para el autor puede ser tanto de derecha (nazifascista) como de izquierda (comunista).⁵² Y señala: “La lucha no ha terminado aún; ¡y ojalá estos recuerdos sirvan para continuarla, con más energía y eficacia si ello cabe, hasta acabar con toda clase de dictaduras!”.⁵³ Este breve fragmento denota la intención de Dickmann de accionar con su relato en su presente; de esta manera, sus “Recuerdos” son concebidos por el propio autor como una herramienta de lucha.

La perdurabilidad de los símbolos

Hacia el final de sus recuerdos sobre las experiencias vividas, continúa su relato narrando su reciente participación en la Conferencia Internacional Socialista reunida en mayo de 1946 en Inglaterra. El autor muestra su esperanza en la “Nueva Internacional Socialista” que se oponía a la Tercera Internacional Comunista, “órgano de propaganda y de lucha de la dictadura bolchevique”.⁵⁴ Al contar su viaje, al que fue como representante del socialismo argentino junto con Nicolás Repetto, realiza un elogio de las instituciones democráticas británicas.

Antes de regresar al país, Dickmann realizó una visita a la tumba de Charles Darwin y otra a la de Karl Marx. Es significativo que termine su relato cronológico con las alusiones a las visitas de las tumbas de Marx

51. Su perspectiva es reforzada por tres discursos pronunciados por él mismo el 1 de septiembre de 1945 (bajo el título de “Entraña nazifascista de la dictadura militar”), el 22 de febrero de 1946 (“Clausura de la campaña electoral”) y el 1 de mayo de 1948 (“Mensaje de fe y de esperanza”). En el segundo de dichos discursos hay una defensa de la obra socialista en materia de legislación obrera y en el tercero hay una reivindicación del rol del socialismo en la conmemoración del 1 de mayo en la Argentina y en el mundo: “El 1° de mayo fue la fecha propia y genuina del socialismo, su fecha simbólica, en el país argentino como en todos los países del mundo”. Ambos elementos son significativos en tanto que estaban sufriendo una resignificación simbólica que los asociaba cada vez más como obras del peronismo. En ese marco, Dickmann se esforzaba por resaltar: “Nuestra gran obra política y social de más de medio siglo, eminentemente civilizadora y cultural, no desaparecerá por la voluntad omnívota de un gobernante insensato”, *Recuerdos...*, pp. 333-335.

52. En este sentido, narra su emprendimiento de llevar a cabo una investigación parlamentaria sobre el fenómeno del totalitarismo nazifascista y su infiltración en la Argentina.

53. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 337.

54. Ídem, p. 356.

y Darwin, dos hombres de los que se siente deudor en tanto fueron sus guías en sus dos grandes vocaciones: la ciencia y el socialismo. El culto a la muerte permite indagar en las apelaciones a ciertas figuras entendidas como emblemas, símbolos de una identidad colectiva.⁵⁵

El autor también hace una alusión fuertemente emotiva a su paso por Francia, y destaca las luchas del pueblo francés. Esa referencia se cierra con dos estrofas de “La Marsellesa”, “el himno revolucionario por excelencia”,⁵⁶ lo que pone de manifiesto la fuerza y perdurabilidad de ciertos símbolos. También habla de su posicionamiento a favor de la República Española y hace una crítica al franquismo. El relato se cierra con un mensaje de fe en la Internacional, citando la célebre frase del Manifiesto Comunista: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Viene a completar el cuadro una “Miscelánea”, en la que incluye una selección de artículos que “tienen valor permanente por la unidad de pensamiento y acción de quien los escribió. Valen por lo que enseñan y tal vez más por lo que sugieren”.⁵⁷ Nuevamente puede observarse la operación que hace Dickmann al construir su vida y su labor como un todo coherente y con un objetivo ejemplificador. En el epílogo cierra su obra mostrando su fe en la razón y en el socialismo, que van de la mano de la idea de progreso.

Su muerte, ocurrida pocos años después, lo encontraría fuera del partido que se construyó en paralelo a su vida, y seguramente más desesperanzado. Pero ese capítulo no llegó a incluirlo en sus memorias.⁵⁸

Algunas consideraciones finales

La perspectiva de las narrativas personales permite analizar ciertos procesos desde el punto de vista de los actores, desde los sentidos que los actores les otorgan, ofreciendo múltiples herramientas para el análisis histórico. Las verdades que los individuos construyen en sus historias de vida son simbólicas en tanto que percepciones subjetivas de la realidad. Por

55. En palabras del propio Dickmann: “Rindo culto a los grandes muertos. Son los genios tutelares de la Humanidad. Son las grandes cumbres del pensamiento y de la acción de los hombres. Son los faros que nos orientan y guían a través de las brumas de la vida”, *Recuerdos...*, p. 385.

56. Enrique Dickmann, *Recuerdos...*, p. 392.

57. Ídem, p. 415.

58. Para Dickmann, era necesario volver a acercarse a las masas trabajadoras. Su discrepancia con la dirigencia del partido, fundada en la crítica al antiperonismo radical que ésta mantenía, se hizo insalvable a partir de la reunión de la que participó junto con Juan Perón y Ángel Borlenghi, que tuvo lugar el 2 de febrero de 1952. Esa reunión le valió la expulsión del Partido Socialista. La muerte lo encontró tres años más tarde alejado del partido.

ello, lo interesante de las narrativas personales es su carácter construido y la capacidad de agencia que ellas poseen en los contextos en los que operan.

Los *Recuerdos de un militante socialista* de Enrique Dickmann se convierten en significativas herramientas para indagar tanto en la vida de uno de los máximos exponentes del socialismo argentino como para abordar la historia del Partido Socialista y la historia política argentina de medio siglo. La relación entre lo individual y lo colectivo se despliega a lo largo de toda la obra, en la que los protagonistas principales son tanto el individuo como el partido.

La obra de Dickmann pone de manifiesto el carácter construido de una autorrepresentación, realizada a partir de la selección de ciertas experiencias vividas que configuran una trama que le da coherencia a su vida, proponiendo una verdad narrativa en la que las formas de narrar tienen tanto interés como los sucesos narrados. Para Dickmann, tal coherencia está dada por su lucha en el interior del Partido Socialista, que es entendida en términos políticos así como también desde un punto de vista ético. El autor se define a sí mismo como un militante socialista y, al definirse, también define al colectivo del que formaba parte. La realización de su autobiografía le permite accionar en el presente en el que el libro se publicó. En este sentido, sin mencionar a Perón, su postura crítica frente al peronismo puede observarse a lo largo de las páginas de la obra. Sin embargo, no solamente hay una crítica al peronismo; también hay una autocrítica hacia el interior del socialismo que plantea la necesidad de volver a la época dorada. De este modo, el autor ofrece su propia vida como una vida ejemplar.

Nos queda pendiente el análisis de otras narrativas personales de hombres ligados al socialismo, para seguir profundizando sobre la importancia de ciertos usos del pasado en la construcción de la identidad socialista en la Argentina.

Historia e historiografía en Aníbal Ponce: la Revolución de Mayo y un pasado remoto para el comunismo argentino

Ricardo Pasolini

IGEHCs-IEHS-Conicet

Izquierda e historiografía

La cultura de izquierda argentina y las personalidades intelectuales que se ligaron a ella durante el período de entreguerras también desarrollaron una “historiografía” que tomó el problema de la nación como uno de sus tópicos fundamentales en el estudio del pasado. Como se ha señalado recientemente, esta idea de la historia nacional se expresó en una gran variedad de registros estilísticos y de formas narrativas pero, sobre todo, tomó cuerpo en la figura del ensayo de interpretación.¹

La mayoría de las veces alejados del recurso a las dimensiones eruditas del trabajo del historiador, algunos ensayistas adoptaron formas narrativas elaboradas que intentaron disputar, tanto con los historiadores profesionales como con el revisionismo histórico, la interpretación que se consideraba legítima de la historia nacional.² Otros, en cambio, se expresaron bajo el formato del opúsculo, el folleto, la nota de opinión en publicaciones partidarias y/o culturales, la reseña crítica, y claramente orientaron su prédica a un público que no siempre se encontraba en el espacio de la República de las Letras.

Así y todo, ambas dimensiones de las variadas y por cierto contradictorias operaciones historiográficas elaboradas en el marco de la cultura de izquierdas de este período se desarrollaron con un conjunto claro de propósitos, en función de los agentes que las promovían, su grado de institucionalización partidaria, su colocación en el campo cultural y, claro está, por el propio universo mental de los autores y otros aspectos de sus dimensiones biográficas.

A partir de estos múltiples factores, las operaciones sobre el pasado

1. Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 287 ss.

2. José P. Barreiro, *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*, Buenos Aires, Zamora, 1951, *passim*.

elaboradas desde las diversas izquierdas permitieron, por un lado, la intervención en los debates político-culturales más amplios acerca del origen y el destino de la nación, y, por otro, el establecimiento de las prioridades y el lugar de los temas nacionales en las propias tradiciones partidarias y en las discusiones que se promovían en los espacios de sociabilidad intelectual que estos agentes animaban.

Sin duda, a la hora de pensar en el vínculo entre historia nacional y sensibilidad comunista, la figura de Aníbal Ponce (1898-1938) cobra un lugar reconocible no menor. Sucede que el itinerario intelectual de Ponce no sólo da cuenta del modo y del contenido en que una reflexión en clave marxista intentará dotarse de una coloratura local, sino también del momento en que el símbolo “Revolución de Mayo” incursiona en el campo de representaciones de la reflexión en la izquierda comunista y comienza a asumir otro carácter. Además, como lo han señalado Fernando Devoto y Nora Pagano,³ siguiendo a Héctor P. Agosti, en esa genealogía que unió la tradición liberal con el marxismo vernáculo, Ponce aparece como una bisagra o, mejor, una correa de transmisión que observa lo que se considera “progresista” de esa tradición y lo encabalga en una temporalidad larga que tiene al comunismo como destino nacional.

Pero se trata aquí sólo de una perspectiva de análisis –la nuestra– que intenta observar en el cruce entre itinerario biográfico, universo ideológico y ambiente cultural una dimensión de la problemática señalada antes.

Como se observa en varios de los trabajos de Alejandro Cattaruzza sobre las visiones del pasado nacional en el Partido Comunista Argentino (PCA), un problema equivalente de investigación puede asumir perspectivas metodológicas muy variadas, y es así como el autor compone un argumento complejo y rico que articula el análisis de la prensa partidaria y la producción de lo que podríamos llamar “intelectuales orgánicos”, con la influencia de las políticas del comunismo internacional en la dinámica del PCA. Así, Cattaruzza establece que el cambio de táctica de la III Internacional Comunista (1935), que promovió la constitución de frentes populares, actuó como un ambiente posibilitador de una interrogación sobre el pasado nacional en clave marxista que en el mediano plazo hizo cuentas positivas con la tradición liberal.⁴ Se trata de una interpretación que llega a resultados equivalentes a los nuestros, más allá del énfasis colocado en otras variables (una ampliación

3. Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía...*, pp. 291 ss.

4. Alejandro Cattaruzza, “Historias rojas: los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930”, *Prohistoria*, año XI, N° 11, Rosario, primavera de 2007, pp. 169-189; “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, *A contracorriente. A Journal on Social History and Literature in Latin America*, vol. 5, N° 2, invierno de 2008, pp. 169-195.

fenomenológica de la noción de partido) y otras periodizaciones que destacan el influjo del comunismo internacional.

Lo cierto es que aquella pregunta retórica de Oscar Terán sobre el porqué de la falta de interrogación sobre la nación en el marxismo argentino de entreguerras, sobre todo en la figura de Ponce⁵ –pero que por cierto lo excede–, comienza a responderse en una clave que el propio Terán advirtió en su trabajo preliminar, pero que cobra ahora un contenido diverso del que le asignara el estudioso. Pues si en Terán, Ponce no alcanza a madurar desde su marxismo una reflexión más sustanciosa sobre “lo nacional”, atrapado como estaba entre la tradición liberal de la que formaba parte y la pertenencia a la zona de influencia de una estructura partidaria todavía incipiente y deudora del esquematismo de las políticas del comunismo internacional –y aquí el contraejemplo positivo es un Mariátegui “vanguardista” tanto en arte como en política–, los trabajos recientes sobre la sensibilidad comunista dan cuenta no sólo de la conciencia que el propio Ponce tenía de esta situación (recuérdese que en su revista *Dialéctica* advirtió en 1936 sobre el desconocimiento que la intelectualidad comunista local tenía tanto de las cuestiones y la historia nacionales como del marxismo, y alentó desde la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, AIAPE, un estudio crítico),⁶ sino también del lugar paradójico que las ideas de Ponce jugaron en la construcción de una genealogía del marxismo argentino, en la medida en que una figura periférica de la estructura partidaria se convirtió en el referente máximo que dotó al marxismo vernáculo de un perdurable y políticamente operativo carácter liberal durante gran parte del siglo XX.⁷ Está claro que esta pervivencia –al menos hasta finales de los años 50– estuvo motivada por varios factores contextuales que excedieron el peso gravitacional de una interpretación primigenia. Pero no es menos cierto también que el modo en que la intelectualidad comunista se apropió de ella actuó como un corsé que impuso sus límites a la variabilidad de interpretaciones que se dieron del pasado y la política argentinos.

Entre el marxismo deseado y el verdaderamente alcanzado, la aún hoy sugestiva reflexión de Terán puede entenderse también como la de un exiliado en México que reflexiona sobre un autoexiliado en México acerca del fracaso de una tradición política y cultural que, con cercanías y distanciamientos, el estudioso y su objeto de estudio compartían. Y es así como, para él, Ponce

5. Oscar Terán, “Aníbal Ponce o el marxismo sin nación” (1983), en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 131 y 135.

6. Aníbal Ponce, “El primer año de AIAPE”, *Dialéctica*, N° 6, agosto de 1936.

7. Véase Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 127-136; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, *passim*.

no estuvo a la altura de la operación de reflexión que se requería en función de la posición que ocupaba en el campo cultural argentino, de su dotación intelectual y de las necesidades de amplitud que el marxismo local requería.⁸ Pero una figura al fin con la que, más allá de compartir los “propios sueños alucinados”, al decir de Terán sobre la voluntad común de socialismo entre él y Ponce,⁹ es necesario volver a visitar para comprender mejor algunos aspectos de por qué fue este marxismo y no otro el que durante el período de entreguerras dominó las imaginaciones de la cultura de izquierdas en la Argentina.¹⁰ Las nociones de Aníbal Ponce referidas a la Revolución de Mayo pueden acercarnos también a dilucidar parte de este interrogante.

Aníbal Ponce, itinerario y filiaciones

En una periodización general de la producción intelectual de Ponce, Terán reconoce tres momentos: el primero, desde sus escritos juveniles hasta la aparición de *La vejez de Sarmiento* (1927), se caracteriza por la utilización de categorías provenientes del liberalismo positivista de la generación del 80. En la segunda etapa, entre 1928 y 1932, se observa un desplazamiento hacia nociones de corte marxista y, finalmente, un tercer período donde Ponce asume sistemáticamente el marxismo, el cual va desde 1933 con el *Elogio del Manifiesto Comunista* hasta el final de su vida en 1938.¹¹

También el intelectual comunista Héctor P. Agosti ve en el tránsito hacia el marxismo de Ponce el peso de la tradición liberal, y el papel de los sucesos políticos de 1930 como el elemento contextual que lo condujo hacia nuevas preguntas y a encontrar definitivamente en el marxismo las claves de una respuesta.¹² Sin embargo, otro dato interesante que rescata Agosti es la presencia en Ponce de unas características personales donde, al reconocimiento de su capacidad intelectual, se le atribuye una tensión muy fuerte entre militancia literaria y militancia política que se resuelve finalmente en la adhesión comunista. Agosti toma el ejemplo de Mariátegui para señalar que Ponce llegó al marxismo más por preocupación científica que política,¹³ y en algún sentido nunca pudo desprenderse de un estilo refinado en sus

8. Para un análisis de las ideas de Terán en función del tema que nos ocupa, véase “Homenaje a Oscar Terán”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 12, 2008, pp. 191-210.

9. Oscar Terán, *En busca...*, p. 178.

10. Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales*, pp. 9-27.

11. Oscar Terán, *En busca...*, pp. 131 y 135.

12. Héctor P. Agosti, “Aníbal Ponce. Memoria y presencia”, corresponde a la Introducción de Aníbal Ponce, *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Cartago, 1974.

13. Ídem, pp. 50 y 85.

maneras, un *bon-ton* civilizado que indicaba la ocupación de un lugar de enunciación cultural donde su campo de referencia se encontraba entre la cultura del 80 porteño y París, al menos hasta que en 1935 descubrió factualmente el mundo soviético.¹⁴

Al mismo tiempo, contemporáneamente, desde el propio campo de la intelectualidad comunista, el tránsito de Ponce del “liberalismo” al comunismo es visto como un proceso de ruptura en el que el modo en que lo ejecuta adquiere la forma del “descubrimiento” y el salto cualitativo. En efecto, el propio Agosti, Raúl Larra, Juan Marinello y Saúl Bagú, entre otros, dan cuenta de esta interpretación de algún modo heroica.¹⁵

Sin duda, a la par de articular liberalismo con marxismo desde una dimensión específicamente intelectual, Ponce fue en su práctica un continuador del modelo civilizatorio de la generación del 80 y gustó mirarse en ese espejo. Las fuentes concuerdan en rescatar una imagen de pulcritud en Ponce, donde se destaca el cuidado en su vestimenta, el aseo personal y el tono pausado, suave y a la vez firme de su voz, y una actitud irreconciliable tanto con la injusticia social como con la grosería.¹⁶ Al mismo tiempo, además de la erudición exhibida por Ponce en sus textos, es fácil advertir en su estilo un tono irónico y un tipo de relato de corte finisecular que lo acerca al menos en este punto a la prosa de Juan Agustín García. Es posible que las afinidades estilísticas entre Ponce y García reposaran en la común admiración por Hippolyte Taine. Para Ponce, Taine era un maestro de la historia y de la crítica, un prosista admirable y “un verdadero iniciador en estética y en psicología de los pueblos”, a quien si bien no pudo perdonar el “espíritu reaccionario” que animaba el libro *Les origines de la France contemporaine*, consideraba que su lugar en la historia intelectual de Occidente era equivalente al de Voltaire. Además, su mundo de referencia intelectual, si bien en absoluto desconocía el impacto de las vanguardias literarias y las novedades científicas de la Europa de entreguerras (baste para ello recorrer sus innumerables estudios críticos y sus visitas culturales a los intelectuales europeos del momento), se apoya en una selección donde aún hacia 1935 las referencias a Taine y Renan seguían ocupando un lugar importante en su arsenal intelectual.

Como se ha señalado, lo que se observa en el itinerario de Aníbal Ponce es la documentación del tránsito en las conciencias intelectuales desde unas

14. Luis Reissig, “Tres etapas en la vida de Aníbal Ponce”, *Cursos y Conferencias*, año VI, N° 11-12, octubre de 1938, pp. 1149-1150.

15. Ricardo Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, *Iberoamericana*, XIII, 52, 2013, 93 ss.

16. Véanse los artículos de Alberto Gerchunoff, Lisandro de la Torre, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi en “Homenaje a Aníbal Ponce”, *Cursos y Conferencias*, año VI, N° 11-12, octubre de 1938, *passim*.

posiciones en el mejor de los casos humanistas hacia otras contestatarias o revolucionarias. Es que si bien Ponce acreditaba un origen social más bien modesto, a mediados de los años 30 se había convertido en una figura de renombre en el mundo cultural porteño y de proyección continental. Antiguo alumno del Colegio Nacional Central (luego Nacional de Buenos Aires), sus lecturas de infancia incluían a los escritores de la generación del 80 y la cultura francesa. Así y todo, su bagaje cultural excedía estas referencias que nunca lo abandonaron, pues en 1917 se incorporó al staff de la revista *Nosotros*, la importante publicación que dirigían Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi, y entre 1920 y 1922 ocupó allí el lugar de crítico de la sección “Letras argentinas”.¹⁷ Un año atrás había ingresado a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires y había obtenido la medalla de oro de la Universidad Nacional de Tucumán por su primer folleto, un breve estudio sobre Eduardo Wilde. Con este trabajo, Ponce inicia una serie de estudios biográficos que asumirán dos caracteres bien específicos: por un lado, la elección por las figuras del 80 intelectual; por el otro, una perspectiva biográfica que podríamos calificar de “rollandiana”, en la que la maquinaria psíquica del biografiado y su universo moral componen su excepcionalidad ante entornos coercitivos y desfavorables, sean ellos políticos o culturales. Y es así como las batallas del Wilde político, escritor y humorista son para Ponce las de un espíritu científico que, en el flujo de la corriente progresista de la historia argentina, resiste “la última batalla de las tendencias reaccionarias de prosapia hispano-colonial”.¹⁸ Pues para Ponce, al menos en este momento interpretativo, es con la generación del 80 que este conflicto se salda.

Con su libro de 1927, *La vejez de Sarmiento* –el cual obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura– Ponce concreta a través de las figuras de Wilde, Amadeo Jacques, Lucio V. Mansilla, Nicolás Avellaneda, Lucio V. López, Miguel Cané y, sobre todo, Sarmiento, la exégesis de un clima cultural que hizo –a su juicio– que Buenos Aires se alejara del perfil español o gaucho y comenzara a ser Europa.¹⁹

En su faz universitaria, Ponce cursó hasta el tercer año de la carrera de Medicina, la que abandonó a causa de un aplazo obtenido en un examen final. Defensor de la reforma universitaria, en 1918 asistió a la conferencia que dictara José Ingenieros en el Teatro Nuevo de Buenos Aires y en la que saludara con optimismo el proceso revolucionario en Rusia.²⁰ Ponce recuerda en sus escritos haberse conmovido por aquella disertación, pues había

17. “Nuestra sección «Letras argentinas»”, *Nosotros*, año XVI, N° 157, junio 1922, p. 285.

18. Aníbal Ponce, “Eduardo Wilde” (1916), en *Obras completas*, t. I, p. 312.

19. Aníbal Ponce, *La vejez de Sarmiento* (1927), en *Obras completas*, t. I, pp. 211-335.

20. Aníbal Ponce, “Para una historia de Ingenieros” (1926), *Obras completas*, t. I, p. 203.

significado para él y su generación una lectura novedosa de las causas de la Gran Guerra y del sentido de la revolución de octubre. Como en tantos intelectuales del momento, el vínculo de Ponce con la Unión Soviética asume más un carácter emotivo asociado a la percepción de la emergencia de un mundo nuevo como respuesta a la crisis del Occidente.²¹ De esta etapa también son sus lecturas iniciales de Romain Rolland, Henri Barbusse, Bernard Shaw y Leonard Frank.

En 1920 conoció personalmente a Ingenieros y desde 1923 fue invitado por éste para codirigir la *Revista de Filosofía*. Además de estas temáticas, su experiencia universitaria y el vínculo con Ingenieros promovieron en él un interés por la psicología todavía deudor de la influencia del positivismo. Al mismo tiempo, dictaba la cátedra de Psicología en el Instituto Nacional del Profesorado.²² En 1925 asumió la dirección de la *Revista de Filosofía* tras el fallecimiento de su director. Al igual que muchos argentinos de la época, el viaje a Europa significaba un ritual de iniciación en un mundo cultural porteño muy atento a las experiencias estéticas e ideológicas que se desarrollaban en el viejo continente, y Ponce pudo alcanzar esta experiencia en 1926, visitando sobre todo París. De esa época datan sus primeros contactos con el escritor Henri Barbusse y el psiquiatra marxista Henri Wallon.

Viajó a Europa por segunda vez en 1929 y concretó su tercer viaje hacia fines de 1934. En febrero del año siguiente llegó a conocer la Rusia soviética, invitado a instancias del escritor Henri Barbusse por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú. A su vuelta, Ponce se transformó en un animador importante del mundo cultural local a partir de la creación de la AIAPE, entidad antifascista que él dirigió y en la que se propuso constituir un frente de intelectuales y artistas que disputaran en el ámbito de la cultura la influencia de las ideas nacionalistas y fascistas. Fue para Ponce un momento de gran exposición pública y de reconocimiento a su lugar en el mundo de las letras y en el universo de la izquierda intelectual argentina. Pero, también, una etapa de persecuciones y exoneraciones que lo llevaron a autoexiliarse en México a inicios de 1937.²³

En la obra de Ponce, entonces, primó la articulación entre las temáticas de la nación, en tanto rescate ideológico de las figuras del panteón liberal y científicista argentino, y el ideario comunista, el que no sólo se expresó en una admiración por el modelo de sociedad que se estaba construyendo en la

21. Aníbal Ponce, "Alejandro Castiñeiras: «El alma de Rusia»" (1923), *Obras completas*, t. IV, pp. 57-58.

22. Sobre el aporte de Ponce a la psicología, véase Luciano García, "La obra psicológica de Aníbal Ponce", *Anuario de Investigaciones*, vol. XVI, Facultad de Psicología-UBA, 2009, pp. 173-182.

23. Ricardo Pasolini, "«Scribere in eos qui possunt proscribere.» Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras", *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12, 2008, pp. 87-108.

Unión Soviética sino también en la incorporación de categorías marxistas en los análisis históricos y culturales. Ello se hizo claramente visible a partir de 1936 con el intento de divulgación marxista que significó su revista *Dialéctica*, pero ya presente hacia 1928, con su conferencia “Examen de conciencia”, en la que hizo explícita su filiación al marxismo. También sus libros *Educación y lucha de clases* (1937) y *Humanismo burgués y humanismo proletario: de Erasmo a Romain Rolland* (1938), que habían sido el resultado de una serie de conferencias dictadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores entre 1934 y 1935, dan cuenta del perfil temático y conceptual de esta reflexión.

Pero más allá de visibles momentos de ruptura intelectual, también pueden verse en la sensibilidad global de Ponce unos elementos de continuidad. Por ello, Luis Reissig, su compañero en la fundación del Colegio Libre de Estudios Superiores (1930), llegó a sostener que la experiencia cultural de Ponce se podía sintetizar en el influjo que sobre él habían tenido las grandes ciudades que motivaron su reflexión: Buenos Aires, París y Moscú; “la historia, la cultura y la revolución”,²⁴ respectivamente. Todas ellas actuaron como estaciones intelectuales complementarias. De hecho Ponce, en el momento de su autoexilio en Morelia (México), parece añorar más “la atmósfera intelectual de Buenos Aires, la atmósfera de distinción, de refinamiento, de buen gusto”, que elogiar la libertad de opinión que había adquirido en el país que lo acogiera.²⁵ Como señalara sutilmente Reissig, Ponce no parece haber presentado que México significara el comienzo de una nueva estación cultural, más allá de que en esta época su exhibido europeísmo se matiza ante la evidencia y el contraste de la importante población de origen indígena, en la medida en que advierte que el tránsito desde el “colonialismo al imperialismo” no modificó sustancialmente las condiciones de explotación de las masas indígenas, por lo que las burguesías de América Latina sólo trajeron “una nueva servidumbre”.²⁶

Historia e historiografía en Aníbal Ponce

En la medida en que Ponce participó de una generación intelectual en la que el recurso a la historia era moneda corriente para interpretar los problemas nacionales, ¿cuáles eran los instrumentos conceptuales, las referencias

24. Luis Reissig, “Tres etapas en la vida de Aníbal Ponce”, *Cursos y Conferencias*, año VI, N° 11-12, octubre de 1938, pp. 1149-1150.

25. Carta de Aníbal Ponce a Clara Ponce, México, 29 de junio de 1937, *Expresión*, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 1946, p. 115.

26. Aníbal Ponce, “La cuestión indígena y la cuestión nacional” (1937), *Obras completas*, t. IV, pp. 657 ss.

intelectuales con los que contaba para elaborar sus reflexiones? Ya hemos señalado que la “historiografía” de izquierda operó en su práctica bastante lejos de los modelos eruditos que se promovían desde la dominante Nueva Escuela Histórica. Y ese distanciamiento no sólo se fundó en la pertenencia o no a un campo disciplinar, sino también a una insatisfacción respecto de las producciones de la historia erudita. Desde Alejandro Korn hasta José Luis Romero y José P. Barreiro, la historiografía concebida como erudición presentaba para ellos serios límites: el momento de la “búsqueda” terminaba por inhibir el del “hallazgo” que, en la reflexión de Korn, significaba la dimensión que el talento otorga al papel creativo del historiador.²⁷ Esta noción publicada en su artículo “Historiografía argentina” de 1925 será la que Romero tomará más tarde cuando reflexione sobre el porqué del éxito de las biografías en el gusto del lector culto, en detrimento de la historia erudita. Para Romero, la producción erudita se había alejado de las dimensiones humanas.²⁸ Barreiro va a ir más lejos aún y llegará a identificar la historiografía erudita con la tradición reaccionaria. Los “pacientes polillas de archivos y los infolios” de la Nueva Escuela Histórica, como los llama Barreiro, son igualados en su operación a los revisionistas históricos, para mostrar un clima de época historiográfico (“las tendencias obstinadas en falsificar nuestro proceso histórico”)²⁹ signado por la tesis de la reivindicación de la dominación hispánica y de la escasa gravitación del iluminismo en el proceso de independencia argentina.

Como hemos visto, en algunos de sus trabajos “históricos” Ponce recurre a una forma de la biografía en la que prima una perspectiva ético-política o, en todo caso, como sostendrá Romain Rolland años más tarde, una perspectiva en la que la obra debe ser estudiada en el hombre y el arte, en el artista. Es decir, en temas de ideas y producción artística, la obra individual no es el resultado impersonal del influjo de una tal o cual escuela de pensamiento, arte o tendencia social, sino la de una totalidad creativa indisociable.³⁰ En una primera etapa, al menos en la dimensión de su producción, Ponce suscribirá a este principio que en rigor y antes de Rolland caracterizó la forma dominante de la biografía de gran parte del siglo XIX francés bajo el ideal romántico de la obra como expresión del autor, aunque la perspectiva “*chercher l’homme dans l’œuvre*”, como lo ha señalado Sabina

27. Véase Alejandro Korn, “Historiografía argentina” (1926), en *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 616-621 (artículo publicado originalmente en la revista *Valoraciones*, La Plata, 1925).

28. José Luis Romero, *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 46.

29. José P. Barreiro, *El espíritu de Mayo...*, p. 15.

30. Romain Rolland, “La lumière du soleil”, *Schweizerische Instrumentalmusik*, 15, 1936, p. 164 (reproducido en Alain Corbellari, *Les mots sous les notes. Musicologie littéraire et poétique musicale dans l’œuvre de Romain Rolland*, Ginebra, Droz, 2010, pp. 333-334.)

Loriga, no era ajena –de Sainte-Beuve a Taine– a la búsqueda de un valor de tipificación.³¹ De ahí que Ponce no deje de concebir y practicar una forma biográfica en la que el modelo heroico y la particularidad humana resultan también ejemplos del clima de una época caracterizada por el éxito de una generación política y cultural como la del 80. Los trabajos que componen el volumen *La vejez de Sarmiento* –de 1927– dan cuenta de ello. Claro que Ponce es allí demasiado indulgente con algunas de las figuras, sobre todo con Miguel Cané, a quien muestra como el ejemplo más representativo de una Buenos Aires civilizada y *nonchalante*, es decir, burguesa en el buen gusto y la displicencia pero, a la vez, un Cané que en su admiración por Sarmiento y sus políticas educativas habría de asumir más tarde la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras. Por cierto, más allá del año de su publicación, *La vejez de Sarmiento* compila una serie de trabajos biográficos que habían sido escritos desde su temprana juventud, por ello no resulta extraño que el elogio un tanto acrítico de Cané publicado en 1927 expresara otro momento de la lectura de Ponce sobre el autor de *Juvenilia*, pues un año antes, en el ensayo que publicara en la *Revista de Filosofía* sobre la obra de Ingenieros, Ponce ironiza al señalar que el lugar que Cané ocupaba en las letras argentinas del 80 respondía también a un momento de la producción literaria cuando preocupaba más la “gracia sonriente que la disciplina adusta”. De ahí que, para él, el título del libro *Prosa ligera* (1903) debería haber sido el de toda la obra de Cané.³²

Así y todo, tempranamente Ponce reconoció la importancia de la erudición en los trabajos históricos³³ y más tarde (1929), cuando escribió sobre Albert Mathiez y su historia de la Revolución Francesa, señaló en él tanto su filiación políticamente revolucionaria como su saber erudito. Comparando la *Historia socialista de la Revolución Francesa* de Jean Jaurès con la elaborada por Mathiez en sus diferentes trabajos, Ponce señala que en ella “cada línea se asienta en una montaña de documentos y de hallazgos personales, tan rigurosamente examinados aquellos y tan felices estos otros, que la conclusión se desprende con la evidencia de un teorema”.³⁴ Pero había en Mathiez algo más que Ponce reclamaba a los trabajos históricos desde su inicial crítica al libro *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda* (1921), de Ramón J. Cárcano: el historiador francés lograba revivir las pasiones que analizaba. En 1921, Ponce escribía:

31. Sabina Loriga, *Le petit x. De la biographie à la histoire*, París, Seuil, 2010, pp. 22-23.

32. Aníbal Ponce, “Para una historia de Ingenieros”, p. 141.

33. Aníbal Ponce, “La verdad en la historia” (1913), *Obras completas*, t. IV, pp. 679-680.

34. Aníbal Ponce, “Albert Mathiez, historiador de la revolución” (1929), *Obras completas*, t. III, pp. 54-56.

Desearíamos transportarnos al pasado, reviviéndolo con su color y con su acento, que nos mezclara de lleno en el tumulto de la época y encendiera en nuestras almas sus devociones y sus odios; quisiéramos verlo al doctor Cárcano alternativamente porteño con Alsina y provinciano con Urquiza, vociferando con Tejedor los rencores del localismo y descargando en Derqui, sobre la ciudad patricia, la amarga envidia de tierra adentro; que su estilo fuera a la vez lírico y tenso, elegíaco y rotundo, llameante y satírico; con todos los matices de la expresión, por fin, porque hay de todo en la trama de la vida.³⁵

Éste es un “programa” historiográfico –al decir de Roberto Giusti– que tendrá una fuerte continuidad en la multifacética personalidad intelectual de Ponce, capaz de incursionar por momentos en la práctica y en una crítica histórica que admira por igual a Hippolyte Taine y a Wilhelm Dilthey,³⁶ y que lo llevará también a descargar su ironía sobre la Nueva Escuela Histórica en un tono equivalente al de Korn o Romero, sin por ello descreer de las bondades de la erudición.³⁷

“Programa”, en fin, que Ponce intentará llevar a cabo en sus biografías más clásicas pero sobre todo en las conferencias de 1935 y su estudio de las formas intelectuales que asumió el humanismo en los itinerarios vitales de Erasmo, por un lado, y Rolland, por el otro. En efecto, un Ponce intelectualmente ya filiado en el marxismo nos presenta al humanista Erasmo (1467-1536) como la expresión intelectual de una nueva clase social, la emergente burguesía europea, sin duda la mejor expresión de ella, aunque Erasmo no alcanzara a advertir que en la disputa con la tradición de la teología medieval el éxito del renacimiento propuesto implicaba, a juicio de Ponce, una alianza con las masas campesinas. Pero el arribo a esta tesis se logra a partir de una sutil y vívida composición del mundo histórico, de los actores y sus ideas, de las pujas intelectuales de la época, de las luchas políticas y los cambios económicos. Inicio burgués del humanismo que se cierra en el ciclo histórico con la figura intelectual de Romain Rolland (1866-1944), a quien Ponce admira sinceramente desde los tempranos años 20, pero a quien a mediados de los 30 le critica la creencia de que una revolución en los espíritus pueda ser posible a partir de la acción global de una república internacional de la inteligencia. Para Ponce, “Rolland aspiraba a reunir en una elite a un puñado de altos espíritus que sepan luchar si es necesario,

35. Aníbal Ponce, “Ramón J. Cárcano. *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda*” (1921), *Obras completas*, t. IV, p. 380.

36. Aníbal Ponce, “Francisco Romero: «Guillermo Dilthey»” (1931), *Obras completas*, t. IV, pp. 317-318.

37. Aníbal Ponce, “Sigfrido A. Radaelli: «La irreverencia histórica»” (1935), *Obras completas*, t. IV, pp. 495-496.

pero con las armas del espíritu [...] era siempre la defensa del hombre abstracto que el humanismo había creado, la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social”.³⁸ Más cercano a Rolland³⁹ de lo que Ponce admitía –por ejemplo, la común admiración y defensa de la Unión Soviética, el salto a posiciones comprometidas desde las comodidades de la república de las letras que le valieron no pocas críticas y desplantes–, el humanismo proletario que propone es el resultado también de una operación de “personificación”, pero esta vez no de un individuo representativo sino de una clase social nacida en el fragor de las máquinas y el inicio del capitalismo. Una clase, la obrera, que quiere para sí la conquista del poder político y la cultura para todos, y que encuentra en la Unión Soviética la materialidad de la concreción de sus propósitos.⁴⁰

Del vínculo con José Ingenieros a su “Examen de conciencia” (1928)

Dos imágenes fuertes componen la percepción del pensamiento global de Aníbal Ponce en el momento de su muerte en 1938. Hemos señalado ya que una de ellas refiere al tránsito del liberalismo al marxismo, y de cómo la adopción significó –en el marco de esta interpretación– una ampliación de miras en el universo ideológico y mental de Ponce, que lo lanzó, entre otras cosas, a nuevas formas de la acción y las representaciones políticas desde los espacios de la cultura. La otra, complementaria, es la fuerte vinculación entre Ponce e Ingenieros. No sólo porque ambos tuvieron una cercanía relacional, puesto que desde 1920 hasta la muerte de Ingenieros en 1925 Ponce estuvo vinculado a él y fue el continuador y director factual de la *Revista de Filosofía*, sino también porque la voz intelectual de quien en el mundo universitario era considerado el “maestro de la juventud” parecía prolongarse en Ponce, más allá de sus estilos de personalidad bien diferentes. Ponce gozaba entonces de ese capital simbólico que lo ligaba a Ingenieros como su discípulo privilegiado y como su mejor lector, a quien incluso tras la muerte de Ingenieros se le había solicitado un estudio de su obra.⁴¹

38. Aníbal Ponce, “Roman Rolland o la agonía de una obstinada ilusión”, *Unidad. Por la defensa de la cultura*, año I, N° 1, enero de 1936, p. 2.

39. Michael David-Fox, “The «heroic life» of a friend of Stalinism: Romain Rolland and soviet culture”, *Slavonica*, vol. 11, N° 1, abril de 2005, *passim*.

40. Aníbal Ponce, “Humanismo burgués y humanismo proletario. De Erasmo a Romain Rolland” (1938), *Obras completas*, t. III, pp. 471-479, 498 y 511.

41. Véase Ricardo Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo...”, pp. 91 ss.

Hemos demostrado en otros trabajos⁴² el peso que tuvo la figura de José Ingenieros a partir de su acción cultural, la importancia de su libro *La evolución de las ideas argentinas* (1918) y cómo la generación antifascista de mediados de los años 30 no sólo lo incorporó al panteón mítico de intelectuales argentinos, sino que pensó a partir de ese libro el modo en que la nación se había desarrollado y a la vez frustrado su camino a partir de unas “fuerzas morales” que tendían a la reacción frente a las otras, progresistas, que suponían la superación de todo lo que anclara el país en el atraso, la feudalidad, en fin, en los resabios de los tiempos coloniales y el rosismo.

Si bien esta generación –a la que Ponce pertenecía– construyó un Ingenieros a su medida, un Ingenieros militante, el de los tiempos de la Reforma Universitaria y la Unión Latinoamericana, el que había saludado con optimismo los eventos de la Revolución Rusa y la constitución de la Internacional de la Inteligencia de Rolland y el grupo Clarté de Barbusse, en la misma obra del autor había unos componentes estructurales que la hacían atractiva en momentos en que el imaginario revolucionario cobraba una gravitación considerable: Ingenieros apeló a los jóvenes y a cierta elite intelectual como los verdaderos portadores de la acción histórica; presentó el proceso histórico global como una lucha de fuerzas espirituales que tendían a la reacción o al progreso (aunque no excluía variables materiales), al tiempo que esas fuerzas se iban encarnando en diferentes actores que las activaban; elaboró un esquema de la historia argentina que reproducía la europea, mostrando que los eventos locales no hacían más que encarnar a su modo los procesos más amplios desarrollados en Europa; reactivó de este modo la tradición liberal en una representación del pasado que veía la emergencia de una línea democrática en el momento inaugural de la Revolución de Mayo, junto a las nociones de libertad, justicia y fraternidad; mientras le opuso la feudalidad, el absolutismo y el privilegio, como fuerzas retrógradas que con incontenible gravitación frustraban una y otra vez la posibilidad de que el mandato revolucionario de Mayo se concretara definitivamente.

Es éste el marco interpretativo de la historia nacional en el que también se apoyará Ponce cuando el 19 de mayo de 1928 pronuncie en la Universidad Nacional de La Plata una conferencia con motivo del 128° aniversario de la Revolución de Mayo.⁴³ Dirigida fundamentalmente a un público estudiantil e invitado por la Federación Universitaria, la disertación presentó al igual que en Ingenieros una evaluación de la historia argentina que estimulaba la acción política ante lo que Ponce llamó “la restauración contemporánea”, el ciclo iniciado por la reacción política frente a la Revolución Rusa, y cuyos

42. Ricardo Pasolini, “Crítica erudita y exaltación antifascista. Acerca de la obra de José Ingenieros historiador”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 11, diciembre de 2007, pp. 87-109.

43. Aníbal Ponce, “Examen de conciencia” (1928), *Obras completas*, t. III, pp. 151-166.

ejemplos se expresaban en las diferentes formas tiránicas que tomaban el modelo de la Italia fascista.

Ponce reflexiona sobre su momento histórico recurriendo a figuras intelectuales muy conocidas y admiradas por él: de Renan toma su metáfora que identifica la marcha de la humanidad hacia su destino como un camino de montaña en zigzag, donde a veces se vuelve a un punto de inicio y no se advierte el avance, pero más allá de un presente caracterizado por la disminución de la “llama revolucionaria” en el mundo, Ponce advierte a los jóvenes que un modelo exitoso lo representa la experiencia rusa. De Juan Bautista Alberdi, en cambio, toma el ejemplo del optimismo y la esperanza aun en tiempos de exilio. Este “Examen de conciencia” es ante todo un manifiesto para los deberes de la inteligencia, pero es elaborado también en función de un paralelismo entre la historia argentina y la europea, y de la apelación a los tiempos de Mayo para recolocar el ideal revolucionario en otra clave, en momentos cuando desde las esferas partidarias del comunismo argentino Mayo está ausente como problema, y lo estará hasta inicios de los años 30, pues será entonces cuando se avance sobre una caracterización del componente revolucionario o no de Mayo de 1810.⁴⁴ De hecho, el propio Ponce se ubicará durante esos años más cerca del comunismo como universo ideológico que del influjo de su dimensión partidaria e institucional.

De este modo, bajo una forma ciertamente esquemática destinada más a la estimulación militante que a la sutileza analítica por la que siempre abogó, la disertación de Ponce sobre el lugar de Mayo en la historia argentina se encamina hacia la reproducción *in toto* de las tesis ingenierianas conocidas: sin minas y sin indios, dice Ponce, las colonias del Río de la Plata fueron las menos españolas de América y, en la medida en que sólo una llanura inmensa era el único tesoro disponible, esto no logró tentar al español aventurero ni al indio bárbaro en busca de fortuna fácil. Las consecuencias afortunadas de esta doble ausencia y que de algún modo dieron una originalidad inicial a las tierras del Río de la Plata fueron el desarrollo de un espíritu laborioso y, en un largo plazo, la ausencia de legitimidad de un movimiento indianista que respondiera a una realidad fáctica.⁴⁵

Siendo España en el momento de la conquista el Estado europeo más atrasado, proyectó en América los vicios de su mundo feudal: al individualismo anárquico y el desprecio al trabajo, le siguieron el dogmatismo teológico y la superstición medieval. Sólo durante el reinado “francés” de Carlos III Europa entró en España, dice Ponce, y consiguió repercutir en las colonias dentro de los límites escasos de su cultura incipiente. Pero si a este espasmo liberal le siguió en la metrópoli un período de reacción, en las colonias la influencia de la Enciclopedia las condujo por el camino de la revolución. Se

44. Alejandro Cattaruzza, “Historias rojas...”, pp. 178 ss.

45. Aníbal Ponce, “Examen de conciencia”, p. 154.

trataba aquí de la puja de dos mentalidades, dos culturas: una enclavada en el pasado y otra en el espíritu de la nueva era. En este sentido, cada derrota de las minorías ilustradas que habían animado la revolución significaba una victoria de España, y es así como el rosismo resumía, para Ponce, un triunfo ruidoso del feudalismo español y de los sectores conservadores del tiempo de la colonia. Incluía también en estos sectores a la población gaucha, definida incluso por su componente racial —mezcla de indígena y español—, la que consideraba bárbara frente a la modernidad de la sociedad civil que desde la revolución hasta Rivadavia la minoría ilustrada quería promover; pues la presencia del gaucho se articulaba en un vínculo social que unía una dimensión “militar” afín al ejercicio del poder de los caudillos.⁴⁶

La caída de Rosas y la posterior ola inmigratoria señalaron el renacimiento del impulso revolucionario. Un impulso que reconocía su modelo de liberación en la experiencia francesa de 1789, inspiradora de hombres de Mayo como Moreno, y también de “los pensadores de la burguesía argentina”, sobre todo, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.⁴⁷

Ponce retoma luego uno de los temas que animaron a los intelectuales argentinos de la generación de 1837: el problema de la lengua del país nuevo que se había separado de España y que luchaba por constituirse en nación. Si en los románticos más extremos, tal el caso de Juan María Gutiérrez, la lengua a adoptar en la Argentina debía ser el francés en tanto expresión más excelsa de las potencialidades progresistas de una época, para Ponce, aunque con iguales consideraciones negativas respecto de la cultura española, la lengua debía expresar las características peculiares de los argentinos en tanto europeos modificados por el medio y por la variedad de sangres que afluyeron: “Ni indios, ni españoles, ni gauchos a buen seguro; pero tampoco franceses”, la Argentina es para Ponce todavía un proyecto que aspira a forjar una nueva unidad sin comprometer la línea de la revolución.⁴⁸

¿Qué significaba el pensamiento de Mayo para Ponce? Su evaluación no era distinta de la de Ingenieros en el sentido de que también ve en él a un heredero lejano del ciclo que se inicia con el Renacimiento y un heredero directo de la Revolución Francesa. El pensamiento de Mayo era un plan de renovación política y social, económica y filosófica que intentaba, en el escenario americano, “substituir el derecho divino por la soberanía popular y el privilegio feudal por la justicia social”.⁴⁹ Pero un ideal también que aún no se había concretado, y en esa condición había entre los hombres de la Primera Junta y el presente de Ponce una comunión de objetivos a realizar,

46. Ídem, p. 155 ss.

47. Ídem, p. 157 ss.

48. Ídem, p. 160.

49. Ídem, p. 160 ss.

del mismo modo como Marx y Engels habían identificado en la muerte de Robespierre la frustración de los ideales jacobinos de revolución social que ambos se propusieron animar a partir del socialismo. Por eso, para Ponce –y aquí se encuentra la originalidad de su propuesta en la cultura de izquierdas del período de entreguerras en la Argentina–, hay una continuidad integral entre los ideales de la Revolución de Mayo y los de la Revolución Rusa, pues sólo en una nueva organización social se podían hacer efectivas la anhelada soberanía popular y la justicia social.⁵⁰

Consideraciones finales

La propuesta que elabora Ponce sobre la caracterización de la Revolución de Mayo y la solución histórica a sus objetivos primordiales se va a convertir en los años 30 en la interpretación dominante en el espacio de la izquierda comunista argentina. Claro que otras lecturas están presentes en este espacio y que conclusiones similares o cercanas a las que arribará Ponce se alcanzarán desde perspectivas más propiamente marxistas, esto es, más apegadas a un análisis de las dimensiones materiales en la historia nacional (economía, propiedad, producción, clases). Pero la novedad en Ponce tal vez resida no sólo en la posición intelectual que ocupaba a la hora de la elaboración de su idea de la historia argentina, no sólo en la tarea de animador cultural que desarrolló en publicaciones de prestigio y asociaciones culturales y militantes, no sólo en la imagen que había alcanzado del mejor ensayista de su generación, sino también en la operación intelectual que supo articular entre su propio capital cultural, la tradición del pensamiento humanista y científico argentino, y las ideas del marxismo global, que en Ponce resultan más ricas y más amplias que las provistas por el espacio partidario del comunismo, precisamente por el cosmopolitismo de su formación.

Si el resultado fue entonces que el comunismo local –motivado internacionalmente– encontró en este período un vínculo que lo asociaba en una suerte de genealogía con el momento revolucionario de Mayo, con la instancia que se consideraba fundante de la nación, ¿no fue gracias a este papel articulador de Aníbal Ponce? La respuesta, sin duda, debería contemplar incluso otras variables más allá del papel de la conciencia individual en la historia, pero no podría derivar en un elogio de la inevitabilidad histórica de la que hablaba Isaiah Berlin, pues ello conduciría a pensar que, independientemente del actor, el resultado hubiera sido el mismo. Es en este sentido que Ponce alcanzó a inscribir las proyecciones comunistas en la nación.

50. Aníbal Ponce, "Examen de conciencia", p. 162.

Conmemoraciones sesquicentenarias, aniversarios e izquierdas en la Argentina y Uruguay

María Elena García Moral

PIHA-Universidad de Buenos Aires

Introducción

Respecto de los aniversarios y las conmemoraciones, Elizabeth Jelin ha aportado una noción dinámica, sosteniendo que “se trata de fechas en las que el pasado se hace presente en rituales públicos, en que se activan sentimientos y se interrogan sentidos, en que se construyen y reconstruyen las memorias del pasado”.¹ Las conmemoraciones, habitadas por tensiones y contradicciones,² operan, entonces, como mediadores a través de los cuales los distintos colectivos sociales en pugna trazan vínculos con su pasado y se instituyen en generadores de imaginarios sociales. Los bicentenarios, tanto de la Revolución de Mayo de 1810 como –el venidero– de la declaración de independencia de 1816, nos han servido de inspiración para reflexionar acerca de los significados asignados a Mayo y a Julio durante sus conmemoraciones sesquicentenarias, centrándonos en la labor editorial realizada por afuera del campo académico: la de los historiadores o intelectuales vinculados a los ámbitos de los partidos Socialista y Comunista (PS y PC).³ En el presente artículo se intenta cotejar el caso argentino con el uruguayo. No obstante las dificultades y los límites que supone el abordaje comparativo, sus requisitos –cercanía y contemporaneidad– y sus beneficios potenciales –revisión de

1. Elizabeth Jelin, “Introducción”, en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones. Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid, Siglo XXI, 2002, p. 1.

2. Pierre Nora, “La era de la conmemoración”, en *Les lieux de mémoire*, Montevideo, Trilce, 2008, p. 169.

3. María E. García Moral, “Socialistas y comunistas frente al Sesquicentenario: la disputa de una tradición”, III Congreso Internacional de Filosofía de la Historia “Dimensiones de la experiencia histórica”, Buenos Aires, 6-7 de diciembre de 2012; “Entre Mayo y Julio: las conmemoraciones sesquicentenarias, las izquierdas y la historia”, en Nora Pagano y Martha Rodríguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, pp. 75-94.

presupuestos y renovación de interrogantes— han sido explicitados, entre otros, por Marc Bloch.⁴ Creemos que el caso uruguayo proporciona un espejo singular para percibir tanto singularidades como semejanzas y para alcanzar un conocimiento más acabado del argentino. A diferencia de otros casos nacionales en los que las polémicas se han centrado en los significados, las representaciones y las interpretaciones, Uruguay presenta un historial de controversias no sólo sobre los contenidos sino en torno a la elección de la fecha de conmemoración de su independencia. Aunque desde fines del siglo XIX se impulsó su conmemoración en torno a los episodios históricos de 1825, la elección de la fecha supuso debates,⁵ como el que se dio en ocasión del primer centenario entre los partidarios de 1925 (25 de agosto) y de 1930 (18 de julio), así como el “olvido” de la Convención de 1828.⁶ De algún modo, también el papel de José G. Artigas fue objeto de debates, como ha estudiado, entre otros, Juan E. Pivel Devoto;⁷ y de iniciativas diversas como la repatriación de sus restos mortales en 1856, el establecimiento como feriados nacionales del aniversario de su muerte en 1883 y de su natalicio en 1894, la inauguración de su monumento en la plaza Independencia en 1923, el restablecimiento como feriado de su fecha de natalicio (19 de junio) —fecha también elegida para la jura de la bandera en los institutos de enseñanza— y el inicio de la colección titulada Archivo Artigas en la década de 1940, los homenajes con

4. Marc Bloch, “Por una historia comparada de las sociedades europeas”, en Gigi Godoy y Eduardo Hourcade (estudio preliminar y selección de textos), *Marc Bloch. Una historia viva*, Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 63-98.

5. Sobre los debates históricos y políticos, véanse Arturo Ardao, “La independencia uruguaya como problema”, en *Uruguay, las raíces de la independencia*, Cuadernos de Marcha N° 4, Montevideo, agosto de 1967, pp. 83-96; Carlos Real de Azúa, *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Nuevo Mundo, 1990; Gerardo Caetano, “Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario”, en Hugo Achúcar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo, Trilce, 1992, pp. 75-96; Carlos Demasi. *La lucha por el pasado. Memoria histórica y nación en el Uruguay (1920-1930)*, Montevideo, Trilce, 2004.

6. El 25 de agosto de 1825 refiere a la declaratoria de independencia de la Sala de Representantes de la Provincia Oriental en la villa de Florida, y el 18 de julio de 1830 corresponde a la fecha de jura de la Constitución. En la Convención Preliminar de Paz en 1828 se dispuso la formación de una nueva entidad política. Mientras que en el primer centenario las fechas escogidas fueron las referidas a la lucha contra el dominio luso-brasileño y la formación del Estado oriental (1825-1830), para el Bicentenario se reabrió el debate, pero finalmente se optó tanto por conmemorar un proceso y no una fecha, como por la integración latinoamericana, jerarquizando el proyecto revolucionario artiguista. Véase Ana Frega, “El bicentenario en Uruguay: apuntes para un nuevo debate”, *Estudios del ISHIR*, año 1, N° 1, 2011. Disponible en <http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR>

7. Juan E. Pivel Devoto, *De la leyenda negra al culto artiguista*, Montevideo, Archivo General de la Nación-Centro de Difusión del Libro, 2004. La obra se basa en una serie de artículos publicados por el autor en el semanario *Marcha* entre 1950 y 1951.

motivo del centenario de su muerte en 1950, o la posterior inauguración de su mausoleo el 19 de junio de 1977. De hecho, en la crítica década de 1960 se resignificó su figura en clave social y de integración latinoamericana, y se consolidó la apelación/apropiación de su legado en todo el arco político y, en particular, en las izquierdas. Por lo tanto, a partir de la producción ensayística o historiográfica de los socialistas y comunistas rioplatenses —en especial, libros y folletos y, en menor medida, prensa periódica—, el objetivo de este artículo es reflexionar sobre sus relatos históricos en el marco de los ciclos conmemorativos de las décadas de 1950-1960/1970 en la Argentina y Uruguay, en particular respecto de las conmemoraciones sesquicentenarias de los procesos revolucionarios e independentistas y de los aniversarios de algunas de sus figuras clave.

El caso argentino

En la Argentina, como ha sido tantas veces señalado, el peronismo en el gobierno conmemoró el centenario del fallecimiento del general José de San Martín (1950), el llamado “Año del Libertador General San Martín”, intentando usufructuar para su política la figura englobante del “padre de la patria”. Por su parte, un bloque de intelectuales liberal-democráticos, socialistas y comunistas, con motivo del centenario de la muerte de Esteban Echeverría (1951) organizaron una desafiante “campana de recordación echeverriana”, en la que la recuperación de la doctrina democrática de la generación de 1837 formó parte, en realidad, de una batalla cultural contra el peronismo y el llamado revisionismo histórico.⁸ Entonces, la oposición al peronismo también se esforzó por celebrar los centenarios del pronunciamiento de Justo J. de Urquiza contra Juan M. de Rosas (1951) y de la batalla de Caseros (1952), que tuvieron una recepción circunspecta.⁹

Luego, sobrevinieron los sesquicentenarios de la Revolución de Mayo

8. José M. Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 180. Algunos de los políticos e intelectuales que colaboraron con la campaña de recordación echeverriana y estaban vinculados, en mayor o menor medida, al PS y el PC fueron Alfredo L. Palacios con su *Esteban Echeverría. Albacea del pensamiento de Mayo* (1951) y José P. Barreiro con “La visión política y social de Echeverría” (en *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*, 1951), así como Ricardo M. Ortiz con *El pensamiento económico de Echeverría. Trayectoria y actualidad* (1953) y Benito Marianetti con *Esteban Echeverría. Glosas a un ideario progresista* (1951), respectivamente. Entre las lecturas emanadas desde el PC se destaca la de Héctor P. Agosti, quien, haciendo gala de un gramscismo recortado y meramente instrumental, no sólo recuperaba la figura del viejo intelectual romántico y criticaba la impotencia política de la burguesía argentina, sino que adscribía a su biografiado a la cuestión nacional. Héctor P. Agosti, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951, pp. 11-203.

9. Por caso, con motivo de cumplirse el centenario del pronunciamiento de Urquiza, Juan

(1960) y de la declaración de la independencia (1966), insertos en contextos no menos tribulados y signados por la polarización entre peronistas y anti-peronistas, así como por las disputas dentro de los campos respectivos. Si el gobierno semidemocrático de Arturo Frondizi (1958-1962) mantuvo relaciones conflictivas tanto con el peronismo y los demás partidos políticos de la oposición como con las fuerzas armadas, y su propio proyecto de desarrollo e integración se convirtió en una importante fuente de tensiones; la dictadura militar encabezada por el general Juan Carlos Onganía (1966-1970) no sólo se propuso la modernización del país por vía autoritaria, sino que significó el paso desde el antiperonismo hacia la antipolítica. En cualquier caso, para ambos sesquicentenarios se organizaron comisiones de homenaje y proliferaron las adhesiones y los actos en adhesión a los festejos dispuestos por entidades de carácter educativo, cultural, social, empresarial, vecinal y deportivo, que organizaron desfiles, conferencias, disertaciones, muestras, exposiciones, concursos, misas, conciertos, números folclóricos, comidas y colocaciones de placas recordativas. Asimismo, se acuñaron monedas y se emitieron billetes y estampillas alusivas, y se dispuso la iluminación especial y el embanderamiento de los edificios públicos. Tampoco faltaron las audiciones alusivas por Radio Nacional, ni las ediciones especiales y los suplementos extraordinarios de la prensa de tirada nacional.¹⁰ A diferencia de lo ocurrido con la conmemoración del sesquicentenario de Mayo, los detalles de los festejos por la declaración de la independencia se conocieron prácticamente durante el transcurso de la semana previa a los mismos, y los actos centrales tuvieron lugar no sólo en la ciudad de Buenos Aires sino en la de San Miguel de Tucumán. Aunque su duración fue menor, los festejos contaron con gran adhesión popular y con una activa participación militar y de la Iglesia Católica –también presentes durante el sesquicentenario de Mayo–.

En ocasión de los sesquicentenarios, el Partido Socialista Democrático,¹¹ convertido en un emblema del socialismo liberal, y caracterizado tanto por

A. Solari, secretario general del PS, escribió *De la tiranía a la Organización Nacional. Juan Francisco Seguí, secretario de Urquiza en 1851* (1951), en clave antirrevisionista y antirrosista.

10. Como bien ha señalado Isabel Paredes, “El sesquicentenario fue, esencialmente, una conmemoración en el papel”. Isabel Paredes, “El sesquicentenario de Mayo, la memoria y la acción editorial: memoria e historia hacia 1960”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N° 10, La Plata, 2010, pp. 137-163. Disponible en http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4702/pr.4702.pdf

11. El PS se dividió en Argentino y Democrático a mediados de 1958. Véanse Cecilia Blanco, “La erosión de la unidad partidaria en el Partido Socialista, 1955-1958”, y María C. Tortti, “Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina”, en Hernán Camarero y Carlos M. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 367-412; Carlos M. Herrera, *Las huellas del futuro. Breve historia del Partido Socialista de Argentina*, Buenos Aires, La

su antiperonismo y anticomunismo como por cierta estabilidad y homogeneidad, no realizó publicaciones colectivas especiales, pero sí organizó actos en homenaje de Mayo.¹² En su marco se destaca la obra de Juan A. Solari con motivo del sesquicentenario de Julio, donde aunaba bajo el ideal liberal y democrático de la tradición de Mayo no sólo al Congreso de Tucumán, sino a la Asamblea de 1813, los “ejércitos liberadores”, los jóvenes de la Asociación de Mayo y la Constituyente de 1853.¹³ Por su parte, el PS Argentino, marcado por la heterogeneidad y la inestabilidad en sus filas, tampoco dio lugar a publicaciones especiales. A lo sumo, se pueden recordar una colaboración de Alfredo L. Palacios en víspera de la conmemoración de Mayo, en la que se pronunciaba contra la caracterización que de ella hacían los revisionistas como un mero pronunciamiento militar, sosteniendo su origen y trascendencia popular al tiempo que americana, la existencia de una democracia “instintiva” en el Río de la Plata, y la gravitación de la idea y la voluntad de independencia; y el prólogo de Carlos Sánchez Viamonte al libro que Armando Alonso Piñeiro dedicó al general Juan J. Viamonte –en calidad de pariente y depositario de su archivo– como contribución a la conmemoración del sesquicentenario de Mayo.¹⁴ Por otra parte, en las páginas de *Sagitario*, frente al “ceremonioso Mayo oficial”, se postuló un Mayo popular, latinoamericanista y para la juventud; y se ensayaron un reconocimiento al general Viamonte y un acercamiento a la “conformación económico-social” colonial.¹⁵ Asimismo, se reprodujeron un párrafo de Juan B. Justo con motivo de la conmemoración del centenario de Mayo, donde

Vanguardia, 2007, pp. 58-63; María C. Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda (1955-1965)*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 40-247.

12. Con todo, se pueden recordar algunas notas del semanario *Afirmación* en las que se consideraba a Mayo sinónimo de democracia y libertad, destacando su impronta popular y el nacimiento de la nación. Véanse, por ejemplo, Juan A. Solari, “La gesta de Mayo. Conciencia de la libertad”, *Afirmación. Tribuna de orientación democrática y socialista*, año III, N° 124, Buenos Aires, 26 de abril de 1960, p. 6; “Mayo en el pensamiento socialista”, “Porque ésta es la manifiesta voluntad del pueblo. Celebración del nacimiento de la nacionalidad”, *Afirmación. Tribuna de orientación democrática y socialista*, año III, N° 128, Buenos Aires, 24 de mayo de 1960, pp. 1-2.

13. Juan A. Solari, *El Congreso de 1816. Breve crónica histórica*, Buenos Aires, Afirmación, 1966, p. 11. También se puede traer a colación un trabajo de José S. Campobassi –cercano al círculo ghioldista–, donde suscribía la línea “Mayo-Caseros” en torno a las figuras de Domingo F. Sarmiento y Bartolomé Mitre. José S. Campobassi, *Sarmiento y Mitre. Hombres de Mayo y Caseros*, Buenos Aires, Losada, 1962, pp. 99-179, 220-288 y 341-372.

14. Alfredo L. Palacios, *El pueblo en la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Ediciones de la CPHRM, 1959, pp. 3-13; Carlos Sánchez Viamonte, “Prólogo”, en Armando Alonso Piñeiro, *Historia del general Viamonte y su época*, Buenos Aires, Mundonuevo, 1959, pp. 11-19.

15. Véanse “Mayo de Nuestra América frente al ceremonioso Mayo oficial”; J.I.M., “Mayo y la juventud”; C. Sánchez Viamonte, “América y la Revolución de Mayo”; A. Alonso Piñeiro, “Revalorización de un hombre de Mayo”, y H. L. Diéguez, “Escenario en que se forjó la revo-

hacia un llamado a su celebración en el fuero interno para “no servir de coro ni de marco a los advenedizos que nos gobiernan y preparan sus más groseras farsas de patriotas profesionales”, y —ante el desfile de tropas falangistas como parte de los homenajes— un artículo de Carlos Sánchez Viamonte de 1938 en el que suscribía la tesis de las dos Españas.¹⁶ En el editorial de mayo de 1960 de la revista *Situación* es posible observar cómo se contraponía el festejo “con boato” del gobierno a la imagen de un país “empobrecido”. No sólo se denunciaba la presencia en los festejos de representantes de gobiernos reaccionarios —en particular, de la “falange española”— y la gravitación del “imperialismo yanqui”, sino la ausencia de libertad, la existencia de presos políticos y gremiales, las torturas y los asesinatos, y la omnipotencia de los militares.¹⁷

Hacia 1960, en un clima de creciente disidencia e inconformismo interno, empezaron a aparecer en las publicaciones periódicas del PC las alusiones a la conmemoración que se avecinaba y los cuestionamientos al gobierno. De hecho, se cuestionaba tanto la fastuosidad de los preparativos y la vigencia de las proscripciones, el estado de sitio y el Plan Conintes, como la orientación historiográfica de las ediciones, y la autoridad moral y política del “gobierno de la sumisión ante el imperialismo” para presidir la conmemoración. El PC se proponía “rescatar” el sentido popular, democrático, progresista y revolucionario de los sucesos de Mayo, así como su vigencia, considerándose el legítimo heredero de sus tradiciones: “El patriotismo de los comunistas no es retórico sino activo”.¹⁸ El paralelismo trazado con el momento del centenario se vuelve explícito: “Otra vez la fecha máxima de la nacionalidad nos encuentra en las condiciones de la libertad inexistente para el pueblo”.¹⁹ En el terreno historiográfico los cuestionamientos fueron tanto para la corriente “hispanista-rosista” —sobre todo, por idealizar la colonia y vaciar a Mayo del contenido de la independencia— como para la “escuela liberal”. Para los

lución”, *Sagitario. El presente analizado con sentido de futuro*, año II, N° 24, Buenos Aires, mayo de 1960, pp. 1, 3, 6-7 y 12.

16. Véase V.G.C., “Hoy como ayer”, y C. Sánchez Viamonte, “Una Visión Americana de la Historia de España”, *ibidem*, pp. 1, 5 y 8. Las iniciales corresponden a Víctor García Costa.

17. “Editorial”, *Situación*, N° 3, Buenos Aires, mayo de 1960, p. 3. En el mismo número se decidió publicar un extracto de *Las ideas políticas en la Argentina* de José Luis Romero, donde se evocaba a Mayo de 1810 como el inicio de una “nueva era” y una “revolución” a la vez “emancipadora” y “social”, en la medida en que habría implicado el ascenso de los grupos criollos. Véase José L. Romero, “1810”, *Situación*, N° 3, Buenos Aires, mayo de 1960, p. 2.

18. Comité Central del PC, “Llamamiento del PC con motivo del 150° aniversario de la Revolución de Mayo. El mejor homenaje popular al aniversario de Mayo: unidad por la independencia y progreso de la patria”, *Nuestra Palabra*, N° 515, Buenos Aires, 10 de mayo de 1960, p. 3.

19. Redacción, “Mayo es del pueblo”, *Cuadernos de Cultura*, N° 46, Buenos Aires, marzo-abril de 1960, pp. 1-2.

comunistas ambas corrientes “reaccionarias” negaban el carácter popular, anticolonial y antifeudal de los sucesos, así como ocultaban el papel jugado por “Argentina” durante las guerras de independencia de los demás países sudamericanos. Al mismo tiempo que reivindicaban el sentido progresista del capitalismo y el papel liberador de las fuerzas armadas en la época de Mayo, aseveraban que había quedado sin resolver la “cuestión agraria” y que en la actualidad existían condiciones favorables para la realización de las tareas “de la revolución agraria y antiimperialista”.²⁰ En otro editorial, la comparación propuesta era entre 1810 y 1960, con el objeto de mostrar que el gobierno de Arturo Frondizi acentuaba el “estatuto colonial de nuestra dependencia” y representaba una “traición a los ideales de Mayo”, como que el “antiimperialismo de hoy” era la prolongación del viejo “anticolonialismo”.²¹ El semanario *Nuestra Palabra* lanzó una edición especial en la que fueron protagonistas los llamados a la liberación de los presos políticos y gremiales, y a la defensa y superación de Mayo en términos de independencia nacional, reforma agraria, mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares e institucionalidad democrática; la comparación con el Centenario por la conculcación de las libertades públicas y la vigencia del estado de sitio; la defensa del carácter popular, democrático, progresista y anticlerical de la revolución –interrumpida– de Mayo, y del pensamiento antilatifundista de sus ideólogos, y la lectura binaria del proceso en términos de progreso y reacción; junto con citas de Bernardo Monteagudo, Esteban Echeverría, y noticias sobre la adhesión a la conmemoración en la Unión Soviética.²² En sus páginas también se destacó la participación popular en los festejos en los barrios y, en especial, la estudiantil a través del Cabildo de la Democracia y la marcha de las antorchas bajo el estribillo “Sesquicentenario sin Fondo Monetario”, el homenaje a Mariano Moreno, la adhesión a Cuba y la silbatina a *La Prensa*, así como el globo que sobrevoló el palco presidencial durante la revista militar reclamando un 25 de mayo sin presos

20. “Hacia la celebración del 150º aniversario de la Revolución de Mayo” (editorial), *Nueva Era*, N° 2, Buenos Aires, febrero de 1960, pp. 99-112.

21. Comité Central del PC, “Llamamiento del PC con motivo del 150º aniversario de la Revolución de Mayo”, *Nueva Era*, N° 4, Buenos Aires, abril de 1960, pp. 291-298. Por su parte, Agosti se encargó de señalar la distancia entre los que hicieron Mayo y quienes lo celebraban oficialmente en términos de lo “anticolonial” y lo “colonial”, respectivamente, en “Mayo y la responsabilidad de los escritores”, *Cuadernos de Cultura*, N° 46, Buenos Aires, marzo-abril de 1960, pp. 99-101.

22. Véanse “Para la defensa y superación de Mayo”, “¡25 de Mayo sin presos gremiales ni políticos!”, “Conintización es antidemocracia”, “Odesa-Buenos Aires”, “Revolución popular y progresista”, “El papel del clero en 1810”, “La revolución argentina y la tierra”, “Mayo y la democracia” y “En la URSS se conmemora el sesquicentenario de la Revolución de Mayo”, *Nuestra Palabra*, N° 517, Buenos Aires, 24 de mayo de 1960, pp. 1 y 3-6.

políticos con la insignia del PC.²³ El número 47 de la revista *Cuadernos de Cultura*, también dedicado a Mayo desde gran variedad de temáticas –y donde incluso se publicaron fragmentos del *Plan de operaciones* de Mariano Moreno defendiendo su veracidad–, fue abierto por Agosti que propugnaba la búsqueda de una “conducta prospectiva” y el papel protagónico del pueblo en la historia. Asimismo, cuestionaba ciertas ideas “revisionistas” que adjudicaban a Mayo el carácter de mero “pronunciamiento”, reivindicaba tanto su carácter revolucionario como su origen popular, y anunciaba que se trataba de una “revolución interrumpida” en la medida en que no había puesto fin al “latifundismo”.²⁴ Con respecto a las tradiciones historiográficas, Benito Marianetti postulaba el marxismo-leninismo y llamaba a luchar contra el “revisionismo histórico”. Por su parte, José C. Chiaramonte mostraba al comunismo local como el heredero de la “tradición progresista de Mayo” en torno al tema de la reforma agraria.²⁵

Con motivo del sesquicentenario de Mayo se publicó *Rivadavia y la línea de Mayo* de Leonardo Paso –seudónimo de Leonardo Voronovitsky–, obra en la que buscó ponderar la figura de Bernardino Rivadavia como continuadora de la línea progresista de Mayo y refutar a sus críticos. Además, en *Mayo: ejército y política* emprendió la defensa del carácter popular y emancipador de la Revolución de Mayo, así como del origen popular y el sentido nacional del ejército a partir de las milicias organizadas durante las invasiones inglesas y su continuidad en los ejércitos “auxiliadores” durante las luchas por la independencia. Paso revistaba los proyectos y las reformas rivadavianas –considerando la enfiteusis una medida antilatifundista y justificando el empréstito Baring–, y defendía la supuesta dimensión democrática de su accionar y su promoción del desarrollo capitalista, explicando su derrota a causa de la debilidad de su clase, la burguesía liberal.²⁶ En suma, Paso no sólo hizo suya la idea de Mayo como una revolución “democrático-burguesa” frustrada porque no existía una burguesía nacional y la defensa de la política rivadaviana, sino también la argumentación en términos de la oposición

23. Véanse “Los festejos patrios”, “Marcha de la liberación”, “Calor popular en torno a la delegación de Cuba” y “Mentirosos”, *Nuestra Palabra*, N° 518, Buenos Aires, 31 de mayo de 1960, pp. 1-2.

24. Héctor P. Agosti, “Mayo es el pueblo”, *Cuadernos de Cultura*, N° 47, Buenos Aires, mayo-junio de 1960, pp. 1-8.

25. Benito Marianetti, “Sobre las líneas históricas argentinas”, y José C. Chiaramonte, “La cuestión agraria en Mayo”, *Cuadernos de Cultura*, N° 47, Buenos Aires, mayo-junio de 1960, pp. 9-20 y 91-103.

26. Leonardo Paso, *Rivadavia y la línea de Mayo*, Buenos Aires, Fundamentos, 1960, pp. 9-203, y *Mayo: ejército y política*, Buenos Aires, Anteo, 1961, p. 26.

progreso/reacción.²⁷ A su modo, Fernando Nadra también había intentado aleccionar a la juventud acerca del ideario de Mayo, tema que actualizó en ocasión del sesquicentenario ante la supuesta embestida del “revisionismo histórico y la escuela neoliberal”, considerando al gobierno de Frondizi representante del anti Mayo. Su lectura mostraba una imagen negativa y sin matices de la colonia y el rosismo –absolutistas, feudales, sinónimos de miseria y atraso–, así como de la alianza entre la “oligarquía terrateniente” y el imperialismo, frente a quienes representarían la independencia, la libertad y el progreso: Belgrano, Moreno, San Martín y, en general, la generación de Mayo, 1813, 1816, Rivadavia, Echeverría y los jóvenes de la Asociación de Mayo, Caseros, Sarmiento, la Reforma Universitaria, el PC y la Federación Juvenil Comunista (FJC), resaltando siempre la participación de los jóvenes.²⁸ En la brega de Alberto R. Ferrari a favor de la constitución de un frente con “otras” fuerzas democráticas y progresistas, incluido el peronismo pero bajo dirección obrera, se entremezclaron sus reflexiones con motivo del sesquicentenario tanto de la Revolución de Mayo como de la declaración de independencia: la independencia incompleta como corolario de la revolución burguesa inconclusa, que al haber sido copada por elementos reaccionarios y no haber modificado la estructura económico-social –como tampoco lo habría hecho el primer peronismo– determinó nuestra caída en las “garras del imperialismo capitalista”, así como su insistencia en presentar al comunismo local como el auténtico heredero y continuador de la tradición de Mayo y de Julio, en busca de la revolución democrática, agraria y antiimperialista.²⁹

En ocasión del sesquicentenario del Congreso de Tucumán y la declaración de independencia, las publicaciones reflejaron la situación difícil que atravesaba el PC bajo el onganato. En el caso de *Cuadernos de Cultura*, a modo de editoriales, se reclamó una actitud antiimperialista y latinoamericanista en la conmemoración sesquicentenario, así como se señaló tanto la continuidad entre los sucesos de Mayo y de Julio como la frustración de sus propósitos y la dependencia del país, invitando, más que a la conmemora-

27. Véase, asimismo, Leonardo Paso, *Qué fue la revolución de Mayo y quiénes son sus herederos*, Buenos Aires, Anteo, s/f.

28. Fernando Nadra, “La juventud argentina y el ideario de Mayo a lo largo de la historia patria”, Buenos Aires, Comisión de Propaganda del Comité de la Capital de la FJC, mayo de 1956, p. 21; “La juventud argentina y el ideario de Mayo a través de la historia patria”, Buenos Aires, Comisión Nacional de Propaganda FJC, abril de 1960, pp. 5 y 18.

29. Alberto Ferrari, “El frente democrático nacional en la línea de Mayo” y “A 150 años de su proclamación: ¿cómo lograr la independencia argentina?”, en *Selección de trabajos*, Buenos Aires, Anteo, 1967, p. 84.

ción, a un examen de conciencia.³⁰ Asimismo, se publicaron sólo dos trabajos relativos a la conmemoración, firmados con iniciales –correspondientes a Agosti y Marianetti–. Mientras que el primero destacaba la precocidad de la incorporación de Latinoamérica al movimiento formativo de las naciones, al mismo tiempo que cuestionaba las referencias a su balcanización insistiendo en su diversidad, el segundo reflexionaba en torno a las condiciones y los actores del Congreso de Tucumán.³¹ Mientras que los editoriales de *Nueva Era* bregaban por una verdadera independencia económica y política “realizando la revolución democrática, agraria y antiimperialista con vistas al socialismo” y la unidad sindical de los trabajadores, y se publicaron dos artículos de Paso donde destacaba el protagonismo popular en los sucesos de 1810-1816, así como la influencia de San Martín y Belgrano en el Congreso de Tucumán; en *Nuestra Palabra*, en una nueva etapa de clandestinidad, se denunció el paralelismo trazado por la dictadura “de tipo fascista” entre la gesta de 1810-1816, con su sentido democrático y progresista, y el golpe de 1966 y su política reaccionaria, antipopular y antinacional.³² También como adhesión al sesquicentenario de la independencia, la editorial Cartago –ligada al PC– compiló una serie de trabajos sobre el tema en el libro *Argentina: 1816*. Por caso, Paso se abocó a la situación internacional y a las gestiones emprendidas en busca del reconocimiento diplomático de nuestra independencia, desaprobando las misiones de Carlos M. de Alvear, Manuel de Sarratea y Manuel J. García, defendiendo las de Rivadavia, Manuel Belgrano y Valentín Gómez, y ensalzando la política rivadaviana en general.³³ Por su parte, Nadra se centró en 1816, justificando tácticamente

30. Redacción, “La verdadera independencia”, *Cuadernos de Cultura*, N° 78, Buenos Aires, enero-febrero de 1966, pp. 1-3; J.L.P., “Actualidad de la declaración de la independencia”, *Cuadernos de Cultura*, N° 80, Buenos Aires, mayo-junio de 1960, pp. 1-7. Las iniciales corresponden a Julio Luis Peluffo.

31. Véanse H.P.A., “Filosofía del sesquicentenario” y B.M., “Nuestra difícil independencia”, *Cuadernos de Cultura*, N° 81, Buenos Aires, julio-agosto de 1966, pp. 6-36.

32. Véanse “El sesquicentenario de nuestra independencia y la revolución cubana” (editorial), *Nueva Era*, N° 1, Buenos Aires, febrero de 1966, pp. 1-10; “La unidad sindical en el año sesquicentenario” (editorial), *Nueva Era*, N° 5, Buenos Aires, junio de 1966, pp. 1-9, y Leonardo Paso, “1816: la decisión de los pueblos”, *ibidem*, pp. 10-19, y “1816: la hora de la independencia”, *Nueva Era*, N° 6, Buenos Aires, julio de 1966, pp. 11-19; Comité Central del PC, “Por un 9 de julio de lucha contra la política antinacional de la dictadura”, *Nuestra Palabra*, N° 836, Buenos Aires, 19 de julio de 1966, p. 4. Como parte de los homenajes, el PC organizó un “intercambio de opiniones” sobre “Cómo asegurar la independencia económica”, cuyas intervenciones fueron publicadas en la revista *Nueva Era* durante julio, agosto y septiembre de 1966.

33. Leonardo Paso, “La declaración de la independencia, la realidad mundial del momento y algunas gestiones diplomáticas”, en Benito Marianetti, Leonardo Paso, Damián Ferrer y Miguel C. Lombardi, *Argentina: 1816*, Buenos Aires, Cartago, 1966, pp. 49-93. Las otras colaboraciones estuvieron dedicadas a la diputación en 1816 de Tomás Godoy Cruz (Benito Marianetti), la actividad política del general San Martín en torno al Congreso de Tucumán (Damián Ferrer)

los planteos “monarquistas” y arguyendo contra los historiadores rosistas y liberales, mientras proponía a los comunistas y patriotas de su tiempo como los herederos y continuadores de la tradición revolucionaria de Mayo y de Julio, esbozando un paralelo entre las tareas históricas de 1810-1816 y las de 1966.³⁴

El caso uruguayo

Como han señalado, entre otros, Alex Borucki y Cecilia Robilotti, el período 1950-1975 fue particularmente fértil en aniversarios y conmemoraciones relacionados con el artiguismo y el proceso revolucionario e independentista de Uruguay.³⁵ El ciclo se inició con el centenario del fallecimiento de Artigas (1950)—cuya conmemoración fue más popular y masiva—; luego sobrevivieron los sesquicentenarios de la Revolución de Mayo (1960), la batalla de Las Piedras (1961), y el Congreso de Abril y las Instrucciones del Año XIII (1963); el bicentenario del nacimiento de Artigas (1964)—con una conmemoración más libresca e institucionalizada— y el sesquicentenario del Reglamento de Tierras (1965). Por su parte, la dictadura iniciada en 1973 declaró 1975 “Año de la Orientalidad”, dedicado a conmemorar el sesquicentenario de los episodios históricos de 1825, e intentó legitimarse apelando a la figura del gran caudillo, reforzando el carácter militar de Artigas y el artiguismo, intentando borrar el carácter social de la revolución artiguista y reprimiendo la reivindicación del artiguismo como forma de resistencia.³⁶

Wilson González Demuro ha advertido que el interés de las izquierdas uruguayas por la figura de Artigas precedió a la formación del Frente Amplio (FA) en 1971 —cuando se generó una nueva estética izquierdista que inicialmente se desplegó en torno del artiguismo— y se remonta, por lo menos, a la década de 1950; y afirma también que los socialistas no mostraron mayor empeño por su rescate histórico, a diferencia de los comunistas quienes se destacaron por la revalorización de la gesta de 1811 a 1820 y,

y las implicancias de este último en el proceso de organización nacional (Miguel C. Lombardi). Paso fue asimismo el autor de un folleto dedicado al mandato de Julio: “La declaración de la independencia nacional en 1816 y la herencia que los comunistas recogemos”, Buenos Aires, Ediciones PC, 1966.

34. Fernando Nadra, *9 de julio: ayer y hoy*, Buenos Aires, Anteo, 1966, p. 25.

35. Alex Borucki y Cecilia Robilotti, “La reafirmación del artiguismo en el discurso fundacional del Frente Amplio”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, p. 62 y nota 8.

36. Isabella Cosse y Vania Markarian, *1975: año de la orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*, Montevideo, Trilce, 1996.

en especial, de su programa agrario.³⁷ Para las izquierdas políticas y sus ensayos de reformulación y de unificación, la elección de Artigas implicaba tanto ir más allá de las divisas tradicionales blanca y colorada –resultaba “convenientemente prepartidario”, como ha señalado Jaime Yaffé–,³⁸ cuanto ya una “zona de concordia y acuerdo, trabajosamente construida a lo largo de varias décadas”.³⁹ Es más, frente a las visiones y revisiones del artiguismo: las llamadas “leyenda negra”, perpetrada por los vencedores de 1820, y “leyenda de bronce”, inaugurada a fines del siglo XIX por los primeros historiadores uruguayos –un artiguismo sobrehumano pero limitado a sus dotes políticas y militares–, Yaffé ha sugerido la irrupción de una “leyenda roja” en los 60, una nueva visión mítica del artiguismo sostenida por las izquierdas –en comunicación con la producción historiográfica– en la cual cobraron protagonismo los atributos humanos del caudillo, sus preocupaciones sociales y económicas y su inclinación por los más “infelices”.⁴⁰ Por su parte, Carlos Demasi ha intentado mostrar el carácter complejo y accidentado del proceso reivindicativo de Artigas, y que recién a fines de la primera década del siglo XX Artigas pasó a ser el héroe máximo y comenzó a construirse su imagen como centro movilizador del imaginario común.⁴¹ En cualquier caso, las conmemoraciones y los festejos oficiales también sirvieron de estímulo para la producción historiográfica en torno del artiguismo y para su difusión, vinculando a investigadores con diferentes orientaciones teóricas, adscripciones políticas y niveles de compromiso –incluyendo la figura del intelectual de izquierda “independiente”, especialmente historiadores, cuya vinculación con las izquierdas políticas, en algunos casos, se limitó a la adhesión electoral–, pero que coincidían en una visión positiva del proceso revolucionario conducido por Artigas y del artiguismo como destino frustrado de la nación –o como proyecto revolucionario inconcluso–. En tal sentido, resultan arquetipos las obras de los equipos formados por José P. Barrán y

37. Wilson González Demuro, “De historiografías y militancias. Izquierda, artiguismo y cuestión agraria en el Uruguay (1950-1973)”, *Anuario de Estudios Americanos*, t. LX, N° 2, Sevilla, 2003, pp. 676-678 y nota 153.

38. Jaime Yaffé, “Izquierda, historia y tradición en Uruguay. La tradicionalización del Frente Amplio y el nacimiento de la tercera divisa”, *Cuadernos del CLAEH*, N° 86-87, Montevideo, 2ª serie, año 28, 2003/1-2, p. 164.

39. José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Montevideo, Sudamericana, 2008, p. 225.

40. Jaime Yaffé, “La izquierda uruguaya y el pasado revolucionario oriental. ¿Una leyenda roja del artiguismo?”, en Ana Frega y Adriana Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, 2001, p. 412.

41. Carlos Demasi, “La figura de Artigas en la construcción del primer imaginario nacional (1875-1900)”, en Ana Frega y Adriana Islas (coords.), *Nuevas miradas en torno al artiguismo*, pp. 341-351.

Benjamín Nahum, y, sobre todo, las de Óscar Bruschera, Tabaré Melogno y Washington Reyes Abadie. Entre los trabajos de los primeros se destaca *Bases económicas de la revolución artiguista* (1964), en el cual ensayaron un acercamiento fundamentalmente económico-social al tema del artiguismo. En tal sentido, centrándose en el Reglamento de Tierras de 1815, reflexionaron en torno a los orígenes coloniales del latifundio y, si bien sostuvieron el carácter agrarista y social de la revolución artiguista, tensionaron la tesis del “hambre de tierras” y la amplitud de los repartos.⁴² Bruschera, Melogno y Reyes Abadie conformaron un singular equipo de trabajo a pesar de sus diferencias políticas –los dos primeros simpatizaron preferentemente con las izquierdas y el último militó en el Partido Nacional–.⁴³ Reyes Abadie fue asimismo uno de los fundadores de la colección Archivo Artigas. Hacia mediados de la década de 1940 produjeron su primera obra conjunta, *Documentos de historia nacional y americana, el ciclo artiguista*, en dos tomos, con el objeto de facilitar la consulta de documentación a los estudiantes de preparatorios. A través de reuniones sucesivas fueron dando forma más acabada a la obra que, en edición también mimeografiada de la editorial Medina y bajo el título general de *Curso de historia nacional y americana*, contó con dos tomos –I: *El ciclo artiguista (1811-1820)* y II: *El ciclo artiguista (1811-1820)*–, y un tercero, *La emancipación (1820-1830)*, dedicado al proceso independentista hasta la Constitución de 1830. Finalmente, su tarea de investigación en torno al artiguismo se vio coronada con la publicación de *El ciclo artiguista* (1968) en cuatro tomos –que ofrecen tanto documentación como una síntesis bibliográfica de un tema que ya entonces había sido ampliamente transitado– y, en menor medida, con el trabajo sobre la significación de Artigas –no sólo en lo que respecta a su gesta, sino sobre todo a su ideario– en el período revolucionario y en un marco latinoamericano, suscribiendo la idea de la Patria Grande.⁴⁴ Evidentemente, con su revisión

42. Véase José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental (EBO), 1972, p. 65. Se observan también sus prevenciones respecto de la valoración del latifundio en su presente: “ Toda vinculación del mismo con datos contemporáneos resulta falsa [...] y conlleva un error de óptica histórica”, advirtiendo que en la “revolución campesina” de Artigas sólo fue un síntoma más de la realidad. *Ibidem*, p. 70. El libro –especie de homenaje anticipado al sesquicentenario del Reglamento de Tierras– fue precedido por una serie de artículos en *Marcha* y recibió comentarios elogiosos. Véase, por caso, Benjamín Nahum, “Las Instrucciones del Año XIII. Confederación y federación”, *Marcha*, N° 1151, Montevideo, 5 de abril de 1963, pp. 17-18.

43. Véase Jaime Yaffé, “Un revisionista involuntario. Cuarenta años de Pradera, frontera, puerto. Entrevista al profesor Tabaré Melogno”, *Cuadernos del CLAEH*, 2ª serie, año 29, N° 92, Montevideo, 2006/1, pp. 73-90. Hacia 1950 participaron y fueron premiados en sendos concursos en Primaria y Secundaria con motivo del centenario del fallecimiento de Artigas, cuyos trabajos *Lecturas artiguistas* y *El pensamiento vivo de Artigas* quedaron inéditos.

44. Washington Reyes Abadie, Oscar H. Bruschera y Tabaré Melogno, *El ciclo artiguista*,

de la conducta y el ideario de Artigas también buscaban destacar la vigencia del artiguismo, así como el carácter integracionista, revolucionario, igualitario y popular de su programa.⁴⁵ Al frente de la editorial Grito de Asencio, el abogado y ensayista Alfonso Fernández Cabrelli se dedicó a difundir una serie de obras dedicadas preferentemente al artiguismo –trazando una línea histórica que unía a Artigas, José Batlle y Ordóñez y las luchas de su presente–. Si bien sus trabajos estuvieron centrados en la figura de Artigas y su gesta –y en la denuncia de sus detractores–, se observa un intento de indagar las razones sociales de la adhesión popular, militar y del clero a la revolución artiguista. Asumiendo y prescribiendo la orientalidad y partiendo de los antecedentes de la “revolución popular oriental”, Fernández Cabrelli postulaba la unidad colonial de Latinoamérica, su debilitamiento a partir de las reformas borbónicas y su defensa por los líderes revolucionarios; se pronunciaba críticamente sobre el “golpe de Estado del 25 de mayo de 1810” –mera sustitución de las autoridades virreinales por las juntistas, aunque reconociéndolo como un removedor de conciencias y un detonante para los pueblos sureños–, y acerca del “Artigas de bronce”, reconociéndolo, en cambio, como un desertor, un agitador revolucionario, un dirigente popular con un ideal americanista, una filosofía civilista y una concepción internacionalista, y como un prisionero –no asilado–, y analizaba la insurrección artiguista, destacando las traiciones y entrega perpetradas por los porteños.⁴⁶ En cualquier caso, los estudios tanto académicos como militantes sobre el artiguismo tuvieron un freno a partir del golpe militar de 1973.

En el largo proceso de renovación del Partido Socialista del Uruguay (PSU) –sujeto a discusiones, enfrentamientos internos y escisiones– se conjugaron tanto la pérdida de peso de su fundador y líder histórico Emilio Frugoni, como la influencia de una nueva generación, encabezada por Vivián Trías. El PSU no fue ajeno a los problemas de unidad política de las izquierdas ni

Montevideo, Universidad de la República, 1968, 4 t.; *Artigas. Su significación en la revolución y en el proceso institucional iberoamericano*, Montevideo, Biblioteca de Cultura Uruguaya, 1966, pp. 181-348.

45. Parte de los estudios que integran estas obras fueron publicados previamente, sobre todo en el semanario *Marcha*. Bruschera sintetizó la interpretación del equipo sobre el artiguismo en una nueva obra. Véanse Oscar H. Bruschera, “El programa artiguista de integración platense”, en *Uruguay. Las raíces de la independencia*, Cuadernos de Marcha N° 4, Montevideo, agosto de 1967, pp. 41-50; y “Vigencia del artiguismo”, en *Artigas*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1969, pp. 9-56.

46. Alfonso Fernández Cabrelli, *Los orientales*, t. 1: *De Asencio al Ayuí*, Montevideo, Grito de Asencio, 1973, pp. 5, 57 y 97. Entre sus obras, también se destacan *Artigas y los curas rebeldes* (1968); *Militares y pueblo. Los que desertaron con Artigas* (1971), *Los orientales* (t. II: *Bases de Patria Grande. Del Ayuí a las Instrucciones del año XIII*, 1974) y *Tres reportajes al general Artigas. Las ideas fundamentales del artiguismo y un examen del federalismo rioplatense hasta don Juan Manuel de Rosas* (1974).

a las repercusiones de la Revolución Cubana y los debates consecuentes. A lo largo de los años 60 los socialistas rechazaron los llamamientos a la unidad de los comunistas y ensayaron una política frentista cuyos fracasos electorales generaron crisis internas, la radicalización de algunos grupos y la fragmentación posterior. Tras la ilegalización del partido (1967) y, prácticamente, hasta la formación del FA, el PSU se alejó de la actividad política e intentó recluirse en el medio sindical. Aunque también conllevó luchas de poder entre dirigentes, el viraje estratégico del Partido Comunista del Uruguay (PCU) se caracterizó por su celeridad política.⁴⁷ A diferencia de los socialistas rioplatenses y de los comunistas argentinos, no se conocieron grandes debates internos ni mayores desprendimientos en el PCU. Dada su opción por la vía de las masas y su rechazo de la violencia, los comunistas hicieron hincapié en la organización, y en el fortalecimiento y el crecimiento de las estructuras partidarias, una estrategia que los consagró como la principal fuerza de izquierdas a fines de los años 60, cumpliendo un papel fundamental en la unificación tanto sindical como política de las mismas.

Entre los trabajos más históricos de Vivián Trías se destaca *Las montoneras y el Imperio británico*. El período que aborda la obra, desde 1810 hasta los montoneros de Ricardo R. López Jordán y Timoteo Aparicio, era entendido como de lucha en torno a la organización nacional entre los sectores populares y su federalismo raigal, y las elites y el imperialismo. Tras señalar la revolución frustrada de la Patria Grande, Trías procedía al rescate de Moreno y Artigas en su papel revolucionario y nacionalista, de Manuel Oribe y su defensa de la soberanía, y de la Guerra Grande como matriz de los partidos tradicionales, de la posterior definición popular de la divisa blanca, de la lucha de Timoteo Aparicio –la Revolución de las Lanzas o la “resistencia del país criollo”–, y del progresismo del gobierno de Bernardo Berro, así como sólo reconocía entre los colorados el contenido y la definición popular de José Batlle y Ordóñez; no sin diferenciar al artiguismo del caudillismo montonero de las guerras civiles y tensionar el antiprogresismo de este último. Es interesante observar la centralidad que le otorgaba al

47. Véanse Gerardo Caetano y José Rilla, “Izquierda y tradición: un problema y su versión en Uruguay”, y Javier Gallardo, “La izquierda uruguaya. La parábola de los zorros y los leones”, en Gerardo Caetano, Javier Gallardo y José Rilla, *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Montevideo, Trilce, 1995, pp. 37-51 y 95-103; Jorge Lanzaro, “La izquierda se acerca a los uruguayos y los uruguayos se acercan a la izquierda. Claves de desarrollo del Frente Amplio”, en Jorge Lanzaro (coord.), *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*, Montevideo, Fin de Siglo, 2004, pp. 27-46; Eduardo Rey Tristán, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Sevilla, Diputación de Sevilla-Universidad de Sevilla-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, pp. 72-128, y Ana L. de Giorgi, *Tribus de la izquierda en los 60: bolches, latas y tupas. Comunistas, socialistas y tupamaros desde la cultura política*, Montevideo, Universidad de la República-Facultad de Ciencias Sociales-Maestría en Ciencia Política, 2010, pp. 40-135.

enfrentamiento Buenos Aires-interior, así como su concepción de la relación caudillo-masas, entendiendo que el caudillo expresa y se explica en función de las masas que lo ungieron como su jefe y conductor, y la continuidad entre las luchas del pasado y las del presente. Allí también daba cuenta del papel de la diplomacia británica en la independencia uruguaya y en la guerra del Paraguay.⁴⁸ Discurrió también sobre la viabilidad de Uruguay y reflexionó acerca de la relación geopolítica-imperialismo, apenas refiriendo a las gestas artiguista y sanmartiniana como aspectos de una sola política: la de la nación de dimensión continental y, su contraparte, el papel de Uruguay como Estado “tapón” y engranaje del equilibrio rioplatense.⁴⁹ Militante socialista, profesor de Historia y colaborador en varias publicaciones, Carlos Machado también incursionó en el tema en su empresa historiográfica y política más celebre: el libro *Historia de los orientales* (1972), que resultó un éxito de ventas y conoció ediciones sucesivas. Partiendo de la reivindicación de la orientalidad y bajo la impronta de Jorge A. Ramos, Machado mostraba unas claves interpretativas y una lectura del siglo XIX uruguayo similares a las de Trías: el énfasis en la dimensión continental y la problemática de la dependencia y el imperialismo, el fervor artiguista, la discusión de la idea de Estado tapón y de la injerencia diplomática inglesa en la independencia uruguaya, y la visión del caudillismo—consumando la rehabilitación de Oribe y de Rosas—, entre tantas otras cuestiones.⁵⁰ Para la revista *Crisis* porteña Machado preparó dos *Cuadernos* dedicados a seguir el derrotero del ideal de la Patria Grande latinoamericana; así como a la exaltación de Artigas, su programa revolucionario y su legado de independencia, republicanismismo, federación y justicia social.⁵¹

Desde las filas comunistas, uno de los primeros abordajes del artiguis-

48. Vivián Trías, *Las montoneras y el Imperio británico*, en *Obras de Vivián Trías. Los caudillos, las clases sociales y el imperio*, Montevideo, EBO, 1988, t. 1, pp. 277 y 261. Trías también vinculaba las gestas artiguista y cubana en ibídem, pp. 139-147. Sobre la política agraria de Artigas ya se había pronunciado en “La revolución agraria de los comandantes”, *Época*, 10 de setiembre de 1965, en *Obras de Vivián Trías. Bolívar: personajes y episodios*, Montevideo, EBO, 1992, t. 16, pp. 196-217. Aunque plagada de referencias históricas, Trías contó con una producción mayormente periodística y dedicada a la actualidad uruguaya, así como a las problemáticas de la dependencia y el imperialismo, en especial, estadounidense. Por caso, sus apreciaciones—y expectativas—sobre el papel popular y nacional de los militares en la lucha de clases, recordando a las fuerzas artiguistas en tanto “pueblo en armas” y tradición nacionalista, popular y revolucionaria. Ídem, “De las tradiciones artiguistas al ejército nacional y popular”, en *Economía y política en el Uruguay contemporáneo*, Montevideo, EBO, 1968, pp. 168-176.

49. Vivián Trías, *Uruguay y sus claves geopolíticas*, Montevideo, EBO, 1972, pp. 47-51 y 143-144.

50. Carlos Machado, *Historia de los orientales*, Montevideo, EBO, 1973.

51. Carlos Machado, “La Patria Grande de Bolívar a Perón”, *Cuadernos de Crisis*, N° 11, Buenos Aires, Crisis, diciembre de 1974, pp. 4-79; y “Artigas, el general de los independientes”, *Cuadernos de Crisis*, N° 14, Buenos Aires, Crisis, marzo de 1975, pp. 4-64.

mo fue realizado por Jesualdo Sosa a través de una biografía novelada y documentada, *Artigas. Del vasallaje a la revolución*, escrita en 1940 –luego revisada y ampliada–, donde seguía el derrotero de la familia Artigas desde la colonia hasta el proceso revolucionario de 1811 a 1920 en el que José Artigas se convierte en uno de sus protagonistas indiscutidos.⁵² En un trabajo escrito como homenaje por el centenario de la muerte de Artigas y en el que prácticamente no diferenciaba entre pasado y presente, Eugenio Gómez –ex secretario general del PCU– no dudó en trazar un paralelismo entre Artigas y el PCU en torno a la lucha por la independencia nacional, la reforma agraria y el reparto de tierras, y en contra del imperialismo, ni en señalarlos como vectores de una tradición democrática.⁵³

Durante la década de 1950 tuvo lugar el proceso de transformación de las posiciones políticas de Luis P. Bonavita –de origen blanco–, que lo llevó a animar la alianza electoral organizada por el PCU, el Frente Izquierda de Liberación (FIDEL) y, en su marco, a adherir al FA. Su ensayo *Crónica general de la Nación* (1958) –escrito en 1954– remite a la cuestión de la modernidad. En él se mezclan motivos “revisionistas” –como la defensa de “los tumultuosos levantamientos de los caudillos montoneros”–, con la impugnación e inversión del esquema sarmientino de “civilización y barbarie”, y la reivindicación del artiguismo y de su programa de reforma agraria. En suma, proponía una interpretación de la realidad uruguaya basada en la (co)existencia de una estructura interna básica, tradicional –a la que pertenecían lo rural, Artigas y el artiguismo– y una estructura periférica en transformación.⁵⁴

Por su parte, Francisco R. Pintos preparó por encargo una síntesis sobre Artigas y la revolución oriental –donde asomaban las dimensiones revolucionaria, emancipatoria, republicana y federal del prócer y su comunión con las masas, y la coherencia y la orientación progresista y “democrático-burguesa” del programa artiguista–.⁵⁵ En efecto, el tema del artiguismo recibió un tratamiento especial con motivo del bicentenario del natalicio de Artigas. A través de tres artículos, Lucía Sala y Nelson de la Torre se encargaron

52. Jesualdo Sosa, *Artigas. Del vasallaje a la revolución*, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 185 ss.

53. Eugenio Gómez, *Artigas*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1950, pp. 9-50.

54. Véase Luis P. Bonavita, *Crónica general de la Nación*, Montevideo, s/e, 1959, pp. 19 y 83.

55. Francisco R. Pintos, *Ubicación de Artigas*, Montevideo, EPU, 1965, p. 127. En la revista *Estudios* se reprodujo la introducción de Vitali Korionov a la edición rusa del libro sobre Artigas de Pintos. En ella, Korionov caracterizaba el programa artiguista como revolucionario, liberalizador y democrático; sostenía la vigencia de su ideario y su custodia por los comunistas uruguayos, y se pronunciaba contra el nacionalismo burgués y, en especial, contra Eugenio Gómez y su *Artigas* por su rebaje del papel del PCU y de las clases y las masas en el proceso revolucionario. Véase Vitali Korionov, “Las tradiciones de Artigas convocan a un porvenir mejor”, *Estudios*, N° 33, Montevideo, enero-febrero de 1965, pp. 53-60.

de presentar los lineamientos principales de sus trabajos posteriores. Los autores, que procuraban distanciarse de mitristas y revisionistas, advertían sobre los rasgos feudales y precapitalistas de la estructura comercial y productiva y de las relaciones sociales en la Banda Oriental colonial; luego, incluían la revolución americana en la revolución burguesa mundial y la caracterizaban —en especial, a la platense— como independentista, anticolonial, nacional y “con ciertos caracteres de revolución burguesa”, y analizaban las contradicciones de intereses entre la dirección revolucionaria porteña y las provincias en torno a la política aduanera, el comercio exterior y el mercado interno; finalmente, reseñaban el ciclo artiguista y se centraban en su política agraria y, en particular, en el Reglamento Provisorio, afirmando su aplicación masiva y presentando a Artigas como un revolucionario agrario.⁵⁶

El equipo de investigación que formaron Lucía Sala y Nelson de la Torre con Julio Carlos Rodríguez mantuvo vínculos con la llamada Nueva Historia, contribuyendo al movimiento de renovación de los estudios históricos en el Uruguay,⁵⁷ y se dedicó a analizar la estructura económico-social, los problemas en torno a la tenencia de la tierra y la apropiación de los ganados, y la política agraria artiguista, a partir de una intensa labor de exploración en los archivos y aplicando un modelo de análisis marxista. El equipo desarrolló su labor entre 1958 y 1972, publicando los resultados de sus estudios sobre los períodos colonial, revolucionario y la primera década de la independencia entre 1967 y 1972. En efecto, en 1967 publicaron *Evolución económica de la Banda Oriental, Estructura económico-social de la colonia y Artigas, tierra y revolución*. Dos años más tarde, fue el turno de *La revolución agraria artiguista (1815-1816)* y en 1970 de *La oligarquía oriental en la Cisplatina*, en colaboración con Rosa Alonso Eloy. Finalmente, en 1972 vio la luz *Después de Artigas (1820-1836)*. Sus investigaciones causaron un fuerte impacto en el ambiente intelectual y político, sobre todo en cuanto al examen de la aplicación del Reglamento Provisorio de 1815, el destino ulterior de los repartos de tierras que en él se fundaron y la revisión del papel cumplido por Artigas en el proceso revolucionario rioplatense.⁵⁸ En efecto, con *La*

56. Lucía Sala de Tourón y Nelson de la Torre, “Artigas y la revolución oriental”, *Estudios*, N° 29, N° 30 y N° 31, mayo-junio, julio-agosto y septiembre-octubre de 1964, pp. 39-53, 17-33 y 72-92.

57. Los autores no sólo integraron el grupo Praxis junto con Rosa Alonso Eloy, Selva López, María del Carmen de Sierra, Silvia Rodríguez Villamil, Raúl Jacob y Roberto Aguerre, sino que, entre 1970 y 1973, el grupo se integró en el equipo Historia y Presente formado por Juan A. Oddone, María Blanca París, Luis C. Benvenuto, Roque Faraone, Julio Millot, Nahum y Barrán.

58. La obra *Artigas: tierra y revolución* —que tuvo por objeto al gran público— es, en realidad, una compilación de tres artículos previos. Nos referimos a “Desarrollo de la revolución de independencia (1810-1820)”, “La revolución en la Banda Oriental” y “La contrarrevolución latifundista”, donde ya incursionaban en la política agraria artiguista y sus proyecciones, y

revolución agraria artiguista se volcaron de lleno a estudiar el Reglamento Provisorio, sosteniendo la amplitud de su aplicación y la magnitud de los repartos artiguistas –así como de la oposición desatada en términos de revolución-contrarrevolución– y la profundidad del proceso revolucionario en un sentido social y democrático, pero también su frustración posterior merced a la invasión portuguesa. Según Eugenio Petit Muñoz, uno de sus méritos era destacar al “Artigas revolucionario social”.⁵⁹ En *Después de Artigas* se dedicaron a evaluar el destino de las donaciones artiguistas –de la “revolución agraria”– durante los gobiernos cisplatinos, el período revolucionario y los primeros gobiernos independientes, mostrando las medidas tomadas por las autoridades de turno; los conflictos entre propietarios, poseedores y ocupantes; y, en particular, las vicisitudes y dificultades de los donatarios artiguistas marcadas por el desconocimiento general de la validez de sus títulos de propiedad y la secuela de desalojo.⁶⁰

Algunas reflexiones finales

Más allá de las disputas aludidas sobre la fecha de conmemoración de la independencia uruguaya, la compulsa de los casos argentino y uruguayo sugiere una serie de cuestiones e interrogantes. Los relatos históricos de los socialistas y los comunistas argentinos sobre el proceso revolucionario e independentista no difieren sustancialmente de las lecturas historiográficas más tradicionales –liberales–. Si bien los aportes de los socialistas fueron en términos comparativos menores que los de los comunistas, la situación se explica, en parte, por la situación que atravesaba el partido tras las crisis

compartían los avatares de su investigación. Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez y Lucía Sala de Tourón, *Artigas: tierra y revolución*, Montevideo, Arca, 1967, pp. 7-160.

59. Eugenio Petit Muñoz, “Advertencia”, en Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez y Lucía Sala de Tourón, *La revolución agraria artiguista (1815-1816)*, Montevideo, EPU, 1969, p. 7. De la trayectoria de Petit Muñoz nos interesa su labor historiográfica relativa a Artigas, en la medida en que incorporó a su estudio las dimensiones ideológica, económica y social, y sostuvo el sentido de integración platense y la índole federal del artiguismo. Eugenio Petit Muñoz, *Artigas y su ideario a través de seis series documentales*, Montevideo, Universidad de la República, 1966, t. 1; *Artigas y la función pública*, Montevideo, Junta Departamental de Montevideo, 1970, pp. 9-43. Además, consideró las actas de independencia y de unión a las Provincias Unidas del Río de la Plata del 25 de agosto de 1825 en relación con la cruzada de los Treinta y Tres Orientales y como expresión de la conciencia patriótica, jurídica y moral de su pueblo, aduciendo un patriotismo rioplatense. Eugenio Petit Muñoz, “Significado y alcance del 25 de agosto”, en *Orientales y argentinos*, Cuadernos de Marcha N° 19, Montevideo, noviembre de 1968, pp. 28-65.

60. Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez y Lucía Sala de Tourón, *Después de Artigas (1820-1836)*, Montevideo, EPU, 1972.

y las divisiones que sufrió desde fines de la década de 1950. Aunque el PC tampoco fue ajeno a las disputas internas y las escisiones, no conoció un proceso equivalente de desmembramiento. En cualquier caso, no se observa una operación historiográfica similar –ni en materia heurística y hermenéutica, ni en magnitud y proyecciones– a la que llevaron adelante sus congéneres uruguayos respecto de la figura de Artigas y del proceso revolucionario e independentista. Ninguna de las figuras posibles –Echeverría, Moreno, San Martín...– recibió un tratamiento análogo. La figura de Moreno fue recuperada por Juan A. Solari y Sergio Bagú. Mientras Solari repasó su itinerario a la luz de los acontecimientos revolucionarios de Mayo, enumerando como continuadores de su ideario y labor a Echeverría, Rivadavia, Sarmiento, Juan B. Alberdi, Urquiza y Mitre; Bagú reeditó la biografía sobre Moreno con algunas modificaciones –como el reconocimiento de la autenticidad del llamado *Plan de operaciones* y de su autoría por Moreno–.⁶¹ Respecto de San Martín, además de las referencias ya consignadas a lo largo del trabajo, se pueden recordar la labor de Eduardo Astesano, en la que presentaba a San Martín constreñido por el supuesto sistema de capitalismo dependiente imperante en la época, aunque también impulsando –pasajeramente– el desarrollo de ciertos grupos artesanales hacia la manufactura; y/o la reedición de la biografía de San Martín de 1950 de Nadra, complementada con otros trabajos, como intento de rehabilitación de ciertos sectores de las fuerzas armadas.⁶² Tanto Julio C. Novayo (seudónimo de Segismund Uoitzuk) como Carlos González Díaz ensayaron una operación de rehabilitación del ejército en general, y de los ejércitos de Mayo e independentista en particular, recuperándolos como un legado para las instituciones armadas argentinas. En efecto, en su trabajo sobre Moreno, Novayo rescataba su labor y brega como secretario de Guerra en la organización de los ejércitos revolucionarios y, en especial, de las dos expediciones auxiliares al Alto Perú y la Banda Oriental, no sin retrotraerse a las invasiones inglesas, y recordar tanto su defensa de los oficiales del Cuerpo de Indios, Pardos y Morenos cuanto su preocupación por armar al pueblo y por la formación militar y su democratización. También daba cuenta de la acción militar y los programas revolucionarios de sus colaboradores Juan J. Castelli y Belgrano. Basándose en un esquema

61. Juan A. Solari, *Mariano Moreno, verbo y acción de Mayo*, Buenos Aires, s/e, 1971, pp. 3-50; y Sergio Bagú, *Mariano Moreno*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, pp. 96-104.

62. Eduardo B. Astesano, *La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos*, Buenos Aires, El Ateneo, 1951, y Fernando Nadra, *San Martín hoy: su herencia y sus enseñanzas en la actual e histórica lucha de nuestro pueblo por su liberación nacional y social*, Buenos Aires, Cartago, 1974. Reflexionando en torno a los recursos requeridos por los ejércitos libertadores –“gran operación militar capitalista”–, Astesano defendía su tesis acerca del carácter capitalista de la formación social argentina desde sus orígenes. Eduardo B. Astesano, *San Martín y el origen del capitalismo argentino*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 61.

binario de lucha entre la revolución y la contrarrevolución en el seno del ejército argentino, González Díaz se adentró en la labor de San Martín al frente del Ejército de los Andes, entre tantos otros temas.⁶³ Por su parte, Alfredo Palacios le dedicó a Artigas un par de discursos encomiásticos en los que exaltaba al caudillo y a las masas gauchas que lo acompañaron en sus luchas por haber sostenido los principios federativo, republicano y de la soberanía popular en el Río de la Plata. Tampoco se privó de equiparar a Artigas con San Martín, ni incluso de abogar por la reconciliación póstuma de Sarmiento con el caudillo rioplatense.⁶⁴

Ahora bien, ¿Tal situación se explica por el lugar que ocupa Mayo, por la carencia de una figura con atributos similares, por el pasado reciente/presente conflictivo (peronismo/antiperonismo), o por otros factores? O, en cambio, ¿se puede relacionar con el hecho de que la tradicionalización de las izquierdas socialista y comunista argentinas tuvo lugar en las primeras décadas del siglo XX en el marco de otro clima de ideas, de otra cultura política y de otro contexto intelectual e historiográfico?

Los socialistas y, sobre todo, los comunistas uruguayos se abocaron a revalorizar la proyección política y social del artiguismo, presentándolo como un proyecto revolucionario frustrado —que los bandos tradicionales habían traicionado— y destacando el protagonismo popular en el proceso y su inclusión en la revolución rioplatense. El artiguismo sirvió entonces de pasado revolucionario con el que identificarse. En sus lecturas, tras la derrota del artiguismo en 1820, aparecían Fructuoso Rivera colaborando con los invasores y ocupantes primero portugueses y luego brasileños, así como, luego de establecido el Estado independiente a partir de 1828-1830, la negación del artiguismo —en especial, de su agrarismo— por los primeros gobiernos encabezados por Rivera y Oribe. José Rilla se ha encargado de señalar que la historia y la tradición artiguistas sirvieron de fundamento a la nación y a la uruguayidad —en tanto que previas a la constitución de

63. Julio C. Novayo, *Mariano Moreno, secretario de guerra. Los ejércitos auxiliares al mando de Belgrano y Castelli*, Buenos Aires, Anteo, 1966, pp. 5-63; “Manuel Belgrano, general de la revolución”, *Nueva Era*, N° 5, Buenos Aires, junio de 1970, pp. 425-437, y Carlos González Díaz, *El ejército de la independencia 1810-1820. Enfoques históricos e ideológicos*, Buenos Aires, Sílabo, 1976.

64. Alfredo Palacios, “Artigas. Discurso pronunciado por el Dr. Alfredo L. Palacios, el día 15 de diciembre de 1955, en oportunidad de la colocación de la piedra fundamental del monumento a Artigas en la ciudad de Buenos Aires”, Buenos Aires, s/e, 1955, s/n; y “Discurso del señor diputado doctor Alfredo L. Palacios”, en Honorable Cámara de Diputados de la Nación, *Homenaje al general José Artigas en el bicentenario de su nacimiento. Sesión del 17 de junio de 1964*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1964, pp. 4-19. En este último, la defensa de Artigas y las montoneras gauchas no le impedía hacer lo mismo con la política rivadaviana. Es más, consideraba a Artigas y a Rivadavia los dos más grandes estadistas del Río de la Plata y los precursores de la reforma agraria.

los bandos tradicionales y sustraídas, por ende, del fragor de las luchas partidarias—, y que sirvieron también, a su turno, para quebrar simbólicamente la política binaria de blancos y colorados.⁶⁵ Ahora bien, la operación de las izquierdas políticas uruguayas entrañó una revisión historiográfica relativa en la medida en que se asumió a Artigas como héroe nacional y el 25 de agosto como fecha de la independencia, y se basó en la aceptación de periodizaciones y panteones, a los cuales sin embargo asignó nuevas significaciones. Como quiera que sea, es posible pensar que la tradición artiguista dista de ser una mera construcción historiográfica.

65. José Rilla, *La actualidad del pasado...*, p. 235.

Mayo en los ensayos históricos de la colección La Siringa

María Julia Blanco

Universidad Nacional de Rosario/ISHIR-Conicet

Introducción

La coyuntura del sesquicentenario de Mayo se hallaba inmersa en un clima político-cultural que invitaba a amplias franjas de intelectuales a replantear el modo en que esa sociedad se veía a sí misma y a su pasado. En este trabajo, buscamos volver la mirada sobre las inquietudes de los intelectuales movilizados por la crisis política abierta por la expulsión institucional del peronismo, su ilegalización y el exilio de Perón, así como también por su defensa y la resignificación de sus postulados.¹

El recorte elegido para acercarnos a las resignificaciones del pasado producidas en esa coyuntura es la colección de ensayos *La Siringa*, colección de libros de bolsillo editada por la editorial Peña Lillo entre 1959 y 1966, con el objetivo de explorar en ese marco las interpretaciones que diferenciarían a la izquierda nacional de otros segmentos del campo político-cultural, pero también para acercarnos al universo de los imaginarios sociales en torno al pasado en un momento histórico particular.

En ese presente, la historia se veía como el territorio donde se podían descubrir las posibilidades de la nación, explicar sus obstáculos, y revelar qué y quiénes la paralizaban desde el origen. Los ensayos históricos evidenciaban una búsqueda en el pasado de un modelo alternativo al que había sido dominante desde entonces. Punto de origen de la nación y punto de apertura hacia lo que nunca se había realizado, Mayo ofrecía algunas claves para responder “quiénes somos” y “qué podemos ser” como nación.

Por este aspecto fundante de Mayo, explorar los sentidos que le han sido otorgados nos puede servir para responder a la pregunta acerca de qué nación piensa el pensamiento nacional, a través de las distintas argumentaciones,

1. Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001, p. 54.

y volver al problema de la relación entre revisionismo histórico e izquierda nacional en los 60.²

Sobre la colección como corpus

La colección que tomamos como recorte para la exploración de estas temáticas fue un proyecto conjunto de Jorge Abelardo Ramos y Arturo Peña Lillo que editó treinta y seis libros de bolsillo entre 1959 y 1966, entre los que se encontraban ensayos históricos de escritores que se identificaban con la serie de problemáticas que, al calor de las resignificaciones acarreadas por el peronismo, se dieron a llamar “nacionales”. Tomaremos aquellas obras que, además de presentar una preocupación o interpretación histórica, se refieren, al menos lateralmente, al significado histórico de Mayo. Las obras a considerar son los volúmenes 1, 3, 5, 9 y 26, que respectivamente corresponden a *Historia política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la industria pesada*, por Jorge Abelardo Ramos (1959), *Política nacional y revisionismo histórico*, por Arturo Jauretche (1959), *La historia falsificada*, 3ª ed., por Ernesto Palacio (1960), *Rosas: bases del nacionalismo popular*, por Eduardo Astesano (1961) e *Imperialismo y comercio libre*, por Luis C. Alén Lascano (1963).

La decisión de tomar este grupo de libros se debe a que por un lado, nos brinda la posibilidad de considerar en conjunto posturas historiográficas fragmentadas o incluso confrontadas, y a autores quienes, aunque se encuentren agrupados, no expresan un conjunto homogéneo de ideas o preocupaciones, ni aun la autopercepción de formar parte de un grupo; pero, a la vez, pertenecen a la misma colección, hubo un agrupamiento realizado contemporáneamente. Contamos entonces con un corpus delimitado en aquella coyuntura por la decisión editorial de incluir ciertas obras y no otras en una misma colección.

2. Algunas consideraciones al respecto en Fernando Devoto, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131. Mientras que para Tulio Halperín Donghi el amplio espectro de intelectuales provenientes del trotskismo y el comunismo eran los nuevos reclutas del revisionismo, y los nombró “neorrevisionistas”, en nuestro caso la relación entre revisionismo histórico e izquierda nacional constituye uno de los problemas a enfrentar, ya que el contexto de producción, en términos amplios, la década del 60, se encuentra signado entre otros rasgos por la expansión de la interpretación revisionista del pasado en grupos sociales amplios, entre ellos la izquierda. Véanse Tulio Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; Alejandro Cattaruzza, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

Al no encontrarnos con criterios unívocos para definir un recorte de tiempo, obras y autores bajo la misma etiqueta “izquierda nacional”, elegimos una de las colecciones ofrecidas que ha sido identificada con la corriente, como vía de entrada a un universo tan amplio y difuso de libros y autores. La colección constituye el corpus a partir del cual explorar los problemas que nos hemos propuesto analizar entendiendo que el sistema de referencias que configura la edición de una colección nos aparta de definiciones arbitrarias sobre una corriente de pensamiento, y de la idea de izquierda nacional como “hibridación” de nacionalismo e izquierda, como si se tratara de corrientes discordantes.³

Definir la izquierda nacional como hibridación entre nacionalismo e izquierda supone que la izquierda y el nacionalismo eran unidades en sí mismas de algún modo “puras”, que habían transitado hasta el momento por caminos separados, y que de su “mezcla” ha surgido algo nuevo y diferente. Si bien esto puede tomarse como cierto, preferimos evitar este punto de partida y comenzar por este efecto de edición que nos remite a un piso común para la multiplicidad de interpretaciones históricas, más allá de si pueda verificarse luego que ha surgido algo nuevo del encuentro.

Mayo y la nación en los ensayos

Consideramos el ensayo dentro del tipo de discursos que Marc Angenot llamó “entimemáticos”, con intenciones persuasivas, en los que lo esencial es lo no dicho: la “literatura de combate” en la que encontramos, además del ensayo, la polémica, el editorial, el manifiesto o el panfleto.⁴ Analizar el ensayo como texto entimemático supone rastrear lo no dicho en la construcción de argumentaciones: las máximas o *topoi* en que se basan, implícitas en una serie de recursos. Esto significa que es necesario atender recursos como la paradoja, la elipsis, la polémica, la metáfora (los desplazamientos y las condensaciones) y el aforismo para encontrar los lugares comunes en los que se apoyan los enunciados. Indagaremos en los presupuestos comunes antes que en tipologías o repeticiones de temas, interpretaciones o palabras, ya que éstas no nos permitirían rastrear la multiplicidad de sentidos otorgados. La propuesta no es recuperar *el* sentido dado a Mayo, ni explicar hasta

3. La noción de hibridación se encuentra en las caracterizaciones de Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 48; Horacio Tarcus, “El corpus marxista. 1955-1976”, en *La irrupción de la crítica*, vol. 10 de Noé Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 480.

4. Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*, Paris, Payot, 1982; Mariana di Stéfano (coord.), *Metáforas en uso*, Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 34 ss.

qué grado se comparten las interpretaciones sobre el acontecimiento o los actores principales, sino recuperar los sentidos que se pusieron en juego, que entraron en diálogo en un momento determinado en torno a Mayo.

Exploraremos entonces los puntos en común, los sentidos comunes, que pueden encontrarse dentro de la colección. La pregunta que nos guía es si, además de encontrarnos con un conjunto de autores que venían de tradiciones muy diferentes y con textos unidos por efecto de incluirse en una colección, podemos encontrar también aquello compartido: los supuestos que constituían el piso común a partir del cual las posiciones, encontradas o no, pudieron entrar en diálogo. Esto supone ir más allá de lo dicho explícitamente y buscar en el nivel de lo no dicho los lugares comunes de los distintos ensayos que conforman la colección, para así acercarnos a los postulados implícitos en que se basan y que son compartidos por los destinatarios del discurso. Y, de este modo, poner en evidencia la necesidad de atender el problema tanto en el nivel de lo implícito como en el de lo explícito, entendiendo que ambos niveles son generadores de sentidos.

Para analizar los lugares comunes en torno a Mayo, consideramos en primer lugar el antiliberalismo como punto de encuentro. Michael Goebel señaló sobre los distintos autores que se podrían agrupar dentro del revisionismo de izquierda o neorrevisionismo que, aunque no acordaban en qué símbolos o figuras exaltar, sí coincidían en quién era el enemigo: el mitrismo, la conspiración de silencio, la falsificación de la historia, la penetración ideológica y cultural.⁵ A partir de la hipótesis de Goebel respecto de que el enemigo común unifica los relatos históricos de los distintos autores pertenecientes al amplio campo de encuentros entre el marxismo y el revisionismo, exploramos los distintos modos en que se presentaban y se articulaban estas representaciones en las obras de la colección.⁶

A pesar de que Mayo no se encuentra tematizado como acontecimiento en los distintos ensayos que analizamos, en este trabajo nos interesa abordar lo que podemos considerar a priori un “lugar común” antiliberal sobre Mayo: el origen que sella el destino de una Argentina liberal, pro imperialista y

5. Michael Goebel, *Argentina's Partisan Past. Nationalism and the Politics of History*, Liverpool University Press, 2011, pp. 114-115.

6. Tal amplitud de problemas y elementos a analizar no está contemplada en esta ponencia. Aquí privilegiamos los problemas en torno a Mayo y la nación, mientras que la cuestión de la falsificación de la historia la hemos trabajado en la ponencia “Representaciones del pasado en La Siringa (1959-1966)”, XIV Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Mendoza, 2013, y de manera más amplia en la tesina de grado “El diálogo se ha vuelto posible. Las formas del pasado y la política en la colección de libros La Siringa”, Facultad de Humanidades y Artes-Universidad Nacional de Rosario, marzo de 2014.

porteña. Para abordar este problema, preguntamos a los distintos ensayos qué comienza en Mayo.⁷

La “revolución reducida” y la desintegración del virreinato

En *Política nacional y revisionismo histórico* de Arturo Jauretche encontramos un acercamiento histórico que inscribe los conflictos anteriores a Caseros como los distintos aspectos de una sola lucha entre un “país que quería realizarse, según su modo americano y tradicional” y una “finalidad británica de acomodarlo a su esquema imperialista”.⁸

Efectivamente, desde un principio, en Mayo emancipador se definen las dos corrientes de nuestra historia. Una tendencia trata enseguida de reducir la revolución, casi [a] un problema municipal, y el puerto fija un destino de esta tendencia y ésta un destino a la nación.⁹

Mayo se considera sin más el comienzo de la historia nacional, pero nos detendremos en dos imágenes: “reducir la revolución” y “el puerto fija un destino”. Esta última metáfora dentro del desarrollo de la argumentación deja a la interpretación del lector que existía y existe una tendencia que supone que la nación es Buenos Aires y su *hinterland*, a la que sólo interesa el intercambio comercial a través del puerto, y que estos intereses comerciales de Buenos Aires marcaron desde la Revolución de Mayo un destino

7. Para el análisis, nos apoyaremos en aquellas herramientas que nos permitan vincular el despliegue argumentativo con su capacidad persuasiva en un momento histórico determinado. Seguimos las reflexiones de Christian Plantin respecto de la operación argumentativa, la cual se apoya sobre un enunciado asegurado (aceptado) – el argumento – para llegar a un enunciado menos asegurado (menos aceptable), la conclusión. La operación argumentativa construye una respuesta a las preguntas: ¿Qué debemos creer? ¿Debemos creer esto? ¿Qué debemos pensar sobre esto? Y: ¿Qué debemos hacer? ¿Debemos hacer eso? ¿Cómo debemos actuar a partir de esto? Los enunciados se presentarían entonces en dos formas lingüísticas principales: para el primer tipo de preguntas, una forma constatativa, en el presente del indicativo, “las cosas son así”; para el segundo, una forma injuntiva, típicamente en imperativo “hagamos pues esto”. El paso de lo aceptado a lo menos aceptado se da mediante una ley de paso, que aporta a la premisa un sentido argumentativo que no tenía antes. A menudo implícita, la ley de paso permite al argumentador apoyar lo que dice en un principio, en una convención admitida en su comunidad de habla. También recibe el nombre de lugares comunes, máximas o *topoi*, en los que se apoyan los entimemas (razonamientos incompletos). Véase Christian Plantin, *La argumentación*, Barcelona, Ariel, 2001, pp. 39-43.

8. Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, p. 9.

9. Ídem, p. 60.

(negativo) para toda la Argentina. Desde entonces, se habría producido la europeización cultural de la nación.

La patria vista como un puerto con su prolongación pampeana, una cabeza de puente de Europa, destinada al intercambio de productos. Con ese punto de vista, el país debe ser lo menos americano posible, lo más maleable a la europeización cultural según el modelo político francés de entonces y el plan económico inglés. Economía, sociedad y cultura deben acomodarse a ello, y se hace necesario disgregarse del todo latinoamericano, y subsidiariamente del todo geográfico que ha constituido el virreinato del Río de la Plata.¹⁰

“Reducir la revolución” y “reducir la nación” se asimilan en la argumentación a reducir el territorio. Aparece una totalidad concreta, el territorio virreinal, como escenario que pone en evidencia que lo que ha sucedido es una disgregación o separación que comienza en la Revolución de Mayo y queda consolidada con la guerra del Paraguay.

Vemos que se atribuye una continuidad entre Estado colonial y Estado-nación que no necesitaría ser justificada, se da por evidente, para argumentar que el virreinato había sido un todo que luego la europeización redujo: la continuidad colonia-nación es un presupuesto asociado al de reducción del territorio, ya que habilita considerar a la Argentina el legítimo heredero de la totalidad del virreinato, y a todos los países que una vez fueron parte de él y ahora son Estados independientes –Bolivia, Paraguay y Uruguay– como pérdidas de territorio. La percepción de que todo el territorio anteriormente incluido en el virreinato pero no incluido en el Estado argentino es una pérdida neta da cuenta de una perspectiva que podríamos llamar genealógica de la nación y patrimonialista respecto del territorio.¹¹

10. Arturo Jauretche, *Política nacional...*, p. 170.

11. Un recorrido histórico por esta concepción del territorio vinculada a la noción de pérdida se remonta al período rosista, tal como puede verse en Paulo Cavaleri, *La restauración del virreinato. Orígenes del nacionalismo territorial argentino*, Bernal, UNQUI, 2004; para apreciar la pervivencia y la extensión de este sentido común respecto de la historia y el territorio argentinos pueden verse Carlos Escudé, “Argentine Territorial Nationalism”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 20, N° 1, Cambridge University Press, 1988, pp. 139-165; Alejandro Grimson, *Mitomanías argentinas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013. En cuanto a la mencionada concepción de la nación, las perspectivas genealógicas son aquellas que suponen que se trata de entidades singulares y objetivas que evolucionan en el tiempo desarrollando un principio que les es inherente. Mientras, el enfoque antigenealógico enfatiza la modernidad y el carácter de construcción mental de la nación, entendiéndola como entidad inventada, producto de fenómenos como la secularización, la burocracia y el capitalismo que se da a sí misma un pasado inventado. Un análisis de ambas posiciones puede encontrarse en Elías Palti, “Nación. El enfoque genealógico de la nación y sus discontenidos. El dilema hobsbawmiano”, en *Aporías: tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*, Buenos Aires, Alianza, 2001, pp. 193-232.

Esa reducción, según la argumentación de Jauretche, era además la que contemporáneamente resistía San Martín. En cuanto a la corriente alternativa, la figura de San Martín es la que condensa el proyecto de que “la nación se realizara” frente a la “antinación”, a la que se refiere como “concepción de factoría”, concentrando las distintas nociones vinculadas a la idea de nación reducida. Jauretche toma como punto de partida “Mayo emancipador” para construir la genealogía de la antinación, la falsificación de la historia y la “factoría”, privilegiando las continuidades de lo que allí comienza y tiene consecuencias políticas hasta el presente, sin juzgar a Mayo en sí mismo como acontecimiento histórico.

A continuación, repetiremos la pregunta que guía este trabajo en argumentaciones que ofrecen orígenes alternativos para la nación.

El significado de Mayo ante otros orígenes para la nación

La reedición de *La historia falsificada* de Ernesto Palacio (1939) trae al presente una interpretación que proponía otra genealogía. La historia había sido falsificada, según Palacio, para negar o esconder la filiación española y por ello provocaba ignorancia sobre la identidad verdadera: impedía a los argentinos saber que eran hijos de España, lo cual tuvo como consecuencia que la conciencia histórica ligada a la conciencia del ser se encontrara obturada.

No sabemos qué hacer porque no sabemos lo que somos; y no sabemos lo que somos porque se nos ha confundido deliberadamente sobre nuestros orígenes y no sabemos ahora de dónde venimos.¹²

En su argumentación vemos que la historia falsificada impuso, después de Caseros, un origen falso para la nación: nos hizo creer que éramos hijos de las ideas de la Revolución Francesa, negando nuestro pasado español. Los intereses detrás de la historia falsificada que pertenecían al siglo pasado habían instaurado un sistema de valores según el cual fueron apartadas la herencia española y la figura de Rosas. Palacio niega la existencia de un origen nacional en 1810 y lo que aparece como problema es el significado histórico otorgado al acontecimiento por Mitre, quien a su vez negaba la importancia de la herencia hispánica.

Mayo en esta mirada no condensaba en sí mismo el comienzo de una genealogía histórica negativa para la nación, sino que el hecho de considerarlo un comienzo era lo que acarrearía efectos negativos.

12. Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960, p. 22.

La adopción de este mito arbitrario envenenó toda nuestra vida colectiva. Porque declararnos hijos de la Revolución, tanto daba como considerarnos hijos del Caos, ya que sus principios implican la negación de todas las condiciones de convivencia social.¹³

Ante esto, la revisión histórica para Palacio en 1939 era lo que permitiría restablecer “el vínculo natural con la tradición hispánica”,¹⁴ es decir, volver a los valores verdaderos y positivos de la herencia colonial y de Rosas.

El ensayo de Luis Alén Lascano se inscribe también en una interpretación hispanista, afirmando que el origen de la nación se encuentra en las corrientes civilizatorias que se instalaron en el interior, “la primera sociedad argentina es la que se asienta en el interior mediterráneo, bajando con las corrientes civilizatorias por el norte y el noroeste territorial”, conformando una “patria vieja” que se había fundado desde allí.¹⁵

En cuanto a la interpretación histórica de Mayo, se refiere en particular a la gloria póstuma de la *Representación de los hacendados*, gloria que se debe a que “había que justificar históricamente las teorías librecambistas”, “enseñar que ellas habían dinamizado la generación de Mayo y que la Revolución se hizo nada más que para imponer el liberalismo económico; desfigurando la realidad tradicional del país anterior”.¹⁶ Por ello, su argumento se basa en negar que la Revolución de Mayo se haya realizado para imponer el librecambismo aunque ese haya sido el resultado. Y vemos que aquí también aparece la idea de una revolución que quedó limitada a pesar de que existían otras posibilidades:

La difícil tarea de asentar una sociedad independiente en el territorio nacional, no fue seguida de las bases de sustentación económica, imprescindibles a su desarrollo autónomo. La revolución de Mayo, nacional en sus designios, quedó restrictivamente limitada en este otro terreno porque se produjo cuando estaba detenido el crecimiento económico americano. Al capitalismo, revestido de filosofía liberal, se deben todas las fallas estructurales que nos aminoran históricamente. Descubrir las y conocerlas en sus orígenes, reivindicando el esfuerzo fundador de los pueblos interiores; desenmascarar los tóxicos que han conspirado contra el destino nacional, es tarea impostergable.¹⁷

El librecambismo impuesto desde el año anterior, 1809, de acuerdo con

13. Ernesto Palacio, *La historia...*, p. 24.

14. Ídem, pp. 25-26.

15. Luis Alén Lascano, *Imperialismo y comercio libre*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1963, p. 8.

16. Ídem, p. 43.

17. Ídem, p. 74.

esta argumentación, es lo que condiciona a la Revolución de Mayo; aparece “el capitalismo” limitándola y limitando, por ende, a la nación. El triunfo del liberalismo se realiza tanto en ese momento como en su interpretación posterior, que niega los elementos que nos dejarían ver que otros proyectos eran posibles. Se refiere al *Plan de operaciones* de Mariano Moreno,¹⁸ escrito en el que su autor mostraría una perspectiva proteccionista y por ello, al mismo tiempo, un cambio de perspectiva respecto de su librecambismo. Alén Lascano rescata el *Plan de operaciones* de Moreno porque en su mirada lo redime de su escrito anterior, reivindicando su “gran estrategia revolucionaria”, mientras que “muchos de los que lo silencian lo hacen explotando el ocultamiento de sus críticas al sistema imperante”, ya que “negaba desde el gobierno el escrito que sirve de pedestal a la fama póstuma”. El “pedestal” refiere a la *Representación de los hacendados* y su “fama póstuma” es la conservación de un retrato liberal falsificado de Moreno.

Moreno estaba a las puertas de la construcción de un gran estado, intervencionista y proteccionista que lo redimen de muchos de sus desaciertos políticos [...] se preveía en verdad la concreción de un capitalismo de estado mediante el control oficial de cambios.¹⁹

La “maniobra” de negar el *Plan de operaciones* y exaltar la *Representación de los hacendados* se explicaría por una conspiración liberal, sin identificar los responsables, pero sí sus motivos: “Como quiera que se lo juzgue, *por algo* resulta desconocido este aspecto de Moreno: tendía a la formación de un capitalismo nacional”. Había allí un proyecto proteccionista.

También se refiere a Mayo en términos de cómo fue interpretado posteriormente. Contra la imagen liberal de Mayo, afirma:

Mayo fue otra cosa de mayor significación en todo sentido. Lograda por la confluencia de variados sectores y factores políticos y sociales, incluso con el aporte generoso de las provincias y de las masas victimadas por el librecambio. Porque tuvo un común denominador patriótico continental repudiando al imperialismo cesarista napoleónico y porque alentaba un profundo contenido nacional, de preservación y construcción de la nacionalidad, sobre la voluntad de nuestros nacionales. Pero el ideal del año X pronto fue desvirtuado por las minorías porteñas ansiosas de conservar el poder.²⁰

18. Alén Lascano no duda de la autenticidad o la autoría del documento, ni se refiere a debates al respecto: negar el *Plan de operaciones* se debe en su mirada al ocultamiento de un aspecto de Moreno.

19. Luis Alén Lascano, *Imperialismo y comercio...*, p. 65.

20. Ídem, p. 60.

Las minorías porteñas desvirtuaron el ideal patriótico continental que estaba en Mayo. Es interesante notar que es una imagen muy similar a la ofrecida por Jauretche, aunque aquí la dimensión continental no está asociada a la figura de San Martín sino a una unidad hispánica contraria a la invasión napoleónica.

Otro origen alternativo para la nación puede leerse en el ensayo de Jorge Abelardo Ramos, *Historia política del ejército argentino*, en el que no aparece un tratamiento específico de la Revolución de Mayo pero, dentro de las referencias que sí aparecen, Mayo no es considerado el punto de origen de la nación: “Los argentinos nacieron a la vida histórica antes de su emancipación de España. Las invasiones inglesas constituyeron su bautismo de fuego”.²¹

Situar el origen nacional en las invasiones inglesas se debe, por un lado, a que las milicias estaban “totalmente formadas por hijos del país”, en el sentido de que no había españoles peninsulares, y en esa constitución de milicias “nace el ejército argentino”, junto con esta palabra, en el poema de Vicente López y Planes “Triunfo argentino”. La palabra, el adjetivo, la nominación, es lo que estaría marcando para Ramos la posibilidad de señalar la separación con la colonia en un momento anterior a 1810, al mismo tiempo que unir el nacimiento de la nación con el de su ejército, lo cual tiene un peso importante a los fines de su argumentación, porque se propone una genealogía para el ejército y la nación contraria a aquella difundida por la “revolución libertadora”. Ramos agrega: “Será útil no olvidarlo, aunque desdeñen este origen el almirante Rojas y el general Luis R. González”.²² La línea Mayo-Caseros sostenida por Rojas y González pondría en evidencia un ejército que ni siquiera conoce su propio origen. La argumentación se basa en que los ejércitos son dos: el que recorre una genealogía que comienza con San Martín, continúa con Julio Argentino Roca y culmina con Perón, tratándose de un ejército al servicio de la industrialización argentina, y aquel que desconoce lo nacional, secesionista, porteño.

Al tocar Mayo como tema, vemos que lo acontecido se subsume a la interpretación –entendida como deformación– que se realizó posteriormente, debido a los intereses de Buenos Aires. Ramos no hace referencia a los sucesos

21. Jorge Abelardo Ramos, *Historia política del ejército argentino. De la Logia Lautaro a la industria pesada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, p. 5.

22. Isaac Francisco Rojas había sido el vicepresidente de la Nación durante la revolución libertadora e insistía públicamente, al igual que el presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, con la línea Mayo-Caseros. González fue el vocal de la Comisión Nacional de Investigaciones convocada por el presidente Aramburu para investigar los “crímenes” durante el gobierno peronista, que resultó en el informe llamado *El libro negro de la segunda tiranía*. No podemos extendernos demasiado al respecto aquí; sobre el tema, véase María Estela Spinelli, “La desperonización. Una estrategia política de amplio alcance (1955-1958)”, y “Intelectuales y políticos en la Argentina de los años 60. El sesquicentenario de Mayo en el contexto de la crisis política”, ambos disponibles en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Spinelli1.pdf>.

de la semana de Mayo, sino que traza una línea entre las guerras civiles y la interpretación ulterior de Mayo a partir de los intereses librecambistas de Buenos Aires.

La activa ciudad contrabandista, comercial, improductiva, burocrática y cosmopolita abrazó el librecambismo con furor y codicia, pues el intercambio con Inglaterra la enriquecía; pero esa misma política iría a empobrecer y sumir en la miseria a todas las provincias mediterráneas que carecían de productos exportables y que solamente podían encontrar en el desarrollo y modernización de sus industrias artesanales la posibilidad de alcanzar una vida digna junto a la libertad política.²³

Es entonces cuando la personificación de Buenos Aires hace posible la comprensión.²⁴ La metáfora refuerza la orientación argumentativa global del discurso al obligar al receptor a inferir el razonamiento, por lo que resulta a la vez explicativa y persuasiva: Buenos Aires abraza el librecambismo con furor y codicia, empobrece a las provincias porque se resiste a distribuir sus rentas aduaneras y, mediante una política librecambista, arruina las manufacturas del interior, “tales fueron los dos elementos clave de las guerras civiles inminentes. De ese hecho derivan todas las interpretaciones históricas posteriores que se hicieron respecto a la Revolución de Mayo”. Una vez que se caracteriza a Buenos Aires y se establece una continuidad con la interpretación posterior, se identifican los responsables: Rivadavia y Mitre en su calidad de porteños.

Mitre ha tenido un papel eminente en esa deformación interesada de nuestro pasado. Del mismo modo que Rivadavia, Mitre expresaría los intereses de la burguesía comercial porteña y tendría el mayor empeño en presentar la Revolución de Mayo como producto de la necesidad del librecambio y en consecuencia como feliz producto de la amistad inglesa. Esta interpretación maliciosa y profundamente errónea desligaba a la revolución de Mayo del conjunto de la revolución americana y sobre todo de sus implicancias con la revolución nacional y popular de España. Toda la historia ulterior de San Martín y su fracción política militar, así como el secreto de las guerras civiles sobrevivientes se fundarán en la absorción ilegítima del poder nacional por los facciosos de la burguesía porteña.²⁵

Los intereses porteños presentan la revolución como producto de la necesidad de librecambio e impiden ligar a Mayo con el conjunto de la revo-

23. Jorge Abelardo Ramos, *Historia política...*, pp. 11-12.

24. Mariana di Stéfano (coord.), *Metáforas...*, p. 13.

25. Jorge Abelardo Ramos, *Historia política...*, p. 12.

lución americana. Interpretación que el mismo autor había brindado en *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, respecto de que hubo una revolución americana que no pudo realizarse y su fracaso signa el nacimiento de la nación argentina. Ese fracaso se debió a que la revolución continental fue traicionada por la burguesía porteña, que le impidió a San Martín llevar adelante esa empresa. Pero a la vez es importante notar que una vez más aparece el librecambismo como proyecto porteño, que deriva luego en una interpretación (deformación) histórica afín a esos intereses, para afirmar en contraposición que Mayo tiene otro significado.

En los casos de Jauretche, Alén Lascano y Ramos se comparten imágenes afines en argumentos muy diferentes en otros aspectos: la revolución reducida, la revolución limitada, la revolución como fracaso. Con Palacio se encuentran en el significado falso otorgado posteriormente a la misma por Mitre. Pero vemos que se insiste en que la revolución no se produjo por la necesidad del librecambio, discusión que no encontramos en Palacio. Y en este punto surge la cuestión de cómo dialoga la mirada de Astesano con las que hemos reseñado hasta aquí.

De acuerdo con el análisis de Astesano, la Argentina, como país colonial y dependiente en proceso de revolución burguesa –proceso acompañado en el plano político por el surgimiento de naciones–, sufrió una particular contradicción entre fuerzas productivas del capitalismo y relaciones de producción precapitalistas: hubo un predominio de la producción de materias primas sobre la producción manufacturera, que en determinadas condiciones internas (como las nuestras) toma formas capitalistas. La revolución se inicia con una modificación profunda de las relaciones de cambio (el comercio exterior, la importación y la exportación) y la burguesía comercial toma comando del proceso; el comercio portuario domina, afirmándose que “la hegemonía comercial es otra de las claves para la historia del país y de América”. Ese proceso se dio, además, de forma muy especial en nuestro país porque la mayor división del trabajo productivo estaba en el interior frente a un litoral despoblado. La región de Tucumán era el centro de un activo régimen mercantil que entraba ya a principios de siglo en las formas de manufactura capitalista.

Con el comercio libre comienza la disgregación del interior argentino, cuya organización social basada sobre todo en la elaboración textil era de competencia con Europa. El libre cambio fue así “una fatalidad para el interior del país”. Santiago del Estero, que fuera un vergel de la pequeña producción (y aun las provincias empobrecidas) inicia con el libre cambio una disgregación social que llega hasta nuestros días.²⁶

26. Eduardo Astesano, *Rosas. Bases del nacionalismo popular*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960, p. 13.

Vemos que Astesano provee una explicación en clave marxista, que atiende la estructura económica, para dar cuenta del mismo problema que en los autores anteriores aparecía más ligado a la condena moral y no ya a la comprensión de un fenómeno. En este análisis, no aparecen las ideas como problema o como factor explicativo, ni son importantes las intenciones ni los actores que llevaron el proceso adelante, pero la coincidencia más importante con lo visto en el análisis de Alén Lascano se encuentra en el librecambio como destructor de la economía del interior. Aunque no aparezca una condena moral ni intenciones de grupos o personas detrás de los fenómenos, se comparte como problemática la contradicción de intereses entre el puerto y el interior.

Lecturas de Alberdi

Recordemos que nuestra búsqueda no era por las novedades interpretativas sobre la Revolución de Mayo, sino por aquellos presupuestos que nos permitieran ver las coincidencias entre escritos y autores en rigor heterogéneos. Para comenzar a indagar en las lecturas que proveen argumentos comunes, notemos que el libro de Jauretche comienza con el siguiente epígrafe:

“En nombre de la libertad y con pretensiones de servirla, nuestros liberales Mitre, Sarmiento y Cía., han establecido un despotismo turco en la historia, en la política abstracta, en la leyenda, en la biografía de los argentinos. Sobre la Revolución de Mayo, sobre la guerra de la independencia, sobre sus batallas, sobre sus guerras, ellos tienen un Alcorán, que es de ley aceptar, creer, profesar, so pena de excomunión por el crimen de barbarie y caudillaje”. Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos*.²⁷

Jauretche lee aquí que hubo una “dictadura del pensamiento” “que hiciera imposible esclarecer la verdad y encontrar en el pasado los rumbos de una política nacional. Comienza una política de la historia”.²⁸ Y más adelante:

La escuela revisionista ha demostrado la falsificación de la historia escrita; falseamiento documental por alteración u ocultamiento, falseamiento intelectual por la introducción de esa “dictadura turca” que señalara Alberdi.²⁹

27. Arturo Jauretche, *Política nacional...*, p. 5.

28. Ídem, p. 8.

29. Ídem, p. 20.

Aunque todavía estamos lejos de la inclusión de los aportes de Alberdi dentro de la historiografía revisionista —eso aparecerá en la reedición de la obra de 1969—,³⁰ y no podemos dar cuenta aquí de cada una de las lecturas de la obra de Alberdi realizadas por los autores que analizamos, de todas maneras vale la pena recordar que nos encontramos a la vez en un contexto de reediciones y de “redescubrimiento” de los escritos de Alberdi. La revalorización del “otro Alberdi” incluye la edición de *Mitre al desnudo* (1961), con prólogo de Jorge Abelardo Ramos, libro editado por Coyoacán y elaborado a partir de un fragmento de *Grandes y pequeños hombres del Plata*, obra de Alberdi publicada originalmente en 1912 en París; así como también *Pro y contra de Alberdi* (1960) de Luis Alberto Murray en la misma colección. Y en la colección La Siringa, se publica *Alberdi y el mitrismo* de Fermín Chávez.³¹

Sirve para volver a preguntarnos, como lo ha hecho ya Fernando Devoto, qué podemos advertir si al pensar la izquierda nacional proponemos una genealogía distinta de aquella que los sitúa como continuadores de los hermanos Irazusta.³² Planteamos una mirada que no se sitúa en los itinerarios o devenires del revisionismo histórico argentino, sino en el de intelectuales que tomaban insumos diversos para escribir sus ensayos. En este sentido, hemos privilegiado una perspectiva sincrónica pero que incluye la diacronía en los términos de las referencias a este autor realizadas por los intelectuales mismos, que encuentran y se reconocen en las interpretaciones binarias del pasado argentino.

Ramos, en el prefacio de *Mitre al desnudo*, titulado “Revisión de Alberdi”,³³

30. En la reedición de 1969 y las sucesivas de *Política nacional y revisionismo histórico* se incluye un apéndice a cargo de Norberto D’Atri, “El revisionismo histórico. Su historiografía”, en el que aparece la figura de Alberdi para el período de “La eclosión revisionista 1955-1969” con el objetivo de “expresar que en su obra, de alguna u otra manera, se ha apartado de la historiografía liberal y ha realizado aportes susceptibles de ser aprovechados por los investigadores revisionistas”, en *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Corregidor, 2006, p. 137. En la edición de 1959 el apéndice estuvo a cargo de Alberto Mondragón con “El revisionismo histórico argentino. Síntesis crítica de su historiografía” en el que Alberdi no es mencionado. En el texto de Palacio de 1939 la referencia que aparece sobre Alberdi es negativa: “No bastaba con la simple aspiración a diferenciarnos; había que sostener que ya éramos distintos. El principal paladín de esta campaña fue Sarmiento. El más absurdo, Alberdi”, p. 28.

31. El número 14 de la colección La Siringa. Véase Fermín Chávez, *Alberdi y el mitrismo*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961. En este libro se ofrecen diferentes citas de Alberdi de los *Escritos póstumos* y las *Cartas quillitanas* que, según Chávez, nos son desconocidos por el enfrentamiento que su autor había mantenido con Mitre.

32. Nos referimos a las observaciones de Devoto sobre los trabajos de Halperín Donghi, al indicar lo problemático de una genealogía que comience allí. Véase Fernando Devoto, “Reflexiones en torno...”, pp. 107-131.

33. Escrito fechado en febrero de 1961.

daba cuenta de la deuda de sus propias interpretaciones a las realizadas por el tucumano, que son además reconocibles en sus propios escritos:

La esencia del pensamiento alberdiano y su contribución a la reelaboración de nuestra historia se funda, en primer lugar, en su interpretación de que la Revolución de Mayo es un fragmento de la revolución continental del año 10 [...] Así vincula genialmente el origen de los argentinos a la historia mundial y, sobre todo, al aciago fracaso de la unidad nacional iberoamericana.

Debemos a Alberdi, luego, la inteligencia sobre los factores económicos de las guerras civiles y sobre la naturaleza social de las montoneras. De ahí a demostrar el origen gauchesco y popular de los orígenes del Ejército argentino, no hay más que un paso. En tercer lugar, Alberdi nos ha explicado en un estilo de insuperable y clásica concisión, el secreto del predominio de Buenos Aires sobre las provincias, raíz de nuestras disensiones civiles. Juan Álvarez iluminó más tarde algunos aspectos del tema, pero Alberdi ya había dado el núcleo de la tesis. La posesión exclusiva del Puerto, de la Aduana y de su necesaria consecuencia, el Tesoro público constituía el pivote del poder porteño sobre el interior bajo Rivadavia, Rosas y Mitre.³⁴

Dentro del libro que Ramos ha editado, se publicaron dos apartados en los que se ofrecía la interpretación de Alberdi sobre Mayo, son la “Ideas erróneas de Mitre sobre el origen de la revolución” y “Verdadero sentido práctico y positivo de la Revolución de Mayo”. En este último, Alberdi afirmaba sobre Mayo:

La revolución de Mayo, hecha por Buenos Aires, que debió tener por objeto único la independencia respecto de España, tuvo, además el de emancipar a la provincia de Buenos Aires de la autoridad de la Nación Argentina o más bien el de imponer la autoridad de su provincia a la nación emancipada de España. En ese día cesó el poder español y se instaló el de Buenos Aires sobre las provincias argentinas. [...]

Fue una doble revolución contra la autoridad de España y contra la autoridad de la Nación Argentina. Fue la sustitución de la autoridad metropolitana de España por la de Buenos Aires sobre las provincias argentinas: el *colonialaje porteño* sustituyendo al *colonialaje español*. Fue una doble declaración de guerra: la guerra de la independencia y la guerra civil.³⁵

34. Juan Bautista Alberdi, *Mitre al desnudo*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 9.

35. Ídem, pp. 39-44. También en *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974, y en Raúl Fradkin y Jorge Gelman (coords.), *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, pp. 180-181.

Podemos apreciar la apropiación de los escritos de Alberdi en las representaciones de Mayo que hemos visto, pero es de interés que notemos también que aparece ligada a la pérdida de territorio del mismo modo que en el ensayo de Jauretche: según Alberdi, el 25 de mayo de 1810, Buenos Aires se dio a sí misma el poder provisionalmente y, en ese acto, el pueblo de Buenos Aires decretó una expedición a las provincias para *proteger* su libertad, la cual “abrió la campaña antes que vinieran los diputados, sobre el Alto Perú, sobre Montevideo y el Paraguay: ella tenía dos objetos: destruir la conquista de España y fundar la de Buenos Aires en las provincias”. Este objetivo fue luego confirmado por Mitre:

Mitre confiesa este sentido de *protección* decretada (t. I, p. 380).
Era la conquista, como la llamó Belgrano.

Ni *Montevideo*, ni el *Paraguay*, ni el *Alto Perú*, así *protegidos* en su libertad, son hoy provincias argentinas.³⁶

El uso de itálicas tal como se encuentra en el texto facilita leer la ironía del escrito de Alberdi: la supuesta protección por parte de Buenos Aires tuvo como resultado la disgregación territorial.

Aunque Alberdi también se refiere al interés económico exclusivo de Buenos Aires mientras gobierna toda la nación, lo que (por supuesto) no está en Alberdi es el antiliberalismo con el que comenzamos la exploración sobre las distintas nociones que convivían en torno a Mayo. En este sentido, tanto Jauretche como Ramos encontraron en Alberdi la explicación histórica de lo acontecido a partir de Mayo en términos de los intereses de Buenos Aires impuestos sobre la nación, verificables en que tuvo como resultado la desintegración territorial de lo que había sido el virreinato del Río de la Plata, pero lo que no estaba allí era la caracterización de Buenos Aires liberal frente a una nación que requería proteccionismo para desarrollarse. Esto nos permite dar cuenta de que los escritos alberdianos eran resignificados a partir de un contexto de debates en torno a la soberanía económica y los medios para lograr el desarrollo a fines de los 50.

Los ensayos que aquí reseñamos entendían la fractura Buenos Aires-la nación en términos de un proyecto liberal que hundió a la incipiente industria del interior. Por sobre las dicotomías señaladas e historizadas por Alberdi, se sumaron otras deudoras del nacionalismo económico, que explicaban en términos económicos los beneficios de Buenos Aires y la ruina del interior, como vimos en los casos de Astesano y Alén Lascano. Sin embargo, esto podía leerse como una confirmación de lo propuesto por Alberdi respecto del significado verdadero de Mayo frente al impuesto por Mitre: en la contratapa

36. Juan Bautista Alberdi, *Mitre...*, pp. 41-42.

de *Mitre al desnudo* se indica que el “verdadero Alberdi”, que surge “recién ahora”, “es el Alberdi provinciano, que anticipó el análisis materialista del predominio económico del puerto de Buenos Aires y que analizó las bases económicas de los caudillos y las montoneras, a las que reivindica en sus páginas más lúcidas”.

El proyecto porteño (a modo de conclusión)

Una respuesta común en los ensayos –exceptuando *La historia falsificada*– a la pregunta sobre qué comenzó en Mayo es el dominio de Buenos Aires sobre las provincias. Vemos que un gran movilizador de las coincidencias resulta de la oposición entre Buenos Aires y el interior. Al punto que otros elementos de los ensayos, como fijar un “verdadero” origen de la nación, resultan menos importantes que describir cómo a lo largo del siglo XIX (y en algunos casos del XX) puede verse el dominio de un proyecto porteño sobre el nacional.

El despliegue de los ensayos nos muestra que están orientados a demostrar cómo se dio ese proceso y cómo se falsificó su verdadero sentido, en lugar de detenerse en qué significa Mayo (por la positiva). Incluso, en el caso de Jauretche, es más urgente condenar el relato posterior en sí mismo que las intenciones de los actores de Mayo:

Que los hombres de Mayo hayan corrido el riesgo de esta política económica [librecambista] –riesgo necesario al precio de la independencia– se comprende y justifica [...] pero esta comprensión demasiado generosa no puede tenerse para los vencedores de Caseros y los falsificadores de la historia.³⁷

En su caso, al oponerse a la línea Mayo-Caseros, es Caseros el acontecimiento histórico elegido para enfrentar las posturas liberales, denunciando una falsificación de la historia que comenzó en Caseros y continúa hasta la “revolución libertadora”, entendida como un nuevo “Caseros”.

El lugar común que se repite en las argumentaciones es el de “las dos Argentinas”, la visión de una fractura que contrapone Buenos Aires a las provincias, que se encontraba muy extendida en la época y había sido un elemento recurrente en la ensayística argentina. Según lo analizado por Adrián Gorelik, la contraposición entre Buenos Aires y el país generó a lo largo de los siglos XIX y XX nociones capaces de dar distintos sentidos a la historia argentina a través de metáforas urbano-territoriales, conformando una espacialización de los sentidos de la nación. Una de las visiones que

37. Arturo Jauretche, *Política nacional...*, pp. 10-11.

aparece en el siglo XIX y que, según el autor predominará durante la mayor parte del siglo siguiente es la visión de la fractura representada paradigmáticamente en la figura “las dos Argentinas”, de rápida expansión en los años 30. El interior era identificado con los valores profundos de la argentinidad y la ciudad-puerto con el cosmopolitismo disolvente, estructurando una serie de asociaciones. A partir del Centenario, el nacionalismo político y cultural hará hincapié en esta polarización como clave de los males argentinos. En esta línea se mencionan las obras *Buenos Aires* de Juan Álvarez (1918), *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada (1933), *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea (1937) y *Política británica en el Río de la Plata* de Raúl Scalabrini Ortiz (1936).

Desde entonces y por lo menos hasta los años 70, la figura de las dos Argentinas organizó las lecturas de la historia y del presente, no exclusivamente las del revisionismo, aunque en éste contó con un difusor espectacular.³⁸

Sin intención de referirnos a un clima de época, es sin embargo necesario notar que estas *visiones de la fractura*, en el período que coincide con las obras que hemos analizado, se han extendido al punto de verificarse en distintos soportes, y han sido resignificadas al calor del peronismo y el proceso de migraciones internas, sobrepasando el universo ideológico del nacionalismo. Gorelik menciona como ejemplos el cortometraje *Buenos Aires* de Néstor Kohon (1958), la novela de Bernardo Verbitsky *Villa miseria también es América* de 1957, las fórmulas explicativas del estructural-funcionalismo de Gino Germani, la producción de los intelectuales cepalinos y el cuento “Cabecita negra” de Germán Rozenmacher (1963). Considerarlo nos ayuda a comprender la capacidad persuasiva de estos ensayos, recordando que su eficacia no depende de la inculcación de ideas completamente nuevas a través de técnicas de persuasión, sino que convencer responde a realidades extradiscursivas, las cuales habilitan la utilización de percepciones compartidas que permiten dar paso a la conclusión.

En nuestro recorrido pudimos notar cómo esta noción de la fractura puede pensarse como elemento común a interpretaciones diversas, así como también indicar que, para el caso de los ensayos históricos de la izquierda nacional, resulta necesario agregar a las genealogías de esa noción la apropiación de los escritos de Alberdi, quien había propuesto la dicotomía Buenos Aires-la nación como contradicción irreconciliable que surge en Mayo.

38. Adrián Gorelik, “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel-UNQUI, 1999, p. 145.

Intelectuales, prensa y política: el sesquicentenario de Mayo en el contexto de la crisis política

María Estela Spinelli

IEHS-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires-
Universidad Nacional de Mar del Plata

Introducción

La celebración del bicentenario de la Revolución de Mayo en 2010, en sus múltiples matices culturales y políticos, promovió en la historiografía argentina el interés por el estudio de los anteriores hitos celebratorios de la fecha considerada por una de nuestras tradiciones político-culturales, la democrático-liberal, como el punto de partida de la historia nacional. Desde este mirador, algunos historiadores volvimos a incursionar, desde distintas perspectivas de análisis, en el cincuentenario, el centenario y el sesquicentenario de Mayo. Sobre este último, una buena parte de los trabajos dedicó sus esfuerzos a un prolijo relevamiento empírico en torno al suceso, se analizaron diversos aspectos políticos y culturales, indagando no sólo en los proyectos y los debates, sino también en los sentidos. Algunos dieron cuenta de las obras y las actividades realizadas desde distintos ámbitos con motivo de la celebración. Otros hicieron referencia a la búsqueda por parte del gobierno de emular los fastos del centenario y de su fracaso.¹

1. Algunas exploraciones historiográficas fueron Joaquín Perren, “«1985: Argentina potencia mundial.» Desarrollismo y proyecciones demográficas en la prensa del sesquicentenario”, II Jornadas Nacionales de Historia Argentina hacia el segundo centenario de la Revolución de Mayo “Mitos, utopías y realidades” (1930-1960), Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2005; Isabel Paredes, “El sesquicentenario de Mayo, la memoria y la acción editorial”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, N° 10, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2010, pp. 137-163; María Celina Fares, “Tradición y reacción en el sesquicentenario. La Escuela Sevillana Mendocina”, *Prismas*, vol. 15, N° 1, Bernal, enero-junio de 2011. Desde otros enfoques que iluminan el evento y la coyuntura: Carlos Gradín, “La exposición por los 150 años de la Revolución de Mayo que pocos recuerdan”, *Suplemento Página 12*, 12 de septiembre de 2010; María Estela Spinelli, “El sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Crisis política e historiografía”, v Jornadas de Historia Política del Programa Buenos Aires de Historia Política, Universidad Nacional de Mar del Plata, 29-30 de septiembre de 2010 (disponible en *historiapolitica.com*);

El contexto de la celebración del sesquicentenario nos remite a la Argentina de 1960, una coyuntura atravesada por la crisis política, la vulnerabilidad de la economía y el naciente proceso de transformación cultural y social que siguió al triunfo de la “revolución libertadora”, luego de diez años de experiencia peronista. El clima político-cultural estaba entonces atravesado por una nueva etapa en el enfrentamiento peronismo/antiperonismo, donde el primero había recuperado parcialmente la legalidad e inauguraba nuevas estrategias de acción que iban desde la negociación con el gobierno a la movilización y al terrorismo, mientras el segundo oscilaba entre el mantenimiento de la legalidad y la apuesta al golpe de Estado.

En el campo intelectual, pleno de novedades desde la irrupción de las ciencias sociales y la revitalización del marxismo, se asistía desde la caída del peronismo a viejos y nuevos debates sobre las interpretaciones en torno al presente y el pasado argentinos.

Este artículo se inscribe en el marco analítico del proyecto colectivo *Imágenes de la cultura histórica: monumentos, conmemoraciones y apropiaciones del pasado argentino*, que “atribuye a las conmemoraciones y las políticas patrimoniales la función de operar como laboratorios privilegiados para percibir las dinámicas sociopolítico-culturales que una comunidad exhibe en un contexto temporal específico”. Esta hipótesis nos conduce a estructurar el abordaje histórico del clima político-cultural que rodeó a celebración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, analizando las causas de esta nueva fase de la crisis política argentina que abrió el triunfo de la denominada revolución libertadora, viendo cómo su proyecto político-cultural restaurador de la tradición democrática y republicana,² entre muchos otros, condicionó su continuidad en los años subsiguientes.

El argumento que vamos a desarrollar se apoya en la consideración de que la celebración del sesquicentenario de Mayo constituyó desde el punto de vista de la política oficial, en la que prioritariamente nos centramos, un esfuerzo de la gestión presidencial de Arturo Frondizi orientado a buscar un punto de encuentro con los herederos de la “revolución libertadora”, sus más severos críticos de la política de rehabilitación del peronismo plasmada

Miguel Ángel De Marco, “La conmemoración del sesquicentenario de la Revolución de Mayo en tiempos del desarrollismo. El caso de la provincia de Santa Fe. El gobernador Silvestre Begnis y el discurso del desafío histórico de la unidad nacional”, *Signos Universitarios*, N° 45, Universidad del Salvador, 2010; Martha Rodríguez, “Cultura histórica y conmemoraciones: los emprendimientos editoriales del sesquicentenario”, *Actas del Tercer Congreso de Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, noviembre de 2012, e/p, y “Celebrando la Revolución de Mayo: la Universidad de Buenos Aires y la coyuntura del sesquicentenario”, *Actas del Congreso de Historia Política*, Montevideo, Uruguay, 2013.

2. En este tema hemos incursionado en “Un intento de restaurar la tradición política”, mesa “El 16 de septiembre de 1955”, jornadas de historia “Los golpes militares en la historia argentina”, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 21 y 22 de agosto de 2013.

en el pacto Perón-Fronzizi, enfatizando en las ideas de unidad y pacificación, y también de reafirmación del proyecto desarrollista que dificultosamente había puesto en marcha desde 1958.

La revolución libertadora y la restauración de la tradición de Mayo

Entre los vastos objetivos que se adjudicó la revolución libertadora sobresalieron particularmente dos, en los que las distintas fuerzas que confluyeron en ella estuvieron de acuerdo: derribar a la que denominaron “tiranía” y restaurar el régimen político consagrado por la Constitución de 1853.

Luego de los combates que dieron el triunfo a las fuerzas revolucionarias, en septiembre de 1955, grandes manifestaciones civiles se volcaron a las calles en la Capital Federal y en la mayor parte de las grandes y pequeñas ciudades de todo el país celebrando el triunfo de la revolución, agitando banderas y vivando la libertad y a las nuevas autoridades.³ Así se abrió una nueva etapa política donde convivieron efímeramente dos proyectos políticos orientados a resolver la cuestión de qué hacer con el peronismo expulsado del poder. Uno de carácter conciliador se amparó en la consigna “ni vencedores ni vencidos”, que había marcado el fin de las hostilidades entre las fuerzas militares leales y las revolucionarias, y la convirtió en la idea política directriz de su gestión, fue el del primer presidente del gobierno provisorio, general Eduardo Lonardi, quien abogó por la reimplantación del Estado de derecho y un rápido llamado a elecciones. El fracaso de este intento de convivencia con el vencido,⁴ llamado también de pacificación o conciliación, fue superado por el proyecto de restauración de la tradición liberal-democrática, concebido como antagónico con el anterior, que contaba con el apoyo de la mayor parte de los partidos políticos y de diversos sectores sociales y culturales. Esto condujo a la exclusión del peronismo de la legalidad política, al que se definió como totalitario, y a la persecución y represión de sus partidarios y aliados.

En la nueva situación, el drama de la exclusión y la persecución política que la revolución venía a enmendar persistió, sólo que intercambiados los términos de quienes detentaban el poder. A diferencia del peronismo que se mantuvo en el poder por diez años, remodelando la dinámica económica, social, política y cultural sobre nuevos principios que apostaron a enaltecer a

3. Sobre este fenómeno, véase María Estela Spinelli, “La «otra multitud». Las movilizaciones antiperonistas durante la «libertadora»”, *Desarrollo Económico*, N° 172, 2004, pp. 609-635.

4. A los ojos de buena parte de los sectores civiles y militares antiperonistas, esto significaba el desconocimiento del triunfo revolucionario.

los sectores populares y denigrar el pasado en función de realzar el principio de justicia social que inauguraba, los gobiernos “libertadores”, tratando de restaurar la tradición política y cultural por éste vulnerada y sobre todo sus sucesores, llegados al gobierno desde la competencia partidaria abierta, aunque no libre, fueron abatidos por la persistencia de la crisis y la interferencia militar, en las cuales la exclusión siguió constituyendo una de las piezas centrales del problema.

En el arco político-partidario la opción de excluir al peronismo produjo rupturas en la amplia coalición antiperonista que participó o adhirió luego a la revolución libertadora. Primero fueron los nacionalistas –políticamente débiles pero con una importante influencia cultural a través de su literatura y una nutrida prensa–,⁵ apartados con la caída del general Eduardo Lonardi. Más adelante el ala intransigente de la Unión Cívica Radical (UCR), liderada por Arturo Frondizi, que desde la asunción del general Pedro Eugenio Aramburu mantuvo una posición hostil hacia el antiperonismo, al que acusaba de pretender gestar un gobierno de minorías para perpetuarse en el poder o de reeditar la Unión Democrática, mientras paralelamente fue enhebrando alianzas con el grupo intelectual y político que editaba la exitosa revista *Qué sucedió en 7 días*, de fuerte contenido crítico hacia las políticas desperonizadoras y a la gestión económica del gobierno. La ruptura del radicalismo, a fines de 1956, marcó el paso definitivo de la línea intransigente ya constituida como partido, la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), a la oposición, mientras el otro sector, la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), colaboró activamente con el gobierno, del que se presentó, a los ojos de vastos sectores políticos, como su continuación.

El radicalismo, en sus dos ramas –como los denominaban sus opositores y buena parte de la prensa independiente–, hegemonizó y dividió las aguas en el espacio político. Sin embargo, los partidos formados en el ideario liberal y democrático, tanto los tradicionales como los nuevos, fueron aliados del gobierno, contribuyendo a la elaboración del proyecto de democratización excluyente de la revolución libertadora.⁶

La oposición al gobierno provisorio centró sus críticas en el proyecto de desperonización, las que agudizaron luego de los fusilamientos de junio de 1956, e inició distintas estrategias de acercamiento al peronismo,⁷ la más

5. Los dos periódicos de mayor impacto y tirada editados en la Capital y con circulación en el interior fueron *Mayoría*, dirigido por Tulio Jacovella, y *Azul y Blanco*, por Marcelo Sánchez Sorondo.

6. Véase María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”, 1955-1958*, Buenos Aires, Biblos, 2005, cap. 3: “El antiperonismo radicalizado”, pp. 133-170.

7. Ricardo Guardo, *Horas difíciles*, Buenos Aires, s/ed., 1963; Emilio Perina, *Detrás de la crisis*, Buenos Aires, Periplo, 1960.

exitosa de las cuales fue la que culminó en el pacto Perón-Frondizi en los prolegómenos de la elección de 1958.

Esta estrategia política, asentada en las ideas de conciliación y unidad nacional, que le otorgó el triunfo electoral a Arturo Frondizi, condicionó el proceso político posterior al ser considerada una transgresión a la revolución libertadora y a su proyecto de restaurar la tradición política democrática, por las fuerzas políticas y militares afines a ella y como una deslealtad por parte del peronismo que la imaginó como su retorno al gobierno o, al menos, a la reedición de sus políticas económicas y sociales.⁸

En su dimensión cultural, el plan de restaurar la tradición política de los libertadores que comenzó, espontánea y caóticamente, desde el triunfo de la revolución –con la destrucción y el retiro de la simbología peronista del espacio público, la investigación de las múltiples denuncias que recaían sobre el gobierno de Perón, exhibiciones de sus bienes, etc.–, dio lugar a la primera etapa del proceso de desperonización, pero no se agotó allí, sino que contuvo múltiples matices. Uno de ellos lo constituyó la idea de restitución de la visión del pasado proveniente de la tradición liberal democrática en la que se habían formado generaciones de argentinos desde la escuela primaria⁹ y que el peronismo, en su afán de exaltar sus realizaciones y sus líderes, había desvalorizado. En octubre de 1955, una declaración de ASCUA, Asociación Cultural para Defensa y Superación de Mayo, fundada en 1952,¹⁰ propuso al gobierno provisorio inscribir a la revolución libertadora en la línea “de Mayo y de Caseros” que simbolizaba la gesta de nacimiento y recuperación de la libertad –luego de la tiranía rosista–; además, proponía una serie de políticas reformistas: la puesta en vigencia de un “federalismo real” que comenzara por el fortalecimiento de los municipios, la subdivisión de la tierra en parcelas técnicamente racionales, asegurando su posesión a quienes la trabajan, fomentar el cooperativismo, impulsar industrias genuinas y cuidar las fuentes de combustible tan ligadas, decía, a la soberanía nacional, perseguir a los monopolios, imprimir un ritmo a la recuperación económica, estimulando la libre iniciativa maniatada y agobiada por reglamentaciones y controles excesivos. Terminaba haciendo

8. Un indicio de este convencimiento es la consigna pintada en las paredes de varias de las grandes ciudades, cuando Frondizi asumía la presidencia de la Nación: “Perón en el gobierno, Frondizi en el sillón”, tomado de *La Tribuna*, Buenos Aires, 8 de mayo de 1958, por Miguel Ángel De Marco (h.), *Carlos Sylvestre Begnis. Liderazgo y gobierno en el desarrollo del litoral argentino*, Buenos Aires, Dunken, 2005, p. 222.

9. Un artículo breve de Ernesto Sábato, “Aquella patria de nuestra infancia” aparecido en el N° 237 de *Sur*, 1955, evoca ese sentimiento de lo que el peronismo había arrebatado a la cultura heredada de los mayores y a la tradición patriótica.

10. Estuvo presidida por Carlos Alberto Erro y conformada por un grupo de intelectuales, entre quienes sobresalió el filósofo Francisco Romero.

alusión a que la brevedad del gobierno provisorio anunciada no podrá llevar a cabo este vasto programa.¹¹

El pedido de rehabilitación del ideario liberal democrático —que tempranamente se plasmó en cambios en la currícula de la enseñanza media, con la introducción de la materia Educación Democrática, entre otros— era un reclamo generalizado en una significativa parte de los sectores intelectuales opuestos al peronismo que habían celebrado el triunfo de la revolución, como una liberación, asimilándola en su ponderación a la Liberación de París, en 1944.¹² En un clima de renovado optimismo respecto del futuro, ellos promovieron la apertura cultural, artística y científica, la devolución de la autonomía a las universidades, simbolizada en los principios de la Reforma de 1918, en suma, la modernización y la integración al mundo que poco más adelante dejaría ver sus alcances¹³ en el proceso de aggiornamiento de la actividad académica y artística, el surgimiento de centros de investigación científica, de proyectos editoriales y de apertura de nuevos debates sobre el pasado y el futuro del país, uno de cuyos ejes sería la temprana revisión de la experiencia peronista.¹⁴

Asimismo, también el debate político que el gobierno provisorio abrió no se limitó a la Junta Consultiva Nacional y a los espacios oficiales o partidarios, sino que sacó a la luz nuevas y diversas aproximaciones al proceso histórico y político que avanzaba hasta los tiempos más cercanos, donde intervinieron no sólo intelectuales y escritores de prestigio, formados en la tradición liberal democrática —antiperonistas ellos; tal el caso, entre muchos otros, de Ezequiel Martínez Estrada, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, José Luis Romero, Ernesto Sábato; los más jóvenes Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Ismael y David Viñas, Tulio Halperín Donghi—, sino también los críticos de ella, en algunos casos antiimperialistas y antiliberales manifiestos próximos al peronismo, fueran revisionistas, nacionalistas o marxistas, como José María Rosa, Fermín Chávez, Mario Amadeo, Federico Ibarguren, José Liceaga, Jorge Abelardo Ramos, Esteban Rey, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche y otros, cuya producción ensayística y su presencia en la prensa política

11. *La Nación*, Buenos Aires, 11 de octubre de 1955, p. 2

12. Entre otros, Tulio Halperín Donghi, “La historiografía en la hora de la libertad”, *Sur*, N° 237, Buenos Aires, 1955.

13. Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Madrid-Buenos Aires, Alianza, 1998, cap. VI: “Desperonización e innovación en la universidad”, pp. 215-251; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del 60*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; John King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del 60*, Buenos Aires, Asunto Impreso, 2007, cap. 1: “El contexto social y cultural”, pp. 35-59.

14. Oscar Terán, “La cultura en la década del 50”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Folios; *Nuestros años 60*, Buenos Aires, Puntosur, 1986 y 1991.

de oposición a la libertadora fue muy notoria.¹⁵ De este campo intelectual emerge una nueva constelación de ideas que va a abonar con sus interpretaciones la vasta y heterogénea corriente del que denominaron “pensamiento nacional”, de larga proyección en la cultura política argentina.¹⁶

El ámbito intelectual mostró en su diversidad la fragmentación política y la profunda división que afectaba a la sociedad argentina desde el advenimiento del peronismo, a la par que asistió luego de la caída de éste a una etapa de creatividad y producción, de la que no estuvieron ausentes los debates.

La crisis política y los equilibrios inestables

La gestión política de Arturo Frondizi –a cuyo alrededor se habían incorporado intelectuales y políticos próximos a la izquierda que se acercaron a la UCRI– despertó grandes expectativas en un sector importante de la sociedad. Sin embargo, nació condicionada por el activo rechazo de la mayor parte de la dirigencia política opositora y de los militares a los dos objetivos centrales de su proyecto: la fórmula de integración del peronismo, que presentaba en el objetivo más amplio de “legalidad política para todos” y comenzó con la Ley de Amnistía, y el desarrollo acelerado de la industria de base, con participación del capital extranjero anunciado como “la batalla del petróleo”. Ambos perseguían, por un lado, la reconstrucción del régimen político sin proscripciones y, por otro, la fórmula del “despegue” para salir del subdesarrollo, que en su concepción pasaba por la industrialización y contenía algunos rasgos de inspiración en las últimas políticas económicas ensayadas durante el segundo gobierno de Perón.

El proyecto desarrollista, por su carácter ambicioso y definidamente capitalista, redefinió la crisis política y contribuyó a desmembrar la alianza de partidos y sectores que, sobre todo desde la izquierda, se habían movilizado tras la búsqueda del punto de encuentro con el peronismo en un

15. Los libros emblemáticos de este período fueron Arturo Jauretche, *El plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, Buenos Aires, 1955; el semanario *El 45* y *Los profetas del odio y la yapa, la colonización pedagógica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1957; Mario Amadeo, *Ayer, hoy y mañana*, Buenos Aires, 1956; Agustín de Ferraris (seudónimo de Fermín Chávez), *Pido la palabra. Contestando a Ezequiel Martínez Estrada*, Mario Amadeo y Ernesto Sabato, Buenos Aires, Capricornio, 1956; Rodolfo Puiggrós, *Pueblo y oligarquía. Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Corregidor, 1957; Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1957.

16. Para una aproximación evocativa de este sector de intelectuales, véase Arturo Peña Lillo, *Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época*, Buenos Aires, Continente, 2005.

espacio democrático.¹⁷ Los socios mayores, Perón y el peronismo, vuelto el segundo a la escena pública y al diálogo discreto con el poder, aunque no a la legalidad política plena, monitorearon la puesta en marcha del mismo, asidos al cumplimiento de los términos del pacto, hasta 1959¹⁸ cuando el primero lo denunció públicamente, generando una nueva situación límite a la permanencia del gobierno. Sectores de la UCRI, sobre todo los más jóvenes, comenzaron a distanciarse dado su desacuerdo con la orientación de algunas políticas que rompían con la tradición laicista, reformista y antiimperialista del radicalismo. La Ley de Enseñanza Libre provocó la primera ruidosa ruptura, con marchas multitudinarias de estudiantes, docentes y autoridades universitarias, desde antes de su sanción, que luego siguió con los contratos petroleros,¹⁹ a los que también habían repudiado y combatido el peronismo, el comunismo y algunos integrantes del nacionalismo. Esto deterioró el consenso del gobierno, pero paralelamente le permitió granjearse nuevos apoyos entre sectores del empresariado y de la opinión pública.²⁰

La nutrida oposición estuvo compuesta por la mayor parte de los partidos formados en la tradición liberal democrática y la UCRP, la principal representación parlamentaria, en suma, los que reivindicaban los principios de la revolución libertadora. Algunos de ellos revitalizaron sus contactos con las fuerzas armadas, mayoritariamente antiperonistas y anticomunistas, y apostaron a la técnica del golpe de Estado, mientras otros reclamaron desde la tribuna la renuncia del presidente.

El ámbito intelectual, fuertemente politizado y mayormente hostil al desarrollismo, luego de la expectativa inicial asistía a una etapa de crecimiento y de renovación de perspectivas de análisis que los nuevos contactos internacionales favorecían, donde la idea del “compromiso intelectual” con la sociedad, deudora del existencialismo según algunos autores,²¹ prevalecía. La recepción del estructuralismo, el funcionalismo y el marxismo en las universidades, desde su normalización, revitalizaron los estudios de la sociedad, de la política y la economía, en un clima de libertad y de debates que las excedía. En el campo de las ciencias sociales, la influencia de José

17. Para una argumentación centrada en este tema, véase León Rozitchner, “Un paso adelante, dos atrás”, *Contorno*, N° 9-10, 1959, pp. 1-15.

18. *Correspondencia Perón-Cooke II*, Buenos Aires, Granica, 1972, pp. 59-162.

19. Al respecto los artículos de la citada revista *Contorno*, N° 9-10, Buenos Aires, 1959, ilustran sobre las críticas y el desencanto. Véanse también Oscar Terán, *Nuestros años 60*; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del 60*; Pablo Ponza, *Intelectuales y violencia política 1955-1973*, Córdoba, Babel, 2010.

20. Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación (1909-1989)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

21. Oscar Terán, *Nuestros años 60*.

Luis Romero y de Gino Germani²² fue crucial en la organización y el diseño de proyectos de investigación colectivos, en el planteo de nuevos temas y en la formación académica de profesionales más jóvenes. Otros trabajos ofrecieron nuevas síntesis explicativas del proceso político argentino, como fue el caso de la paradójicamente titulada “Crónica de treinta años” de Tulio Halperín Donghi, publicada en el número del 30 aniversario de la revista literaria *Sur*; texto actualizado y reeditado años después en Montevideo con el título de *Argentina en el callejón* (1964), que ofreció una visión totalizadora del proceso histórico, utilizando en la explicación variables económicas, sociales, políticas y culturales. En ese mismo número de *Sur* apareció, entre otros, un artículo de Roberto Cortés Conde, dedicado al análisis del sistema político argentino que introducía las categorías de análisis de Maurice Duverger y en el que señalaba el giro a la “derecha” del gobierno de la UCRI.

Tanto en los intelectuales vinculados a la actividad académica, como en aquellos dedicados a la labor de divulgación y a la militancia política y cultural, la producción fue prolífica y los temas centrales de discusión fueron el régimen político, la participación del capital extranjero en la economía nacional y el peronismo. En ellos predominó un discurso de fuerte rechazo a la implementación del proyecto desarrollista, fundamentalmente en lo atinente al crecimiento de la participación del capital extranjero en el sector petrolero y de la industria de base en general, como de la ley que establecía el marco regulatorio para la radicación de dichas inversiones.

El año 1959 fue particularmente conflictivo para el gobierno, tanto desde el punto de vista económico y social –aumento de la inflación, deterioro de los niveles de vida de los sectores asalariados, despidos en el sector público, devaluación, protestas obreras, huelgas y tomas de fábricas–, como del político: a la renuncia del vicepresidente, siguió la denuncia del pacto por parte Perón, con los correspondientes planteos militares e intento de golpe de Estado, rechazos al plan de estabilización y austeridad recomendado por el FMI, desde el conjunto del arco político opositor a los dirigentes y activistas de su propio partido. A pesar de la gravedad de la situación y de los costos políticos, el plan de desarrollo mostraba algunas cifras de su impacto en la marcha hacia el autoabastecimiento petrolero, que había reducido sustantivamente su importación, el aumento en la producción de acero y caucho, la capitalización del sector agrario y la pavimentación de miles de kilómetros de caminos.²³

22. Las primeras investigaciones sobre las clases sociales las había iniciado en la década del 40 en Buenos Aires. Véase Carolina Mera y Julián Rebón (coord.), *Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada*, Buenos Aires, Instituto Gino Germani-Clacso, 2010.

23. Horacio García Bossio, “El desafío del desarrollismo, un análisis teórico de la génesis del modelo desarrollista en Argentina y en el Brasil”, *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 4, Instituto de Historia Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras-UCA, 2004, pp.

En 1960, luego de la primera compulsión electoral, el gobierno apareció debilitado. El escrutinio reflejaba un panorama similar al que se había dado en 1957 con motivo de la elección para la reforma constitucional; ello era evaluado negativamente por los analistas políticos. El peronismo otra vez había recurrido al voto en blanco, esta vez acompañado por el Partido Comunista, luego de ser proscrito a causa de operaciones terroristas.²⁴ En primer lugar, se ubicaba la UCRP, que había amenazado durante la campaña electoral con recurrir a las armas si el presidente no renunciaba una vez derrotado electoralmente como pronosticaban;²⁵ a continuación el partido oficialista que perdía varias bancas y, a gran distancia se ubicaba el resto de los partidos, logrando sólo representación los partidos de centro (cuatro representantes).

En su discurso ante la Asamblea Legislativa, el 1 de mayo, a la que no asistió la oposición radical del pueblo, el presidente trazó un panorama de las condiciones irregulares en las que se habían llevado a cabo las elecciones, la vigencia del estado de sitio a causa de los intentos de golpe de Estado, la ola de violencia que había conducido a la implantación del plan Conintes, y luego realizó un balance de la tarea realizada, destacando los logros económicos alcanzados y las deudas pendientes en el plano de las condiciones de vida de los sectores trabajadores y de la recuperación plena del Estado de Derecho.

En ese contexto de convulsión política, se ultimaron los detalles para la celebración de los 150 años de la Revolución de Mayo.

El sesquicentenario: el acontecimiento y su historiografía

Como explicamos, Mayo ya estaba instalado en el clima político-cultural, como la restauración de la tradición patriótica en su conjunto, desde los

85-114. El autor sostiene que el plan de desarrollo inicial priorizó los objetivos del desarrollo, a costa del desequilibrio presupuestario y de generar inflación de demanda.

24. A la colocación de una bomba en un barrio militar, en Olivos, que provocó la muerte de una niña (véase *Clarín*, Buenos Aires, 14 de marzo de 1960), siguió el atentado que hizo volar los depósitos de nafta de Shell-Mex, en el barrio Las Flores de Córdoba, que dejó un saldo de nueve muertos y más de veinte heridos. Mientras, en Tucumán los militares denunciaban la incapacidad del gobernador Celestino Gelsi para reprimir la naciente guerrilla rural peronista de Uturuncos. Véase César Tcach, *De la revolución libertadora al Cordobazo. Córdoba el rostro anticipado del país*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, pp. 104-108.

25. Catalina Smulovitz, *Oposición y gobierno, los años de Frondizi/1*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p.86. Cita declaraciones de Ricardo Balbín y de Arturo Mathov, en las que el primero dijo: “Nosotros salvaremos el país en marzo o tendremos que empuñar las armas en abril”, a lo que segundo agregó: “Si el 85% del electorado repudia al gobierno y éste no se va, entonces será el momento de tomar por las armas el poder”.

primeros tiempos de la revolución libertadora que celebró su triunfo como el Día de la Libertad.²⁶ El 25 de mayo de 1956, hubo un imponente acto patriótico en la Capital presidido por las autoridades, que comenzó con el tradicional tedeum en la Catedral, el desfile de tropas de las fuerzas armadas, de escolares y de distintas instituciones sociales y culturales que siguió estrictamente las normas del protocolo y fue ovacionado por el numeroso público que siguió su recorrido agitando banderas. Los grandes diarios señalaron que Mayo había recobrado su antiguo esplendor. En la noche se hizo la tradicional velada de gala en el teatro Colón y las autoridades saludaron al público que esperaban en la entrada. En ese contexto, el vicepresidente Isaac Rojas declaró que la fiesta simbolizaba el reencuentro de la ciudadanía con sus fuerzas armadas celebrando la libertad e hizo alusión al abandono del sentido de la fecha hecho por el peronismo en nombre de la justicia social, lo que atribuyó a su odio a la libertad.²⁷

Las fechas patrias, como punto de encuentro de pueblo y gobierno y como expresión de fidelidad hacia los próceres del pasado con toda su carga evocativa y simbólica, se celebraron en los años siguientes –repetiendo siempre la misma fórmula–, y ya estaban plenamente reinstalados cuando se celebró el sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Esto nos permite hacer inteligibles los rasgos que adquirieron los actos, las exposiciones y los discursos emanados del poder político, como también la mayor parte de los homenajes tributados por distintas instituciones, donde sobresalieron la exaltación de la libertad y de la República.

El sesquicentenario, como fecha simbólica, tuvo una magnificencia especial. Los festejos y homenajes oficiales comenzaron a prepararse con distintos ritmos desde 1959; uno de los primeros datos que encontramos es el proyecto de resolución presentado ante el Senado de la Nación por el senador por Corrientes, Aníbal Dávila, en mayo, de editar una colección de obras fundamentales de la historia argentina, agrupadas con el nombre de *Biblioteca de Mayo*, en adhesión del cuerpo al 150º aniversario de la Revolución de Mayo de 1810, que financiaría la impresión. La compilación estaría organizada por los historiadores de la Academia Nacional de la

26. Fecha que se incorporó al calendario de celebraciones patrias siguiendo el mismo protocolo que el 25 de mayo y el 9 de julio, hasta 1965.

27. Véase María Estela Spinelli, “La «otra multitud»...”. En “El sesquicentenario de Mayo...”, Isabel Paredes aclara: “En el período 1945-1955 se cambió el calendario tradicional de efemérides que dejó en un segundo plano el 25 de mayo, al darse más trascendencia a otras fechas recientes vinculadas con el gobierno. Se habían incorporado como fechas de recordación: el 4 de junio, aniversario de la «revolución» de 1943; el 26 de julio, a partir de la muerte de Eva Perón en 1952; el 17 de octubre como «Día de la Lealtad Popular» por los sucesos de 1945, se modificó la significación del 1 de mayo, «Día del Trabajo» que pasó a ser fecha de agradecimiento a la acción del gobierno y se dio mayor trascendencia al 9 de julio, con motivo de la «segunda declaración de la independencia» de 1947”.

Historia Ricardo Piccirilli y Miguel Ángel Torres Revello. El proyecto fue aprobado sobre tablas.²⁸

En diciembre del mismo año 1959, la Cancillería comenzó a hacer circular las invitaciones a las autoridades políticas y representaciones culturales de distintos países americanos, europeos y asiáticos para la magna celebración. En marzo de 1960 habían confirmado su presencia cincuenta delegaciones extranjeras, integradas por presidentes, legisladores, representantes de las monarquías, embajadores, funcionarios y ministros. Además, se conformó una comisión organizadora oficial de los festejos, integrada por personalidades políticas e intelectuales, muchas de ellas vinculadas a la revolución libertadora, y desde las organizaciones civiles y culturales pronto se montaron diversos eventos, exhibiciones de colecciones, conferencias, actividades artísticas y deportivas.

El centro de la celebración fue Buenos Aires, pero las actividades culturales y los desfiles civiles y militares se reeditaron en todo el país. La exaltación de la ejemplaridad de los próceres y de los principios de libertad y de igualdad consagrados en Mayo dio el tono más saliente a la conmemoración. Del mismo modo, la proyección internacional programada para el evento quedaba asociada también a esa misma tradición, al volver a integrarse al concierto de naciones y ser un país de oportunidades abierto al mundo, como rezaba el preámbulo de la Constitución Nacional. Ésta, por su parte, constituía un objetivo particular del proyecto desarrollista en marcha.²⁹

Los homenajes al sesquicentenario que, como señaló Miguel Ángel De Marco (h.), “fueron uno de los muy pocos respiros que tuvo el gobierno de Frondizi, sólo comparables a la satisfacción y algarabía que le deparó la inauguración de la Planta General Savio, en San Nicolás”,³⁰ tuvieron otras dimensiones relacionadas con el presente y con los usos políticos del pasado. El énfasis en la unidad nacional y en el desarrollo económico, presente en múltiples fragmentos del discurso presidencial y de algunos gobernadores alineados con su proyecto económico³¹ fueron el eje del mensaje oficialista.

28. La Academia Nacional de la Historia organizó el III Congreso Internacional de Historia de América en homenaje a la Revolución de Mayo, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia XXXI*, 1960. Memoria del presidente de la Academia Nacional de la Historia, Carlos Pueyrredón, sobre la labor desarrollada en 1960. Dos investigaciones recientes se centraron en los proyectos editoriales en torno al sesquicentenario: Martha Rodríguez, “Cultura histórica y conmemoraciones...” e Isabel Paredes, “El sesquicentenario de Mayo...”.

29. Para entonces, el presidente había logrado reconocimiento y prestigio internacional, no sólo entre los vecinos países latinoamericanos con quienes mantuvo un diálogo fluido, sino también en Estados Unidos, a partir de su primera visita en 1959.

30. Miguel Ángel De Marco (h.), *Carlos Sylvestre Begnis...*, p. 495.

31. En 1960 la tensión política dentro de la UCRI, entre radicales y desarrollistas, quedó expuesta en la Convención de Chascomús, celebrada en marzo, que adoptó el proyecto económico

Ellos buscaron aportar una cuota de optimismo hacia el futuro que descansaba en el esfuerzo del conjunto de la sociedad –decían– para crear las condiciones de la expansión industrial, empresarial, científica y tecnológica, y en una mirada contemporizadora respecto del pasado: “Visto en la perspectiva serena del tiempo”, leyó el presidente desde los balcones del Cabildo de Buenos Aires, “el tumulto del pasado se aquieta y se vislumbran las líneas directrices de la unidad nacional. Nada se ha perdido en la lucha, todo se proyecta en la experiencia que recogen las sucesivas generaciones”. Respecto de su gestión, reconoció deudas con la democracia y finalizó pidiendo dirimir los pleitos para ganar otras batallas materiales y culturales: la salud, la educación y llevar la civilización moderna a todo el país.³²

Una línea de argumentación afín a la conciliación política y a la integración social, estuvo expresada en la nota editorial de la revista *Criterio*, que escribía su director, el presbítero Jorge Mejía, quien la tituló “La responsabilidad de la independencia”. En ella realizó un breve repaso de los ciento cincuenta años recorridos, que reconocía a Mayo como la revolución que inicia el proceso de independencia, y pasó revista a algunas de las alternativas políticas del siglo XIX, destacando el influjo del aporte inmigratorio a la sociedad y a la cultura, y en el siglo XX reconocía las transformaciones sociales que introdujo el peronismo como un cambio destinado a perdurar. Reclamó un balance de las cosas positivas y negativas, y una valorización de la disciplina de las responsabilidades como homenaje a Mayo.

Un tono más confrontativo prevaleció en las notas de homenaje filiadas en la tradición Mayo-Caseros, que pusieron el acento en las ideas políticas. Una de las más expresivas de las que hemos hallado fue la del diario *El Correo de la Tarde*. Se trata de un balance político de los 150 años transcurridos desde la Revolución de Mayo, que tituló “Liberalismo o absolutismo”, argumentando que esa tensión ya estaba presente en el cabildo abierto del 22 y se proyectó en los años siguientes, hasta el triunfo de las ideas liberales con la llegada al gobierno de Bernardino Rivadavia, al que se opusieron los federales de ideas absolutistas, como Juan Manuel de Rosas. Recién a su caída, el sistema democrático fue implantado en todo el país. Con el liberalismo, fortalecido por el positivismo, las instituciones se perfeccionaron. La inmigración y la cultura europeas influyeron en las clases dirigentes y posibilitaron un país poderoso y culto. Termina aludiendo a los últimos sesenta años, en los que el progreso no se detuvo, pero en los que el absolutismo recibió sangre nueva de los fascismos europeos, resurgió la figura de

nacional como su propio programa. En la línea desarrollista se referenciaban Carlos Sylvestre Begnis, gobernador de Santa Fe; Raúl Lucio Uranga, de Entre Ríos, y Fernando Piragine Niveriro, de Corrientes, entre otros.

32. *Clarín*, Buenos Aires, 23 de mayo de 1960.

Rosas y un revisionismo de nuestra historia que tendió a elogiar a figuras absolutistas y enlodar a las liberales.

Varios absolutistas, ahora totalitarios, adoptaron posturas demagógicas. Sus promesas de mejoramiento social ilusionaron a muchos [...] Proscritas la libertad y la decencia por las que lucharon los hombres de Mayo. El nuevo absolutismo tenía que caer, y cayó derrotado por su enemigo de siempre, la democracia liberal la misma que alentó a los miembros de la Primera Junta.³³

También *La Nación* reivindicó la línea Mayo-Caseros, en su nota editorial del 25:

Todo lo que en la Argentina ha contado y ha valido reconoce en Mayo su ascendencia [...] Fue Belgrano, Rivadavia, San Martín: heroísmo, superación y gloria [...] Cuando la autoridad se desfiguró en despotismo, o la democracia degeneró en demagogia, ese bochorno intenta obliterar hasta su nombre. No en vano lo intuía el símbolo de todo aquello que contrariaba. Y Mayo se repuso una y otra vez de la adversidad, fue Urquiza, Mitre, Sarmiento [...] Mayo es la ratificación patriótica cotidiana.

Al día siguiente, aludiendo a la conmemoración y sus matices, enfatizó en la misma línea argumental dicotómica, en este caso referida a la coyuntura política que se atravesaba:

La hora de las líricas exteriorizaciones ha pasado. Queda la obra por cumplir en el terreno de la recuperación nacional. Hay un proceso en marcha. Las condiciones en que dejó el país la década sombría lo hacen más penoso, más sacrificado, por encima de los métodos y procedimientos está la aspiración común a todos de salvar las vallas que al progreso nacional han opuesto años de alegre despilfarro y del empapelamiento del país. La tarea es inmensa y será más apropiado censurar las demoras que entretenerse en suscitar pequeñas disputas. Advirtiendo, para concluir: "Todo ha de lograrse en la libertad".³⁴

Desde el ángulo opuesto, el peronismo restó legitimidad a la celebración. Una declaración pública del Partido Justicialista concluyó:

Que Mayo como las otras gestas es patrimonio de la Nación y

33. *El Correo de la Tarde*, Buenos Aires, 23 de mayo de 1960. Diario dirigido por Francisco Manrique. Nota sin firma.

34. *La Nación*, Buenos Aires, 26 de mayo de 1960.

que no puede ser dignamente recordada si no es con la unidad total del pueblo, gozando plenamente de todas las libertades y derechos y satisfecho en sus ansias de paz y justicia.³⁵

Estas tres grandes líneas evocativas del pasado y del momento de la celebración: la unidad nacional y el desarrollo, presente en el discurso oficial; la vigencia de la libertad y la democracia por oposición al totalitarismo, en los herederos de la revolución libertadora, y la minusvaloración de Mayo, junto al reclamo de derechos y justicia hacia los sectores populares, de los peronistas, constituyeron, a grandes trazos, las posiciones irreductibles del conflicto en 1960. En éste también jugaron, desde ámbitos políticos y culturales más acotados, otros posicionamientos críticos que pusieron el acento en el antiimperialismo, en el desarrollo exclusivamente autónomo y en el cambio de sistema, destinados a crecer en los años siguientes.

Por fin, cuando los ecos de la celebración ya se habían apagado, la revista literaria *Sur* publicó un dossier titulado “A 150 años de la Revolución de Mayo. Examen de conciencia” que se aparta claramente del tono patriótico. De él participaron Jorge Luis Borges, quien exaltó la centralidad de Buenos Aires –“la menos sudamericana de las ciudades”– en el proceso histórico argentino, destacando que también impuso a la República “el mismo dictador cobarde y astuto y entonces Entre Ríos o Córdoba tienen que salvarse y salvarnos”. Carlos Alberto Erro intervino con una “meditación del siglo y medio”, que finaliza concluyendo: “Nuestro bajo nivel al llegar al sesquicentenario obedece a dos causas, no se han afrontado los grandes problemas, el de la tierra y el de la macrocefalia, ni tampoco el de la libertad y la democracia”. El mismo tono pesimista y crítico hacia el gobierno de Arturo Frondizi recorre las contribuciones del resto de los autores: Ernesto Sabato, Eduardo Lanuzza, Victoria Ocampo, Norberto Rodríguez Bustamante, Federico Ruiz Guiñazú y otros.³⁶

Como planteamos en el inicio de este análisis, la historiografía referida al sesquicentenario de la Revolución de Mayo tuvo, entre nosotros, un singular estímulo en la etapa previa a la celebración del segundo centenario. En ello coincidían, por un lado, el efecto comparativo y, por otro, el renovado interés en el campo de la historiografía por lo que hace ya décadas Pierre Nora, dentro de la tradición de los *Annales* en Francia, denominó el “retorno del acontecimiento”,³⁷ y en trabajos posteriores dedicó a los lugares

35. *La Nación*, Buenos Aires, 25 de mayo de 1960, p. 6

36. *Sur*, N° 268, noviembre-diciembre de 1960, pp. 1-69.

37. Pierre Nora, “La vuelta del acontecimiento”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*, vol I: *Nuevos problemas*, Barcelona, Laia, 1978, pp. 221-239.

de la memoria y a la memoria colectiva. Desde entonces, se han ensayado múltiples acercamientos.

Una breve revisión de los trabajos centrados en el sesquicentenario revela que efectivamente desde 2005, en distintos ámbitos académicos, comenzaron a organizarse diversos encuentros que tuvieron como norte la celebración del Bicentenario y en ellos un espacio importante estuvo dedicado a la exploración de la celebración inmediata anterior del mismo evento. Unas veces centrados en la descripción y el análisis del contexto de la celebración, las obras editadas y los actos públicos, en lo que Isabel Paredes caracterizó como “una celebración de papel”. En líneas generales, se ha enfatizado en la magnitud de la labor editorial como rasgo propio del sesquicentenario.³⁸ Otros trabajos lo enfocaron desde el plano de la historia de las ideas y de los intelectuales, explorando en el ámbito académico mendocino.³⁹ Y otra línea de investigación estuvo centrada también en el acontecimiento, que puso el énfasis en la vinculación de los actos y monumentos de celebración con distintos aspectos del proyecto desarrollista.⁴⁰ Por fin, nuestros acercamientos anteriores al tema enfatizaron en la crisis política como escenario de la celebración que exploramos en la organización y el sentido de la proyección internacional del evento, y en el intento de exaltar los valores republicanos y la tradición patriótica, incluyendo, desde fuera del marco oficial, las distintas concepciones en torno a Mayo, reflejadas en la recepción de la prensa.⁴¹

Conclusiones

Vista en perspectiva, esta austera celebración oficial –comparada con el Centenario, que exaltó el progreso alcanzado y adquirió un brillo que algunos soñaron con emular, y con el Bicentenario, desarrollado en un contexto de fortaleza política y económica, cuya expresión oficial, inscrita en la tradición política del peronismo, colocó un fuerte acento en las antinomias y el conflicto, para celebrar la originalidad y los matices de la cultura nacional– se realizó en una situación económico-financiera crítica, en medio de graves conflictos políticos que constituyeron serias amenazas a la estabilidad del gobierno y con un presupuesto escaso.⁴² Sin embargo, no podemos afirmar que estos condicionantes hayan sido definitorios en las características que adquirió

38. Véase Martha Rodríguez, “Cultura histórica y conmemoraciones...”.

39. María Celina Fares, “Tradición y reacción...”.

40. Miguel Ángel De Marco (h.), “La conmemoración del sesquicentenario...”.

41. María Estela Spinelli, “El sesquicentenario de la revolución...”.

42. Martha Rodríguez, “Cultura histórica y conmemoraciones...”, cita un proyecto de declaración presentado en la Cámara de Diputados por el tucumano Isaías Nougués, en que se reclama

la celebración, aunque hicieran fracasar algunos proyectos,⁴³ sobre todo si pensamos en el peso que en el clima político de la época tuvo el proyecto de restauración de la tradición política –luego de la ruptura que experimentó con el peronismo– y en la exaltación de los valores republicanos en los que se había formado la generación política que entonces conducía los asuntos públicos y buena parte de sus críticos y opositores.

Los actos oficiales siguieron estrictamente las reglas del protocolo del Estado. La recepción de los destacados invitados extranjeros por parte del presidente, como su posterior visita al Congreso Nacional y a la Corte Suprema de Justicia, tuvo un espacio central, que en la coyuntura puede ser interpretado como un signo de la importancia que el gobierno asignaba a la reinserción del país en el mundo. Del mismo modo, los discursos en el Congreso y la reunión de todos los gobernadores con el ministro del Interior en Buenos Aires, quien los agasajó con un banquete, constituirían una manifestación de la vigencia del régimen republicano y del federalismo, mientras los grandes desfiles de militares y civiles, y la profusión de símbolos nacionales decorando el espacio público, reflejaron la restauración de la tradición patriótica.

suprimir o dejar sin efecto los actos y las ceremonias en el marco de la angustiada situación económica que se estaba atravesando.

43. Carlos Gradín, “La exposición por los 150 años...”, *Página 12*, Buenos Aires, 12 de septiembre 2010.